

Selecta

No llores, princesa



Nuria Rivera

No llores, princesa

Nuria Rivera

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

A Ana, la primera lectora de esta historia
que rebatió mis dudas y, cómplice, me animó a darle luz.

Capítulo 1

Mar subió el volumen de la radio, como si así las ondas sonoras pudieran barrer sus pensamientos. Desde la ventanilla de su coche veía el Mediterráneo que tenía a su izquierda. Parecía estar en calma, todo lo contrario que su ánimo.

Aquel día debería estar feliz, era la boda de Susana, su mejor amiga, su hermana del alma. Anhelaba la fiesta desde que ella y Carlos habían acordado la fecha, pero Mat, su expareja, iba a estar allí y solo por eso estaba de mal humor. Él y el novio eran íntimos; no se perdería la celebración por nada del mundo. Una sonrisa malévola se dibujó en la comisura de sus labios y pensó que podría tener gastroenteritis, colitis o algo parecido que le impidiera salir de casa. No es que le deseara una enfermedad grave, no, pero un dolor de barriga, diarrea y un poco de ictericia no iban a matarlo.

Había esperado hasta el último momento para salir de Barcelona. La ceremonia tenía lugar en un hotel de Sitges, un pueblo de la costa, pero eso sería al día siguiente. La pareja había decidido hacer una cena de despedida de su soltería, con las dos familias. Para alargar el instante de la llegada, como si así pudiera evitar el encuentro indeseado con su exnovio, había tomado una decisión repentina. No accedió a la autopista Pau Casals, sino que eligió el antiguo camino por las cuestas de Garraf, la carretera que serpenteaba ese trozo de la costa catalana con casi un centenar de curvas y desde la que se podía apreciar los acantilados desde la zona montañosa del

parque natural. Pero no contó con los atascos. La circulación iba lenta; si seguía atrapada en aquella caravana iba a llegar tarde.

Sentía que el fin de semana iba a ser como una prueba de supervivencia para ella. Odiaba que le preguntaran qué había ocurrido. Aunque la familia de la novia no le preocupaba; desde el gran suceso era su familia de adopción. Sin embargo, sí la incomodaba que amigos y conocidos la miraran con cara de lástima. Como si fuera responsable de lo ocurrido. Quizás lo era. Si ella hubiera sido... «No vayas por ahí, Mar, la culpa no fue tuya».

¿Por qué se sentía entonces avergonzada?

Hacía dos meses que había dejado a Mat. Se fue de la casa que compartían en el mismo momento en que lo encontró con otra en la cama. El recuerdo de aquella imagen la perseguía. ¡Maldita casualidad! Tuvo que pillarlo justo en el segundo de culminar. Los ojos de él, al saberse descubierto justo en aquel instante, no se le iban de la cabeza. Había farfullado su nombre. Ni siquiera le dio tiempo para una explicación. Dejó su casa y su vida y no había aceptado hablar con él ninguna de las veces que lo había intentado. ¿Qué pretendía justificar? Una imagen valía más que mil palabras.

Susana y Carlos la habían acogido en su propia casa, hasta que se trasladó al ático. Fue una semana dura, no paraba de llorar, se sentía tan humillada... No había vuelto a verlo, pero aquella noche y el día siguiente iban a ser un suplicio para ella.

Trataba de no pensar, pero ni las curvas cerradas ni los altos decibelios la ayudaban y restableció el volumen. Tampoco quería enloquecer. De repente vio el porqué de aquella ralentización del tráfico. Un coche estaba estacionado en un margen, pegadísimo a la roca, pero aún así había que sortearlo, dado el poco arcén. A medida que se acercaba vio a un hombre que se aproximaba de forma imprudente a los vehículos que pasaban por su lado. ¿Pero qué hacía? Lo iban a atropellar. Supuso que intentaba que alguien se detuviera. Desde su posición observó el impresionante coche que llevaba. «Buen bólido, pero te dejó en la estacada, amigo». Ni siquiera con él la gente paraba. Ya no había

buenos samaritanos. Justo cuando iba a adelantarle vio que le hacía gestos con un móvil en la mano. Lo ignoró y siguió su camino, pero se sintió mal. Era un fastidio quedarse tirado en las curvas. Sin siquiera reflexionar qué iba a hacer, buscó un recodo en la carretera y se detuvo. Hizo sonar el claxon, aunque, al mirar por el retrovisor, el hombre ya se encaminaba hacia ella. Con la seguridad de no ser descubierta se deleitó en su figura. Era un regalo para la vista. No le echó más de treinta y cinco años. Se bajó del coche cuando lo tuvo al lado.

—¿Problemas? —preguntó a la vez que se colocaba las gafas de sol sobre la cabeza.

—Hola —respondió el joven con una sonrisa de anuncio—. Gracias por parar. Algo que falla. ¿Tienes móvil? El mío se ha muerto.

Asintió e hizo un ademán de entrar de nuevo en su coche.

—Sí, espera. —Se inclinó dentro del vehículo y cogió su teléfono del asiento del copiloto. Lo desbloqueó y se lo pasó. Mientras él marcaba un número trató de no observarlo. Algunos coches que pasaban pitaron como si se burlaran de él. Quiso dedicarles un saludo con uno de sus dedos, pero se comportó. No pudo evitar escuchar la conversación.

—Abuelo... ¡Joder! ¡Que estoy en camino! El coche me ha dejado tirado y me quedé sin móvil, después de llamar al seguro. —La miró y con una mueca de compromiso se encogió de hombros. Mar dedujo que su interlocutor le estaba echando la bronca a la vez que le hacía un interrogatorio—. Sí, viene una grúa... Por las curvas... Ya, me gusta conducir... De una chica. —No fue ajena al escrutinio que él le dedicó—. Si viene Javier me encontrará. No creo que esté muy lejos de Sitges.

—Yo también voy a Sitges, puedo llevarte —soltó de pronto y justo al dejar salir aquellas palabras se dio cuenta de que era su voz la que sonaba. Él cortó la conversación y la miró con interrogación. Pero ¿qué decía? ¿Se le había fundido algún fusible?

—Espera, abuelo —pidió él a su interlocutor con la mirada clavada en ella.

Arqueó una ceja y le preguntó—: ¿Me llevarías?

La duda la invadió. ¿Cómo iba a llevarlo? ¿Se había vuelto loca? Era un desconocido. No debía de ser tan confiada. Pero por otro lado una vocecita le decía que no se engañara, el tipo no tenía pinta de ser un asaltador de mujeres decepcionadas. Por cómo vestía, desenfadado y moderno, tenía pinta de educado. «¡Despierta! ¿Estás tonta? ¿Qué tiene que ver eso?». Él seguía mirándola a la espera y a ella le sabía mal dejarlo allí. Lo pensó un segundo más y asintió con la cabeza.

—Sí, no hay problema. —Esperaba no tener que arrepentirse.

Escuchó como el chico quedaba con su abuelo, quien parecía que le apremiaba y se despidió. Luego le entregó el teléfono con una sonrisa.

—Me haces un favor enorme. Llego tardísimo.

En aquel instante una grúa estacionó detrás de su vehículo. Con un gesto de sus manos, como si hiciera una plegaria, le pidió si podía esperar un momento. Ella sí que llegaba tarde, pero ya le había dicho que lo llevaría; no podía echarse atrás.

Mar lo vio acercarse al operario que contemplaba el coche. Después de un intercambio de frases los hombres se despidieron. Mientras el mecánico se preparaba para enganchar el vehículo, el joven sacó una maleta del portaequipaje, para su sorpresa de la parte frontal. Era un modelo antiguo, no tenía mucha idea de coches, pero aquel era precioso.

—Ya está, se encargará de llevarlo a un taller del pueblo —dijo serio al llegar a su lado. Le pareció preocupado. Guardó una tarjeta en el bolsillo trasero de sus bermudas y añadió—: Si me dejas a la entrada me recogerán allí.

—De acuerdo, vamos —contestó algo confusa, pero ya era tarde para arrepentirse. Se acercó a la puerta del piloto; de reojo vio al hombre observar cómo enganchaban su coche. Mar tuvo la impresión de que le costaba marcharse sin ver cómo se lo llevaban.

«Total, ya llegas tarde».

—Podemos esperar un momento —le propuso. La cara de alivio que él le mostró fue suficiente agradecimiento. Entendía que le doliera dejarlo, parecía un auto de coleccionista.

Aprovechó que él se separó para ir a supervisar al técnico y envió un mensaje. Avisó a su amiga Susana de que se retrasaba por un contratiempo. No quiso preocuparla y en un segundo *whatsapp* le anunció que llegaría enseguida.

En unos diez minutos, el coche estaba bien sujeto en la grúa y el mecánico se despidió de ellos. Le dio tiempo para guardar la maleta en el asiento trasero y arrancó, una vez que se hubo anudado el cinturón.

—¿Qué modelo es? —preguntó por iniciar algo de conversación.

—Un Porsche 911, del 74 —contestó.

—¡Uau! Ahora no sabemos levantar el capó y arreglar un manguito, ¿eh? Necesitas ser ingeniero para cambiar la rueda de un coche —murmuró con sorna. Al mirarlo de reojo vio cómo se sonreía—. No serás ingeniero, ¿verdad?

—¿Tengo pinta de ser cuadrículado? —No, tenía pinta de actor de cine.

Mar era buena debatiendo, pero se sentía coartada con aquel desconocido. No sabía de qué hablar. No era ajena al escrutinio que él le hizo. Se concentró en la música para no mirar sus piernas fuertes y musculosas. De pronto fue consciente de la letra de la canción que sonaba en la radio. Malú clamaba a través de los altavoces: «Te voy a olvidar». La maldita escena de Mat la azotó con fuerza. También tenía que olvidarlo, aunque doliera. Destruyó sus sueños y no merecía que lo amase. Golpeó el volante, no supo si para seguir el ritmo de la canción o por la rabia que sentía. La situación empezó a incomodarla, se sentía observada. Mat no se iba de su cabeza, pero la letra de la melodía le susurraba cómo actuar.

Te voy a olvidar / te arrancaré / de mi memoria / será en los labios / de otras bocas / donde borraré / tu historia.

Te voy a olvidar / aunque el puñal / de tus mentiras /esté quitándome hoy / la vida. Te lo juro / que es verdad / que te voy a olvidar...

Quería decir algo, dejar de escuchar aquella canción, pero las palabras se le habían quedado atascadas. No sabía de qué hablar, y su acompañante parecía que tampoco.

Se concentró en la carretera y de pronto notó que él se movía y le acercaba una mano a la cara. Se asustó, pero retuvo el aire al darse cuenta de que lo que él pretendía; secar una lágrima que se deslizaba por su mejilla. ¿Cuántas habría soltado? Quiso morir de vergüenza.

—Necesitamos otro ritmo —dijo él y con naturalidad toqueteó el aparato de radio y cambió la emisora. Alguien cantaba en inglés.

—¿Eh? Sí, mejor —respondió con vacilación. Se mordió el labio al esperar la pregunta de por qué lloraba, pero él no la hizo y agradeció su falta de curiosidad.

—Aunque si quieres puedo cantar yo. —De nuevo cambió el dial. Mar sonrió por el comentario.

Estaba segura de que pretendía distraerla y que pasara el momento incómodo.

—No lo hago mal... ¡Ah! Esta es perfecta —afirmó al escuchar una nueva canción, movió los hombros como si bailara imitando a Justin Timberlake en su *Can't stop the feeling*. Agradeció su intento por hacerla reír. Aunque se desconcertó. No estaba preparada para lo que le comentó—: Bonitas piernas, pero ¿no estás demasiado blanca?

La pregunta la pilló desprevenida. Era muy perspicaz. Mar no supo si reír o llorar de nuevo. La canción seguía sonando y él, ufano, tamborileaba los dedos sobre su rodilla, tan tranquilo. Sin embargo, se envaró. Llevaba unos shorts vaqueros y una camiseta rosa de tirantes, pero el comentario le había dolido por lo que representaba para ella. Aunque era consciente de que el desconocido no lo sabía, tenía problemas en la epidermis y debía ponerse protección muy alta porque tenía riesgo de padecer cáncer de piel.

—Tal vez, pero mi coche funciona y no es una reliquia —contestó con burla.

—*Touché*. —Se llevó la mano al corazón al soltar una carcajada.

—No me gusta tomar el sol, ¿respondo tu pregunta?

—Por supuesto, el sol no es bueno para la piel. Para la tuya menos.

Al cabo de unas cuantas canciones y algunos silencios llegaron a Sitges. Él la orientó por dónde dejarlo. Bajó también del coche y esperó a que sacara su maleta.

—Gracias por traerme. Me has salvado la vida. ¿Te apetece tomar algo? Te debo una copa por lo menos.

Ella negó con la cabeza. «No tengo tiempo de ligar», se recriminó. Susana iba a matarla.

—Lo siento, llego tarde, me esperan —se disculpó y miró su reloj de reojo.

—Bueno, como quieras.

Él le dio dos besos y con un gesto poco común, le pellizcó la mejilla como se hace con los niños, a la vez que sonreía. Aquel roce la aturdió unos segundos.

—Gracias, de nuevo.

Sin demorarse más se metió en el coche y arrancó el motor. Se deleitó al mirarlo por el retrovisor cuando se alejaba. En aquel instante se dio cuenta de que ni siquiera le había preguntado su nombre.

Con la ayuda de Google y su móvil llegó al hotel en pocos minutos. Deseó que Sonia, su compañera del despacho, hubiera ido; así la noche no sería tan dura. Pero el joven de recepción le confirmó que su amiga llegaría al día siguiente. Así que la fiesta de pijamas que Susana había organizado sería entre ellas dos. Le gustó la idea porque era algo que hacían desde que iban al colegio.

Subió a la habitación con prisa. Tenía el tiempo justo de pasar por la ducha. Tras el rápido remojón, secó su melena y apenas se maquilló. Apresurada, se colocó un vestido ibicenco, blanco, y lo adornó con un collar largo de piedras azules y un par de anillos grandes. Eran los que más le gustaban. Con deleite

se echó un poquito de su perfume preferido, Coco de Chanel, y salió hacia la terraza donde las mesas ya estaban preparadas.

Se topó con el abuelo de Carlos a la entrada. El hombre la recibió como si la conociera desde siempre. Tenía modales exquisitos y ella le tenía un gran aprecio. Era encantador y muy activo; aparentaba menos edad de la que tenía. Pero estaba serio, tuvo la impresión de que algo lo preocupaba.

—Hola. —Lo saludó con dos besos y él la abrazó como se hace con un familiar—. ¿Se encuentra bien?

—Sí, hija. Espero a mi nieto —respondió restando importancia. Le cogió las manos para apreciarla bien—. Estás muy guapa, Mar. Y tú, ¿qué tal? ¿Todo bien?

—Sí, señor Oliver. Aunque le confieso que estoy algo nerviosa.

El abuelo sabía su situación. Como todos. Él estaba en casa de Carlos y Susana cuando llegó, descompuesta por lo que acababa de descubrir, y la había ayudado. Le ofreció un piso que tenía desocupado y le dijo que podía disponer de él el tiempo que necesitase. Cuando fue a verlo quedó impresionada; se trataba de un ático en una de las vías más populares de la ciudad: Rambla Cataluña. Le dio reparo aceptar, pero el hombre le mostraba tanta confianza que accedió.

—Señor Oliver —comentó con vacilación—. No sé cómo darle las gracias por el ático, pero ya he abusado de usted bastante, en unas semanas buscaré otro lugar.

—Arturo, ¿cómo tengo que decírtelo? Llámame Arturo. Señor Oliver me hace mayor —recriminó él y la hizo reír. Pero continuó serio—. Ni se te ocurra o me verás enfadado. Está vacío, mis nietos no los usan y no pienso alquilarlo. Carlos tiene su casa con Susana y el otro, ¡ay, hija! Mi otro nieto tiene que sentar primero la cabeza; es un casanova. Así que, de momento, el ático es tuyo.

—Por lo menos deje que pague los gastos.

—Princesa, te he dicho que no pienso alquilarlo. No tengas prisa. Después

del verano lo hablamos, ¿te parece?

—Estamos a primeros de junio —refutó.

—Bueno, disfruta de la terraza, pero no mucho ¿eh? El sol no te va bien, eres muy blanquita.

Parecía que todo el mundo se lo iba a recordar. Sonrió. Sí, tenía que cuidarse del sol. Carlos era cirujano plástico y ya le había quitado algún que otro lunar sospechoso. Por desgracia uno había sido un carcinoma y eso disparó su obsesión con los rayos solares. Cada año se hacía pruebas para comprobar que todo estaba bien.

Los invitados empezaron a llegar y Arturo se despidió de ella con un simpático pellizco en la mejilla. El gesto la hizo pensar en su desconocido. Se arrepintió de no saber su nombre, ni su móvil. Si por lo menos le hubiera pedido el número, quizás hubiera podido quedar con él si la cena resultaba un rollo.

Vio a Susana acercarse con su madre, Joana, ambas le dieron un caluroso abrazo. Sintió todo el cariño que le profesaban. Ellas, su abuela Carmen y Santi eran su única familia.

—¿Lo has visto? —le preguntó su amiga ofreciéndole una copa de cóctel de champán. Se la bebió de un trago.

—No, pero creo que me emborracharé si me pongo de los nervios.

Se engañaba, ya estaba de los nervios. Eso la hizo hablar y le explicó su aventura con el desconocido del Porsche. Susana la riñó por su confianza; aunque después del rapapolvo, le dijo entre risas que se lo podía haber traído a la cena. Susana tenía una buena fantasía y pronto empezó a elucubrar una historia.

—Podría haber sido tu novio de alquiler. Mat se hubiera muerto de los celos y se daría cabezazos por las paredes por ser tan tonto. Creo que hasta que no te vea con otro no se hará a la idea de que te ha perdido.

Mientras reía por lo absurdo de la idea del novio de alquiler, Mar vio acercarse a Carlos. Lo acompañaba su amigo y creyó que las rodillas iban a

empezar a temblarle, pero para su sorpresa no se le movieron un ápice. Pensó que quizás la rabia tenía algo que ver. Era más poderosa. Dejó que el novio la saludara con dos besos, pero no permitió que Mat se le acercara. Casi iba a escapar cuando él le dijo:

—Tenemos que hablar.

—Ya está todo dicho —respondió airada. Guiñó un ojo a la pareja que se prodigaba mimos y sonrisas cómplices y se alejó de ellos.

La cena transcurrió tranquila. A modo de protección buscó sentarse junto a Joana y su hermana, la tía Merche. Ambas parecían emocionadas con la fiesta.

—Se nos casa la niña, Merche —dijo la madre de su amiga con voz afectada y lágrimas en los ojos.

—¿La niña? —Mar rio con burla—. Pero si el año que viene hace treinta años.

—Y tú también, ¿no? ¿Es que no piensas volver con tu novio? —inquirió Merche con curiosidad—. Se te pasará el arroz.

Mar la observó con cara de estupor. No pudo adivinar, por su expresión, si hablaba en serio o en broma.

—No, no pienso hacerlo —aclaró para que no tuviera dudas—. Algunas cosas no se perdonan.

—Si hay amor, todo se perdona en esta vida. Todo.

—Bueno, entonces será que yo no lo perdono todo.

—O que no lo quieres tanto —sentenció Merche, pero añadió jocosa—: Ten cuidado, dicen que de una boda salen siete.

—¡Qué barbaridad! —Rio—. Nada menos que siete.

Pasó bastante rato evitando a Mat. Apenas se levantó de su asiento para no encontrarlo. Cuando vio que la fiesta llegaba a su fin, se escabulló con discreción y se marchó. Susana apareció por su cuarto, al rato. Iban a celebrar su despedida particular.

—He traído algunas cosas que he robado de la mesa de los postres.

Venía cargada de cava, un bol de fresas y chocolate negro. Se sentaron en el

suelo, como cuando eran niñas y se repartieron el botín.

—Cómo me hubiera gustado que nos casásemos juntas.

—Pobre Carlos, ¿qué iba a pensar? —refutó muy seria—. Se quedaría muy desolado.

—Qué tonta eres, Mar. Me refería a una doble boda. Mi Carlos es lo mejor que me ha pasado.

—Ya, se os ve tan bien. Mat y yo nunca tuvimos eso que tenéis vosotros —respondió apenada—. ¿Quién me va a querer, Susu? Ya sé que no era una relación perfecta, pero no estaba sola. —Era un pensamiento que denotaba su falta de confianza, pero al que recurría en momentos de desolación. Mat no era perfecto, pero la había hecho sentir que tenía alguien para ella. Su abuela estaba lejos y Susana se casaba, ya nada sería igual. Se sentía desubicada, como los apátridas—. He pensado que podría irme a Madrid. Empezar allí.

—Pero ¿qué dices? Pronto saldrás del bache. Ya sé que tu abuela se pondría feliz de tenerte, pero aquí tienes tu vida y el despacho. Ya verás que cuando menos te lo esperes, conocerás a alguien. Lo presiento.

—Me ha hecho mucho daño, que te traicionen es algo que te llena de inseguridad. No sé si seré capaz de estar con alguien; no quiero ser una paranoica que piensa que la van a engañar a la primera de cambio.

—No tiene por qué pasar. Y deja de infravalorarte. Eres guapa y divertida... Aunque, claro, si no fueras tan borde seguro que mañana mismo encontrarías a alguien y le darías en las narices al imbécil de Mat.

—¡Yo no soy borde! Muchas gracias por el cumplido. Yo también te quiero.

Susana le apretó la mano y aquel gesto tan sencillo le hizo saber que no estaba sola.

A la mañana siguiente Joana las avisó muy temprano. Tras un desayuno bastante frugal y con reproches, porque hacían mala cara, las apremió a pasar por todo el ritual de belleza. Masajes, peluquería, manicura, pedicura, maquillaje. Aunque Mar decantó esa última opción. Le gustaba hacerlo a ella,

así se ponía sus cremas protectoras.

Ya en su habitación, observó el vestido que había escogido para la ocasión.

«En qué estaría pensando cuando lo compré».

Pensaba en Mat, en lo que iba a torturarlo con aquella ropa. Era un vestido rosa palo en seda salvaje y ajustado al cuerpo. Le llegaba por encima de la rodilla. Al mirarse al espejo se sorprendió. No era del estilo que solía usar. Pero reconoció que le quedaba sensacional con los taconazos que se había puesto.

Se maquilló de forma suave, aunque se colocó rímel en las pestañas, lo que les dio más espesura a sus ojos. Parecía una gata de ojos pardos. Por último, se pintó con *gloss* los labios y recogió el pequeño bolso de encima de la cama, en el que guardó la tarjeta que servía de llave de la habitación al salir.

Susana la recibió con una exclamación.

—¡Nena! Cuando te vea Mat se va a caer de culo. Lo has hecho a propósito, ¿verdad?

Sonrió, con socarronería.

—¡Ay, Susu! Anoche estaba guapísimo. Es un gilipollas, lo sé —dijo a la vez que se tocaba el recogido y se miró al espejo—. Ya no estoy tan segura. ¿Cómo voy a olvidarme de él?

—Empieza a valorarte. Estás estupenda. Que se muera de celos al verte —contestó su amiga con vehemencia—. Además, dicen que un clavo saca otro clavo. A lo mejor conoces a alguien —añadió con retintín—, han venido colegas de Carlos.

No podía creerlo, ¿pretendía emparejarla?

—Dime que no me has colocado ningún soltero al lado.

—¿Yo? Qué va.

—Espero que sea cierto, no me ha ido muy bien la última vez que lo hiciste.

Después de aquello, Joana apareció con las prisas y entre las dos ayudaron a Susana a ponerse el vestido. Era de color marfil y palabra de honor; con blonda y encajes en el corpiño y falda de seda salvaje. Su pelo corto y negro

destacaba con el velo que Mar le colocó, a modo de pañuelo pirata, anudado en la cabeza. El maquillaje resaltaba sus ojos, verde esmeralda. Un aire muy romántico, como era ella. Cuando la madre vio a su hija vestida de novia empezó a llorar.

—Si tu padre pudiera verte —sollozó—. Te quería mucho, ¿sabes?

—Sí, mamá, me lo has dicho siempre.

—Seguro que la ve, Joana, y a ti, con esa cara llena de lagrimones. No creo que le guste —consoló a la mujer apretándole los hombros en un abrazo.

La madre buscó un pañuelo con el que enjugarse las lágrimas, pero cuando llegó la tía Merche, esta también se puso a llorar, y comenzó de nuevo.

—¡Ay! Mis dos niñas se han hecho mujeres y no me he dado cuenta —murmuró entre gimoteos. Mar decidió que era el momento de marcharse si no quería llorar y estropearse el maquillaje.

Con un abrazo y un beso le dijo a Susana que iba al jardín. Antes de salir de la habitación, Joana les hizo una fotografía juntas.

—Pásamela que se la enviaré a Carmen.

—No sé por qué no han venido, podrían haber ido a Cádiz después de la boda —comentó Merche.

—Ya las conoces, escapan de los compromisos sociales —respondió y se escabulló para evitar más preguntas.

El lugar donde se realizaría la ceremonia parecía un edén. El jazmín estaba en flor y su aroma se extendía por el aire y generaba una agradable sensación de paz. Se había dispuesto una mesa y sillas para los contrayentes, anudadas por guirnaldas de rosas blancas. Las sillas de los invitados estaban recubiertas por unas fundas de color crudo y había flores por muchos sitios. Era todo muy romántico, como Susana había soñado.

Mar divisó la barra libre y pensó que no le sentaría mal un cóctel. Le ofrecieron uno de champán, parecía la bebida oficial. No se dio cuenta y Mat se le pegó a la espalda. Se separó molesta.

—Estás espectacular, Mar. Impresionante —reconoció él a la vez que

recorría con mirada lasciva su cuerpo.

—Muchas gracias, adiós. —Lo ignoró. Quiso mostrar que no le afectaba; aunque estaba estupendo con el traje oscuro que llevaba y le costó disimular, pero lo consiguió. Se lo anunció la cara de desespero que él le dedicó.

—Necesito pedirte perdón, otra vez —insistió él—. Quiero volver.

Lo que le faltaba. Aquella frase le rechinó. Ya no lo veía tan guapo y su humor se agrió.

—¿Volver a dónde? A cinco minutos antes de cagarla. No, gracias.

Tenía que ser fuerte. No quería que su presencia le enturbiara el día.

—Mira, no hay nada que puedas decirme que me haga pensar que no eres un capullo, un gilipollas. —Mar cerró los ojos, tomó aire, se estaba sulfurando. Quería gritarle, escupirlo, pero ese día, no; en aquel momento, no. No quería que le amargara la fiesta—. Déjame disfrutar de la boda ¿vale? y vete a ver si encuentras a alguien por ahí con quien acostarte.

—Prefiero que me insultes a que me ignores. Dame otra oportunidad, te compensaré.

—¿Compensarme? —Soltó una carcajada cínica—. ¿Puedes dejarme en paz, por favor? Quiero vivir este día feliz y tú no me estás dejando.

Sin más, cogió su copa y lo plantó allí. Mientras se alejaba presintió que él le clavaba la mirada y se sintió orgullosa de haber sido capaz de ponerse el vestido.

Al momento dio comienzo la ceremonia. No podía dejar de mirar a su amiga. La emoción que había en su rostro la afectó. Carlos la miraba con tanto amor que sintió envidia. Recordó las palabras de su amiga sobre una boda doble y le dolió. Ella había perdido esa oportunidad. Construir una relación, a su edad no era tan fácil. Estaba tan inmersa en sus pensamientos que no se dio cuenta de que la llamaban. Sintió que la cogían del brazo y vio a Mat que le decía algo. Necesitó unos segundos para comprender que habían llamado a los testigos. Se deshizo del agarre de su exnovio y se acercó al libro para firmar. Los otros testigos ya lo habían hecho.

Después de las últimas palabras, a los ya marido y mujer, les dio un abrazo y salió disparada hacia la barra. Necesitaba alcohol para pasar el momento.

Con un nuevo cóctel en la mano barrió con la mirada a los invitados. Miró su reloj con extrañeza. No veía a su amiga Sonia, decidió llamarla. Abrió su pequeño bolso y comprobó que había olvidado el móvil. Justo en aquel momento Mat se le acercó, de nuevo, y ella se escabulló con la excusa de ir a buscar su teléfono. No parecía que desistiera de hablar.

Entró con prisa en el vestíbulo del hotel. Nunca pensó que tendría que huir de Mat, estaba agobiada. Al cruzar la recepción no le pasó desapercibida la mirada que el hombre que vio apoyado en el mostrador le dedicó. Incluso levantó una mano a modo de saludo. Se sintió incómoda cuando empezó a seguirla y frenó en seco sus pasos al notar que la cogía por la cintura.

—¡Ey! Piernas bonitas, ¿hoy me evitas?

Aquella voz... Se giró y lo miró con sorpresa. Él tuvo que soltarla, pero se le acercó bastante.

—¿Tú? Pero... ¿Qué haces aquí?

El hombre la contemplaba socarrón. Vestido tan elegante no lo había reconocido. Era el guaperas que se había quedado tirado con su coche en la carretera. La miraba de arriba abajo. Ella también lo inspeccionó. Sonrisa de infarto, pelo castaño, aroma a colonia cara y un traje claro que le quedaba como un guante. No le sobraba ni una arruga.

De reojo captó a Arturo que se le acercaba y Mar le sonrió como si no pasara nada.

—Abuelo, quiero presentarte a mi chica.

¿Abuelo?

—¿Tu chica? ¿Pero has venido acompañado? ¿Dónde está?

—La tienes delante.

Mar lo miró asombrada. Era un hombre muy atractivo, con ojos azules que la miraban con una chispa divertida y en los que leyó casi una súplica: sígueme el juego.

—Ya quisieras, tú, tener una mujer como Mar —dijo el abuelo y se dirigió a ella para añadir con cara pícaro—: Estás muy guapa, Princesa. Ese muchacho se muere hoy.

—¿Qué me he perdido? —inquirió el desconocido, dejó pasar un silencio y continuó sonriente—: ¿Así que Mar...? Me suena el nombre.

—Tranquilo, con esta chica no tontees. Es la amiga de Susana —anunció Arturo y los presentó—. Mar, este es mi otro nieto, Enric.

Él la miró serio y Mar pensó que estaría cavilando en su historia. Estuvo segura de que la sabía. Se sintió mal, pero él no hizo ningún comentario.

—Abuelo, esta chica es el motivo por el que ayer llegué tarde.

—Serás cara dura —se quejó y necesitó moverse para poner un poco de distancia. La cercanía había empezado a aturdirlo. Con rapidez buscó en el archivo de su memoria algún momento en el que hubieran coincidido. Si era el primo de Carlos, seguro que lo habían hecho; por lo menos lo recordaría, pero no encontró nada—. Dirás que gracias a mí llegaste.

—Así que no mentiste —aseguró el abuelo—. Fue Mar quien te trajo.

Enric miró al abuelo con condescendencia.

—Sí, abuelo, y después de rescatarme me dejó tirado a la entrada del pueblo —bromeó—. Menos mal que me encontró Javier, si no ¿quién sabe dónde estaría ahora?

—No hagas que me arrepienta —refutó divertida. Aquel chico le caía bien, se notaba que era un conquistador olímpico, pero tenía algo que la atraía. La relación con Arturo le recordó a la suya propia con su abuela.

—Fuiste valiente, nadie paraba —comentó con seriedad, aunque no ocultó una sonrisa—. ¿Dónde te has metido toda mi vida?

De pronto los gritos de su amiga Sonia la despistaron. La chica corría por la recepción arrastrando una pequeña maleta y con la mano levantada. Al llegar a ellos, le dio dos besos y sin atender a los hombres empezó a hablar como si tuviera verborrea:

—Nena, estás guapísima. ¿Has visto ya al cabrón ese? ¡Uy! Perdón. Buenas

tardes —saludó al abuelo y a Enric como si acabara de verlos y se avergonzara de sus palabras, pero continuó—: Menuda caravana para llegar. ¡Es día de playa! Me lo he perdido, ¿verdad? Llego tarde y ya ha dado el «sí, quiero» nuestra Susu.

—Me temo que sí —contestó Arturo—. Pero me consta que lo han grabado.

Ella le alzó el pulgar y dijo que tenía que subir a la habitación. Mar aprovechó y se disculpó de abuelo y nieto y acompañó a su amiga.

Al pasar por su habitación recordó que no llevaba el móvil y la avisó de que entraba a por él.

—Voy a la mía, está aquí al lado—anunció Sonia—. Dejo esto y salgo.

Al momento se encontraron en el pasillo. Mientras bajaban Mar la puso al corriente de los encuentros con Mat, pero, aunque no lo reconoció, no le afectaba como había pensado. En la barra de bebidas tomó otro cóctel y comió varias tapas de las que los camareros servían paseando con grandes bandejas entre los invitados. Tenía que llenar su estómago para que el alcohol no le hiciera una mala pasada.

Mar buscó en un tablón de anuncios la mesa que le habían asignado y, como otros convidados, accedió a la zona donde se servía el banquete. Había pedido a Susana que no la colocara en la misma de Mat y rezó porque ese dato no se le hubiera olvidado. Respiró aliviada al comprobar que no.

Al llegar, casi todos los miembros estaban en sus lugares. Junto a su silla tenía a Enric que conversaba con una pelirroja. Sonia llegó acompañada de su novio, Sebas, y les pidió si podían hacerle un hueco, por un equívoco lo habían colocado en otro lugar. Todos se movieron para que pusieran un nuevo cubierto. Estaban más apretados, pero pareció que a nadie le importó.

Se sentía cómoda con los comensales, eran una mezcla de amigos y familia. Las hijas de la tía Merche: Mónica y Montse que venía con su novio, Andrés; dos médicas de la clínica de Carlos —la pelirroja y una morena de gafas—; Sonia, Sebas, Enric y ella.

Con el reducido espacio su pierna rozaba sin querer la de Enric. Aquel

contacto la ponía nerviosa porque ocurría más veces de lo que deseaba. Pero empezó a sospechar que no solo era la cercanía, sino la actitud de Enric que no se había movido demasiado, obligándola a estar casi pegada a él.

Mar bebía de su copa cuando una mano se posó en su rodilla. Dio un respingo, miró a Enric, sin retirar el vaso de sus labios, pero él observaba a la pelirroja como si lo que contaba fuera lo más interesante del momento. El contacto le provocó una chispa en el cuerpo que la aturdió. No era un roce casual, intuyó que él lo había hecho aposta. Abandonó la bebida ante la necesidad de sacar el abanico del bolsito y echarse aire con brío. Por alguna razón que no comprendió, Mar no retiró la pierna y dejó que se confiara para soltarle alguna fresca, pero él, atrevido, empezó a mover los dedos y rodeó su rodilla. Medio atontada, por la osadía de Enric y su propio bloqueo, le dio por pensar que podía romper sus medias y no fue capaz de detener el movimiento audaz que ganaba terreno en su muslo. Creyó que le faltaba el aire en los pulmones y se abanicó con más fuerza. Cuando él cortó el contacto dejó salir el aire que retenía y cogió su copa de agua para beberse todo el líquido que contenía.

—¿Cava? —le ofreció Enric con mirada ladina.

Sin ser capaz de negarse, se la aceptó y por unos segundos sus miradas quedaron enlazadas. Mar se preguntó qué le pasaba, culpó al cóctel, al cava y a los canapés. Aunque la única respuesta que se dio fue que era una manera como otra cualquiera de devolvérsela a Mat. No se reconocía.

El momento del ramo la puso también nerviosa. Había suplicado a su amiga para que no se le ocurriera dárselo a ella. No lo soportaría. Pero cuando la vio acercarse a su mesa empezó a maldecir. Por suerte vio que lo separaba en dos y una parte se la daba a la prima Montse que se puso a llorar de forma desconsolada, mientras su novio la acurrucaba sonriendo. Sin embargo, Susana rodeó la mesa, no tenía pinta de que fuese a marcharse; se le acercó muy despacio y ella la miró con desafío. Cerró los ojos cuando su amiga llegó junto a ella y, al abrirlos en dos rendijas, pensó algo cortante con lo que

atacarla, pero vio pasar el ramo por su cara y que lo depositaba en las manos de Enric.

El jolgorio estalló a su alrededor. Ella misma no podía contener la carcajada, igual que el resto de la mesa y casi todos los invitados al completo. La cara de Enric era un poema. Se abrazó a su primo y a Susana le dio un pellizco en la mejilla, en un gesto muy de su abuelo.

—No tengo palabras —dijo Enric haciendo una gran reverencia—. Pero habéis olvidado una cosa.

—¿Qué?

—¡La chica!

—De eso ya te encargarás tú, estoy segura.

La gente aplaudió y Mar sintió un alivio muy grande. Pensó en la tía Merche y contabilizó que, por lo menos, sí saldría una boda.

Siguieron los regalos, pero muy alejados de su mesa.

Mar adivinó que, con el sonido de las primeras notas de música, se iniciaba otro momento de la velada. Los camareros habían retirado mesas y sillas para ampliar la zona de baile. Susana y Carlos lo abrieron a ritmo de vals. Mar observó a su amiga feliz. Parecían una de esas parejas de los concursos. Se movían por la pista como dos profesionales. Para algo tenían de servir las prácticas que habían tenido. Susana la había arrastrado a tomar clases para estar lista para ese día, era muy patosa en ese aspecto. Quería sorprender a Carlos y lo había conseguido.

Aquella muestra de amor le había afectado, pero no quería caer en la ñoñería. Así que se acercó a la barra de bebidas y pidió otra copa de cava. Quizás llevaba varias, pero necesitaba que algo adormeciera su corazón.

Mat apareció a su lado de nuevo, era como una de esas moscas que revolotean sobre las cabezas minando la paciencia. Quiso obviarlo y con paso decidido regresó a la mesa, pensó que allí no se atrevería a molestarla, pero se equivocó.

—¿No crees que has bebido bastante? —le recriminó Mat a su espalda.

—¿Perdona? —contestó asombrada. Aquello era el colmo.

—Llevas varias copas, te estás achispando.

—¿Perdona? —le repitió esta vez con sarcasmo. Sintió las miradas huidizas de Andrés y las primas de Susana, que con falsa discreción se levantaron y se fueron.

Alucinada por lo que escuchaba, desafiándolo, se bebió de golpe lo que quedaba en la copa y buscó con la mirada algo sobre la mesa con lo que llenarla de nuevo. Alguien le puso una nueva copa de cava en la mano, llena a rebosar.

—Tú no te metas, Enric.

Mar volteó la cara para mirarlo y le dedicó una sonrisa de oreja a oreja. Él le guiñó un ojo y le transmitió ánimos al hacer un brindis al aire con la que tenía en la mano.

—Hola, Mateo. ¿Cómo te va?

—¡He estado mejor! ¿Tú, que tal?

—Liado, tengo algo entre manos, ya me conoces. —Le pareció una conversación absurda y de repente sintió la mano de Enric en su rodilla, la acarició a la vez que subía por el muslo. Se envaró. No quería ni moverse, pero lo miró con censura a la espera de que dejara de tocarla. Aquel gesto pareció animar al primo que tamborileó los dedos sobre su piel. Se acabó la nueva bebida de un trago. Cuando saliera de allí se lo cargaría. Pero él debió intuir su desazón y le dijo—: Relájate, Princesa.

«Por Dios, por Dios, por Dios. Esto no puede estar pasando».

—No seas cabrón —espetó Mat, ofendido—. Es mi novia.

—¿Perdona, gilipollas! —enfaticó Mar la última palabra—. ¡Yo no soy tu novia! Tal vez lo fui, pero decidiste otra cosa y ahora es tarde. —La mano de Enric se había fijado en su rodilla, nadie se daba cuenta, pero sentirla allí le subió la temperatura y disparó sus nervios—. Así... Así que deja de molestarme y vete a ver a quién encuentras por ahí para acostarte con ella. Déjame en paz.

—Verás, Mateo...

—No me llames así, sabes que me fastidia.

—Verás, Mat —repitió Enric con voz pausada y serena, pero sin disimular el sarcasmo—. No puedo dejar que molestes a Mar, mi abuelo no me lo perdonaría. Es como su protegida desde que la jodiste. Así que vete, ahora no es buen momento.

Mat la miró crispado y Mar levantó su copa vacía con cinismo. Tras unos segundos él se giró y se marchó ofendido. Entonces, Mar se volvió hacia Enric y le dedicó una mirada retadora. Él retiró la mano de su pierna y se levantó.

—No he podido resistirme —se justificó con mirada pícara. Extendió su brazo hacia ella y le preguntó—. ¿Bailamos?

Tardó unos segundos en decidir si también tenía que enviarlo a hacer puñetas o se relajaba y se daba unos bailes. No supo por qué, pero aceptó.

El cantante de la pequeña orquesta imitaba a Sinatra con *Strangers in the night*. Mar pensó que era una buena canción para definirlos. Enric sujetó una de sus manos y luego la rodeó por la cintura. Mar se sintió pegada a su cuerpo en un segundo. Él controlaba y no tardó mucho en descubrir que era tan buen bailarín como su primo. Eso tenía que ser herencia.

Mientras sonaba la música y daban vueltas por la pista Mar no podía dejar de pensar en aquel cuerpo pegado al suyo, sin duda Mat los estaría observando y se estaría comiendo las uñas. Pero no era Mat quien la perturbaba, sino Enric. Ese hombre la trastocaba y la hacía sentirse diferente. Necesitaba hablar para que se rompiera aquel momento.

—¿Qué pasó con tu coche?

—Parece que arrancó bien en el taller, lo trajo Javier, el chofer de mi abuelo. Un misterio —respondió risueño, pero soltó con picardía—. Me encanta ese coche, pero creo que ya ha cumplido su objetivo.

—Seguro que te ligas a todas con él.

—No te diré que no ayuda, pero yo no la necesito —contestó con burla y se echó a reír.

No lo ponía en duda, una sonrisa suya y las mujeres temblaban. Nunca le habían gustado aquel tipo de hombres; los consideraba vacíos y vanidosos, pero pensó que Enric era distinto. Su voz la sacó de sus pensamientos.

—¿Cómo pudiste ser su novia? Es un capullo integral.

—Cosas que pasan.

—Pues no vale tus lágrimas... ¿Así que eras tú? —Aquella pregunta le confirmó que conocía su historia y se sintió avergonzada—. Lo siento por ti. Se cree mejor de lo que es y un hombre que hace eso a una mujer no merece que lo perdonen.

Mar no quería hablar de Mat, no con él que la había hecho sentirse rara. Todavía le dolía el corazón y se sentía mal por la humillación vivida; esta se recrudecía cada vez que alguien le hacía saber que sabía su historia. Le molestaba sentirse así, pero no podía evitarlo. Enric debió notar que algo le ocurría porque la miró con cara seria.

—¿Estás bien? —Trató de sonreír, pero no consiguió que él creyera que no le pasaba nada, lo supo cuando añadió—: Si quieres voy y le parto las piernas.

Aquel comentario la hizo reír. Fue como un conjuro que evaporó los nubarrones de su mente. Siguieron dando vueltas y Mar fue consciente de las miradas que levantaban. Pensó que muchas eran de féminas e imaginó que más de una querría estar en su lugar. Aquel pensamiento la divirtió, aunque también la hizo sentirse celosa. Le gustaba tener su atención.

—Veo que no pasas desapercibido —murmuró con burla para cambiar de tema—. Será cierto eso que dicen por ahí de que eres un poco mujeriego.

—¿Eso has oído? No niego que me gustan las mujeres... Pero nunca he engañado a ninguna. Es solo sexo. Sexo sin compromiso.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué haces si alguna quiere algo más? —preguntó y se rió a sí misma por ello, no quería darle la impresión de que trataba de ligar.

—¿Te interesa? —Enric le dedicó una sonrisa lobuna y ella, sin poder evitarlo, notó como despertaban mariposas en su estómago a la vez que no

dejaba de mirar sus labios carnosos e imaginó que debía besar muy bien. Quizás los cócteles empezaban a hacerle efecto—. Creo que para eso voy a necesitar más que un baile.

Soltó una carcajada. Definitivamente era un buen seductor.

—Entonces estás bien, ¿no? Por lo del capullo, digo.

Mar volvió a echarse a reír. Enric era divertido. Tuvo que tragar saliva cuando notó que se pegaba más a ella.

—Estoy perfectamente. —Y no mentía, él le hacía sentirse bien. La cercanía de su cuerpo, su aroma, la presión de sus dedos en su cintura; todo él emanaba seguridad y la hacía reír. De pronto notó cómo su mano bajaba hacia la parte donde la espalda pierde su nombre. Sintió que le subía la temperatura—. ¿Qué buscas por ahí?

—Quiero saber si llevas ropa interior debajo de este vestido alucinante.

—Por supuesto que llevo. Eso que tocas es un tanga... de color rosa.

Sin vergüenza, él palpó sus caderas y debió encontrar algo porque tiró de la tela a la vez que la apretó más a él. Mar tuvo un ataque de risa al escucharlo.

—Rosa... ¿Rosa fuerte o rosa claro? Me gustaría verlo.

—Rosa claro y no, no creo que sea posible.

—La noche es larga... La de cosas que se me están ocurriendo.

—Ah, ¿sí?... Pues pasarán en tus fantasías.

—¡Qué mala eres!

Sin darse cuenta la canción había finalizado y estaban parados en mitad de la pista riendo divertidos. Le costó separarse. Desde que rompió con Mat era la primera vez que se dejaba ir y su ex no ocupaba su mente al completo. No era tonta, Enric era peligroso para ella y sabía muy bien lo que quería.

Una voz los interrumpió.

—Cambio de pareja.

Era Arturo que con una sonrisa jovial trataba de apartar a su nieto. Este se despidió con una sonrisa pícaro y lo vio marcharse hacia la barra donde estaban las médicas que trabajaban con Carlos.

Sinatra seguía sonando en la voz del cantante. Tocaban *Moon river*. Mar estaba convencida de que cantaría todo su repertorio. El novio era un gran fan.

Arturo se interesó por si Mat la molestaba mucho, se había dado cuenta de que la perseguía bastante y ella le restó importancia. Había tenido su propio guardaespaldas, pensó soñadora.

—Serías una buena mujer para mi nieto. Al criarse sin padres le faltan referentes.

—¿Sin padres? —preguntó curiosa y compartió su historia—. Yo también crecí sin padres. Murieron en un accidente de tráfico cuando tenía dieciséis años.

—Lo siento, Mar, sería una dura pérdida siendo tan joven. ¿No tienes más familia?

—Sí, mi abuela, pero vive en Madrid. Susana y yo somos muy amigas desde niñas. Así que Joana me acogió largas temporadas hasta que me instalé con ellas —explicó tranquila—. Para mi abuela fue difícil, pero lo aceptó. Es una gran mujer.

—La madre de Enric murió al nacer él, no soportó el parto. Y mi hijo en un accidente, esquiando, cuando su niño tenía ocho años. Lo criamos entre mi mujer y yo; aunque mi hija lo cuidó como a su propio hijo. Entre todos lo consentimos y le dimos mucho amor. Pero está demasiado solo y a veces hace tonterías. Necesita sentar la cabeza.

Conocer aquello la hizo sentirse cerca de Enric; los dos eran huérfanos desde bastante jóvenes. No supo qué decir y se dejó llevar por el hombre que bailaba casi mejor que los nietos. De él heredarían la aptitud. Al finalizar la canción, el abuelo le dio un pellizquito en la mejilla y se despidió con cariño.

La celebración estaba en su apogeo y sintió que el agobio del inicio había desaparecido. Quizás debía darle las gracias a Enric. Lo buscó con la mirada. Estaba con sus amigos y, como si hubiese notado que lo observaba, se giró hacia ella. La intensidad con la que él también la contempló la aturulló.

«Ese hombre no es tu tipo, es peligroso».

Capítulo 2

A media noche, Mar, cansada y con dolor de pies, dio por terminada la fiesta. Los novios hacía rato que habían desaparecido, igual que Sonia. Su amiga se había retirado frustrada porque Sebas se había tenido que marchar. Era *Mosso d'Esquadra* y lo habían llamado para suplir la guardia de un compañero que se había roto una pierna haciendo escalada.

Se desvistió contrariada, la imagen de Mat persiguiéndola no le había gustado. Tenía sentimientos encontrados. Por un lado, no le pasó desapercibido que él usó todas sus armas. Se había puesto el traje que habían comprado juntos, estaba guapísimo. Pero, por otro, sin saber por qué lo comparó con Enric. El pensamiento que la asaltó la dejó bloqueada. Enric estaba espectacular con traje, pero ¿cómo estaría sin él?

Siguió con el ritual de desmaquillarse para dejar de pensar. Después se colocó un camisón corto y recordó que en la neverita aún le quedaba una botella de cava, de las que Susana había llevado la noche anterior. No le apetecía dormir. A su mente acudió su amiga Sonia, seguro que tampoco estaba muy fina. Había planeado esa escapada con su novio hacia semanas y se había quedado sola. No le rechazaría unos tragos. No le gustaba emborracharse, perdía un poco el control. Sin embargo, decidió que tomarse unas copas más no iba a perjudicarla mucho. Total, iba a acostarse después y necesitaba algo que la adormeciera y le sacara a Mat de la cabeza.

Con la botella en la mano salió al pasillo. Unos turistas que pasaban la

miraron con cara de sorpresa y se dio cuenta de que iba en paños menores. Entró de nuevo a la habitación y buscó su bata. Llamó su atención una puerta interna, que unía, y separaba, las dos habitaciones. Sin pensarlo demasiado se acercó a ella y picó con los nudillos en la madera, casi a la vez que abría el pestillo de seguridad.

—¡Sonia! ¡Despierta, tengo cava! ¡Ayúdame! Tengo que sacar a Mat de mi cabeza —gritó a la puerta mientras seguía picando cada vez más fuerte. Al momento escuchó que, desde el otro lado, su amiga manipulaba la cerradura.

No esperó y descorchó la botella.

—Date prisa que esto empieza a salir. —El líquido salió con brío y para no desperdiciarlo se lo llevó a los labios. Bebió un buen trago y casi se atragantó cuando la puerta quedó abierta de par en par.

—¡Vaya! ¿Es una invitación? —preguntó Enric con sorpresa. Paseó la vista por su cuerpo y le dedicó una sonrisa lasciva—. Veo que te gusta el rosa, te sienta muy bien.

Mar lo miró medio alucinada. Solo llevaba unos calzoncillos blancos ajustados que empezaron a abultarse. ¡Se estaba excitando al verla! En ese momento fue consciente de que llevaba un minúsculo camisón que le cubría un palmo de sus muslos, y lo peor era que los pechos empezaron a reaccionar a su escrutinio; sus pezones se endurecieron. Enric estiró el brazo y agarró la botella, se la arrancó de los dedos y le dio un buen sorbo.

—Yo pongo las copas —dijo y se dio media vuelta, botella en mano—. Pasa.

Durante una milésima de segundo dudó qué hacer, pero lo siguió.

—¿Y... Sonia? —preguntó vacilante.

—No sé, ¿esperabas encontrarla aquí?

—¿No es esta la habitación dos dieciocho?

—No, es la dos diecisiete. Estaba en la primera planta, en la uno doce, pero no iba la cisterna y no había agua. Me cambiaron esta mañana.

Enric sirvió cava en unos vasos que sacó del baño y le entregó uno. Se sentó

a los pies de su cama y apoyó la botella en el suelo. Mar, perpleja aún, miraba el revoltijo de sábanas. Él dio una palmada al colchón, en un claro gesto para que lo acompañara, mientras bebía. Dudó si hacerlo. Era una situación incómoda y la alarma saltó en su cerebro. Tenía su peligro.

—¿Estabas durmiendo?

—Lo intentaba, pero no podía.

Mar buscó dónde tomar asiento y lo hizo enfrente, sobre la cómoda. Durante un rato estuvieron en silencio, aunque se repasaron mutuamente mientras degustaban el cava. Al terminarlo, Enric se levantó y se acercó para rellenarle el vaso; después, regresó a su lugar y repitió la acción en el suyo.

Seguían en silencio, como si cada uno estuviera perdido en sus pensamientos. Sin embargo, la sangre de Mar se calentaba por momentos. La mirada de él era incendiaria, de desafío y provocación. No sabía cómo era la suya, pero se sentía deseada y eso la coartó, lo que hizo que bebiera más rápido.

Buscó un tema de conversación, pero él se le adelantó.

—¿A qué te dedicas?

—Trabajo con Susana, en el bufete.

—Ah, entonces os va bien, ¿eh? Sois socias, ¿verdad?

Asintió con una sonrisa.

—No sabía que eras su novia. —Que él trajera a Mat a aquel momento la incomodó—. Y eso que he oído hablar de ti bastantes veces, pero como no lo soporto no hacía mucho caso. Pensaba que eras una esnob, como él. Me alegra reconocer que estaba equivocado. —Sonrió pícaro y a Mar le hizo gracia la cara de pillo que le dedicó.

—Me ha hecho mucho daño, fue desagradable encontrarlo con otra en nuestra cama —explicó y no se dio cuenta de que lo decía hasta que él asintió. Sonrió para quitarle hierro a la situación—. No quiero hablar de Mat.

—Sabes que un clavo saca otro clavo, ¿verdad?

La mirada que acompañó a aquellas palabras la impactó. Pero soltó una

carcajada.

—¡Esta es buena!

—Tenía que intentarlo —dijo risueño.

—Casanova, Casanova...

—Has hablado con mi abuelo, ¿verdad?

Rieron de nuevo.

Él volvió a beber, esta vez a morro de la botella y ella lo interpeló mostrándole el vaso para que le echara de nuevo.

Compartieron comentarios divertidos de la boda y sin darse cuenta se bebieron la botella.

—Creo que tengo una de cortesía en la nevera —anunció Enric al ver que apenas quedaba líquido.

Se levantó y Mar no pudo evitar echarle un ojo. Tenía un buen cuerpo, atlético y sin grasa y, achispada como se sentía, lo imaginó buen amante. Enric regresó a su asiento con la nueva botella, ella le mostró su vaso y él la provocó, le dijo que si quería más tendría que acercarse.

Coqueta, se bajó de la cómoda y se le acercó. Sintió que la cabeza le tambaleaba, pero muy digna se situó frente a él para que le llenara el vaso. Él no solo cumplió sus expectativas, sino que tiró de su brazo y la sentó en sus rodillas. Luego le retiró un mechón de pelo del cuello y se le acercó al oído.

—Me gustas un montón y me estás poniendo tonto.

Mar sintió que la mecha que había prendido en algún momento en su estómago crecía. Tenerlo tan cerca la afectaba y su mente se llenó de escenas eróticas.

Quizás Enric leyó su pensamiento porque comenzó a darle pequeños besos por el cuello hasta llegar bajo el lóbulo y ella gimió al sentir cosquillas en aquella piel tan fina.

Se movió para sentarse mejor y se colocó a horcajadas. Él no esperó para acercarla a su pelvis y que se rozara en él. La protuberancia que tenía entre las piernas avisó a Mar que el juego se le podía ir de las manos. No pudo pensar

más porque él reclamó su boca y la besó de una forma apasionada.

Devolvió el beso con ganas y sin darse cuenta el vaso se le volcó sobre el hombro de Enric, lo mojó y también la cama.

Él se separó con una sonrisa lobuna en los labios. Mar no tuvo tiempo de reaccionar y soltó un chillido cuando él le tiró el cava que le quedaba en su vaso sobre los pechos y al segundo se lanzaba sobre ellos a lamer con avidez el líquido que resbalaba. El camión acabó empapado, pero ella se sintió en la gloria y se contoneó para provocarlo. Sin embargo, el sentido común se abrió paso en su mente nublada; era el primo de Carlos. Puso distancia. Por la cara que Enric le puso al intentar cogerla del brazo para que no huyera, supo que no le había gustado. Pero no le dijo nada.

Regresó a la cómoda y se sentó frente a él. Lo vio recolocarse la erección y cómo el deseo se reflejaba en sus ojos.

—Enséñamelo —pidió Enric con voz baja.

—¿Qué? —Mar supo a qué se refería y durante un largo segundo evaluó lo que podía ocurrir si accedía. No podía engañarse, estaba excitada. Pensó que quería una noche loca, volver a degustar el sabor de sus labios, ver a dónde podía llevarla. Quizás así sacaba a Mat de su cabeza. Su mirada de fuego la ayudó a decidirse.

—Enséñamelo —repitió él y su voz fue más seductora.

Hipnotizada, colocó las manos sobre sus muslos y las subió despacio para arrastrar la prenda hacia arriba. Lo miraba absorta, pero él tenía los ojos clavados en sus manos; cuando calculó que ya se veía la prenda interior se detuvo.

Después de lo que le pareció una eternidad en la que se miraban devorándose en la distancia, sin decir nada, Enric abandonó el vaso sobre la cama; se levantó y se le acercó despacio. Al llegar junto a ella entrelazó los dedos en su pelo y besó su cuello. Ella, golosa, se movió y le dejó mejor acceso. Pero Enric no estaba dispuesto a ponérselo fácil. Lo vio en sus ojos cuando, casi rozando sus labios, susurró sobre ellos.

—Pídemelo.

Ella se sonrió y con un gesto posesivo lo agarró de la nuca.

—Bésame de una vez.

Lo recibió con ganas y se lo devolvió con ansia; las mismas que él tenía. Era un beso largo, profundo. Delicioso. Mar no sabía qué hacer con las manos, las posó en sus hombros y al segundo rodeaba su cuello. Pero Mat apareció en su pensamiento. Quiso espantarlo, necesitaba concentrarse y no pensar en él. Su exnovio no besaba así, como si la vida le fuera en ello. Las caricias que Enric empezó a prodigarle la llevaban al cielo. Aquello era una locura, pero quería vivirlo. Sin embargo, él debió captar que algo no iba bien porque se separó y la miró sin decir nada. Sostuvo su mirada, necesitaba que continuara, aunque no quería que Mat se interpusiera, no podía estar con Enric y pensar en el otro. Podría decir el nombre equivocado.

Tuvo la impresión de que él le pedía permiso para seguir o que le daba tiempo para retirarse. Quizás debería frenarlo. ¿Quería seguir con el juego hasta el final? Sí, sí quería, quería olvidarse de todo, solo ansiaba sentir. Estaba al borde del precipicio con unas cuantas caricias, la proximidad de Enric y la promesa de algo. Así que se lanzó al vacío. Lo sujetó por ambos lados de la cabeza y paseó su lengua por sus labios, lo retó con besos tentadores. Él aceptó el chance, abrió la boca y su lengua se abrazó a la suya. La locura empezó a instalarse en su vientre, cuando notó las manos de él deslizarse por aquella zona, y le subió el camisón para bordearlo. Sus dedos la rozaron por encima de la fina tela que la protegía. El gemido que se le escapó fue la pista que le dio al hombre para incursionarse bajo el encaje y regalarle mil caricias.

Su mente empezó a volar, pero de repente Mat volvió a colarse en ella, como un furtivo lo hace en el bosque y sin quererlo, una lágrima escapó de sus ojos y resbaló por su mejilla. Deseó con toda el alma que Enric no se diera cuenta, pero fracasó al notar que él la sorbía con los labios.

—Mírame —le pidió con gesto serio. Avergonzada, había cerrado los ojos,

los abrió despacio y lo enfrentó—. Mírame, soy Enric, Enric Oliver. Estás conmigo. Quiero que pienses en mí, quiero estar en tu cabeza, en tu fantasía; como tú estás en la mía desde ayer. Quiero que sea mi nombre el que digas entre jadeos. Y quiero que si se te escapa alguna lágrima sea por lo que te hago sentir. Por nada, por nadie más. Cuando estalles, lo haremos y tendrás otro orgasmo que me pertenece. Entonces se habrá acabado tu polvo de despecho y haremos el amor toda la noche. ¿Estás preparada? Si no, es mejor que nos detengamos aquí. No quiero que te arrepientas después.

—Yo también quiero hacerlo, pero... Pero no quiero pensar, hazme tuya, llévame a donde quieras, pero no quiero pensar. ¿Lo prometes?

—Princesa, vas a volverme loco, pero acepto el reto.

No hubo más palabra y se dejó llevar por las promesas de lujuria que veía en sus ojos. Primero la hizo volar con sus dedos mágicos y tras estallar le pidió que no se moviera y fue al baño, regresó con varios preservativos.

Mar pensó que nunca se había acostado con alguien por despecho, pero que Enric le pusiera ese nombre a lo que estaban haciendo la liberó. Para demostrarle que sabía que era él quien la tomaba repitió su nombre en su oído y se dejó arrastrar por todas las sensaciones que la embargaban. Nunca lo había hecho con tanta intensidad, ni ella se había entregado con aquella ansia de ser conquistada.

Atenta a todo como estaba no le pasó desapercibido que Enric esperó a que ella llegara a la cima y después se dejó ir; con su nombre pegado a los labios, como si fuera un mantra.

Cuando fueron dueños de sus cuerpos, por un momento Mar se sintió cohibida. Ya habían hecho el amor, quizás él quería dormir. Mat siempre se dormía después. Se recriminó: «Nada de Mat, Enric, Enric», se repitió con una sonrisa en los labios.

—Se te ve satisfecha —la provocó Enric tirando de su mano hacia la cama.

—Lo estoy —aseguró.

Al sentarse de pronto dio un respingo y soltó una sonora carcajada.

—Parece que te has meado en la cama.

Enric palpó las sábanas y levantó el vaso. Se había derramado todo el líquido.

—Qué desperdicio —rio él, fue hacia la botella y leyó la etiqueta—. Gramona Imperial Brut Gran Reserva. Tú tampoco luces muy bien.

Ella se miró y vio la marca del cava que él le había tirado sobre su escote. Tenía tanto calor en el cuerpo que ni le molestaba.

—Quizás debería irme.

—¿Quizás? Aún nos queda un poco de cava, podemos terminarlo.

Aceptó la oferta. No le apetecía irse a dormir, estaba demasiado expectante, como si no se hubiera saciado de nada: ni de cava ni de Enric. Necesitaba sosegar. Lo vio hacer un amasijo con las sábanas y las colocó sobre la zona húmeda, después vació la botella en ambos vasos y le entregó uno. Se sentaron y apoyaron sus cabezas en el cabecero.

—Por el sexo de las noches de boda. —Enric levantó el vaso para un brindis.

—Me parece bien —respondió achispada y chocó su vaso con el de él—. Por el sexo de las noches de boda.

Con una naturalidad que a Mar la sorprendió, Enric empezó a contarle que se iba a ir de vacaciones a Córcega y le nombró algunos sitios en los que había estado. Se notaba que le gustaba viajar. Ella le explicó que en agosto solía irse a Madrid. Allí vivía su abuela y le gustaba pasar algunos días con ella. Sin darse cuenta le habló de que le gustaría viajar más, pero que no lo había hecho todo lo que hubiera deseado. Se le escapó decir que para eso hacía falta un buen compañero de viaje. Él la miró risueño y al verse en sus ojos sintió que la comprendía. Con guasa y cara muy seria Enric le propuso que, si al siguiente verano no tenía con quién viajar, podían organizar algo juntos. Con burla él le mostró el meñique y ella lo enlazó con el suyo muerta de la risa. Enric la sorprendía cada vez más. Recordó las palabras de Arturo y se dio cuenta de que escondía su forma de ser bajo algunas capas como había hecho

con la humedad de la cama.

Los ojos se le cerraban y sin darse cuenta se fue acomodando.

—Te estás durmiendo —le anunció Enric y retiró un mechón de su cara.

—Estoy cansada.

—Entonces duerme.

Aquella frase hizo que abriera los ojos de golpe. Él también se había recostado. La besó con mucha dulzura y sin saber cómo, aquel beso fue cobrando intensidad. Él le retiró el camisón y subió por su cuerpo como si fuera un felino. Repasó con sus labios toda su piel, se detuvo en el valle de sus pechos y en su zona más íntima, para hacerla gritar. Después, antes de que ella pudiera abandonar los rescoldos del éxtasis, se tumbó sobre ella. Volvió a reclamarle la boca y se la devoró con una pasión que la desconcertaba. Se sentía muy desinhibida, el alcohol había hecho de las suyas y le siguió en los envites y juegos que le propuso, al cambiar de posturas. Acabaron extasiados y saciados y se durmieron con las piernas entrelazadas.

No había pasado una hora cuando Mar despertó en los brazos de Enric. Se sintió extraña. Con mucho cuidado se levantó, fue al baño y en vez de regresar a la cama se fue a su habitación. Estaba asombrada de todo lo que habían hecho, de las veces que él la había llevado a lo más alto del placer. Se puso una camiseta y se dejó caer en su cama.

Pero un ruido la sacó de su duermevela. Era Enric.

—¿Ocurre algo? —preguntó extrañada.

—Me has dejado solo.

Asombrada vio como él se metía bajo sus sábanas y se abrazaba a su cuerpo.

—Duerme, Princesa.

Mar se despertó con los golpes de alguien que aporreaba su puerta. Enric estaba desnudo a su espalda; la miró extrañado y ella con cara de susto. Era Sonia, gritaba que le abriera. Él debió entender la situación porque se levantó, le dio un beso en la nariz y antes de cruzar la puerta que separaba ambas habitaciones le dijo:

—Quiero volver a verte, no te escapes.

Mar cerró, pero no puso el pestillo. Las imágenes de la noche se le revelaron provocadoras y pensó que lo que más le apetecía era cruzar y volver a los brazos de Enric. Aquel pensamiento la alertó. Lo habían hecho varias veces y se sentía dolorida, y que tuviera más ganas la desconcertó. Ella nunca había sido así. Se estremeció por todo lo que había sentido y quería más.

Revisó la habitación. No le apetecía que Sonia hiciera comentarios jocosos acerca de su nuevo amigo, se colocó la bata y abrió con expresión cansada.

—¡Menuda cara, chica! Parece que has tenido una mala noche.

—Sí, ha sido algo revuelta. —Se mordió el labio al recordar. Si Sonia supiera, pero no quería contar nada, así que mintió—. Tomé un Orfidal y he dormido como una marmota. ¿Qué hora es?

—Las diez menos cuarto, ¿no bajas a desayunar?

—Sí, dame cinco minutos, necesito una ducha rápida.

Mar entró en la ducha y no podía dejar de pensar en la noche pasada. Jamás se había abandonado tanto con alguien la primera vez. Ella no se había acostado nunca con alguien nada más conocerlo. ¿Pero qué le había pasado? Culpó al cava. Sin embargo, no se arrepentía y, mientras el agua resbalaba por su cuerpo, se deleitó en recordar las manos de Enric acariciándola, sus labios en el cuello y los susurros tiernos en su oído. Mat volvió a cruzarse por la cabeza, pero iba de retirada. El polvo de despecho había hecho estragos. «Mat, ¿quién era Mat?».

Se colocó un vestido veraniego y unas sandalias de tacón. Tras maquillarse con suavidad y ponerse su perfume favorito de Chanel, avisó a Sonia de que ya estaba.

Encontraron a Susana y Carlos en el comedor, muy acaramelados, ajenos al resto de familiares con los que compartían la mesa. Le gustaba ver a su amiga tan feliz, ojalá ella pudiera serlo algún día. Tomaron asiento, Sonia en el sitio que dejó vacío la tía Merche y ella junto al novio. Se sirvió un té y un poco de

fruta, aunque se sentía hambrienta, así que se preparó una tostada con mantequilla. Justo en el momento en que le untaba mermelada de frambuesas, Enric hizo su aparición, con unas bermudas claras y una camisa blanca de lino por fuera y las mangas remangadas. Se lo quedó mirando medio embobada. Él dedicó una amplia sonrisa a los integrantes de la mesa. Sus miradas se cruzaron y notó un escalofrío por todo el cuerpo. Besó a Susana y agradeció que no siguiera con el resto.

—Pareces contento. ¿Ya no te duele la cabeza? —le preguntó Carlos.

Aquella pregunta la descolocó un poco, pero no se atrevía a preguntarle delante de todos.

—No, ya no. Contra todo pronóstico he pasado muy buena noche.

Enric, ufano, y sin darse cuenta del efecto que estaba provocando en ella, se sentó a su lado y la miró descarado.

—Pero, bueno ¿y a las demás no las besas? —inquirió Susana con burla.

Obediente, Enric se levantó y plantó un beso en la mejilla de Sonia y luego en la de ella. Fue casi una caricia. Posó una mano en su hombro, muy cerca del cuello y deslizó un dedo por su nuca que le envió la señal al cerebro y de ahí a todo el cuerpo. Fue un gesto imperceptible para los demás que la puso en alerta, creyó que su piel reconoció el contacto y no pudo evitar estremecerse. El muy canalla sabía el efecto que podía causarle, lo observó sonreírse pícaro.

—Qué bien hueles, ¿Coco Chanel?

—Has acertado. No es fácil.

—Bueno, es que me suena.

—Ni nos cuentes de qué te suena —propuso Susana, con una mueca divertida y todos rieron. Trago saliva al evocar el momento íntimo en el que le dijo el nombre de su perfume.

—¿Te dolía la cabeza? —le preguntó curiosa a la vez que lo miraba con cara de asombro.

—A veces me pasa, cuando bebo, pero se me fue rápido —explicó con

media sonrisa—. Solo tenía que relajarme. Y tú, ¿has dormido bien?

—Sí, yo también. Caí rota —respondió con ironía y él le dedicó una amplia sonrisa.

Sonia empezó a explicar que ella no había dormido tan bien. Tenía unos vecinos de habitación bastante ruidosos. Mar estaba tan absorta en Enric, que se había atrevido a cogerle una mano bajo la mesa, que tardó en percatarse de lo que su amiga hablaba. Cuando fue consciente de que la pareja a la que hacía referencia eran Enric y ella, creyó morir. Por el rabillo del ojo vio como él se sonreía. Era un descarado.

—No sé cómo no me levanté; si llego a saber que tienes Orfidal voy a tu cuarto —le comentó Sonia y ella la miró con toda la calma que fue capaz de reunir y, para su sorpresa, fue bastante—. Se lo han pasado de miedo, menuda envidia y una sola y sin compañía.

—Lo siento, yo ni me he enterado. Estaba agotada. —Era sorprendente cómo podía cambiar en una noche, ya hasta mentía de una forma decente. Quizás la mano de Enric que apretaba la suya le infundió la confianza que le faltaba.

—No me extraña con el día que te dio Mat —comentó Susana.

—Estuve a punto de tocarles en la pared, pero no quería cortarles el rollo. Qué máquinas, les conté cuatro. —Sonia no dejaba el tema, se reía a la vez que hablaba y ella temía el momento en que asociara que podían ser ellos.

—Pues mejor para ellos. ¿Y quiénes eran, lo sabes? —preguntó Enric, y al escucharlo quiso morir de vergüenza.

—¿Qué habitación es? —se interesó Susana.

—La dos diecisiete, entre Mar y yo.

—Qué raro —murmuró Carlos—, esa habitación estaba vacía.

Susana la miró con los ojos entrecerrados, pero ella comía su tostada como si la cosa no fuera con ella.

—Mat se fue, ¿verdad? —interpeló Susana a Carlos.

—Sí, anoche, después del espectáculo que dio con Mar, no quiso quedarse.

—¿Y quién había en esa habitación? —curioseó Sonia.

Alarmada, miró a Enric que tomaba su café tan tranquilo. «Por Dios que no lo digan», era lo único que pudo rezar.

—No sé —contestó Carlos—, supongo que alguien que no es de la boda, no nos la dieron en el lote.

—¿Tú dónde estás, Enric? —Susana debía tener la mosca detrás de la oreja porque no soltaba el tema.

—En la uno doce, junto al abuelo.

En aquel momento, como salvados por la campana, un hombre entró con Arturo y captaron toda la atención de la mesa. El abuelo los besó a todos y se detuvo junto a ella.

—¿Qué tal, Princesa? ¿Ese bruto dejó de molestarte?

«Princesa». Así la había llamado Enric, también.

—Sí, Arturo, por mí está disculpado.

—¿En serio? —preguntó Susana sorprendida—, pero si es un impresentable. Perdona, Carlos, pero la molestó muchísimo y eso que le habíamos advertido.

—No pasa nada, es normal —señaló tranquila.

—¿Y qué quería? —indagó Sonia—. Para atosigarte como lo hacía, algo querría.

—Volver.

Enric, a su lado, hizo un sonido gutural que solo escuchó ella. Pero al segundo, clavándole la mirada, preguntó con voz flemática:

—¿Tú quieres volver con él?

—No, para nada, hay cosas que no se perdonan.

—Entonces un polvo de despecho y andando.

La frase provocó la carcajada general; ella también sonrió y, al observarlo con censura, se dio cuenta de la mirada intensa que le dedicaba. Era un instante raro, ellos dos entre la algarabía, no les hizo falta decirse nada.

—¡Enric! —exclamó el hombre que acompañaba a Arturo. Mar sospechó que era el chofer—. Me llevo a don Arturo. Te aviso por si quieres que bajemos juntos, por lo del coche.

—Sí, espérame, Javier, recojo las cosas y me voy con vosotros. Buena idea, no vaya a ser que me vuelva a dejar tirado.

Mar no supo por qué no le gustó escuchar que se marchaba. Podían quedarse, comer allí y... Repetir. Quería repetir. No se reconocía. Se preguntó qué era lo que esperaba, no pudo responderse, pero seguro que no era que se marchara ya. Lo observó con disimulo y sus miradas se cruzaron en un instante.

—Las curvas de Garraf han sido demasiado para ese coche —comentó Arturo, comía un pastelito—, pero podrías acompañar a estas señoritas a comer.

—Nosotras también nos vamos —soltó Sonia—. Mar, tú regresas ya, ¿no?

—Sí, si alguien quiere que lo suba, tengo plazas libres —respondió y miró a Carlos y Susana.

—¿Ves, abuelo? *Las señoritas* no quieren mi compañía. Me has dado mala fama.

—No es eso —se disculpó—, es que necesito descansar. Además, tengo una semana movida sin Susana.

Observó como Enric se levantó de la mesa y se despidió de todos con un beso. Cuando llegó a su lado, Mar le sonrió nerviosa y tuvo que morderse el labio porque el beso que recibió no fue el que hubiera deseado.

Tardó en subir a su habitación. Se entretuvo con Joana y Merche para despedir a los novios. Al entrar, encontró la puerta intermedia abierta y el silencio le indicó que él ya se había marchado. Así y todo, necesitó entrar en la estancia para comprobarlo. Su cama estaba revuelta y por un instante en su mente se representaron escenas vividas en aquel lecho. Decepcionada, y enfadada consigo misma, regresó a su habitación. Sobre la cómoda algo llamó su atención. Era su camisón, doblado y al lado estaba el ramo que Susana le había entregado a Enric. Su corazón aleteó al descubrir que sobre la prenda había una nota con un número de teléfono:

Ha sido un placer. Quiero repetir. Espero tu llamada. E.

Capítulo 3

El trabajo envolvió a Mar en una nube. Al no estar Susana en el despacho tuvo que intensificar sus horas; no le importó, prefería estar ocupada para no pensar. Le había dado muchas vueltas al tema de Enric, asumió que fue un rollo de una noche, un *quitapenas*, no quería complicarse. Pero maldita fuera; cuando cerraba los ojos casi podía sentir sus labios sobre su piel. Intentó convencerse de que él ya habría pasado página; era un hombre que tendría a una mujer distinta cada noche en su cama, ¿por qué ella iba a ser especial? Quizás la pelirroja de la boda había caído al fin. Le había parecido que se la trabajaba bastante. Tanta conversación y sonrisas, ¿qué iba a significar si no? Tuvo que aceptar que pensaba mucho en Enric, sí, y de Mat apenas se acordaba. ¿Cómo era posible que si había vivido con él dos años su huella fuera tan sutil? La humillación sentida no la perdonaba. Quizás esa fuera la respuesta de que los días en que lo echó de menos habían pasado.

En el ático se sentía cada vez más a gusto. Le iba a costar dejarlo cuando llegara septiembre. En la terraza había un *jacuzzi*. Le gustaba meterse desnuda, sobre todo por las noches en que el calor apretaba. Estaba muy bien ubicado, casi de forma estratégica para quedar oculto a la vista de vecinos curiosos. Por si acaso, ella había añadido una maceta grande, con una dama de noche y otras plantas que, además de darle frescura y crear un buen ambiente, obstaculizaban más la vista. Aquello parecía un vergel.

El ramo que Enric le había dado lo tenía seco en su habitación, en un jarrón

sobre la cómoda. Se decía que era porque le gustaba y había sido parte del ramo de novia de Susana, pero en el fondo le agradaba conservar aquel recuerdo de él.

En los quince días que habían transcurrido desde la boda, había soñado con él varias veces. Se había llegado a preocupar. Eran sueños muy eróticos, repetía una y otra vez aquella noche y lo peor era que no entendía cómo no se le iba de la cabeza. Tampoco es que ella no hubiera tenido nunca una noche de sexo alucinante. Bueno, como aquella no lo recordaba, pero la había tenido, seguro.

El encuentro con Susana fue emotivo. Los nervios de la boda ya habían pasado y estaba relajada y feliz. Contaba cosas divertidas y fantásticas de Nueva York, donde habían ido los novios de luna de miel. Hizo un cálculo mental de los días que le quedaban para irse ella de vacaciones, las necesitaba con urgencia, pero aún le faltaban algunas semanas.

Se notaba el verano, Barcelona había bajado el ritmo trepidante del invierno, pero a Mar le parecía que el centro tenía cada vez más turistas y las terrazas de moda estaban a rebosar. Había salido alguna noche con Susana, solas como en sus viejos tiempos; o con Carlos, a quien le gustaba acompañarlas. Pero ver a la pareja hacerse arrumacos y tan unidos, le generaba nostalgia y pesar. Se le hacía más patente que ella estaba sola y que lo que fuera que tuviera lo había perdido. No echaba de menos a Mat, estaba convencida, pero sí la sensación de tener una pareja, de estar con alguien al lado. Era algo abstracto que le costaba comprender.

Se centró en el trabajo, junio y julio eran meses de ajetreo en el despacho. Tocaba preparar impuestos y los clientes solían esperar a última hora para enviar sus documentos. Sonia iba a destajo y ella misma dejaba a un lado sus labores de abogada para ayudarla, lo que intensificó sus tareas. Aún tenía algunos juicios y reuniones que atender antes de poder marcharse de vacaciones.

Varios días antes de cogerlas salió de copas con Susana. Habían ido a una de

las terrazas de Rambla Cataluña, cerca del ático. Su amiga, sin paños calientes, le anunció que Enric había ido a cenar a su casa la noche anterior. Disimuló, pero su corazón se agitó.

—Te lo digo porque me pidió tu teléfono.

—¿Cómo?

—Venga, Mar, que nos conocemos. ¿Me lo vas a contar?

—No hay nada que contar —mintió y pensó que lo hacía fatal porque su amiga insistió.

—A otra con ese cuento. Mira, estaba raro. Dijo que no salía con nadie y eso es muy raro en él, siempre tiene alguna amiga en la recámara. Por tu parte, no lo has mencionado nunca y eso también es sospechoso. Está muy bueno y lo del ramo fue de risa y ni siquiera has hecho un chiste.

—Tengo el ramo en mi cuarto, me lo regaló.

—¡Lo sabía! Venga, desembucha.

—Él es mi desconocido —confesó. Susana la miró con asombro y una chispa de burla en los ojos—. No sabía quién era... nos encontramos en la boda y... Eso es todo.

—¿Te crees que me he caído de un árbol? —preguntó con ironía—. Suena muy romántico, pero...

De pronto se calló y Mar temió lo peor. Casi vio sus conexiones mentales; su amiga, como si su maquinaria cerebral se pusiera a trabajar a marchas forzadas, al final exclamó:

—¡Erais vosotros! La pareja que mencionó Sonia, aquella que le estaba dando y dando, erais vosotros.

Se puso pálida de golpe, notó que la sangre huía de su cara y se sintió avergonzada.

—Espera... ¿No me digas que estabas con Mat? Te mato, ¿eh?

Susana hacía aspavientos con las manos y casi le entró la risa.

—No, éramos Enric y yo —soltó. Susana abrió mucho la boca y ante el asombro de su amiga ella elevó las cejas. Quería reírse por la cara de

incredulidad que le ponía, pero no lo hizo. Siempre se lo habían contado todo y sentía un gran peso por ocultárselo. Decidió confiar en ella—. Yo creía que era la habitación de Sonia y la llamé por la puerta que comunicaba las habitaciones por el interior, quería quitarme a Mat de la cabeza y aun quedaba una botella de cava que habías llevado. Abrió él, en calzoncillos, y una cosa llevó a la otra.

—Al polvo de despecho... ¿Cuatro veces? —señaló Susana con sorna.

—No sé ni las veces que lo hicimos, pero no creo que fueran tantas —se justificó.

—¡Es igual! Pero sí tuviste más sexo que yo en mi noche de bodas.

—Bueno, si te consuela pensamos en vosotros, sexo de noche de bodas. — Se rio por no llorar. Se daba cuenta de que le hacía falta hablarlo con alguien y que había reprimido las emociones que aquella noche despertó en ella—. Me dejó su teléfono en una nota, me pedía repetir, pero no lo he llamado, no sé qué decirle.

—Pues parece que él sí sabe qué decirte. Creo que por lo menos quiere decirte algo.

—No funcionaría nunca, Susu —se lamentó y sin darse cuenta reveló la espina que tenía clavada—. Siempre estaría pensando en cuándo me la irá a pegar.

—No puedes pensar que te va a pasar otra vez. Eso no es sano —refutó Susana en tono amable.

—No pegamos ni con cola, lo que quiere es sexo y, además, tiene pinta de ser de esos que tienen chorbo-agenda —dijo muy seria, pero la otra soltó una carcajada que la contagió.

—Sí, yo también lo pienso. Y tú deberías empezar a tener una. Leí hace tiempo que a no sé qué actriz le adjudicaban una. Ahora con Facebook es más fácil.

—Susi, cariño. No tengo quince años.

—Mira, a nadie le amarga un dulce. No hay que avergonzarse de tener un

listado de a quién llamar cuando tienes ganas de... una fiesta erótico-festiva y no tienes pareja estable. —Le pareció que a su amiga le costaba encontrar las palabras, sabía que no diría follar, y le entró la risa—. ¿Qué quieres que te diga? Ya nos toca a las mujeres ser modernas.

—Y guarras, ¿no?

—No me vengas con estereotipos, que los tíos pueden acostarse con todo bicho viviente, pero si lo hace la mujer... ya sabemos el san Benito que le cae. No digo que te conviertas en una *devorahombres*, pero sí que te des los homenajes que quieras. ¡Feminismo al poder!

—Anda, loca. Deja de gritar.

Volvió a reír.

—Mar, fuera de bromas. —Susana recondujo la conversación—. Volviendo a Enric, no creo que siga siendo así. Por lo que sé el abuelo le dio un ultimátum y ha reaccionado. Llevaba una vida un poco al límite. Según Carlos no sale con nadie desde la boda. Rechaza a todas las chicas que lo buscan. Te está esperando, estoy segura. ¿Por qué no vienes esta noche a cenar a casa de Arturo? Hay cena familiar, me ha dicho que te avisara.

—Ni hablar, no quiero verlo.

—¿A quién, a Arturo? Pero si ese viejito te adora, te quiere incluso más que a mí y no sé por qué —bromeó.

—Yo también lo adoro, pero no. Ya sabes a quién me refiero, no me hagas decirlo. Además, quiero dejar unos asuntos resueltos antes de irme de vacaciones. He de mirar algunos pisos. En septiembre dejaré el ático.

—¿Y Arturo lo sabe?

—Claro, ya se lo dije —aclaró—. He pensado que ya es hora de comprarme uno.

—Pero si tienes el de tus padres, solo has de avisar a los inquilinos de que lo necesitas.

—No, Susana, no quiero volver a ese piso —contestó seria—. Aquella casa removería todo lo que tengo guardado y el dolor volvería. Demasiados

recuerdos —añadió con humor—. Vida nueva, casa nueva.

—¿Entonces, no vas a llamarlo? —insistió, curiosa. Mar negó con la cabeza, pero Susana no pensaba dejar el tema y la picó —: ¿Y qué tal es? En la cama, digo.

—¡Ay, Susu! Buenísimo. No he tenido mejor sexo en mi vida.

—Pues no te entiendo, yo estaría deseando repetir.

—Me alegró la noche y me resarcí de Mat —confesó, quizás para autoconvencerse—, pero mejor seguir cada uno su camino.

El sábado por la mañana se pasó un buen rato frente al portátil, buscando piso por internet. Encontró varios que le gustaron e hizo una reserva para visitarlos. Tenían la ubicación y, sobre todo, el precio que le convenía. Le pareció que algunos alquileres eran abusivos. Llegó a plantearse lo de regresar a la que fuera su casa familiar, pero si le pegaba un pellizquito al dinero de sus padres no tendría ningún apuro. Así que se animó; además, había buscado una vivienda cerca del despacho para poder ir caminando. Se había acostumbrado porque desde el ático lo tenía muy cerca.

El timbre de la puerta la sacó de sus pensamientos. Cerró el portátil. No esperaba visita y se alarmó. ¿Sería él? El deseo inconsciente la traicionó. ¿Por qué iba a ser él?

Antes de abrir miró por la mirilla y sintió una grata sorpresa, era Arturo. Lo recibió con una gran sonrisa. Se lanzó a su cuello y le dio un abrazo. Le tenía mucho aprecio y sentía hacia él un gran cariño.

—¿No piensas invitarme a entrar?

Se apartó para que pasara y él la siguió hasta el salón. Al sentarse vio que sacaba unos papeles muy doblados del bolsillo, los dejó sobre la mesa de centro.

Aquella visita sorpresa la intrigaba así que le ofreció un café y ella se hizo un té. Al salir con la bandeja vio que se había sentado bajo el toldo de la terraza y lo siguió. No le pasó desapercibido que los documentos estaban sobre la mesa.

—Te esperaba anoche, Princesa, ¿qué pasó?

Que la llamara «Princesa» le recordó a Enric, aunque él siempre se lo decía. Sonrió con ternura.

—No me siento cómoda entre mucha familia. Será que siempre estuve con muy poca.

—Por eso deberías empezar y dejar que te quieran.

—¿Bueno, y a qué se debe la visita? —Pensó que querría averiguar cuando se marcharía del ático.

—Susana me ha dicho que miras pisos, ¿por qué? ¿No estás a gusto aquí?

—Por supuesto que lo estoy, es un lugar impresionante, me encanta, pero ya lo hablamos. Además, quiero comprar mi propio piso.

—Eso está bien, pero ¿qué prisa tienes? De aquí nadie va a echarte.

—No quiero que tu familia piense que soy una aprovechada.

—¿Por qué iban a pensar eso? —preguntó y Mar notó reproche en su voz—. A mi familia le parece bien que estés aquí. Cuando anoche, Carlos explicó lo bien instalada que estabas, nadie objetó nada; además, nunca se meten en mis decisiones. Yo no lo permitiría. —Aquel comentario la hizo consciente de que Enric sabía que ella vivía allí—. ¿Algún problema? Nos hacemos un favor mutuo, tú necesitas donde vivir y yo que me cuiden el ático.

—Pero no puedo estar aquí de gratis, eso me hace sentir mal.

—Bueno... si ese es el problema, podemos arreglarlo. —Le sonrió a la vez que recogió los papeles y se los enseñó—. Es un contrato de alquiler que ha redactado Susana. El precio lo ha puesto ella siguiendo mis instrucciones de lo que hay por alrededor, solo tienes que firmar aquí. —Le señaló el lugar sin soltar las hojas—. ¿Así estarás más cómoda? —Mar sujetó el pliego, tuvo la impresión de que a él le costaba soltarlo, pero al final se lo entregó abierto por la hoja donde debía estampar su firma. Ella intentó leerlo—. ¿No te fías de mí?

No era eso, sintió su desconfianza.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó. Se sentía incómoda, pero la sonrisa del

hombre la ayudó.

—El que tú quieras, Princesa, podemos revisarlo al año, ¿te parece? Tú entenderás de estas cosas. Yo no necesito ningún papel, cuando tengas algo mejor y quieras irte no habrá problema.

—De acuerdo —le pareció coherente.

Agarró de nuevo los papeles para supervisar qué decían y el sonido de un teléfono la distrajo. Arturo le hizo una señal y se llevó la mano al bolsillo de la camisa y lo escuchó saludar con alegría.

—Hola, Enric, ¿ya estás libre?

Mar se puso nerviosa al instante. Los papeles se le escurrieron al suelo, al recogerlos los dejó en su regazo, pero estaba más pendiente de lo que decía el abuelo que de lo que leía.

—No, no creo que tarde, ¿por qué no pasas a recogerme? —pidió él. Inquieta, por si eso ocurría, buscó en la cesta que tenía de sobremesa un bolígrafo; solía dejarlos por todos lados, pero la casualidad quiso que allí no encontrara ninguno. El hombre debió darse cuenta, porque cogió el que llevaba enganchado al bolsillo de la camisa y se lo entregó. Mar seguía escuchando cómo trataba de convencer al nieto para que lo recogiera. «Por Dios, que diga que no». No estaba preparada para verlo y menos en su casa.

Agarró el boli y con prisa buscó la línea de puntos donde debía firmar y estampó su rúbrica.

—Pero si estás muy cerca...

—Aquí tienes —lo cortó alterada y le pasó los papeles—. Si tienes prisa, por mí ya está.

Él la miró como si decidiera qué hacer y volvió a atender el teléfono.

—Bueno, hijo, parece que ya estoy. Espérame... Hasta ahora.

Arturo se levantó y ella lo imitó, contempló cómo revisaba el documento y satisfecho le sonrió.

—Perfecto. Me voy, Princesa. Aquí ya he terminado. Te llegará una copia.

—Espera, te escribo el número de cuenta donde hacer los cargos.

—Si no te importa se lo das a Susana. Me voy rápido que este nieto mío es capaz de irse y dejarme plantado.

Cuando se quedó sola se sorprendió de cómo había ido la visita. Miró el ático con otros ojos. Se sintió pletórica, el piso le encantaba. Todo estaba hecho a su medida: la terraza, el dormitorio, la cocina, hasta el sofá, esquinero y de color chocolate; parecía decorado a su gusto. Se dejó caer en la *chaise longue*, todo lo larga que era, y dio un grito de alegría haciendo la bicicleta con las piernas. Allí le gustaba tumbarse, después de su baño en el *jacuzzi* por las noches, y allí, soñaba con Enric. No podía, ni quería, sacarlo de su cabeza; pero saber que él podría haber ido a su casa a recoger a su abuelo y no había querido hacerlo le dolió. Él había pasado página y quizá verla también le resultaba incómodo.

Tenía que distraerse y, contenta como se sentía, decidió que saldría a comprarse un televisor enorme. Estaba tan feliz que sintió cierta pena por tener que marcharse a Madrid y no disfrutar del ático en agosto.

Mar fue a despedirse de Susana antes de salir hacia Madrid. Ella y Carlos se mostraron muy contentos porque al final aceptara quedarse en el ático y su amiga le comentó que cuando tuviera la copia final del contrato se la haría llegar. Al decirle adiós, Susu le dijo al oído que no le diera tantas vueltas y llamara a Enric. Pero ella no lo veía tan claro, había pasado mucho tiempo. A la vez un orgullo tonto le decía que él podía haberla localizado si hubiese querido, aquella idea apartó la posible culpa que tenía.

En la estación, mientras esperaba al AVE que la llevaría a Atocha, una llamada la sobresaltó. Era de Susana. Le recordaba que tenía que pedir hora en la clínica de Carlos, para su revisión dermatológica. No se había acordado y pensó que ya lo haría en septiembre, cuando volviera.

—No lo dejes, Mar, si quieres le pido a Carlos que te programe él mismo, así lo haces justo a tu regreso, es cuando menos gente tendrán.

—De acuerdo, no le molestará, ¿verdad? —inquirió.

—No te apures. Además, hace todo lo que le pido —respondió entre risas—. Dale muchos besos a Carmen y a Santi y pásalo muy bien.

A mitad de camino, escuchó a una mujer decir que Madrid era pesadísimo en agosto y aquel comentario la agobió. El calor era sofocante, muy diferente al bochorno de Barcelona. Menos mal que estaba segura de que Santi tendría todo un *planning* de pequeños viajes. No conocía a ninguna mujer con tantas ganas de hacer la maleta como tenían su abuela y su amiga Santi. Eran unas viajeras empedernidas. Estaba deseando poder enseñarles el ático y pensó que no les costaría nada venir a Barcelona. Entonces se dio cuenta de que no sabía cuánto le costaría al mes. Volvió a llamar a su amiga y se lo preguntó.

—Y yo que sé —respondió Susu, asombrada de que no lo supiera—. ¿En cuánto quedaste?

—¿Cómo que no lo sabes? Me dijo que tú pusiste el precio, asequible a la zona.

—No lo recuerdo bien. Lo traje preparado, yo incluí en el contrato los gastos de suministros y mantenimiento —explicó con calma—. Lo reviso porque no recuerdo, cuando sepa algo te digo, ¿vale?

Al llegar a Madrid todavía no le había dicho nada, así que, intrigada, volvió a llamarla. La risa de su amiga la hizo desconfiar.

—Mar, lo que firmaste dice que pagarás quinientos euros al mes y que el total de lo abonado te será reembolsado en el momento en que abandones el ático. El contrato es por dos años.

—¿Cómo? Pero... ¡Se ha salido con la suya!

—Eso parece, Arturo es muy listo. —Por su risa tuvo la impresión de que su amiga ya lo sabía—. No te agobies, Mar, él te quiere allí, era su casa, la que compartió con su mujer y no quiere que vivan extraños.

—Pero si los muebles son modernos, ya los has visto.

—Creo que lo amueblaron el año pasado.

—Es un ático alucinante, Susu, me siento fatal por Carlos y Enric.

—¿Por qué? Nosotros tenemos nuestra casa, que es fantástica y Enric la

suya. No sé.... Mira, deja de preocuparte por todo. ¿Dónde está el problema?

—¿Y la madre de Carlos?

—Ella no quiere ese ático en el centro, está feliz en Sant Cugat.

Se despidió confusa. Le pidió el número de teléfono de Arturo para tener una charla con él cuando estuviera más serena. Sentía que le había hecho una encerrona y no entendía por qué quería que estuviera allí.

Entrar en casa de su abuela la inundó de viejos recuerdos.

Carmen era una mujer moderna. Acababa de cumplir sesenta y seis años, vivía con su amiga Santi desde que recordaba. Se había quedado embarazada de su madre con dieciséis años y sus padres la echaron de casa. La familia de su amiga Santi la recogió y desde entonces habían estado juntas. Santi se había casado, pero enviudó muy pronto y desde entonces no se habían separado. Parecían un viejo matrimonio. Eran encantadoras, con un espíritu aventurero y una independencia que la sorprendía. Cuando sus padres murieron la abuela la había reclamado, para que fuese a vivir con ella; sin embargo, entendió que le costara separarse de su amiga del alma y, aunque le costó, accedió a que se quedara a vivir en Barcelona, con Susana.

—¿Hasta cuándo te quedas? —preguntó Santi con una agenda.

—Hasta el veintitrés.

—Perfecto, pues no deshagas mucho la maleta, tenemos bastantes planes —le avisó la abuela.

A ella también le gustaba viajar y durante todos aquellos días hicieron varias salidas cortas. Estuvieron una semana en Toledo, hospedadas en el parador y se recorrieron todos los alrededores. Todo un lujazo que le encantó. Después regresaron a Madrid antes de salir hacia el norte. Querían visitar Ribadesella. En aquella parada técnica decidió llamar a Arturo.

—Hola, Princesa. Esperaba tu llamada, ya me han dicho que estás en Madrid. —Le contó su inquietud y la sensación que tenía de que la había engañado para que firmara el contrato de alquiler y se callara. Él, descubierta

en su treta, no lo negó y rio descarado; la desarmó cuando le señaló que no lo pensara tanto. Le repitió que no quería extraños en el ático y que necesitaba que alguien lo ocupara para que no se deteriorase. No quería hacer ningún negocio y con aquel acuerdo se beneficiaban los dos. Acabó aceptando sus refutaciones, no iba a convencerlo de lo contrario. Al despedirse, se puso serio y la sorprendió el comentario que le hizo—: Llama a tu enamorado, no le hagas sufrir más.

—¿Cómo? —se atragantó con su propia saliva.

—Adiós, Princesa, pásatelo bien.

Durante unos segundos se quedó descolocada, pero se convenció de que no lo había entendido bien.

«¡Ay, Enric!».

Muchas noches pensaba en él, pero no solo por el fantástico sexo que compartieron, sino porque creía que habían conectado. Se hacía montones de preguntas acerca de él: ¿Qué haría? ¿Con quién estaría? Esas cosas morbosas que, aunque la molestaban, quería saber. Buscó su número de teléfono, lo tenía guardado en sus contactos favoritos. Pensó en llamarlo o enviarle un *whatsapp*, lo intentó, pero ninguna frase la convencía y acabó desistiendo. No era la primera vez que lo hacía. En otras ocasiones miraba si estaba conectado a la aplicación de mensajes y se preguntaba con quién chatearía. Pensaba en Enric más de lo que se atrevía a confesarse. Le había gustado estar con él, le encantaría repetir, pero no soportaría otro abandono. Imaginaba que él no aceptaría otra cosa que no fuese ser amigos con beneficios. Ella no quería algo así. No quería ser una más, por eso prefería no ser ninguna. Eso se decía para consolarse; sin embargo, se autoengañaba. Ya era una más.

Ni Santi, ni su abuela le habían preguntado por Mat. Era un tema vedado, no metían el dedo en la llaga. Pero no porque Mar lo hubiera vetado, sino porque eran de las que pensaban que si ella quería hablar del tema ya lo haría. Lo agradecía, aunque estaba convencida de que creían que todavía le dolía lo que pasó. No se atrevía a decirles que había alguien que rondaba sus sueños y la

tenía descolocada.

Los días se le pasaron rápido con tanto viaje. De Madrid fueron a Gijón y de ahí a Ribadesella, luego a Llanes y varios de aquellos pueblos encantadores. Reservaron todo un día para visitar Cangas de Onís, el santuario y la santa cueva de Covadonga, donde pusieron velas por los que ya no estaban. De allí, por una carretera estrecha de montaña, con curvas, llegaron a los lagos. Perder la vista por el parque natural de los picos de Europa la llenó de paz interior. La naturaleza tenía ese efecto, pensaba Mar sobrecogida.

Pero todo se acababa. Les había gustado el clima. Por las noches habían recurrido a las sábanas y la colcha, lo que animó a Carmen a proponer ir a Galicia al año siguiente.

—Bueno, ya veremos —comentó Santi—. Si la niña se echa un novio y es soseras como el Mat ese, entonces nos tocará quedarnos en casa.

Mar la miró con diversión en los ojos y Santi se dio cuenta de lo que había dicho. Como si fuera una súplica, se le acercó y la abrazó. Mar entendió que le pedía disculpas. Le dedicó una sonrisa y dijo sincera que no pasaba nada. En el fondo tenía mucha razón, Mat era un soso y no sabía cómo no se dio cuenta antes. Solía acompañarla cuando iba a ver a la abuela, pero siempre se quejaba por todo.

—Si tengo un novio que se quede él en casa y nos vamos las tres unos días. Será un viaje de chicas, ¿de acuerdo?

—Perfecto, eso de ir con el marido a cuevas a todos sitios es un incordio, hija, aprende eso —aconsejó Carmen y le dio un abrazo. Se dio cuenta de que las abuelas habían disfrutado mucho de aquellos días, las tres solas. Ella también había disfrutado, había sido como en los viejos tiempos—. Hay que dejar pasar el aire de vez en cuando, pero solo el aire, nada más, que así luego se coge uno con más garra.

Se dijeron adiós con pena, las lágrimas en los ojos que vio en las abuelas le hicieron pensar que debía ir a verlas más a menudo.

Carlos la recibió en la clínica con alegría. Debía de estar contento porque no hacía más que sonreírle. Se interesó por cómo le iba, incluso fue un poco cotilla al querer saber si ya tenía a alguien en su vida. Hablaron de cosas triviales hasta que Mar vio aparecer a quien suponía que iba a atenderla y las piernas le flaquearon. Por la pinta que mostraba le pareció uno de aquellos médicos sexis de las series americanas: perfecto despeinado, aspecto impecable y sonrisa de infarto. Enric la saludó con un beso en la mejilla y, casi bloqueada por su presencia, apenas pudo decirle nada. Los primos se intercambiaron bromas, y después Carlos se despidió. Mar supo que aquello era una encerrona orquestada por su amiga. Iba a matarla.

—Bueno, pues te quedas en buenas manos. Os dejo. —Carlos le sonrió y detectó una chispa divertida en su cara. No, no iba a matar a su amiga, iba a torturarla primero. Estaba segura de que le había contado algo a su flamante esposo—. Un beso, Mar.

Se lo dio y siguió a Enric a una consulta.

—No sabía que eras médico —murmuró confundida al entrar.

—No lo preguntaste, pensé que lo sabías. Llevo la clínica con Carlos.

—¿Eres dermatólogo?

—No, cirujano plástico, como él, pero yo te haré la epiluminiscencia. La hace Sandra, la pelirroja de la boda, pero no está. —Le indicó que se sentara con un gesto. Era cortés y no tenía la chispa traviesa del día que lo conoció—. ¿No te avisó Susana?

—No, no lo hizo.

Mar sintió que los nervios le nacían en el estómago, pero se irradiaban a todas las partes de su cuerpo. ¡Si hasta le sudaban las manos! Lo contempló mientras toqueteaba el ordenador. Sin apenas mirarla, empezó a hacerle preguntas de una forma seria y aséptica. Se sorprendió y con ironía pensó que estaría en modo doctor. Respondió todo lo neutra que pudo, aunque tuvo que reconocerse que verlo la había afectado y su actitud le dolía. ¿Por qué la ignoraba de aquella manera?

—Puedes estar tranquila, no creo que tengas nada en la piel. Me hubiera dado cuenta, aunque ya te tocaba el control —comentó mientras leía algo en la pantalla, luego la miró, por primera vez desde que había iniciado su interrogatorio—. ¿Por qué no me has llamado?

—¿Para qué? No sabía qué decirte.

—¿No sabías qué decirme? —preguntó molesto—. Nos acostamos. Hicimos el amor varias veces en una noche, ¿y no sabes qué decirme?

—Mira, si estás cabreado conmigo, lo siento. —Se levantó muy digna—. Tal vez será mejor que me vaya.

—Siéntate —le ordenó—. Tengo que sacarte unas fotos. Seré rápido.

—Muy bien, de acuerdo.

—Tienes que desnudarte —anunció—. Quédate con la ropa interior puesta y colócate allí, sobre esa alfombra.

Seguía sentado y tecleaba en el ordenador. Mar aguardó a que se levantase y se fuera, como solían hacer las auxiliares o médicos que la preparaban para la prueba. Necesitaba intimidad para empezar a desvestirse, la situación era bastante incómoda.

—¿A qué esperas? —preguntó serio. No pensaba irse, pensó Mar, así que con ironía arqueó las cejas como si le dijera: «¿Tú qué crees?». Pero él ni se inmutó—. No veré nada que no haya visto antes.

Con un descaro que la sorprendió, Enric se acomodó en su silla y la contempló. Haciendo uso de un autocontrol que no tenía, empezó a desvestirse. Si él podía aguantarlo, ella también. Primero se quitó las sandalias, luego el top de tirantes y después, despacio, deslizó la falda por sus piernas. Se quedó en ropa interior; un conjunto de braguitas y sujetador de encaje, color coral. Observó cómo la miraba, pero, aunque le pareció que tensaba la mandíbula, no detectó que le afectara. Frustrada, se colocó donde le había dicho. Entonces él se le acercó.

—Abre los brazos y pon las manos así. —Enric le mostró cómo hacerlo, un poco en cruz, con las manos a la altura de sus caderas.

Obedeció, buscó su mirada, pero no la encontró. El médico, muy profesional, estaba callado y les hacía fotografías a todos sus lunares. Estos aparecían de forma inmediata en una pantalla de ordenador que tenía al lado. Escuchó cómo le pidió que se diera la vuelta, sin levantar la vista del objetivo. Lo hizo, se puso de espaldas y tuvo la impresión de que él se le había acercado. Casi podía sentir su aliento en el cuello. No esperaba que la tocara, fue como el aleteo de una mariposa. Le retiró el cabello de la espalda y, al hacerlo, la rozó con los nudillos. Aquel efímero contacto casi hizo que se tambaleara, pero aguantó el tipo. «Si él puede, yo también», se repitió como un mantra. Un montón de pensamientos la abordaron. Quería que la tocara más y poder hacerlo ella también. De pronto sintió unas ganas tremendas de que la estrechara en sus brazos y de que la abordara como hizo aquella noche, pero solo percibía su proximidad mientras hacía las fotos. Aunque le pareció que se demoraba un poco. Nunca le habían hecho tantas. Percibía su mirada, que repasaba con pericia el dorso de su cuerpo y disparaba aquí y allí. Imaginó que se dejaba caer hacia su pecho y que él la sostenía, solo así se alejaría la tensión que bailaba en su pecho. Pero un nuevo clic y su voz la sacaron de aquella ensoñación.

—Ya puedes girarte —pidió. Casi lo rozó al voltearse—. ¿Tienes algún lunar en el pecho, bajo el sujetador?

Se miró a sí misma. Provocadora, deslizó la tela de la prenda hacia abajo y, a la vez que él, recorrió con la vista un pecho y luego el otro.

—No, no hay nada —confirmó él—. Está todo bien.

Por unos segundos se quedaron frente a frente. Enric estaba serio, callado; a Mar le pareció que pensaba mil cosas, pero no dijo ninguna. Ella tampoco encontraba las palabras. Entonces la besó. Sorprendida se pegó a él y lo atrapó en un abrazo por detrás del cuello. Fue un beso suave y corto, muy corto. Enric puso distancia con sus labios a la vez que la agarraba por las muñecas y retiraba sus brazos de su cuerpo. Con voz impasible le pidió que se vistiera.

—Perdona, ha sido un abuso por mi parte, no es profesional. Eres mi paciente.

—Disculpado, pero no soy tu paciente. —La frialdad de sus palabras fue como una bofetada para ella.

—Es verdad, no lo eres. No sé qué eres...Vístete, te espero fuera —murmuró. Se dio media vuelta y antes de salir imprimió un papel desde el ordenador.

Mar lo encontró en recepción, junto a la enfermera. Le dio unos papeles para que los firmara y le entregó un sobre, en el que supuso iría el informe médico. Como si tuviera prisa la acompañó hasta la puerta. No quería despedirse, quería hablar con él, atesorar unos minutos más en su compañía.

—¿Tienes tiempo para un café? —Se atrevió a preguntarle.

—No, no lo tengo. Adiós. —Enric le dio un ligero beso en la mejilla y, asombrada, vio como se daba media vuelta y se marchaba hacia el interior de la clínica. Se quedó desolada por su actitud.

Camino del aparcamiento llamó a Susana. No podía describir cómo se sentía, pero la actitud de Enric la había afectado mucho. Sin darse cuenta las lágrimas empezaron a caer por sus mejillas, a medida que se lo contaba a su amiga. Avergonzada, se metió en su coche para evitar las miradas de la gente

—Mar, lo siento. Te pido disculpas, yo lo organicé con *Carlos* —confesó Susana nerviosa—. Ya que no os llamabais vosotros, hemos hecho de celestinos.

Trató de serenarse.

—No te preocupes, parece que fue eso, el rollo de una noche. Se ha comportado fatal, con mucha distancia y frialdad. —Se enjugó las lágrimas y las retiró con la mano libre—. Y para colmo me planta un beso y me dice que lo siento, que no es profesional.

—No lo reconozco, él no es así —lo defendió Susana—. Está dolido, Mar, tendrías que haberlo llamado. Lo que no entiendo es por qué no te llamó él si le di tu teléfono antes de agosto.

—No sé qué me pasa, Susu, si solo fue una noche —reveló con congoja—. Cuando lo he visto quería que me abrazara y que me dijera que todo iba a salir bien. ¿Pero qué me ha ocurrido?

—Tal vez no fue un polvo de despecho en una noche loca —confirmó su amiga.

—No, fueron unos cuantos y no me los quito de la cabeza. —Sacó un *kleenex* del bolso, se limpió el resto de las lágrimas y la agüilla que le salía de la nariz—. Fue brutal y creo que he estado negándome lo que ocurrió entre nosotros.

Capítulo 4

Mar regresó a casa y pasó el resto del día tumbada en el sofá, apática. Al día siguiente empezaba a trabajar y, aunque no le había ocurrido nunca, eso comenzó a agobiarla. No le apetecía nada. ¿Estaría deprimida y no lo sabía? El llanto de la mañana, porque alguien pasara de ella, la había desconcertado y culpó a su ruptura con Mat. Seguro que era eso, aún tenía reminiscencias y se sentía insegura. La imagen de Enric se le cruzó por la mente y la apartó de un manotazo.

A la ocho de la noche, cansada de su estado de ánimo alicaído, decidió meterse en el *jacuzzi*. Una copa de vino y unas burbujas la pondrían a tono. Se sirvió un poco de vino tinto, dio un sorbo y lo dejó en una de las esquinas; se metió como su madre la trajo al mundo. Al accionar los botones, las burbujas empezaron a rozar su piel. Se apoyó en el borde y, con la cabeza hacia atrás, trató de no pensar.

Pero no era tan fácil. Las palabras de Susana le surgieron como una premonición. Enric tenía su número de teléfono. Le indignó recordar su enfado, reclamándole, cuando él podía haberla llamado si quería. Se irguió de golpe, como si la espuma del burbujeo la quemara y salió disparada en busca de su teléfono.

Sin pensarlo demasiado lo llamó.

—Hola —respondió con naturalidad.

—¿Hola? Parece que sabes quién soy —soltó con indignación—. ¿Tienes la

cara de pedirme explicaciones de por qué no te he llamado y tú sabes mi teléfono y dónde vivo y no has dado señales de vida tampoco?

—Te daba tiempo, eras tú quien debía llamar. Te dejé muchas señales. Si no lo has hecho es que no te interesaba.

—Me he vuelto loca, no te vas de mi cabeza. —Se le escapó y al escucharse maldijo en silencio.

—No te oigo bien, ¿dónde estás? —se interesó, pero a la vez tuvo la impresión de que alguien le hablaba.

—En mi casa y... —¿Por qué le daba explicaciones?

En aquel justo instante picaron a la puerta y volvió a maldecir. ¿Quién diablos sería? Como fueran de nuevo los de la agencia inmobiliaria del barrio, por si quería poner el piso en venta o estaba interesada en alguno, les iba a decir cuatro cosas. Pensó que debía ponerse algo encima porque iba desnuda por la casa. En cueros y empapada, lo que le faltaba. El agua goteaba y estaba mojando el suelo del salón.

—¡Un momento! —gritó.

—¿A quién gritas? —preguntó Enric al otro lado de la línea.

—No sé, alguien pica a la puerta. —Corrió al dormitorio y cogió la bata corta que tenía en la percha. Sin soltar el teléfono se la puso y le entró risa al comprobar que era el conjunto del camión que usó aquella noche en la que estuvieron juntos.

—Estás un poco loca, ¿eh? ¿De qué te ríes ahora? —escuchó decir por el altavoz, como si fuese una voz lejana. Lo colocó en su oreja.

—Cosas más... ¿Qué quieres? —lo increpó con un tono más serio del que deseaba. Volvieron a picar y caminó hacia la puerta—. ¡Un momento, por favor! —gritó a la vez que intentaba anudar la bata con una mano.

—Bueno, parece que estás ocupada —reconoció Enric—. Ya me volverás a llamar cuando estés libre.

¿Que lo volviera a llamar? Iba listo como no diera él algún paso. No pudo ni contestarle porque le cortó la comunicación. Pues sí que se molestaba rápido

el chico. Qué mala era la frustración. Anudó bien el cinturón y picaron de nuevo. ¡Qué insistencia!

Abrió con energía. O se quemaba el edificio o no entendía la urgencia.

Lo que vio frente a ella no lo esperaba. Se quedó petrificada.

Retuvo el aire en sus pulmones.

Era Él.

Respiró al fin.

—¿Vas a invitarme a pasar? —preguntó Enric con una sonrisa—. Las vecinas empezarán a cotillear. Llevo un rato esperando.

Mar se movió a un lado y lo dejó entrar. Al cerrar la puerta se apoyó en ella y lo contempló asombrada. Le costaba creer que él estuviera allí. Sintió la bata pegada al cuerpo; además, llevaba el cabello suelto y las puntas estaban mojadas. Se le había humedecido la zona sobre los pechos y se dio cuenta de que él la miraba con descaro.

—¿Estabas en la ducha?

—En el *jacuzzi* de la terraza.

—Eso lo explica todo. Por eso no escuchaste que picaba. Llevo más de diez minutos sentado a tu puerta. Casi me saca un bocadillo la vecina.

La hizo reír, pero el comentario la sorprendió, sobre todo que no se hubiera marchado. No quería fantasear y hacerse una idea equivocada. Era un momento raro. Se miraban tensos.

—Pasa —lo invitó a la vez que comenzó a caminar hacia el salón—. Te enseñaría el ático, pero creo que ya lo conoces.

—Pues sí. —La siguió y enumeró las estancias—. Habitación, habitación, despacho, baño, cocina, salón, terraza y por allí... —Habían llegado al comedor y él señaló un distribuidor—: una pequeña sala y la habitación principal con vestidor y baño en el interior. Tal vez no lo sepas, pero yo lo decoré... Vivía aquí.

—Vivías aquí, ¿cuándo?

—Es una larga historia. Quizás otro día te la explique.

Mar se sintió nerviosa al tenerlo allí. Le ofreció tomar algo, así ella ganaba tiempo para ponerse otra ropa encima; pero cuando Enric fue a sentarse en el sofá pegó un resbalón y cayó al suelo todo lo largo que era. Inquieta, se arrodilló a su lado.

—¡Ostras! ¿Te has hecho daño?

Miró la superficie y vio que había pisado un pequeño charco de agua. Trató de ayudarlo a levantarse, pero se dio cuenta de que él miraba fijamente un punto de su anatomía. La bata se había abierto y sus pechos asomaban en todo su esplendor.

—Mar... Estoy pensando que tienes que dejar de recibirme así porque solo quiero quitarte lo poco que llevas y devorarte.

—Muy directo, *doctor* —respondió a la vez que se cerraba la prenda.

Enric se levantó y ella se disculpó.

—Salí del *jacuzzi* a llamarte y no me di cuenta de que goteaba el agua.

—No te preocupes, no duele tanto. Solo el orgullo.

—¿Una cerveza?

Él asintió y se sentó en el sofá. Mar fue a la cocina más nerviosa de lo que esperaba, sacó un botellín y cogió un poco de papel de cocina para secar el suelo. Al llegar al salón, él había salido a la terraza, dejó la botella sobre la mesa y secó lo mojado, después salió con la cerveza en la mano, agarró su copa de vino y se acercó hasta donde él estaba.

—Es una vista impresionante —dijo al ponerse a su lado y entregarle la bebida. Él chocó su botella con la copa de vino, antes de llevársela a la boca y darle un trago.

—Por las noches de boda.

Bebió un sorbo y casi se atragantó al escucharlo, pero la mirada pícaro que él le dedicó la tenía tan seducida que no dijo nada.

—¿Así que era ahí donde estabas metida? —Señaló el *jacuzzi*.

—No ha sido un buen día y me relajaba. Mañana empiezo a trabajar.

—Pues el mío ha sido genial. ¿Por qué no ha sido bueno el tuyo?

Lo miró seria y sin medir lo que decía le explicó.

—Me lie con un chico. —Le pareció que Enric se tensaba, pero quizás era su imaginación, él se movió y dejó su botella sobre una mesa—. Ya sabes, un rollo de esos de una noche, y no se me va de la cabeza. Lo he visto hoy.

Serio, arqueó una ceja y la dejó continuar.

—Ha sido frío, muy frío y distante; me ha hecho daño.

—Lo siento —se disculpó y dijo serio—. Cuando Carlos me ha dicho esta mañana que venías, casi me da algo. No podía creérmelo. El muy cabrón se reía de mí porque estaba nervioso por verte, aunque luego no lo he hecho muy bien.

—No, no muy bien.

—La culpa ha sido tuya —se burló—. ¿Cómo se te ocurre ir con esa ropa a que te hagan una revisión de ese tipo? He estado a punto de tumbarte en la camilla.

Mar se separó un poco, necesitaba más distancia con él. Bebió un trago más y abandonó la copa, también sobre la mesa, luego se acercó al *jacuzzi* y apagó las burbujas.

Él se le acercó por la espalda, la cogió del brazo y la giró para tenerla frente a frente.

—No sé cómo decir esto, pero para mí no fue cualquier noche. Yo tampoco te olvido, ¿sabes?

—Déjalo, Enric. No necesito que digas estas cosas. Los dos habíamos bebido bastante.

—Quiero hacerlo bien, Mar. No voy a negarte que desde que me has abierto la puerta estoy deseando enterrarme en ti, pero... No me mires así.

Mar no supo qué le pasó, pero se lanzó a sus labios y no fue capaz de resistirse a besarlo con tanta ansia que se desconocía. De repente el sonido de su teléfono la despistó. Por la musiquilla supo que era Susana, pero no pensaba atenderla en aquel momento. Devoró la boca que se dejaba explorar y se pegó a Enric cuando notó sus manos acariciarle las nalgas y apretarla a su

cuerpo. Subió los propios brazos para enroscarse detrás de su cuello y se sintió desfallecer cuando él susurró en su oído.

—Vamos a la cama.

Al separarse, los dos jadeaban y la misma chispa que notaba en su pecho la vio en la mirada que él le dedicó. Sus ojos estaban nublados de deseo. No pensó, no quería hacerlo.

—Ya sabes dónde está.

Él tiró de su mano, pero a cada paso que daban se detenían para volver a probarse con los labios. Al llegar al dormitorio, cayeron sobre el colchón y rodaron por este entre caricias y roces. A cada beso el fuego que los consumía era más ardiente. Estaban hambrientos el uno del otro.

—Espera —le pidió él y se incorporó. Con prisa se desnudó mientras ella lo contemplaba descarada. Sacó algo de un bolsillo y lo dejó sobre una mesita. De reojo vio que era un preservativo, estuvo a punto de decirle que tomaba pastillas, pero lo calló. Supuso que Casanova tenía un largo repertorio de amantes y no quería sorpresas.

Cuando Enric se tumbó de nuevo junto a ella, Mar trepó por su cuerpo y se colocó a horcajadas. Seguía con la bata puesta, pero él la desanudó del todo y se la deslizó por los brazos.

—Esta mañana casi conseguiste que perdiera el control —dijo saboreando uno de sus pechos—. Así que ahora voy a resarcirme.

—¿Y qué crees que quiero hacer yo? —preguntó con guasa.

Enric le dedicó una mirada retadora, pero abrió los brazos y los puso en cruz.

—Aquí me tienes, Princesa, todo tuyo.

Mar agarró el sobrecito abandonado en la mesilla y lo desenvolvió. Le colocó el látex y dejó que el ardor que él le despertaba guiase sus gestos. El control que pretendía ejercer le duró poco, porque Enric la dejó caer sobre el colchón y se introdujo en ella sin apartar los ojos de los suyos. Sin desenlazar las miradas, la pasión los atrapó. Mar, abrumada por todo lo que sentía, tuvo

ganas de llorar y se le abrazó muy fuerte, como si no quisiera perderlo. Pero no podía ilusionarse, él no buscaba una relación y ella no era una chica de rollos. Apartó aquella idea de la cabeza y se dejó llevar. Ya lo pensaría al día siguiente.

Cayeron desfallecidos y él la acomodó bajo su brazo cuando regresó del baño. Ella se había cubierto un poco con la sábana y dejó las piernas al aire. Una pregunta le rondaba la mente, no quería hacerla, pero al final se le escapó.

—¿Y ahora qué?

Él la miró risueño.

—¿Ahora? Se me ocurre que podrías invitarme a cenar. Me lo he ganado.

Mar cogió su almohadón y le dio con él en la cabeza, pero Enric se lo arrebató y le plantó un beso en los labios y la acomodó junto a él. Dejó pasar un silencio, no quería forzarlo a nada, se incorporó y se puso la bata; le dio la oportunidad de marcharse con cualquier excusa. Pero él parecía muy cómodo con las dos almohadas bajo su cuerpo.

—Carlos me ha soltado toda una retahíla de cosas por las que no podía liarme contigo —dijo él desde la cama.

¡Vaya con el marido de Susana! Se sentó a su lado y lo escuchó.

—Y no creas que no lo he pensado, pero me gustas un montón. Podríamos ver qué pasa.

No contestó, le costaba creer lo que había escuchado. Sentía la mirada de él clavada en su cara, pero no se atrevía a levantar la vista de sus manos.

—¿No me contestas? —Enric se levantó y se puso los calzoncillos. Pensó que se había molestado y se iba a marchar, pero él se sentó junto a ella.

—Enric... podemos. —Se puso nerviosa, pero tenía que decirle lo que pensaba—. Podríamos vernos si es lo que quieres... Esto... sin compromiso. Aunque yo no busco ser amigos con beneficios. No me gustaría tener problemas con Susana y Carlos porque nosotros...

—No me has entendido. No te estoy diciendo que quedemos para acostarnos. Me gustaría estar contigo y ver cómo nos va. Algo así como salir.

—¿Salir, salir?

—Sí. Sin prisas, conocernos.

Lo miró alucinada. Nunca hubiese esperado acabar así las vacaciones.

—¿Qué me dices, Princesa?

Enric colocó un mechón de pelo detrás de su oreja y luego le dio un ligero beso en los labios, Mar lo degustó golosa.

Sintió que el corazón le brincaba con fuerza en el pecho. Conocerse, decía Enric. Para ella él la conocía desde hacía tiempo y mucho más de lo que nunca supo Mat. Sabía cómo le gustaba que la tocara, y después de hacerlo era cariñoso y atento. La trataba con ternura y estaba convencida de que había un Enric travieso y provocador que estaba deseando conocer. ¿Qué podía pasar si la cosa no iba bien? Pues cada uno por su lado.

—No sé, Enric, ¿y si no funciona? No quiero que me hagas daño, no soportaría que me engañaras.

—Sé que tienes miedo y yo no te doy seguridad porque nunca he tenido una relación. Pero nunca te engañaría, Mar. Antes me iría. Solo tú, solo yo... entendido. Dime por favor lo que quiero oír.

—Tú también me gustas. De acuerdo, sin prisas, a ver cómo nos va. Ay, Dios, me voy a morir de vergüenza con tu abuelo... Pero, Casanova, si me la pegas te corto los huevos.

—Princesa, quizás no me creas, pero desde aquella noche no dejo de pensar en ti. Esto es nuevo para mí, pero te juro que voy a portarme muy bien.

El tono de su voz le erizó la piel. Aquellas palabras podían leerse con un doble sentido. Enric la abrazó con una carcajada y después la levantó de la cama y tiró de ella hacia la cocina.

Enric la había ayudado a hacer una pizza y la comieron en el sofá de la terraza, con una copa de vino y algunas confidencias.

—Eso de «Princesa» y el pellizco en la mejilla es muy de tu abuelo.

—Sí, se me pegó de tanto que se lo vi hacer. Viví con él y con mi abuela —explicó con nostalgia—. Me enseñó que a las mujeres había que tratarlas siempre bien, como a princesas. —Le lanzó un beso.

—Mis padres también murieron, cuando yo tenía dieciséis años —confesó de pronto.

—Eso explica por qué vivías con Susana. ¿Qué pasó?

—Tuvieron un accidente de tráfico, chocaron contra otro vehículo de frente. Al otro conductor le dio un infarto y se le fue el coche. Murieron los tres en el acto. Fue durísimo, me había marchado al instituto por la mañana, casi sin despedirme y ya no los volví a ver más.

Sin darse cuenta empezó a relatarle aquellos momentos. No solía hacerlo, pero con Enric le salió natural. Se avergonzaba de cómo se había aislado y encerrado en sí misma. Susana era una de las pocas personas que dejaba entrar en su círculo. Por eso sufrió tanto cuando se instaló en Madrid con la abuela y tuvo que separarse de ella. Pero se sentía tan desarraigada y estaba tan abatida que el psicólogo al que la llevaron aconsejó a su abuela que sufrir otra pérdida, la de su amiga, y adaptarse a un nuevo lugar no le convenía, después de la dolorosa pérdida sufrida. Le dio apuro confesar que había necesitado hacer terapia, pero él comentó que era necesario para que pudiera elaborar su duelo y, entonces, la ansiedad por lo que pudiera pensar de ella se desvaneció. Más animada le habló de Carmen, su abuela, y de Santi y de sus vacaciones con ellas.

—Mi madre tuvo un aneurisma durante el parto; no lo superó —le contó Enric, se reclinó en el respaldo del sofá y la llevó con él—. Me criaron entre mi padre, mis abuelos, la tía Alicia, que era gemela de mi padre y Joaquín. Y cuando tenía ocho años, mi padre tuvo un accidente de esquí. Yo no lo entendí entonces —mencionó apenado—, ¿cómo podía uno morirse en la nieve, si allí todo el mundo se lo pasaba bien? Con el tiempo supe que se confundió de ruta esquiando y saltó por un precipicio.

Enric hizo un silencio, pero se acomodó y la estrechó en sus brazos. Ella se

dejó acurrucar, le encantaba aquel momento. Él se abría de una forma fácil y le costó entender lo que le había explicado Susana de que el abuelo lo había atado en corto, como si desconfiara de él.

—De pequeño envidiaba mucho a Carlos, porque tenía padres. Un día me confesó que él me envidiaba a mí por no tenerlos. Porque vivía con el abuelo y tenía todo lo que yo quería. —Lo escuchó reír al recordar alguna escena infantil divertida—. Entonces acordamos ser como hermanos; hicimos un pacto de sangre y todo. Nos pinchamos con un cuchillo la yema de los pulgares, pero la sangre nos alarmó y lloramos como gallinas. Vergonzoso, lo sé —volvió a reír—. Siempre hemos pasado mucho tiempo juntos. Cuando la abuela murió, en los veranos el abuelo nos llevaba de viaje al extranjero. Era estupendo. Luego se separaron mis tíos; bueno, se han separado dos veces. No hay quién los entienda. Aquel verano, el del crucero, yo iba a ir con Carlos, pero se sumó Mat, y ya sabes, no nos llevamos bien, así que me desmarqué. Si hubiera ido seguro que habría ligado yo contigo, no él. —La hizo reír con sus palabras y Mar supo que él necesitaba algo jocoso para salir de lo serio en lo que se había convertido la conversación.

—¿Entonces vivías aquí con Arturo?

—Bueno, más o menos, entre aquí y la casa. El abuelo dejó todo por mí, por eso le debo tanto y por eso no puedo fallarle. Cuando murió mi padre me convertí en un trasto: enfados, pataletas... Una joyita, por lo visto. Desde el colegio les dijeron a los abuelos que necesitaba más atención, entonces el abuelo vendió el banco para poder dedicarme tiempo. Banca Oliver, ¿te suena? —Negó con la cabeza—. Sí, mi abuelo era banquero, y mi padre también. Sin él todo cambió, la tía Alicia se dedicaba a su pintura y sus cosas, no iba a coger las riendas del banco, así que el abuelo vendió y se dedicó a invertir aquí y allí.

—¿Y cómo te hiciste médico? —preguntó curiosa—. Lo normal era que hubieras hecho económicas o empresariales.

—¿Te he dicho que envidiaba a Carlos y quería lo que él tenía? —preguntó

con burla—. Su padre es cirujano plástico, él siempre decía que sería médico, como su padre, entonces yo también quise ser médico.

Se quedaron callados tras las confidencias. Bostezó sin querer. Eran casi las doce y al día siguiente tocaba madrugar. Mar no quería que se fuera, pero sintió que de pronto el vino había hecho su efecto y el sueño la atacaba.

—No te habrás dormido, ¿verdad?

—Creo que me falta poco.

—¿Puedo quedarme?

Aquella pregunta la hizo sonreír. Que él quisiera quedarse le tocó el corazón.

—Si quieres...

—Venga, vamos.

Capítulo 5

Mar se despertó con palabras dulces en el oído y las cosquillas que los besos de Enric le causaban.

—Abre los ojos, dormilona, tengo que irme. —Los abrió de golpe. Había amanecido y lo vio vestido, sentado junto a ella—. Buenos días, Princesa.

—Es muy temprano, ¿dónde vas?

—A casa, tengo que cambiarme de ropa, afeitarme..., esas cosas; antes de ir a la clínica.

—Podría prestarte alguno de mis vestidos —bromeó. No quería que se marchara y una punzada de deseo le nació en el estómago. Quería perderse otra vez en sus brazos.

—Ya me traeré los míos.

—¿Un café? —le ofreció como si así lo retuviera un poco más.

Se levantó y se puso por encima la bata. La anudó camino de la cocina. Él la seguía. Sobre la mesa encontró un vaso de yogur vacío. Enric lo cogió y ella se ruborizó. A mitad de la noche se había levantado, Enric la encontró comiendo un yogur y lo compartieron. Acabaron sobre la mesa, con él dentro y ella desmadejada por la pasión con la que lo hicieron.

—Somos insaciables —comentó él y Mar se ruborizó al recordar la escena.

—¿Ristretto, Vivalto, Dharkan, Kazaar, Firenze? —preguntó para alejar de sí las imágenes que se le representaban.

—No sé, el azul oscuro. Uno fuerte —contestó. Mar introdujo la cápsula y

tras colocar una taza esperó a que se llenara—. ¿A qué hora sales?

—A las seis, ¿y tú? —Le dio el café y, mientras él se echaba azúcar, preparó otro, para ella.

—A las siete. ¿Te apetece quedar esta noche?

Le sonrió. Claro que le apeteecía quedar, pero no quería agobiarlo. Sacó un tetrabrik del frigorífico y vertió unas gotas de leche en su taza.

—¿Y a ti? —De pronto le entraron dudas.

—Por supuesto, Princesa. Aquí o en mi casa, ¿dónde quieres que quedemos?

—¿No vives con tu abuelo?

—La casa es muy grande, lo más seguro es que no lo veamos o que no esté. Suele quedarse con Alicia —explicó con naturalidad—. Me gustaría tenerte en mi cama.

—Me sentiré más cómoda aquí, si quieres tráete algo de ropa, así no tienes que irte tan temprano. Otro día vamos a tu casa, ¿vale?

Enric asintió a la vez que se le acercó y ella sintió el peligro; las fuerzas y la voluntad se batían en retirada.

—Así se empieza, hoy una bolsa, mañana otra. Y a la semana estoy trasladado.

—No corras tanto, Casanova —se burló—. Una muda o dos. Nada más. Ah, y esas cosas de afeitarte, que rascas. Yo puedo dejarte el cepillo de dientes.

Él soltó una carcajada.

—Ya lo he usado, que lo sepas. —La abrazó y como represalia a sus palabras le rozó con la barbilla la cara. Pinchaba.

—Tengo que irme. —Dejó la taza en el fregadero—. Va a ser un día larguísimo.

—Te esperaré desnuda en la cama —bromeó para incitarlo.

Él la miró pícaro y terminó de dar los pasos que le faltaban para llegar hasta ella y la besó con ganas.

—Sé lo que pretendes —dijo sobre sus labios.

Lo acompañó a la salida, pero él volvió a apoderarse de sus labios. Les

costó separarse.

—¡A trabajar! —exclamó Mar y le dio un cachete en el culo.

Enric caminó despacio hacia el ascensor. Lo contempló y casi se derritió cuando antes de entrar en la cabina le sonrió.

Al llegar al bufete escuchó a Susana y Sonia en la cocina. Intentó pasar desapercibida y se dirigió a su despacho, pero fracasó en el intento. Cuando creyó que lo había conseguido, oyó cerrarse su puerta y su mejor amiga, con las manos apoyadas en las caderas, la miraba con reclamo.

—Desembucha, ni siquiera tuviste el coraje de atender el teléfono. — Recordó que le había sonado el móvil, pero estaba entretenida en aquel momento. Como si no tuviera nada mejor que hacer, Susana se sentó en el sillón frente a su mesa—. ¿Tan ocupada estabas? Carlos me ha contado...

—¡Ay, Susu! No te imaginas qué noche.

—¿Qué? ¿Ajetreada como la de aquel día? —inquirió con sorna.

—Más o menos, pero lo bueno es que me ha pedido que salgamos, que veamos cómo nos va.

—¿Te ha pedido que seáis novios? —preguntó asombrada—. No puedo creérmelo.

—Bueno, no sé, ninguno lo llamó así —confesó y a su mente acudieron las palabras que él pronunció: «Solo tú, solo yo»—. Pero dijo que era su chica, que probásemos a ver cómo nos iba.

—Por la cara que tienes estás encantada. —Su amiga la miró con preocupación—. Mar, ¿estás segura? Yo quiero mucho a Enric, pero... es un poco tarambana. No se le conocen chicas... estables. ¿No será que te sientes sola? ¿Tanto te gusta como para intentarlo?

—Sí, me gusta y yo a él. Se trata de eso, ¿no? —se burló, pero Susana la miró con censura—. Quiero vivir esto. Cuando lo vi ayer el corazón se me iba a salir del pecho, sentí una emoción desconocida. ¡Ay! ¿Qué va a ser de mí? Me gusta un montón.

—¿Quién te gusta un montón? —preguntó Sonia que entraba en aquel momento.

Se quedó en silencio. No sabía si decir de quién hablaban; miró a Susana, pero esta se pasó los dedos por los labios como si fueran una cremallera que cerraba. No iba a decir nada, así que tendría que decirlo ella.

—El primo de Carlos, aquel de la boda. Hemos quedado.

—¿Enric? Bien por ti, Mar, el tío está muy bueno. —Sonia aplaudió y añadió con burla—: Hace tiempo de lo de Mat. Ya es hora de que le des una alegría a ese cuerpo que tienes.

Mar comió con Susana en la cocina del bufete. Aunque trabajaban juntas no siempre coincidían a aquella hora, pero procuraban reservársela. Podían pasarse el rato hablando ya fuese de un caso que llevaban, alguna anécdota en un juicio o sobre lo que les pasaba. Susana hablaba en aquel momento por teléfono con su marido. Le hacía gracia verla tan acaramelada. Su móvil sonó y animada lo atendió pensando que sería Enric. Pero se equivocó.

—¡Mat! ¿Qué quieres? —Susana la miró con los ojos muy abiertos.

—Quiero que quedemos, ¿te va bien esta tarde?

—No, no voy a quedar contigo.

—¿Y mañana?

—Tampoco. ¿Qué quieres, Mat?

—No soporto lo que hice, te echo de menos. Quiero que me perdones, necesitamos hablar y... Quiero volver —suplicó nervioso. Mar tuvo la impresión de que quería soltarlo todo de un tirón y le molestó la voz lastimera que empleó—. Mar, sé que me sigues queriendo.

Casi se atragantó al escuchar sus últimas palabras y se dio cuenta de lo equivocado que estaba. Aquel pensamiento fue una revelación. Lo peor era que él no quería enterarse de que ella no quería volver. Se lo había dicho en la mayoría de llamadas que le había hecho. Y lo que empezaba a sentir por Enric no tenía nada que ver. Se había percatado de que Mat no era el hombre que ella esperaba; no hacía que le temblaran las rodillas, ni le nacían mariposas en

el estómago al escucharlo.

—Estás equivocado. Lo que había se acabó, así que déjame en paz, ¿de acuerdo?

—¿Que te deje en paz? — Su tono cambió, ya no era meloso y apenado, sino el de alguien frustrado y arisco—. ¿Es que estás con otro?

—No voy a darte explicaciones. No sé ni cómo piensas que voy a volver contigo después de lo que hiciste, así que no mareemos más la mierda, ¿vale? —respondió molesta.

—¿Estás con otro?! —gritó—. ¿Quién es?

—Déjalo, Mat, voy a colgar. Adiós.

Cortó la llamada y se quedó mirando el móvil. Nunca hubiera imaginado que Mat tendría aquella actitud. Soltó un suspiro y su amiga le dedicó una mirada comprensiva.

—No se rinde, ¿eh? Si quieres le digo a Carlos que hable con él. Sí, se lo diré. Tiene que pararlo, Mat se está pasando. Además, creo que te ha oído. — Señaló su móvil.

El teléfono sonó otra vez y se sobresaltó. Atendió molesta.

—¿No te ha quedado claro, pesado?

—¿Ya soy un pesado? —La voz de Enric la sorprendió y la expresión de su cara cambió.

— No, no era por ti. Es que hablaba con... Otra persona.

—¿Estás bien?

—Ahora sí.

—Quería avisarte de que llegaré un poco más tarde de lo que te he dicho. ¿Te importa?

—Claro que no, ven cuando puedas. Y si no puedes, nos vemos mañana.

—De eso nada, quiero dormir contigo. Solo que he de resolver una cosa — le explicó. Mar pensó que algo le ocultaba y se recriminó enseguida por desconfiar. No tenía motivos. Antes de colgar él le dijo algo que le subió la temperatura—: Si te aburres piensa en mí... Imagínate tocándote y esas cosas,

¿de acuerdo?

—Y tú imagínate desnuda para ti en la cama. Preparada y dispuesta. A ver cómo se te queda el cuerpo.

Enric no respondió y ella soltó una carcajada.

Susana la miró simulando escandalizarse. Enric carraspeó.

—Casanova, Casanova, que nos vamos conociendo.

Cortó la llamada antes de que se le ocurriera decirle otra barbaridad. ¿Pero cuándo había sido ella así?

—Lo habrás puesto como una moto —mencionó Susana. Preparaba un té y le ofreció.

—¡Ay, Susu, que no me reconozco!

—Pues si quieres que te diga la verdad, esta es la verdadera Mar. Espontánea y divertida. No la que reía las gracias de Mat y lo dejaba brillar. Con él te anulabas.

—¿Y si me equivoco?

—No hay garantía de nada —refutó—. No necesitas que te lo diga, pero me parece genial que te des esa oportunidad con él. Sé que si ha dado ese paso contigo no es para jugar unos días.

—¡Ay! —suspiró como una colegiala—. Es que estoy encantada... Pero creo que voy a despertarme de un momento a otro.

—Hablas como una enamorada.

—¿Qué dices? —se sorprendió—. ¿Tú crees?

—Eso o que te ha enganchado por el sexo.

Susana se rio y ella acabó contagiándose.

De repente se le cruzó por la cabeza el hecho de que Enric viviera con su abuelo. No era lo más habitual. Tenía treinta y cuatro años, independencia económica y le parecía que la familia disponía de varios inmuebles donde instalarse.

—¿Puedo hacerte una pregunta? Es sobre Enric.

—Si puedo responderte, lo haré.

—Me ha dicho que vive con su abuelo, pero antes era él quien ocupaba el ático. ¿Tiene Arturo algún problema de salud?

—No, no. Arturo está como un roble. Pero no puedo decirte gran cosa. Solo sé que Enric llevaba una vida un poco desordenada y el abuelo lo llamó al orden —explicó Susana y captó incomodidad en su voz—. Pero será mejor que le preguntes a él.

A las nueve de la noche, Mar todavía no sabía nada de Enric. Cuando le sonó el teléfono se convenció de que la llamaba para excusarse, pero al ver en la pantalla quién era, sonrió.

—Hola, Arturo, ¿qué tal estás?

—Hola, Princesa, quería saber de ti, ¿todo bien?

Su voz era pícara. Mar pensó que estaba al tanto de lo suyo con Enric.

—Quería invitarte a la cena del viernes. Te va bien, ¿verdad?

La ironía la convenció. Sí. Lo sabía.

—¿Tú quieres que vaya?

—Por supuesto. Aquí, entre tú y yo, será en tu honor.

Se rio por su tono, pero no entendía por qué decía aquello.

—¿Por qué?

—Porque estoy encantado de que le des una oportunidad a mi chico. Y esta será la única vez que me meta en tu vida, perdona. Pero si lo hago en otra ocasión, recuerda que soy un viejo.

Aquellas palabras le llegaron al corazón. Sentía verdadero aprecio por el hombre. Aceptó la invitación, pero al cortar la llamada se sintió coartada. No estaba preparada para una cena en familia; luego, como si quisiera deshacerse de malos pensamientos, despejó su mente. Sabía por Susana que a las cenas de los viernes solían ir solo los nietos.

Veinte minutos después Enric llegó. Lo vio salir del ascensor con una bolsa de viaje en la mano y casi le temblaron las rodillas. ¿Pero qué le pasaba con

aquel hombre? Cuando entró en la casa él se abalanzó sobre ella como si hiciera días que no se veían, y le dio un beso intenso que la dejó aturdida.

—Lo siento, me enganchó mi abuelo y quería saber adónde iba —se excusó, la soltó y caminaron juntos hasta el salón.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Pues al principio he intentado ocúltaselo, pero al final he acabado confesando —respondió entre risas. Dejó la bolsa en el suelo y apoyó ambas manos en su cintura, quedaron frente a frente—. Creo que está tan contento como yo.

—Lo sé, me ha llamado y me ha invitado a vuestra cena familiar del viernes.

—Por lo que sé no es la primera vez que te invita, ¿vendrás? —preguntó con cara de expectación. Ella asintió con una gran sonrisa y él se lo agradeció con un suave beso en los labios—. No me extraña que le gustes al viejo. Eres un encanto.

Enric volvió a reclamar su boca y Mar se dejó llevar por todas las sensaciones que él le provocaba y que no recordaba que podían sentirse. Se separaron excitados.

—¿Tienes hambre? —preguntó Mar y puso distancia.

—Bastante. —Por cómo la contempló, supo que no se refería a ingerir ningún alimento—. ¿Te hace un baño de burbujas?

—Pues la verdad es que no, es un poco tarde —respondió. Tenía en mente otra sorpresa y no quería echarse atrás en sus planes. Se dio cuenta de la decepción que se dibujó en sus labios, pero aceptó su negativa.

—¿Te apetece un bocata? Había pensado hacer unos de tortilla.

—Perfecto. Vamos, te ayudo.

Enric resultó ser un buen cocinero. Se manejaba bien con la vitrocerámica y prácticamente fue él quien hizo las tortillas, mientras ella se encargaba de untar tomate y aceite en el pan. Mar había sacado una cerveza y la compartieron del mismo botellín. A la vez que elaboraban los bocadillos se fueron contando sus respectivos días. Mar se dio cuenta de que era una

situación muy natural y tuvo la impresión de que Enric estaba tan cómodo como ella. Cuando los tuvieron listos se fueron al salón a comerlos.

—Hoy he visto a Mat —comentó Enric de pronto.

—¿Y? —contestó descolocada.

—Nada, solo quería decírtelo. —Mar percibió que Enric la evaluaba, tras un silencio continuó—: Carlos me ha dicho que le ha pedido que interceda contigo. Parece que quiere recuperarte. Sospecha que estás con alguien. Mi primo no le ha dicho nada.

—Acabará enterándose, ¿y qué? Yo ya pasé página con el polvo de despecho. —Intentó parecer que no le afectaba, pero Mat la estaba fastidiando, no quiso decirle que la llamaba con asiduidad. Era el colmo.

—Mar, yo soy sincero contigo, quiero que tú lo seas conmigo —afirmó Enric con tono tenso. Como si algo lo preocupase.

—Soy sincera, ¿lo dudas?

—Dice Mat que os ibais a casar. —Sonó vacilante, Mar pudo ver duda en sus ojos.

—¡Qué! —Era el colmo, ahora salía con aquello. Mat no tenía límites. Nunca estuvo muy interesado, era ella quien había sacado el tema más de una vez y él siempre daba largas. Ahora sabía por qué. Solo cuando Carlos se lo propuso a Susana lo tuvo en cuenta, pero ni siquiera lo habían hablado con calma—. ¿Tú le has creído?

—Yo solo creo lo que tú me digas.

—Entonces no has debido escucharme bien —afirmó con seriedad, necesitaba que lo entendiera—. Mat pasó a la historia, ¿de acuerdo?

Como si al mencionarlo lo invocaran, el móvil de Mar que descansaba sobre la mesa empezó a sonar y en la pantalla apareció el nombre de Mat. Ambos lo vieron. Mar sintió rabia, pero no lo cogió. Al momento, un pitido anunció que entraba un mensaje. Era largo, ni siquiera lo leyó. Llegó un segundo mensaje, más escueto:

Mat: Quiero verte.

—Es un pesado. Ya se cansará —murmuró y puso el teléfono en silencio.

El clima que había empezado a crearse entre ellos pareció romperse. No quería hablar de Mat; era pasado, olvido. Sin embargo, Enric era presente y quizás también futuro.

—Dúchate conmigo —propuso Enric y la sacó de sus reflexiones.

—Quiero terminar una cosa del trabajo, ¿te importa?

—Para nada, Princesa, pero yo voy a refrescarme, ¿vale?

Mar percibió la confusión en su rostro. Esperaba que se le fuera de golpe. Observó cómo cogía la bolsa y se la llevaba al dormitorio.

Cuando escuchó el agua de la ducha, corrió a su cuarto. Se quitó el vestido y retiró la colcha de la cama, para tumbarse sobre las sábanas. Se había colocado el mismo conjunto de ropa interior que llevó a la consulta. Lo había lavado aquella mañana, cuando se le ocurrió la idea de sorprenderlo. Pero era más fácil imaginar la escena que llevarla a cabo. De pronto, movida por un resorte, dio un salto y roció su cuerpo con el perfume que solía llevar. Tenía la impresión de que a él le gustaba. Bajó la intensidad de la luz y regresó a la cama. Buscó la posición que más lo impactara. Al final se recostó como si fuera una de las majas que pintó Goya. Lo esperó impaciente.

La mirada que Enric le dedicó al salir del baño la calentó por dentro. Llevaba una toalla alrededor de su cintura y el agua aún goteaba por su pecho. Él se quedó en silencio, a los pies de la cama, mientras la escrutaba con la mirada.

—Ahora que pienso, no me has ofrecido postre —ironizó, pero notó tensión en su voz. Lo había sorprendido.

—Doctor, quizás no se fijó bien en todos los lunares.

—Vaya, esto no lo esperaba. ¿Quieres jugar? Yo seré tu médico, si tú eres mi abogada.

—Me parece justo —dijo a la vez que se empezó a incorporar, pero él la frenó con un gesto.

—Otro día nos traemos los uniformes del trabajo.

Imaginarse con la toga y a él con su bata blanca la hizo sonreír.

Mar no había calculado lo que aquella noche desbordaría su corazón. Enric se arrodilló sobre el colchón y tiró de sus tobillos. Se hizo un hueco entre sus piernas y a medida que avanzaba la toalla se le desprendió y quedó relegada.

—Princesa, no sé gestionar lo que me provocas —susurró casi pegado a su boca. Mar sintió que aquel beso parecía el roce de una pluma. Lo observó sentarse sobre sus propios talones—. Creo que me tienes enamorado, perdido, y no sé cómo ha ocurrido. Algo nació entre nosotros aquella noche. Me he pasado el verano pensando en ti. Cuando supe que vivías aquí casi me presento, pero no me atrevía. No quería perseguirte. Luego pedí a Susana tu número; aunque ya lo tenía, lo averigüé buscándolo en el teléfono del abuelo. Quería que ella te dijera que te buscaba, para ver qué hacías. Pero no hiciste nada, llegué a pensar que habías vuelto con Mat o estabas con otro y me sentí fatal. Yo, que nunca había sido celoso, lo estaba y me daba rabia porque no entendía por qué. Quise ir a Madrid a buscarte, cuando Carlos me dijo que te habías ido allí de vacaciones, solo para reclamarte. Me estaba volviendo loco. Nunca me había sentido así, tan frustrado y desconcertado por una mujer. Para serenarme me decía que si tú no me habías llamado era porque no querías saber de mí. Me fui a Córcega pensando que te olvidaría, pero me fue imposible sacarte de mi cabeza. Y ayer, cuando apareciste por la consulta y te quedaste en ropa interior... Fue como cuando un boxeador noquea a otro. Tenía que arriesgarme, me dijo mi primo, y vine. Y aquí estamos ahora; no quiero hacer nada que lo estropee, porque seguro que lo haré.

Creía que no le gustaba que le pusieran motes. Mat no lo hizo nunca, pero cada vez que Enric la llamaba «Princesa» se derretía. La hacía sentir especial. Escucharlo decir todas aquellas cosas le hizo ver que él también estaba confuso por sus sentimientos, como ella, y quiso ser igual de sincera.

—Yo no sé qué es esto que siento, tengo miedo a que me hagas daño. No sé si es muy pronto, pero quiero vivirlo...

—¿No lo sabes? —la cortó—. Entonces no digas nada.

Enric besó sus labios y Mar se dejó llevar por todas las emociones que le despertó. Estaba seducida, hipnotizada, enloquecida por tenerlo. Su piel, como si saliera de un letargo, vibró con cada caricia, con cada palabra tierna que él vertió en su oído. Apasionada, respondió a cada envite de su cuerpo. En su mente se sintió liberada para amar, amar sin límite. Dando y recibiendo con la misma intensidad. Una idea cruzó por su cabeza y empezó a asimilarla. Con Enric iba a quererlo todo.

Mar estaba nerviosa por la cena. A última hora se enteró de que no era en casa de Arturo, sino en la de Alicia, la madre de Carlos que vivía en Sant Cugat y, por lo que intuyó, no tenía pinta de una cena informal. No, allí iba a reunirse toda la familia. Casi estuvo a punto de desdecirse, pero vio a Enric tan contento que le dio apuro decepcionarlo. Le había comentado que nunca había llevado a una chica a esas cenas y no se sintió mucho mejor con el comentario.

Enric había llegado a su casa a final de la tarde, venía del gimnasio. La naturalidad que mostró para arreglarse allí la sorprendió. Mientras se vestía lo escuchó cantar en la ducha y se sonrió, no lo hacía mal. Había cuidado mucho qué ponerse; aunque conocía a todos los miembros de la familia Oliver, se sentía como si entrara en sociedad. Se miró al espejo y se gustó. Iba muy conjuntada. Enric apareció reflejado en el espejo.

—Te has puesto muy guapa —susurró pegado a su espalda. Inició un reguero de besos por el cuello y le hizo cosquillas.

—Casanova, no sabía que cantaras tan bien —comentó.

—Te lo dije, pero no me creíste. —Siguió con sus besos y ella alargó su cuello para darle mejor acceso. Cuando él introdujo una mano bajo su falda se separó.

—Enric, por favor, no tenemos tiempo.

—Uno rápido.

Era insaciable y le contagiaba aquellas ganas, pero no pensaba llegar tarde y mucho menos se iba a dejar provocar. Le dedicó una sonrisa y negó con su

dedo índice. Después le dio un cachete en el culo y le pidió que se vistiera. No quiso detener su vista en la erección que tenía cuando él se retiró la toalla y empezó a ponerse un bóxer blanco. Lo observó vestirse por el rabillo del ojo; mientras se colocaba unos pendientes y un par de anillos.

—Cuando quieras —anunció él cuando estuvo listo.

Mar cogió su bolso y tomó la mano que él le ofrecía para salir de casa.

—Podríamos ir en mi coche —propuso ella en el ascensor y sin darse cuenta empezó a rizar un mechón en uno de sus dedos.

—De eso nada, me encanta conducir —contestó—. ¿Nerviosa?

—Un poco. Esto es raro. Me hubiese gustado que fuera algo más privado. No hacía falta que todo el mundo supiera que nos acostamos.

—No lo veas así. Nadie va a decirte nada. Además, yo quiero que lo sepan todos, así dejan de darme la lata —ironizó.

Caminaron unas calles en busca del coche. Lo había dejado en un *parking* cercano, el mismo en el que ella estacionaba el suyo. Mar se sorprendió al ver que no era el Porsche.

—¿Y el otro? —preguntó curiosa al detenerse frente a un Audi plateado.

—El Porsche está en el garaje de casa —la informó risueño—. Solo lo saco en ocasiones señaladas. Era de mi padre. Es de la segunda generación del nueve once. Un día de estos damos un paseo. Este no es ninguna reliquia. ¿No te gusta?

Que bromeara con algo de lo que le dijo el día que se conocieron, cuando su coche lo dejó tirado, la hizo reír.

—Es una pasada, ¿qué modelo es?

—Un A7 Sportback.

Al entrar en el vehículo la sorprendió su interior: asientos de piel, claros, y un salpicadero con varias pantallas.

—Muy pijito —alabó.

—El dinero hay que disfrutarlo. Y a mí me gustan los coches —respondió con un deje ufano—. ¿Preparada para la aventura?

—¡Qué remedio!

Enric le dedicó una sonrisa y puso el motor en marcha. Al salir a la circulación le rozó la rodilla con los dedos y se la apretó.

—La primera vez que hiciste esto casi me da un infarto —murmuró, consciente de que él quería tranquilizarla.

—Disimulaste muy bien —contestó y le acarició el muslo como aquella vez bajo la mesa, en la boda—. Notaba cómo temblabas, pero me encantó ver que no te cortabas. Quería hacerlo desde que me recogiste en tu coche, tocar tu piel blanca, soñé contigo aquella noche...

—¿Y qué soñaste?

—No quieras saberlo... Aunque la realidad siempre supera la ficción.

Mar se le acercó y le dio un beso en la mejilla. Se sentía feliz con él y pensó que la tenía bien pillada, de repente aquella idea la preocupó. Enric tenía fama de mujeriego. ¿Y si se cansaba en unas semanas? No quiso que se le nublara el ánimo. Si eso ocurría ya se preocuparía entonces. No debía anticipar la angustia. Era como pasarlo mal de gratis.

—Has dicho que nunca has llevado una chica a esas cenas, ¿por qué? —preguntó con curiosidad.

—Supongo que no encontré a nadie con quien me gustase ir —confesó y le apretó de nuevo la rodilla—. ¿No seguirás nerviosa?

—Un poco, los conozco a todos, pero no me gusta ser el centro de atención —reconoció. Las dudas no se le habían disipado y necesitó seguir con las preguntas—. ¿Nunca has tenido novia?

—Pues así con esa seriedad con la que lo dices, no. Nunca me ha interesado nadie lo suficiente para darle esa categoría. Hasta que apareciste tú. —La miró un segundo y lo que vio en sus ojos no mentía, se sonrió al recibir aquel título—. Mar, para mí tú eres especial y yo quiero serlo para ti y eso me basta por ahora. Lo que no tiene nombre no existe. Así que podemos usar este para definir lo que somos.

La dejó sin palabras. Para ella también era especial; aparcó el miedo que le

daba pensar que todo quedaría en unos cuantos revolcones y le sonrió.

Cuando llegaron a la casa de la madre de Carlos, la encontraron en el jardín. Alicia hablaba con alguien por teléfono. Se despidió con cariño, con un «te espero». Al cortar la comunicación los miró complacida y abrió los brazos hacia ella.

—Ven aquí que te dé un abrazo. No sé si felicitarte, darte las gracias o ánimos para aguantar a este...

—¿Casanova? —terminó su frase y los tres rieron.

—Yo iba a decir trasto, pero veo que sabes dónde te metes; aunque creo que eso era antes, cuando todavía no había encontrado alguien que le importara lo suficiente. ¿Verdad, cariño? —inquirió con la vista puesta en su sobrino, este asintió y le dio un beso.

La mujer se puso entre ellos, entrelazó sus cinturas y entraron en la casa. Era amplia y llamó su atención la cantidad de cuadros que había por todas partes. Todos pintados por ella. Carlos y Susana estaban sentados en el sofá, muy acurrucados, mirando fotos.

Después de los saludos, unas palabras de Alicia la desconcertaron.

—Papá, como celestino no tienes precio.

Todos miraron al abuelo con caras de interrogación.

—Yo no he hecho nada —se defendió y miró a su nieto y después a Mar. Les explicó—: Solo sumé dos y dos; os observé bailar en la boda, cómo os mirabais el día siguiente e insistí en que te quedaras cerca de nosotros y el ático era el lugar perfecto.

Aquella confesión la hizo reír. A lo lejos escuchó su teléfono que sonaba, pero lo ignoró. Aunque no pudo evitar ponerse nerviosa, intuía quien era.

—Suena tu móvil, Princesa —la avisó Enric.

—Ya, déjalo —respondió y miró a Susana de soslayo y supo que la había entendido. La llamada se cortó, pero volvió a sonar varias veces más, hasta que no pudo hacer oídos sordos y, de mal humor, fue hacia su bolso para coger el móvil. Contestó molesta, levantó la voz sin darse cuenta—. ¿Qué quieres,

pesado? Deja de llamarme.

Miró a Enric de reojo y este puso cara seria.

—¿Ya me has sustituido? —preguntó Mat con inquina—. ¿Dónde estás?

—Ni te lo voy a decir, ni te importa —contestó molesta, pero bajó la voz—. Deja de llamarme, Mat. No te debo nada, déjame seguir adelante. No tengo nada que decirte, pero deja de agobiarme. Esto raya el acoso.

—Salgamos un día, verás que lo que teníamos está ahí. Solo estás enfadada, déjame arreglarlo.

—No quieres verlo, ahí no hay nada.

Mar sentía que su tensión nerviosa aumentaba. Mat no aceptaba un no y era persistente. Lo peor fue cuando, ante la frustración por su negativa, empezó a decirle cosas desagradables y a culparla de su infidelidad; no supo pararlo. No quería dar un espectáculo, pero aquello era demasiado y las lágrimas se le saltaron.

Susana se le acercó y ella, afectada, dejó que escuchara la conversación. Al instante, Enric y Carlos estaban a su lado. Susana hizo algunos gestos a su marido y este le quitó el móvil.

—Mat, soy Carlos —habló con tono seco—. Deja de una vez de molestar a Mar, estás haciendo el ridículo... Estamos en mi casa, con mi abuelo y mi madre... Asúmelo, tío.

Cortó la llamada y le devolvió el teléfono.

—Si vuelve a llamarte me lo dices, aunque hablaré con él de todas formas —le pidió Carlos—. Lo siento, Mar, se le va la pinza.

—No es tu culpa, necesita tiempo —justificó. Sintió que Enric le rodeaba la cintura con su brazo y se sintió apoyada con aquel gesto—. Aunque si está así ahora, me preocupa cuando se entere de que estoy con Enric.

Sin darse cuenta una lágrima escapó de su ojo derecho. No quería llorar y menos por el impresentable de Mat, pero, Enric, atento como estaba, la reconfortó y la hizo reír cuando le dijo al oído.

—Acuérdate del polvo de despecho.

Alicia los llamó, la cena ya estaba lista y podían pasar al comedor. Al sentarse a la mesa, Mar se dio cuenta de que había dos lugares vacíos y no supo quién más faltaba. Al momento sonó el timbre e hicieron su aparición Joaquín, el padre de Carlos, con Dolors, su pareja.

Se creó un ambiente relajado y Mar no notó una especial atención en su persona. Eso la hizo relajarse y olvidarse del mal rato que la había hecho pasar Mat al teléfono. Todos hablaban de forma distendida; menos Dolors que apenas participaba y de vez en cuando miraba a Joaquín con cara de fastidio. Enric estaba muy pendiente de ella y eso la hizo sentir muy bien. Después de cenar, pasaron al salón donde sirvieron el café. Las conversaciones fueron cambiando de temática hasta que los hombres se pusieron a hablar de temas médicos y de la clínica. En aquel momento, Alicia les propuso a Mar y a Susana que la acompañaran. Invitó también a Dolors, pero esta no quiso ir con ellas. Daba la impresión de que no estaba muy a gusto, apenas participaba y se entretenía con su móvil. Mar observó a la pareja, Joaquín no le hacía mucho caso.

Alicia las llevó a su habitación; se sentaron sobre la cama y abrió una caja que había en su mesilla.

—Esto lo compré en el viaje a Venecia, pensando en ti. Espero que te guste —comentó a la vez que ponía sobre las manos de Susana un paquete. Esta lo abrió y sacó un collar largo. Era precioso y su cara se iluminó emocionada.

—Me encanta, es muy bonito.

—Son piedras de ámbar —contestó Alicia que volvió a rebuscar en la caja, miró a Mar y añadió—: He visto que te gustan los anillos grandes, a ver si te gusta este. También es de allí.

Le mostró un anillo, con tres piedras engarzadas, dos rojas y una negra.

—Es ónix, con cristal de Murano —informó Alicia e hizo un gesto para que se lo probase, ella accedió—. Para ti.

—Es muy bonito, Alicia, pero no tienes por qué regalarme nada.

—Lo sé, pero me hace ilusión... Además, yo no creo que me lo ponga. Y a ti

te pega mucho —respondió cogiéndole la mano—. Es curioso, Anna, la madre de Enric, llevaba siempre anillos como estos. A ella también le gustaban, grandes y vistosos. Mi padre tiene guardadas las joyas que mi hermano conservó y no dio a su familia, un día las miramos.

Carlos interrumpió la confidencia. Llamó a su madre desde el pasillo y esta, con una mueca de intriga, se levantó y fue a su encuentro. Susana aprovechó para cuchichearle algunos chismes. Le contó que Dolors no soportaba a Alicia y no le gustaba venir a su casa; sin embargo, Joaquín no había dejado de hacerlo nunca. La relación que tenían los padres de Carlos era, como poco, curiosa.

Salieron al salón, al ver que Alicia se retrasaba en regresar y vieron que Joaquín se despedía. Les dio un beso y a Susana, un abrazo sentido. Su pareja ya estaba fuera, ni siquiera había dicho adiós.

Cuando decidieron marcharse, Enric le preguntó a su abuelo si le apetecía hacer una barbacoa en el jardín de su casa. En unos segundos habían organizado una pequeña reunión. La tía Alicia declinó la invitación, pero prometió sumarse para otro día.

Enric esperó a estar sentados en el coche para preguntarle si había estado a gusto.

—Sí, aunque la llamada de Mat me alteró un poco, pero... —se lamentó, no quería que nada les estropeará la noche y cambió el tema— mira, hasta me han hecho un regalo. —Y le enseñó el anillo que llevaba engarzado.

—Mi tía es un sol, creo que tienes a mi familia en el bolsillo. —Sonrió, al segundo se puso serio—. Mar, cariño, si tú quieres hablo con Mat. No quiero que te preocupes.

—No, ya se le pasará. Y no hablemos más de él.

—Como quieras —aceptó y con cara pícará añadió—: Mañana podemos dormir en mi casa.

—¿Mañana? Estará allí tu abuelo, me da corte, Enric.

—Está bien, pero es que tengo ganas de tenerte en mi casa. Mi cama es muy

grande, ¿no te animas?

—¿Tienes algo en contra de la mía?

La sonrisa que Enric le dedicó le anunció que aquella noche iba a demostrarle que el lugar era lo de menos.

Capítulo 6

Desde que Mar empezó su relación con Enric, pasaban casi todas las noches juntos. Sentía que estaban muy armonizados y, a veces, tenía la impresión de que eran como esas parejas que la fuerza de la costumbre y el tiempo habían sincronizado sus hábitos. Enric lo hacía siempre fácil. Una tarde se empeñó en que fueran a su casa, quería que pasaran la noche allí, le aseguró que estarían solos y no quería esperar más.

La llevó de la mano por todas las estancias de la vivienda. Era muy grande y con una decoración moderna y cuidada. Al llegar a su habitación, le susurró que estaba deseando tenerla en su cama y ella se derritió al escucharlo. Fue una noche especial. Le preparó la cena, un baño y después le hizo el amor muy despacio y con mucha ternura. Mar no había imaginado que podía ser tan romántico cuando estaban solos.

Cuando llevaban un mes, él la invitó a celebrarlo. Habían quedado en una de las terrazas que había cerca del ático. Estaba distraída con el móvil cuando presintió que alguien se sentaba a su mesa. Al levantar la vista no le gustó a quien encontró. Era Mat.

—Hola, Mar, por fin te encuentro. —No le hizo gracia verlo, no quería que llegara Enric y se encontraran. Presintió que iba a cortarles el buen rollo con alguna de sus insinuaciones—. Estás muy guapa, como siempre, o tal vez un poco más. ¿Qué te has hecho?

—¿Qué quieres, Mat? —preguntó molesta, no ocultó el tono de enfado y él

se dio cuenta.

—¿Qué esperabas? No atiendes mis llamadas, ni contestas mis mensajes, así que no me has dejado otra opción que seguirte —murmuró con descaro.

—Eso raya el acoso. Lo sabes, ¿verdad?

—Yo no lo veo así.

—Ah, ¿no? ¿Y cómo lo ves tú?

—Quiero recuperarte y no me lo pones fácil. He cambiado, no me dejas demostrártelo. Nosotros estábamos bien, hasta que tuve un desliz. Si me hubieras prestado más atención te habrías dado cuenta de que algo me pasaba.

—¿Atención? Ahora se dice así: que no te prestaba atención. Mira, no me vengas con cuentos —respondió indignada—. «Nosotros» no existe. ¿Tuviste un desliz? ¿Te dices a ti mismo que fue eso? Está bien, tu desliz me abrió los ojos. —No quería discutir, solo quería que se marchara y la dejara en paz.

—Mar, tenemos que estar juntos, íbamos a casarnos —suplicó Mat a la desesperada. Ella lo miró perpleja.

—¿Cómo que íbamos a casarnos? Deja de decirle eso a todo el mundo —respondió ofuscada.

—Yo quería casarme contigo, lo sabes. Aún estamos a tiempo, no eches a perder lo nuestro por un error que no significa nada.

—Error, desliz, da igual el nombre que le pongas. ¿No entiendes que no quiero volver contigo?

—Se te ve muy segura, has cambiado. Pero eso lo dices porque estás enfadada. Sé que en el fondo quieres volver conmigo —aseguró. Mar dedujo que se creía sus propios argumentos—. Creo que me gustas más así. Antes parecías siempre tan vulnerable.

—No, de eso nada. No te equivoques —contestó irritada y le dio rabia caer en su provocación—. Yo solo me comportaba como tú querías, pero eso se acabó.

—No vamos por buen pie, no he venido a discutir.

—¿Por qué me has seguido, entonces?

—Quería verte.

—No creo que sea solo por eso. Te conozco, ¿qué quieres?

—Tienes razón, quiero saber quién se mete entre tus bragas —espetó con voz cínica.

—¡Eres un cerdo!

—Mira, te lo voy a decir rápido y me iré. Sé dónde vives, no es el primer día que te sigo. Aún no sé con quién andas, pero lo averiguaré. Y me debes algo. Ya sabes lo que quiero. Prometiste ayudarme.

—Yo no te debo nada. Busca otra que te financie. Y entérate de una vez. No pienso volver contigo, ahora tengo otra vida.

Mat se levantó con parsimonia, pero intimidándola.

—Me da igual la vida que tengas. No me voy a quedar de brazos cruzados.

Se le acercó y no le dio tiempo a retirarse antes de que le plantase un beso en la mejilla. Sus labios estaban húmedos y le dio asco. Se limpió la cara con el dorso de la mano, algo que no pareció gustarle a Mat, pero este le dedicó una sonrisa de suficiencia y le dijo que ya se verían. Se dio media vuelta y se fue.

Mar se quedó intranquila. ¿Cómo había podido estar con él durante dos años? Le molestó pensar en el interés de Mat. Era duro reconocerlo, si lo hacía se tendría que cuestionar si estuvo con ella porque la quería o por su dinero.

Al coger su móvil, vio un mensaje de Enric en el que le decía que se retrasaba y lo agradeció. No quería que la viera alterada por haber visto a Mat. Decidió telefonar a Susana, hablar con ella la ayudaría. A medida que le explicaba el encuentro, su amiga se indignaba más. Le repitió varias veces que iba a hablar con Carlos, que aquello no podía continuar así.

—No quiero que Enric se entere.

—Debes decírselo, y lo del dinero también.

Enric se retrasó poco menos de veinte minutos; pero cuando llegó, Mar lo

recibió con un abrazo y no pudo evitar que las lágrimas se le saltaran. De una forma atropellada le explicó lo que había ocurrido.

—Cariño, no te entiendo, explícamelo con calma —le pidió tranquilo—. ¿Te ha hecho algo? ¿Te ha amenazado?

—Mat quiere hincarle el diente a mi dinero, eso es todo.

—¿Qué dinero?

—El dinero del seguro del accidente de mis padres —le aclaró y tras pensarlo un segundo se lo explicó bien—. Recibí mucho dinero del seguro, no sé cuanto hay ahora, no lo miro a menudo. Además, mi abuela hizo inversiones en mi nombre y gané más. Lo gestiona ella y lo hace bastante bien, pero cuando cumpla los treinta seré yo quien deba administrarlo.

—Pero la familia de Mat tiene dinero con la empresa de informática. Él también con sus programas y aplicaciones.

—Su padre le cortó el grifo y yo cubrí algunas de sus cosas. No sé cómo no llegaba a fin de mes. Le dije que lo ayudaría a independizarse del negocio de su padre.

—Bueno, no te preocupes, que no te asusten las palabras de ese imbécil. Siempre ha sido un niño de papá que no sabe manejarse sin el dinero de otro. En el fondo le es cómodo tener a los Calderón detrás. Además, tú no estás sola, hay gente que se preocupa por ti. Y yo no voy a irme. —La abrazó y sus palabras le dieron paz. Su voz le transmitía tranquilidad, aunque Mar captó que no quería alterarla y reprimía su rabia—. Tenía una noche romántica programada, ¿prefieres que nos marchemos a casa?

—No, por favor, que no nos fastidie la noche.

El lugar al que fueron era uno de los restaurantes de moda de la ciudad. Destacaba porque disponía de pequeños salones privados. En el fondo se trataba de un pequeño hotel; con servicios sofisticados y exclusivos según los deseos de los clientes. Los dirigieron hacia la primera planta y una camarera los hizo entrar en una de las salas. Mar miraba todo con los ojos muy abiertos.

—¿Dónde me has traído? —le susurró a Enric.

—¿Sorprendida?

Negó con la cabeza y quiso aparentar que tenía mundo y que no se coartaba por nada, pero le temblaban las rodillas. Sonia les había contado un día, a Susana y a ella, que había ido con Sebas y que el lugar cumplía las fantasías de cualquiera.

La mujer les ofreció unas copas de cava y, antes de salir de la estancia, les dijo que en unos instantes les servirían. La mesa estaba preparada para dos y todo tenía una decoración muy romántica. Mar se dedicó a curiosear por la sala. Se dio cuenta de que tras una puerta acristalada había una habitación con una cama de sábanas negras en medio. Tragó saliva y actuó como si fuera lo más normal del mundo.

Cuando quedaron solos, Enric se le acercó hasta pegarse a ella.

—Quería un lugar especial y recordé este.

—¿Así que ya has venido?

—Bueno, alguien me habló de él, pero me lo ha recomendado una de las médicas de la clínica.

—¿La pelirroja?

Enric asintió, pero antes de que ella se llevara la copa a los labios la besó y le pidió que no pensara en nada que no fueran ellos dos. Después la besó con tanta intensidad que Mar se convenció de que aquella noche iban a probar aquellas sábanas.

Bebieron unos sorbos del líquido dorado y alguien picó a la puerta. Dieron paso. Un camarero trajo un carrito con una única bandeja, lo dejó junto a la mesa y se marchó.

Mar miró asombrada la fuente. Era una mariscada enorme: con langosta, bogavante, carabineros, gambas, langostinos, cigalas, ostras, almejas y berberechos.

—¿Más cava?

—Sí, creo que voy a necesitarlo.

Enric se levantó y le sirvió como si fuera el camarero; antes de que se

alejara la besó en el cuello y le mostró la botella.

—El cava de nuestra primera noche —comentó; la sorprendió que él se acordara y aquel gesto la hizo feliz—. Primero bebimos otro, pero no sé cuál.

—Yo tampoco, por eso el Gramona Imperial será nuestro cava oficial. — Enric tomó asiento y, tras servirse, levantó su copa y la chocó con la de ella —. ¡Por nosotros!

Mar bebió un sorbo y miró por encima del hombro de Enric, la habitación estaba detrás de él.

—Que no te distraiga. Primero hay que cenar.

Casi se atragantó.

—Mira que eres malo. ¿Qué pretendes, asustarme? —inquirió inocente, como si no supiera lo que él pretendía al llevarla ahí.

—Para nada, solo te informo de que el postre serás tú. —Mar sintió que la sangre se le calentaba solo con la mirada que él le dedicó; la tenía encendida. Sin embargo, lo miró con desconfianza—. Princesa, a este lugar la gente viene por las instalaciones. —Enric miró hacia atrás, para la puerta de cristal y añadió—: Y para cumplir sus fantasías. Es una habitación de hotel normal y corriente. Pero si estás incómoda, nos vamos a casa después de cenar.

—¿A qué casa? ¿La tuya o la mía?

—A casa, para mí es en donde estés tú.

Enric volvió a levantarse y la sirvió, la ayudó con las tenacillas a partir el marisco que a ella se le resistía, incluso llegó a darle de comer con los dedos.

—Todo muy afrodisiaco, aunque no lo necesitabas; me tienes animada y dispuesta —afirmó seductora—. Pero esto te costará una pasta.

—No me importa. Tú lo vales. ¿Te gusta?

—Claro, es un lugar increíble y la mariscada está impresionante. —Se terminó la copa de un trago.

—No te achispes —censuró él con tono burlón.

Mientras daban cuenta de la bandeja de marisco hablaban de cómo había transcurrido el mes. A ambos les parecía que llevaban más tiempo. No se les

acababan los temas de conversación. Tras la cena se limpiaron las manos con unos sobrecitos de toallitas impregnados en limón, y Enric le sirvió una última copa de cava.

Sobre una encimera, Mar encontró un mando; era de un equipo de música y lo encendió. La voz de Pablo Alborán surgió de los altavoces y cantaba que le regalara su estrella; Mar, sin darse cuenta, se contoneó con la balada. Enric se le acercó y la cogió por la cintura.

—¿Bailamos?

Siguieron el ritmo lento de la melódica voz, y cuando llegó el estribillo Mar lo tarareó. Enric también y ella se calló para escuchar como él le recitaba al oído.

*Haces que mi cielo
vuelva a tener ese azul,
pintas de colores
mis mañanas solo tú.
Navego entre las olas de tu voz.
Y tú, y tú, y tú, y solamente tú
haces que mi alma se despierte con tu luz.
Tú, y tú, y tú...*

—Me gusta que me cantes al oído.

—Y a mí me encantas tú.

Mar no esperó más para entregarle los labios y él se apoderó de ellos y siguieron unidos por sus bocas, girando sobre sus pies, abrazados mientras la canción llegaba a su fin. Al terminar, otra le siguió. Una de David Bisbal, *Me enamoré de ti*. Enric tarareaba al compás del cantante a la vez que la besaba y ella se derritió con los besos que le daba en el cuello y sus manos que la acariciaban con ternura.

—Enric...

Mar estaba seducida por su voz y por todo lo que él le hacía sentir. Al

mirarse en sus ojos vio el deseo que, como ella, contenía. Enric, con un mudo ruego, le pidió permiso para traspasar con ella aquella puerta acristalada. Fue ella la que detuvo los pasos y agarró su mano para dirigirlo a la otra habitación.

Volvieron a besarse, y Mar sintió que necesitaba profundizar más los besos, el ardor que sentía en su estómago era un fuego que ganaba terreno por su cuerpo. Pero era su corazón lo que estaba más expuesto, se sintió enamorada por cómo cantaba la canción.

Enric la tenía sujeta por la cintura y, con sus ojos clavados en los de ella, le susurró con la voz cargada de emoción:

—¿Es muy pronto para decirte que te quiero?

Lo miró y lo que vio la desarmó. Los ojos de Enric la miraban fijos, con un brillo acuoso; escucharlo respirar, casi como si le faltara el aire, la hizo estremecerse.

—Yo... yo. —No tuvo que buscar mucho en su mente ni en su pecho, la canción se lo decía. Se enamoró de él como jamás imaginó—. Yo también me enamoré de ti, sin esperarlo. No, no creo que sea pronto para confesarlo.

Enric la agarró por la cintura y la elevó, mordió sus labios y el beso que inició, tierno y amoroso, se convirtió en un fuego de pasión.

—Dímelo —le pidió con la voz tensa—. Dímelo otra vez.

—Te quiero, Enric, te quiero mucho.

—Princesa, es lo más bonito que me has dicho nunca —contestó y la besó en los labios, la cara, los ojos—. Eres la luz de mi vida. No sé qué me haces, me quitas la respiración, pero estoy seducido por ti. Necesito tenerte.

Fue desnudándola con pericia hasta que la tuvo en ropa interior y la tumbó en la cama de sábanas negras. Su piel destacaba sobre el oscuro fondo. Pero Mar no se quedó quieta, lo ayudó a quitarse la ropa para poder sentirlo sobre ella y que la colmara. Siguieron sus juegos y propuestas y, al sentirlo exhausto sobre su pecho y recorriendo su cuello en busca de su boca, supo que Enric le había ganado el corazón y el alma.

Decidieron marcharse a casa y seguir allí su noche de amor. Una vez vestidos, él se le acercó.

—Tengo la sensación de ser alguien distinto del que entró.

Bisbal sonaba de nuevo, interpretaba *Adoro*, y Enric se pegó a su cuerpo. Ella enroscó sus manos alrededor de su cuello y danzaron al suave ritmo de la letra. En un dúo con el almeriense, Enric le susurró:

—... *eres mi existencia, mi sentir, eres mi luna y mi sol, eres mi noche de amor...*

—Tú sí que eres mi luna —le dijo ella con humor, si no lo hacía era capaz de ponerse a llorar de la emoción—. Una que provoca tsunamis en mí.

—... *y es que me muero por tenerte junto a mí, cerca muy cerca de mí, no separarme de ti...*

Seducida, escuchaba como le cantaba al oído mientras sus manos la apretaban.

—*Adoro el brillo de tus labios, lo dulce que hay en tus labios rojos, adoro la forma en que suspiras, y hasta cuando caminas, yo te adoro, vida mía...*

Al terminar la canción se miraron con intensidad.

—Te quiero, Mar, no lo olvides.

—¿Cómo voy a olvidarme con esta puesta en escena? —bromeó—. Yo sí que te adoro.

Salieron de aquel lugar convencidos de ser otros. Se habían prometido amor.

El camino a casa lo hicieron en silencio, Mar se sentía abrumada por todo lo vivido. El Audi A7 era impresionante y sonrió al recordar a Enric en las cuestas de Garraf, intentando que alguien le parara porque el Porsche lo había dejado tirado. ¿Quién le iba a decir que estaría ahora así? La caricia suave en su rodilla la sacó de sus pensamientos.

—¿Estás bien?

Le sonrió con un mohín. Estaba en las nubes.

—¡Ay, Princesa! Qué bien nos lo vamos a pasar.

Soltó una carcajada. Enric no parecía saciado. Sería por la mariscada que

era afrodisiaca.

Salieron del aparcamiento de la mano y caminaron hasta el ático. Él no le había preguntado, pero ella daba por hecho que aquel era su nido de amor. Por lo visto para él también.

Casi cuando habían llegado al portal, lo vio. Mar no tuvo duda de quién los esperaba. Se preguntó si Mat habría estado allí, esperándola, para ver si regresaba acompañada. Se respondió que sí. Por la mirada que les dedicó, tuvo la impresión de que quien se había llevado la sorpresa había sido su exnovio. Sintió la mano de Enric que apretaba la suya y le dio seguridad.

—Tranquila, ni te inmutas y déjame a mí, ¿vale? —inquirió; la sujetó con firmeza y ella se pegó más a él. Al llegar hasta Mat, Enric lo saludó en tono seco—. Buenas noches, Mat. ¿Qué haces por aquí?

—¿Es con este con quien estás? —preguntó Mat, perplejo y lleno de rabia, ignorando a Enric. Se le acercó tanto que Mar tuvo que dar un paso atrás.

Esperó gritos, recriminaciones, amenazas y provocaciones por su parte. No contestó, fue Enric quien lo hizo.

—¿Algún problema?

—No me lo puedo creer, Mar. ¿Lo haces por joderme? ¿Te lías con él por eso?

—Mat, Mar es mi novia, así que respétala.

—¿Tu novia? Tú no tienes novias —espetó con desprecio. Mar pudo ver en sus ojos una chispa que no le gustó. Le clavó una mirada acusadora y le preguntó sin incluir a Enric—. ¿Estás con él desde la boda de Carlos?

—No tiene por qué darte explicaciones. Deja de acosarla. Puedes tener problemas —aconsejó Enric con voz tensa a la vez que se interpuso entre ellos, para separar a Mar de su exnovio—. No estoy dispuesto a que repitas lo de esta tarde, la próxima vez te las verás conmigo.

Mat lo miró y se mostró disuadido.

—Lo sé... Solo venía a pedirle disculpas —parecía arrepentido, pero Mar

no se fiaba. Mat era traicionero —. Antes me he pasado, me había tomado dos copas.

No le creyó y, sin ser capaz de morderse la lengua por un segundo más, le espetó:

—Y lo que me sueltas al teléfono, los mensajes, ¿también son porque te has tomado dos copas? Eres un gilipollas, no vuelvas a llamarme.

—Lo siento —se disculpó—. No volverá a suceder.

Mar no se fiaba. No reconocía a Mat, él nunca se había retirado tan deprisa.

—¿Qué has venido a hacer aquí, Mat? No te creo, no te creo nada.

—Es cierto, estoy cabreado, muy cabreado —estalló y ella se puso en alerta—. ¿Cómo has podido escogerlo a él? A él, precisamente. Te dejará en tres días, cuando se canse de ti.

Todo pasó muy rápido. Mat levantó el brazo y lanzó un puñetazo a Enric, este lo esquivó, pero se lo devolvió y Mat cayó al suelo. Se levantó, avergonzado.

—¡Serás gilipollas! —exclamó Enric. Mar lo vio estirar y flexionar los dedos varias veces. Se preocupó, se había tenido que hacer daño en la mano.

—Tenía que intentarlo —soltó Mat con sarcasmo tocándose la mandíbula—. ¿No podías haber pedido permiso?

—¡Serás capullo! —le espetó ella con rabia.

Enric, como si fuera una pregunta de lo más corriente, contestó tranquilo.

—Lo hice, Mat, lo hice, pero a ella. No la cuidaste, la tenías y la jodiste. Ahora no tienes derecho a reclamar nada. —Agarró la mano de Mar y soltó enfadado—. Será mejor que te vayas y no la molestes más. No está sola, ¿te enteras? Si la molestas a ella me molestas a mí y a Carlos, ¿no lo has pensado?

Mat los miró desconcertado. Asintió con la cabeza y dijo un adiós casi inaudible. Se fue cabizbajo, Mar pensó que parecía perdido.

Pero no se fiaba.

Al entrar en el ascensor, dejó salir en voz alta sus pensamientos.

—Demasiado fácil. —Apretó el botón del ático y se recostó sobre Enric—. No creo que se acabe todo aquí.

—Claro que se acaba. Ya verás que no vuelve a molestarte.

—¿Te duele? —preguntó al cogerle la mano y darle un beso en el dorso—. Habrá que ponerte hielo. Mat tiene la cara muy dura.

Mar recurrió al humor como siempre que necesitaba destensar las situaciones.

—Un poco, no sé en qué pensaba, es mi herramienta de trabajo. Pero olvídalo, que esto no nos estropee la noche, Princesa.

Lo olvidó nada más traspasar el umbral de su puerta. Su mente y sus sentidos se concentraron en otra cosa mucho más placentera.

Capítulo 7

Mar no había vuelto a saber de Mat. Lo último que supo, a través de Carlos, fue que se había ido con sus padres a Sant Feliu de Guíxols. No quería sentirse mal por su exnovio, sabía que no le gustaba volver allí, pero quizás así centraba su vida y la dejaba tranquila.

Con Enric se sentía cada vez más cercana. Las semanas habían pasado y habían establecido una rutina sin darse cuenta. Solían dormir juntos, por lo general en su casa, pero también lo habían hecho en la de él. Otras veces lo hacían por separado y el reencuentro siempre era explosivo.

Enric tenía que viajar a Madrid a un congreso médico y le pidió que lo acompañara. Al principio Mar se había negado. ¿Qué hacía ella en un congreso médico si no iba a los de su propia disciplina? No podía irse todos los días que iba él, pero las razones que él le dio la dejaron sin palabras.

—¿No vive allí tu abuela? Ven el viernes, podemos visitarla y me la presentas. —Con mirada pícara añadió—: Por el día estás con ella y por las noches, conmigo.

Unos días antes de marchar, estaban acurrucados en el sofá viendo una película, cuando el timbre del teléfono de Enric los sobresaltó. No pudo evitar mirar hacia la pantalla y vio el nombre de una mujer, Beth. Él lo miró y lo dejó sonar. Al momento entró un mensaje. Sin querer que eso la afectara se levantó y retiró los platos de la cena que habían dejado abandonados en la mesa de centro. Los llevó a la cocina. No quería que le perturbara que lo llamara una

mujer; pero sin querer, el fantasma de los celos la rozó.

Los brazos de Enric rodearon su cintura por la espalda y la sacaron de su pensamiento.

—¿Quién es Beth? —Lamentó hacer la pregunta en el instante que se escuchó—. Lo siento, Enric, no puedo pedirte cuentas.

—Pero yo voy a dártelas. Es una chica con la que estuve; no éramos nada, nos divertíamos nada más.

Repartió besos por su cuello y Mar casi se dejó llevar por lo que le gustaba aquella ternura, pero ya que había hincado el diente no iba a soltar la presa tan rápido.

—Ah, entonces era de esas con las que quedabas para acostarte.

Sabía que estaba estropeando el momento. Quizás era el pescado de la cena lo que le provocaba decir tonterías; o tal vez el miedo a una traición, que había quedado agazapado en algún rincón de su corazón, lo que la hacía decir aquellas cosas.

Enric la soltó y la miró de frente.

—Mar, no te he mentado. Sí, salía con mujeres, era lo más normal. No le debía nada a nadie. Pero te repito que ahora estoy contigo —murmuró molesto, pero cambió el tono para añadir—: Solo tú, solo yo, ¿recuerdas?

—¿Te vas a marchar?

—¿Me echas? —El tono socarrón espantó sus nubarrones—. Porque yo tengo otros planes.

Ya la tenía y se maldijo por dudar. Enric no era como Mat.

—¿Qué planes? —preguntó y le siguió el juego.

—Dejar que te acurruques a mi lado en el sofá, para ver esa serie de investigación de crímenes que te gusta y, cuando te hayas dormido, llevarte a la cama y aprovecharme de ti.

Le valían esos planes.

Mar dejó la maleta en recepción y pidió que la subieran, junto a una botella de

Gramona Imperial, a la habitación de Enric. Quería brindar con su chico. Hacía dos días que no se veían. Había quedado con él en el bar del hotel, antes de la cena. Él la esperaba allí con otros colegas. Enseguida lo localizó en la barra, a medida que se acercaba se deleitó en observarlo. Él también la vio cuando estaba a tan solo unos pasos. El radar que tenían los conectaba. La sonrisa que le dedicó le dio alas a su corazón. Qué tonta la ponía.

Enric se separó un poco de los amigos y la estrechó en sus brazos, la besó muy rápido en los labios y susurró en su oído que la había echado de menos. Si hubiera podido, Mar lo habría devorado allí mismo. Un deseo por estar con él la sobresaltó.

—Chicos, esta es mi novia —la presentó a la vez que ponía una mano en su cintura, en la parte baja de la espalda—. Mar, son Javier y Daniel, estudiamos juntos, trabajan en la Teknon.

Mar saludó a los chicos con dos besos a cada uno.

—Cómo me alegro de que ya no estés en el mercado, Oliver —afirmó Javier y con muecas divertidas chocó el puño con Daniel en un gesto de complicidad. Enric se encogió de hombros y dejó que se metieran con él.

La agarró más fuerte por la cintura, con posesividad, y todos rieron. Pero tuvo que soltarla para pedirle una copa de vino al camarero. Mar respondió a las preguntas que le hacían, por lo visto les costaba creer que Enric tuviera una pareja. De reojo vio como una mujer rubia se acercaba y se ponía entre él y ella. La observó sorprendida por el descaro, pero la otra, ajena a ella, como si no la hubiera visto, se acercó a Enric. Mientras los otros le daban conversación, pues querían saber a qué se dedicaba, Mar miró por encima de su hombro a su chico y a la rubia. Le pareció que ella le decía algo al oído y él negaba. Leyó el lenguaje corporal de él, lo notó tranquilo, pero no fue capaz de mostrarse ajena a ellos y les lanzó miradas de soslayo, mientras hablaba con los amigos de Enric. Hablaron un rato y compartieron risas. Sin embargo, la emocionó que él la buscara con la mirada, como para que se acercara. Presintió que estaba incómodo, pero no iba a sacarlo de la situación; aunque

no le gustaba lo que veía. Podía imaginar lo que le había dicho la mujer. Al final, Enric alargó su mano y cogió la suya para que se aproximara y le dio el gusto. La rubia la miró con suspicacia y con una frase jocosa se marchó con una sonrisa.

—¿No ha encontrado lo que ha venido a buscar? —preguntó socarrona.

—¿Qué crees que buscaba? —Simuló que se ofendía, pero sus ojos lo delataron.

—Casanova, Casanova —se burló. Quiso quitarle toda la importancia que pudiera tener aquel momento.

—Te vas a enterar cuando te tenga solo para mí.

Mar lo provocó. Con voz muy seria le dijo al oído.

—Rosa... Piensa en el rosa.

Ver cómo le cambió la cara la llenó de seguridad.

La cena fue aburrida para Mar. Compartían una mesa con otros médicos. La gente solo hablaba de las ponencias que habían escuchado y los casos que se habían presentado. Sin mucha sorpresa observó que Enric era uno de los que más miradas de féminas se llevaba. Tendría que ir acostumbrándose. Él parecía no inmutarse; conversaba con otros colegas, pero la incluía con comentarios o explicaciones. En ocasiones le rozaba la rodilla con la mano, a la vez que le dedicaba miradas silenciosas y, durante largo tiempo, la dejó allí anclada; algo que elevó su temperatura. Mar sabía que con aquellos pequeños gestos él la tenía en cuenta y la hacían sentirse bien. Otros comensales se interesaron por ella. Uno de ellos no tenía buena opinión de los abogados porque su exmujer lo era. Pero hablar animadamente y participar de las conversaciones la hizo sentirse más integrada con sus compañeros de mesa.

Enric llamó su atención y le dedicó una sonrisa que no entendió al principio, hasta que alguien posó una mano en su hombro. Al girarse, sorprendida, se alegró de ver quién era.

—No esperaba encontrarte por aquí. —Era Joaquín, el padre de Carlos.

Algunos miembros de la mesa lo saludaron con amabilidad y Mar pudo

apreciar también admiración. De otras mesas se acercaron algunos hombres y mujeres, incluso la rubia vino a saludarlo y le plantó dos besos. Enric le dijo que Joaquín era alguien muy reconocido en el campo y había sido uno de los ponentes invitados.

—¿Y Carlos? ¿No ha venido? —preguntó el hombre a Enric.

—Lo echamos a suerte, no podíamos venir los dos, y me tocó a mí.

—¿No te aburres, Mar? —curioseó cariñoso—. Estos cirujanos siempre están hablando de sus éxitos y echándose flores.

—Ay, creo que eso ocurre en todas las disciplinas, pero si se pasan les pondré un pleito.

El comentario levantó algunas carcajadas. Desde lejos un hombre llamó la atención del padre de Carlos y él asintió; al final del salón vio un grupo que lo esperaba. Dolors no estaba entre ellos, pero Mar pensó que era lógico que no lo acompañara siempre. Joaquín dio un abrazo cargado de sentimiento a Enric y le aseguró que pasaría a comer con él y Carlos un día de la siguiente semana. También le dio un abrazo a ella y la retuvo un poco para susurrarle al oído:

—Se le ve feliz. Cuídalo, es un buen chico.

—Eso me dicen todos, al final me lo creeré —bromeó.

Tras la despedida todo el mundo pareció tener prisa por marcharse, muchas mesas ya estaban vacías de comensales y Enric le dijo que al lado había una sala de baile donde la gente se podría tomar algo más distendida.

—¿Te apetece tomar una copa y bailar o prefieres que nos vayamos? —inquirió Enric muy cerca de sus labios, con un tono que sugería muchas cosas menos bailar con público.

—Lo que tú quieras.

—Entonces nos vamos.

Al entrar en el ascensor, Enric la arrinconó y se lanzó a su boca con delirio.

—Tenía tantas ganas de tenerte solo para mí. —La apretó a su cuerpo y ella comprobó sus ganas—. ¿Así que rosa...? Va a matarme la tensión.

No hablaron mucho más porque al cruzar la puerta de su habitación, ambos

se lanzaron en busca de los labios del otro. Mar le retiró la chaqueta y Enric se quitó la corbata, mientras ella se ocupaba de su camisa. Notó la sangre que se le aceleraba al sentir cómo él incursionaba con sus manos bajo la falda del vestido para llegar a su zona más íntima. Cayeron en la cama y Enric no le dio tregua, se metió entre sus piernas y buceó bajo su falda hasta llegar al lugar que quería.

Mar lo dejó hacer, lo deseaba. Con los brazos en cruz, se mordía los labios extasiada a la vez que se sujetaba con fuerza a la colcha, retorciéndola con sus dedos.

Gimió su nombre y supo que aquello eran los preliminares a una loca noche de pasión.

Mar despertó sola en la cama. Al incorporarse vio a Enric; estaba completamente vestido y llevaba el pelo húmedo.

—Buenos días, Princesa.

Le sonrió y el pulso se le aceleró al ver cómo Enric se le acercaba y se sentaba junto a ella. Le dio un suave beso, dulce, tierno, corto. Le supo a poco.

—¿Pasarás el día con tu abuela?

—Sí, quedé con ellas ayer y les dije que mañana las conocerías — contestó y pasó su mano por su pelo, retirándolo hacia atrás—. Tienen muchas ganas de conocerte.

—Yo también; me contarán cosas de ti, de esas que cuenta la familia y uno se avergüenza —bromeó y repartió besos por su cuello—. Esta noche vamos con unos colegas a cenar, nos invitan unos laboratorios. ¿Quedamos aquí a las siete?

—¿Y las acompañantes también están invitadas?

—Por supuesto y luego nos llevarán a un lugar de copas. —Enric volvió a perderse en su cuello y subió hasta al lóbulo de su oreja para mordisquearlo.

—Casanova, vas a llegar tarde si sigues por ese camino.

—Puedo saltarme el desayuno.

—De eso nada.

—Mar... Ahora mismo solo quiero aprenderme todos los lunares de tu piel.

Acarició su cara y lo miró a los ojos. Él apoyó la cara en la palma de su mano. Tuvo que luchar consigo misma para no dejarse vencer y volver a enredarse entre sus brazos.

—Prométeme que no vas a dejarme.

—¿Por qué piensas que voy a hacer eso? —Ella se sorprendió de su demanda.

—Estoy muy bien contigo, Mar. Me gusta cómo me haces sentir. —La miró con fijeza—. No quiero ser el tipo que era.

—No voy a dejarte. ¿Por qué lo dices?

—Anoche supe que mi vida jamás sería igual, me tienes enamorado hasta las trancas. Desde hoy soy un fiel defensor de la teoría de que los hombres estamos hechos para vivir en pareja.

Mar soltó una carcajada. Casanova enamorado, le encantaba escucharlo.

—Pues revoloteaban muchas moscas a tu alrededor, no sería tan mala tu vida. Además, te has puesto muy guapetón, no sé si me gusta. Algunas se te van a echar encima; o peor, se desmayarán y tendrás que reanimarlas.

Él no bromeaba.

—Contigo voy a por todas. Nunca antes me había ocurrido, ni me había sentido así. Quiero niños, perro y casa con jardín.

—Para, para... no te embales —dijo entre risas y añadió con humor—: Anda, tira y desayuna bien, que quizás te hace falta azúcar.

Mar pasó toda la mañana en compañía de Carmen y Santi; de tiendas por el centro. Ellas preparaban un viaje que harían a Noruega y les faltaban algunas cosas. Aprovechó y compró un vestido para la noche, quería estar guapa para Enric.

Comieron en casa de la abuela, y cuando menos lo esperaba Santi la abordó.

—Se te ve muy contenta, Mar, parece que ese chico te gusta mucho.

—Sí, me hace muy feliz y no esperaba que algo así me ocurriera después de lo de...

—Ni lo nombres —la cortó Carmen—. Y ahora que veo que ya se te fue de la cabeza del todo te diré que no me gustó nunca. Se le veía desde lejos que lo que le interesaba era cazarte.

—¿Cazarme? Qué tontería.

—Sí, hija, cazarte —contestó Santi—. Un día nos preguntó si para que recibieras la herencia tenías que casarte o bastaba con que cumplieras treinta años. Le dijimos que, además, tenías que casarte. Como sabíamos que en aquel momento no tenías intenciones, eso nos dio más tiempo.

—¿Por qué nunca me lo dijisteis? —preguntó indignada.

—Porque te habíamos dicho una mentirijilla y no queríamos que lo descubrieras.

—¿Qué mentirijilla? —inquirió intrigada.

—Cariño, tú nunca te has preocupado de ese dinero y yo lo he gestionado lo mejor que he podido —explicó Carmen muy seria y Mar intuyó que algo iba mal—. Te dije que serías tú la administradora de la herencia al cumplir los treinta años para que fueses juiciosa. Era mucho dinero y no podía dejarlo en tus manos en la adolescencia y menos con lo rebelde que estabas en aquella época, hasta que te dejé volver con Susana y su madre, cuando el psicólogo dijo que era lo mejor.

—Fue bueno que estuvieras con ellas —añadió Santi—. Era como si estuvieras en un colegio mayor, pero sin estarlo, ¿verdad?

Recordó la rigidez de Joana y supo a lo que se refería.

—Cuando empezaste a salir con Mateo todo iba bien, hasta que empezaste a gastar más de lo normal. Eso nos extrañó. —La abuela estaba nerviosa, la voz la delataba y ella pensó que tal vez le preocupaba que se enfadara por la falta de confianza. Lo notó en su voz, así que le sonrió y le apretó la mano a la par que le dio un beso. Tuvo la impresión de que ella captaba su intención porque le devolvió el beso con cariño y vio sus ojos llenos de lágrimas—. ¡Ay, Mar!

Yo solo quería que no te hicieran daño y el dinero siempre hace daño a la gente. Cuando empezaste a hacer uso de él, sospeché un poco, así que investigamos.

—¿Qué investigasteis?

—Queríamos protegerte —justificó Santi—. Descubrimos que cubrías algunas cosas de Mat cuando te fuiste a vivir con él. Que lo has estado haciendo hasta que rompisteis.

—Bueno, era lógico... era su casa —se excusó—. Quise colaborar.

Carmen la miró y supo que había algo que no le decía.

—¿Qué pasa? —preguntó intrigada.

—Existe otra cuenta bancaria, además de las que conoces, con una suma importante —soltó de pronto—. Quería dejarla a buen recaudo... No sabía qué planes tenías con Mateo... Hija, lo siento si me entrometí, pero quería que te quisiera por lo que eres, no por tu dinero... Pero puedes hacer uso de él cuando quieras... Cuando tú quieras. —Y rompió a llorar.

—No es mi dinero, abuela —afirmó confundida—. En todo caso es nuestro dinero. Vosotras lo habéis hecho crecer.

De repente recordó algo y pensó en esa cuenta.

—Cuando Susana y yo abrimos el despacho, te pedí ayuda y me facilitaste el dinero que necesitábamos, ¿salió de esa cuenta que dices?

—Sí, de ahí... Mar, ¿es que no recuerdas, hija? —Mar estaba confusa, negó con la cabeza—. Fuimos al banco al poco de morir tus padres.

—¿Qué tengo que recordar?

Carmen y Santi se miraron y se hablaron sin decir una palabra. Con calma, la abuela empezó a relatarle una historia que ella conocía, aunque le faltaban algunos datos. Sus padres se habían conocido en la facultad de Magisterio y se casaron antes de acabar la carrera, muy jóvenes. Su padre no quería esperar, les había dicho que estaba solo en el mundo y necesitaba sentir que tenía una familia. Al poco tiempo, nació ella. Pero cuando tenía cinco años, un abogado apareció por casa. Buscaba a su padre.

—¿Qué quería?

—Representaba al señor Fontirroig. A Josep Fontirroig, tu abuelo.

—¿Así que mi padre no estaba tan solo?

—Bueno, sí lo estaba, tu abuelo había muerto. Por lo visto él y tu padre no se llevaban bien desde hacía años. Lo abandonó con su madre enferma —explicó la abuela con cierta angustia—. Pero al morir le dejó una cantidad importante de dinero. Tu padre no lo quería, pero... pero hemos vivido todos estos años de las rentas. —Carmen se emocionó, se le rompió la voz y su discurso quedó interrumpido por los sollozos.

—Eran malos tiempos —continuó Santi—. Vivíamos todos juntos, así que aceptó la herencia. Con ese dinero pagamos esta casa y le ayudó a comprarse el piso en Barcelona, donde lo trasladaron.

—Él no lo quería gestionar, lo suyo eran las letras, decía. Me pidió que lo hiciera yo, y a mí se me dio bien. —Siguió la abuela más calmada—. Tuve suerte en algunas inversiones que me aconsejó el director del banco y el dinero fue creciendo. Con el tiempo os marchasteis a Barcelona. Tu madre también pidió el traslado y les concedieron plaza en la misma escuela. Y aquel día iban a comprar la casa de verano. Era una sorpresa para ti.

El recuerdo de aquel día la asaltó. De repente se vio en el despacho del director de su instituto, cuando los de *Serveis Socials* vinieron a por ella. Tuvo la suerte de que Susana no la dejaba sola y habló con su madre. Se ocuparon de ella hasta que la abuela llegó a recogerla.

—Esto no era un secreto, hija —continuó Carmen—. Cuando fuimos al banco tras morir tus padres, al ser tú menor de edad, tuve que tomar decisiones, por eso solicité las cuentas bancarias que usas. Quería que te sintieras libre para hacer con tu dinero lo que quisieras, pero a la vez no podía dejar que tú sola te administraras.

—Pero ese dinero está ahí y debes pensar qué hacemos —concluyó Santi.

—La verdad es que nunca me planteé de dónde salían las cosas o cómo se pagaba mi colegio o el instituto —murmuró sincera—. De niña pensé que tú

eras rica. Después mi madre me habló de la herencia, pero por alguna razón me gustaba más pensar que el dinero era tuyo. Y cuando ellos murieron culpé al dinero, si no lo hubieran tenido no habrían querido una casa en la playa. Pero creo que, aunque sé que está ahí, procuro no necesitarlo. He pensado en comprarme un piso, pero aún así, me cuesta tocarlo.

—Debes hacer uso de él. Ahora eres libre de explicarle a tu novio lo que quieras, nosotras ya nos interpusimos entre Mat y tú, bastante —dijo Carmen apenada.

—¡Con razón quería casarse! —exclamó molesta. Las miró con resignación—. Pero Enric es distinto, él tiene su dinero. También quedó huérfano muy pronto. Primero murió su madre, al nacer, y después, a los ocho años, su padre. Sabe lo que es tener dinero, pero vive de su trabajo como cirujano. Y además su abuelo, que es quien lo crió, se encarga de que no se descarríe. — Se rio al recordar a Arturo, pensó que tenía que presentarle a su abuela y a Santi—. ¿Os he dicho que es primo de Carlos, el marido de Susana?

—¿No era el abuelo de Carlos quien te alquiló el ático? —preguntó Santi.

Asintió y sintió que debía darles alguna explicación más sobre Enric. Quería que les gustase, sobre todo al saber que Mat no les caía muy bien. Eso la había afectado. ¿Y si no les gustaba Enric?

—Lo conocí en la boda y nos gustamos, pero no volvimos a vernos. Empezamos a salir a mi vuelta de vacaciones. Susana y Carlos lo orquestaron, él fue quien me hizo las pruebas de la piel y una cosa llevó a la otra.

Notó que se ruborizaba por cómo la miraban. Más o menos había sido así, no iba a dar más detalles.

—Entonces seguro que nos gusta —confirmó su abuela dándole un beso—. Pero a quien tiene que gustarle es a ti.

—Carmen, tu nieta está enamorada, ¿no lo ves? —aclaró Santi con una gran sonrisa—. Me alegro por ti, Mar, nunca te he visto más brillo en los ojos.

—No sé cómo ha pasado, pero con él me siento muy bien —confesó y su mente viajó a aquella mañana cuando le había dicho cosas tan bonitas.

—¿Y él también siente lo mismo? Mira que cuando una sale de una relación como tú, con esa decepción, puede agarrarse a cualquiera que le haga sentir especial. —Santi hizo de abogado del diablo.

—Sí, también me quiere —contestó firme, dudó un poco, pero se animó a explicarles—. No sé si es pronto para nosotros, pero esta mañana me ha dicho que conmigo lo quiere todo: «Niños, perro y casa con jardín».

—¿Has oído, Santi? —preguntó su abuela emocionada—. Quiere niños. Este nos hace bisabuelas. ¿Cuándo dices que viene? Para que estemos preparadas y le demos un buen recibimiento.

Su corazón se llenó de alegría. Parecían encantadas con Enric y todavía no lo conocían.

—Mar, si tú estás segura de ese chico, nunca es pronto o tarde. Tienes que coger de la vida lo que te da. Porque si lo piensas, se lo puede llevar muy pronto. —Mar entendió por qué Santi hablaba así, ella misma había perdido a su marido cuando no llevaban un año de casados, al caer de un andamio.

Su abuela quiso retomar el tema de las finanzas y ella le prometió no desentenderse ahora que sabía cómo estaban las cosas, pero le rogó que siguiera ella ayudándola. Al rato les dijo que tenía que marcharse, no quería llegar tarde. Tenía una cita con su chico.

Enric estaba casi vestido cuando ella salió del baño. La había sorprendido en la ducha y, como siempre le ocurría, se había derretido en sus brazos. Después necesitó su tiempo para secarse el pelo y maquillarse. Si por ella fuera, se saltaban la cena de médicos, pero no se quejó. Eligió un conjunto de ropa interior negro y se puso unas medias, con liga en los muslos. Cuando se pusiera el vestido lo iba a sorprender. Era ajustado, con un sugerente escote, por encima de las rodillas y modelaba su cuerpo de una manera muy sexi.

Él se abotonaba la camisa cuando picaron a la puerta. Se miraron extrañados. Mar se metió en el baño con el vestido en la mano para que Enric atendiera a quien fuese.

—¡Úrsula! —lo escuchó exclamar asombrado. Úrsula, ¿quién era Úrsula? Pegó la oreja a la puerta.

—¿No me vas a invitar a entrar? —inquirió la mujer en un tono seductor. Mar se enfureció, estuvo a punto de salir, pero creyó que lo mejor era no hacerlo.

—Qué... ¿Qué haces aquí? —preguntó Enric incómodo.

—¿Tú qué crees? Mejor te lo explico dentro, ¿no te parece?

—No es momento para juegos.

—No tiene por qué enterarse, no soy celosa.

Hubo un silencio. Mar quería salir, pero tenía que darle la oportunidad a Enric para resolverlo.

—¿Estás loca? Es mejor que te marches y nos olvidemos de que has venido —le espetó él—. ¿Qué parte de lo que te dije ayer no entendiste? Tengo novia y no se merece esto.

—¿Tu novia? Enric, te cansarás pronto. Venga, uno rápido. Sé que no está, nadie la ha visto en todo el día. Lo pasaremos bien, ya sabes ¿por qué no vivir el *carpe diem*?

—No tengo que darte explicaciones, para ti es mi novia. No, mi mujer —soltó con enfado—. Y ahora márchate y no hagas el ridículo, que no te pega este numerito.

—Vaya, sí que te han domesticado. ¿Ahora irás a contárselo? —Escuchó cómo reía y lo que le apeteció fue salir y tirarle de los pelos.

—Por suerte, o más bien para tu desgracia, no tengo que contárselo. Te está escuchando. Adiós.

La puerta se cerró de golpe y Mar se colocó el vestido a toda prisa. Pensó que la puerta del baño se abriría de un momento a otro. Se sentía indignada, pero tenía que dejar que se explicase. Enric entró en el baño como había supuesto. Parecía incómodo, lo miró enojada a través del espejo.

—Cariño, lo siento. Siento que hayas tenido que oír eso, no he sabido cortarlo mejor, como no salías pues... he pensado... mejor no decir que estás

aquí. Pero ya ves, al final...

Enric estaba nervioso. Hablaba muy deprisa, justificándose.

—¿Qué esperas que diga, Enric? —inquirió con voz apagada. Quiso saber quién era la mujer—. ¿Quién es Úrsula?

—Es la rubia que viste ayer —respondió preocupado—. Solo buscaba al tipo que era.

Mar se repasó el maquillaje. No sabía qué decir. No quería despertar sus fantasmas. La sorprendió que Enric se le abrazara por la espalda, como si esperara que fuese ella quien hablara. ¿No entendía que la había dejado noqueada? Ya sabía el efecto que producía en las mujeres, pero que lo vinieran a buscar a su habitación le pareció muy descarado, la había afectado.

—Princesa, solo quiero que me digas que me quieres y que esto no estropea nada de lo nuestro —murmuró y clavó sus ojos en los suyos a través del espejo. ¿Por qué no lo decía él?

—Termina de vestirte, llegaremos tarde. —No fue capaz de decir otra cosa. Se sentía dolida.

Enric se quedó atrapado en su mirada, a su espalda y ella no se giró, se mantuvo neutra. Al final él se separó de ella con una tristeza que no le había visto nunca. Entonces sus ojos fueron al cuello de su camisa y saltó.

—Será mejor que te cambies de camisa si quieres que te acompañe.

Se apartó del espejo para que él se mirara, al ver a lo que se refería bajó la vista. La marca de un carmín rojo sobresalía en el blanco impoluto. ¿Le había dado un beso para que ella lo viera? Menuda zorra, zorra con mayúsculas.

—Lo siento. —Su voz fue casi un susurro y salió del baño con los hombros hundidos.

Mar tenía que cambiar el chip si no quería que la nube en la que estaban se pinchara. Cuando salió lo encontró sentado a los pies de la cama, a la espera. Se había cambiado de camisa, una azul clara, la otra la había lanzado a la papelera. Tampoco era cuestión de tirarla, era una Ralph Lauren. Pero la dejó ahí. Se hizo una nota mental para recogerla más tarde. Se calzó unos tacones y

se colocó los pendientes, un colgante y el anillo que le regaló Alicia. Esperaba que él dijese algo, ni siquiera la miraba. Cogió su bolso y metió algunas cosas en otro más pequeño. Sacó un abrigo del armario y lo colocó en su brazo.

—Ya estoy, cariño —dijo con voz suave. Creyó que era mejor ayudarlo. No podía culparlo del todo; sin embargo, mejor que aquella mujer no se le cruzara; nunca había sido violenta, pero siempre había una primera vez.

Enric la miró con una sonrisa y se levantó por fin. Le vio un brillo especial en los ojos cuando la besó en los labios.

—Este color no te pega —señaló al retirarle con el dedo restos de su carmín.

—Si me pega algún pintalabios, seguro que es el tuyo; déjalo, será tu marca.

—No, quiero que todas te miren lo guapo que vas y sepan que eres mío, que es a mí a quien llevas de tu mano.

—Eso ni lo dudes, Princesa. Vamos.

Estiró su mano y se la agarró.

Otra cena aburrida. Eran unas veinte personas y estaban en el restaurante de un hotel de la Castellana, pero por mucha cocina de autor y mucha decoración lujosa, le pareció frío y hubiera cenado mejor en otro sitio.

Casi todos conversaban sobre las ponencias, lo que había dicho tal o cual y si estaban de acuerdo o no; algunos hacían su propia exposición. Enric estaba muy pendiente de ella todo el rato. De vez en cuando apretaba su rodilla y le hacía círculos en el muslo con su pulgar; como siempre que estaban sentados juntos, con un grupo. Algo que la tentaba, pero que sin palabras le decía que estaba allí. Mar controló dónde estaba la rubia, casi al final de la mesa. Creyó que había buscado el lugar más lejano y lo agradeció. Aquella devorahombres parecía que ya tenía otra presa sobre la que caer. La mujer que tenía a su lado la llamó y la sacó del escrutinio que hacía. Era enfermera y madre y le contó algunas cosas de sus hijos. Hasta le enseñó fotografías.

Tras los cafés, Mar fue al baño y al salir del cubículo encontró frente al

espejo a la rubia con una amiga. Se lavó las manos en silencio. La otra mujer, una morena muy guapa, se retocaba el pelo y se roció con un poco de perfume; le ofreció, pero ella negó con la cabeza.

—Hay que estar preparada, chica. ¿Tenéis un pintalabios? —pidió y las miró a las dos. La rubia asintió y buscó en su bolso, mientras la otra añadía—: ¿Has visto a Enric? Está tan atractivo como siempre. Qué lástima que no llegué a acostarme con él; dicen por ahí que se ha echado una novia. Si es que los pillan a todos. Seguro que es tonta. Pero bueno, tal vez lo intente. Si tú no vas por él, iré yo.

La rubia carraspeó y le dio un pintalabios. Mar se quedó en silencio, se mordió la lengua para no decir alguna cosa imprudente. Tenía que salir de allí con la dignidad intacta. La morena, ajena a lo que pasaba por su cabeza, tras repasarse los labios, se lo ofreció.

Lo miró con cara de alucine y contestó.

—No, gracias. No me va el rojo putón.

Salió deprisa, antes de que le pudiera decir nada, pero por el rabillo del ojo vio que la tal Úrsula la sujetaba del brazo y cuchicheaba en su oído.

Cuando llegó junto a Enric, él la esperaba con otro médico. Por lo visto los acompañaría en el taxi hasta la sala de jazz a la que iban. Quiso marcharse rápido, pero vio que la morena se les acercaba decidida y se preparó para que le dijera cualquier cosa.

—Disculpa, soy la doctora Casas, Andrea. No nos hemos presentado como es debido —señaló con seriedad.

—Mar Fontirroig, abogada —respondió firme para que supiera que de tonta no tenía un pelo y le extendió la mano, la médica la estrechó. Ni besos ni nada, no eran amigas, ni creyó que lo llegaran a ser.

—Perdona mi comentario —se excusó la morena. Ocultó su sorpresa y aceptó la disculpa—. No ha sido muy acertado, no sabía quién eras. Quedo avisada. ¿Sin rencor?

Asintió con una sonrisa tensa.

—Hola, Andrea, ¿todo bien? —preguntó Enric, intrigado.

—Sí, todo bien, no conocía a tu novia. Sabe poner a la gente en su sitio. —
Le guiñó un ojo y se marchó.

Mar sintió que había ganado una batalla y su honor no había quedado pisoteado. También supo que en adelante habría más Úrsulas que no se detendrían.

Capítulo 8

Mar intuyó que Enric estaba nervioso al bajar del taxi, en el portal de la casa de su abuela. La cogió de la mano y ella le sonrió para infundirle tranquilidad.

—Te va a sorprender, ya verás.

Santi les abrió la puerta y Carmen apareció detrás. Ambas mujeres lo miraron unos instantes. Con aquellos segundos de inspección ocular podían recoger mucha información. Mar sabía que lo evaluaban. Él, como buen seductor, no había ido con las manos vacías. Les entregó un pequeño ramo de flores y una botella de un tinto de Ribera del Duero. Mar reclamó un poco de atención para ella, la abrazaron como solían hacer y, después, se centraron en él. Se lo turnaron para darle besos y abrazos, mientras Mar no paraba de reír. Los hicieron pasar al salón donde tenían preparada la mesa con un servicio de café, de porcelana buena, sobre un mantel, bordado con toda probabilidad por una de ellas. Bombardearon a preguntas a Enric y él respondió animado, eso hizo que se relajara. Sabedor de lo aventureras que eran se interesó por sus viajes, y él también les comentó los suyos.

Las abuelas insistieron en comer en casa; ya tenían preparadas algunas cosas y mientras terminaban los últimos retoques a los platos, Mar le enseñó su habitación. La que ocupaba cuando las visitaba y en la que había dormido cuando era adolescente y fue a vivir con ellas. Alrededor de un espejo había algunas fotografías colgadas. Enric se rio al verlas. En una aparecía Mar con

Susana, debían tener quince años, vestían como Madonna en los ochenta. Parecían sacadas de la película *Buscando a Susan desesperadamente*. Enric no dudó en hacer una fotografía con su móvil.

—Seguro que Carlos nunca la ha visto de esta guisa —comentó y le envió un mensaje con la imagen.

—¿Quieres decir que estamos mal? —preguntó con ironía—. Era carnaval.

—Cariño... —murmuró zalamero y se le acercó para cogerla por la cintura y besar sus labios— Me encantas en esta foto. Se te ve un pelín traviesa, espero que a esa edad solo fuese la apariencia.

Le dio un manotazo en el pecho; no por la frase que acababa de decir, que también, sino porque él ya estaba apretujándola a su cuerpo y había posado sus manos en su trasero. Así y todo, no se libró del beso que le dio.

Cuando salieron al comedor, sobre la mesa había un montón de platos caseros. Eran cuatro, pero, por la cantidad, parecía que allí iban a comer ocho personas. Mar supo que no les harían mucho caso a sus quejas; aquel día no era para contar calorías y privarse de manjares castellanos. Enric pareció encantado con el menú, lo probó todo: las croquetas, la carne en salsa, el bacalao y, por supuesto, el cocido madrileño que Santi se había empeñado en cocinar porque le salía muy bueno. Al terminar, las ayudó a quitar la mesa, a pesar de que insistían para que se quedara sentada con su novio. Lo repitieron varias veces y, en una de ellas, vio como Enric guiñaba un ojo a la abuela con una sonrisa pícara. Se las había metido en el bolsillo. Era un verdadero casanova.

En la cocina les preguntó qué les parecía y solo obtuvo miradas tiernas y palabras de alabanza. Santi resaltó lo atento que era con ella y la buena pareja que hacían. Sin embargo, su abuela le aconsejó que hablara con él de lo que le habían explicado el día anterior.

—¿También piensas que quiere mi dinero? —preguntó suspicaz—. Enric no es Mat. Le gusta consentirme y suele ser él quien paga cuando salimos fuera, casi tengo que pelearme para hacerlo yo.

—¡Anda, mira! Un caballero como los de antes —bromeó Santi—. Esos están en peligro de extinción.

—Si queremos igualdad, eso también lo es —sentenció muy digna.

—Mar, no te atropelles —pidió Carmen—. Creo que es un buen chico y se le ve enamorado, pero no estaría de más que le hablaras de esas cosas. Ya sabemos que tiene dinero. Nos lo contó Joana.

—¿Habéis hablado con Joana? No me lo puedo creer —pareció indignarse, pero su abuela la frenó.

—Niña, queríamos saber con quién andabas, después del Mateo estábamos preocupadas.

No quiso reñirlas, podía entenderlas. Les aseguró que lo haría.

Al salir encontraron a Enric adormilado en el sofá y lo dejaron un momento mientras el café terminaba de hacerse.

Al despertarse se avergonzó un poco, pero por la naturalidad de las abuelas y su desparpajo pronto pareció que las conocía desde hacía tiempo. Hablaron de su inminente viaje a Noruega y Enric les contó algunos lugares que debían visitar. Había ido hacía años con Carlos y su abuelo.

Se despidieron casi al final de la tarde, con la promesa de verse pronto.

Mar había hecho caso a su abuela y, aquella noche, había tratado de explicarle a Enric el tema de su herencia. Él la escuchó asombrado y le aconsejó que si tenía dudas hablara con su abuelo, él llevaba sus asuntos y era un buen asesor. La sorprendió cómo zanjó el tema.

—Es lógico que tus abuelas estén preocupadas, me hubiera gustado decirles que a mí no me interesa tu dinero, sino tú, por lo que me haces sentir. Pero puede que sea egoísta; me gusta consentirte, para que luego tú me consientas a mí.

Llegaron a Barcelona y todo lo que Mar había dejado en espera empezó a precipitarse. A Enric le ocurrió igual. Tuvieron unos días ajetreados, en los que apenas se vieron.

Susana parecía triste y Mar pensó que estaba saturada. Programaron una noche de chicas. Intuía que algo le ocurría a su amiga.

Antes de acostarse, estudiaba un caso que llevaba. Tenía la cama llena de papeles, el portátil sobre las piernas y el móvil en algún lugar sobre el colchón. Cuando sonó, tardó unos segundos en encontrarlo. Le gustó ver el nombre de Enric en la pantalla.

—Hola, Princesa. ¿Qué haces?

—Poca cosa, repasando un caso en la cama, ¿y tú?

—Te echo de menos. ¿En la cama? ¿Desnuda?

Soltó una carcajada.

—No, no lo estoy. ¿Por qué iba a estarlo si no estás conmigo?

—Cariño, tenemos que pensar en eso, hay que remediarlo.

Entendía a qué se refería. Ella también lo sentía lejos cuando tenían que estar separados. Se preguntó si sería normal cuestionarse ya, compartir algo más que dejar unas mudas en casa del otro. Con Mat tardó casi un año en dar el paso, pero con Enric todo era diferente. Le urgía la necesidad de estar con él y creía que a él le ocurría lo mismo, pero la dejaba decidir. ¿Cómo sería vivir juntos? Añoraba tenerlo en su cama, sus besos, sus caricias, sus «buenas noches, Princesa».

Cuando se despidieron deseó salir corriendo e irse a su casa.

Se preguntó dónde vivirían y el recuerdo de que su abuelo vivía con él, o por lo menos pasaba en su casa algunas temporadas, la intrigó.

La tarde siguiente, cuando él apareció por el ático, después de ir al gimnasio, Mar esperó el momento para hacerle todas las preguntas que la noche anterior le habían quitado el sueño. Estaban acurrucados en el sofá y él la acariciaba con unas intenciones muy claras. Deseaba hacer el amor, pero sentía curiosidad.

—Todavía no me has dicho por qué vives con tu abuelo, ¿no vivías en este ático?

—Vaya, no esperaba esta pregunta ahora —dejó de besarle el cuello y la

miró a los ojos.

—Pero ahora es tan buen momento como otro cualquiera —contestó zalamera—. Creo que estás tardando en decirme algunas cosas.

—Algunas cosas son difíciles de explicar —respondió tenso. Dejó pasar unos minutos y le dio tiempo para que reordenara sus pensamientos—. Lo diré rápido ¿vale?

—Me estás asustando, ¿son cosas malas?

—No estoy muy orgulloso, pero bueno, ese también soy yo —murmuró misterioso. Se acomodó y puso un poco de distancia con ella—. Me lie con una chica. Fue breve, pero intenso. Ella tomaba coca y claro, yo también. Salía mucho, jugaba al póquer en partidas que podían durar toda una noche y me desmadré. Empecé a faltar a la clínica, a dejar colgado a Carlos y a meterme en líos. Me gasté mucha pasta y contraí deudas. Un día el abuelo me dio un ultimátum, tenía que dejar a la mujer, el ático e ir a casa con él. Por supuesto tenía que dejar la coca y el juego. Él cubriría las deudas, pero yo tenía que devolverle el dinero y cambiar mi conducta. Quise sacarlo de mi herencia, pero no me lo permitió. Tenía que darle un tanto al mes hasta saldar la deuda. Si no era capaz de hacer lo que me pedía, podía despedirme de su apoyo. Me dio a elegir: la casa o el ático, cada uno podría vivir en un lugar, pero él no querría saber de mí.

Durante unos segundos no fue capaz de decir nada. ¿Cómo se había arriesgado Arturo a perder a Enric? Cabizbajo, él continuó:

—Lo peor es que me pensé su oferta y casi la rechacé. Discutimos bastante; pretendía venirme al ático, él no quería dejarme solo en la casa. Entonces me dijo que lo había alquilado y, después de hablar con Carlos, supe que estaba echando mi vida por el retrete.

Mar fue consciente de que la insistencia de Arturo para que ella ocupase el piso era para que Enric no se instalara en él. Temió que siguiera consumiendo droga y él debió intuir su pregunta porque contestó sin que llegara a formularle ninguna.

—Ya no me meto nada. Quédate tranquila.

—¿Y cuándo saldaste tu deuda?

—No la he saldado, aún —respondió nervioso—. Hice lo que me pidió y, cuando te conocí, me alegré de haberle dado un cambio a mi vida, supe que quería ser mejor persona para ti. Me enamoré aquella noche, no sé cómo pasó, pero pasó. Luego tú no me llamaste y yo me torturé pensando en que sabías mi historia.

De pronto intuyó que aquel hotelito, la hesperia, lo conoció con esa mujer.

—Ella te enseñó aquel lugar.

—Sí, ¿te molesta?

—No especialmente. —Juzgó que era verdad. Ella también tenía una vida antes de él, pero saber la historia la había afectado. ¿Cómo de importante habría sido aquella relación que se vio obligado a dejar? Se sintió insegura; sobre todo al recordar lo que había ocurrido en Madrid, con aquellas médicas. Le dio rabia pensar que siempre habría alguna mujer que dijera: «Connigo estuvo antes». Quiso alejar las dudas, un sentimiento de pertenencia la abrumó.

El lenguaje corporal decía muchas cosas, expresaba emociones y sentimientos cuando aún no habían pasado por la palabra. Eso le ocurrió a Mar; sin ser consciente se apartó de Enric sin saber por qué. Lo único que sabía era que le había dolido y perdía la confianza en sí misma.

—Beth nunca significó nada para mí. Era sexo y diversión. Para ella yo era alguien con pasta.

—¿Beth? ¿La del teléfono del otro día?

—Sí, ya sabes, no era un monje. Para mí no es nadie, no le des más vueltas.

—¿Qué quería?

—No sé, no la llamé. —Lo miró con desconfianza y él respondió a la defensiva—. Tienes que creerme, no sé qué coño quería. Me ha llamado algunas veces, pero nunca contesto; me generó muchos problemas, no quiero saber de ella.

Mar se sintió desbordada. Intentó disimular y se levantó del sofá. Fue a la cocina; se sacó un yogur de la nevera y se lo comió allí, apoyada en la mesa. Enric respetó su espacio porque no fue tras ella. Trató de encajar lo que él le había revelado y se sorprendió con los sentimientos de celos que la habían invadido. Pensó con ironía que se sumaban a los no resueltos del viaje a Madrid. No podía permitir que se le instalaran en el pecho y la torturaran.

Regresó al salón y encontró a su chico taciturno. Tenía la cabeza hundida y apoyada en las palmas de las manos.

—Mar, te necesito.

—Yo también.

—No, no lo entiendes. —La miró a la cara—. Te necesito mucho, eres mi luz. Te necesito incluso más de lo que tú puedas necesitarme a mí.

—¿Por qué dices eso?

—Haces que no quiera otras tentaciones. Tampoco quiero ser quien era. No voy a esconderme; he salido con mujeres, de esas de quedar para echar un polvo y nunca me he comprometido con nadie. No quería atarme a nadie. Pero ahora sí, créeme. Además —añadió con media sonrisa y con burla—, siempre he querido lo que tiene Carlos y él tiene alguien que lo quiere, ¿por qué yo no podía tener alguien así? Entonces te conocí y tuvimos aquella noche alucinante y me quedé enganchado a ti. Porque sin buscarte te había encontrado.

Mar no estaba segura de entenderlo. ¿De verdad era a ella a quien quería? ¿O era la idea de tener a alguien? Alguien que, además, tenía algún parentesco con la mujer de Carlos, y él quería lo que quería su primo. Aquello era de locos. Su cara debió expresar su desconcierto porque Enric se apresuró a aclarárselo.

—Lo he expresado de pena. Por favor, no pienses que quiero estar contigo porque Carlos tiene a Susana. Suena fatal. Ya te he dicho que te quiero, tú también me quieres, no se te ocurra negarlo. No quiero perderte, Mar. No pretendo asustarte, ni agobiarte, pero te quiero en mi vida.

Era él quien parecía asustado. ¿Cómo habían llegado a aquel punto? Se

acercó todo lo que pudo y lo besó. Necesitaba que entendiese que lo quería, que era su historia la que la había descolocado, nada más. Enric respondió con ternura e hizo el beso más apasionado.

—Mar. ¿Por qué no vivimos juntos? Ya casi lo hacemos. Tal vez es pronto, pero yo quiero estar contigo. —Lo miró con sorpresa—. ¿No estás preparada?

La escrutó con ojos demandantes mientras aguardaba en silencio la respuesta, pero por su cara, Enric parecía impacientarse a medida que pasaban los segundos. Un torbellino de emociones se movía en el pecho de Mar. ¿Estaba preparada? Pensó que nunca había estado tan preparada para algo. Quería sus noches y sus días y todo lo que quisiera darle.

—De acuerdo.

El tiempo se detuvo. Los ojos de Enric se iluminaron, la abrazó y Mar tuvo la impresión de que soltaba el aire, como si lo hubiera retenido en sus pulmones.

—¡Joder, esto es la hostia!

Se levantó de un salto y la aupó en sus caderas, la besó con alegría. Ella lo rodeó con sus piernas y rio descarada al ver las intenciones que él le demostraba camino del dormitorio.

—Te juro que no sabía que enamorarse era estar en un tiovivo de emociones, pero me encanta y, ¿sabes?, necesito hacerlo, Princesa. Así sellamos nuestro acuerdo.

—Te quiero, Enric —murmuró emocionada cuando la tumbó en la cama—. No dudes de mí.

—Tú tampoco dudes, te quiero y nunca he querido a nadie como a ti. Eres la única mujer a la que se lo he dicho.

Sonrió y añadió pícara.

—Mejor, cariño, y así debes seguir.

A la mañana siguiente, Mar llegó al despacho y lo encontró muy silencioso. Le extrañó porque Susana siempre llegaba pronto. Al entrar en la pequeña cocina

la vio con los brazos cruzados sobre la mesa y la cabeza escondida en ellos. Lloraba. Mar se sobresaltó. Tuvo la impresión de que no la había escuchado; corrió hacia ella y se puso en cuclillas a su lado, le acarició el pelo e intentó controlar la voz, para no asustarla.

—¿Qué tienes, Susana? ¿Por qué lloras?

No contestó y pudo oír cómo controlaba los hipitos. Miró la escena con detenimiento. Un Predictor sobre la mesa le dio una idea de lo que podía ocurrir.

—¿Es por este chisme? —Siguió acariciándole el pelo corto—. Susu, no puedo ayudarte si no me lo cuentas.

Susana levantó la cabeza y le vio dos surcos en la cara. Llevaría así un rato. Cogió aire, como dándose valor, pero cuando iba a decir lo que fuese un nuevo ataque de llanto le impidió soltarlo.

—Cálmate, ya lo dirás cuando puedas. Te prepararé un té.

Dejó a su amiga con sus pensamientos, callada y con la mirada entre el suelo y algún punto que no lograba discernir. Detrás de ella calentó agua en el microondas. Su teléfono sonó, pero no hizo nada por atenderlo, no era un buen momento. Aunque quien fuese era insistente. Pudo captar que le entraba un mensaje, pero tampoco lo atendió. Cuando tuvo listo el té, le acercó la taza a su amiga y ella se sirvió otro. Sentada junto a ella la animó a hablar.

—¿Qué pasa?

—Ha salido negativo.

—Ha salido negativo —repitió—. ¿Y por eso estás así?

—Quiero tener un niño —anunció como explicación.

La abrazó y le dio besos en la sien.

—¿Desde cuándo quieres tener un hijo? —preguntó desconcertada—. ¿Por qué no me lo habías dicho?

Susana se encogió de hombros.

—Carlos y yo lo hablamos en el viaje de novios, pero está costando.

—Quizás estás demasiado pendiente de eso —insinuó, pero por la cara que

le puso, supo que había metido la pata.

—Ahora no me digas como Carlos que estoy obsesionada —soltó enfadada.

—No, no te lo diré —se excusó—. Eso ya lo sabes tú solita.

—Creí que lo estaba, tenía un retraso de días y ya sabes que soy muy puntual —empezó a explicarse—. Entonces compré la prueba de embarazo y la hice el viernes pasado, quería sorprender a Carlos, pero salió negativa, aún tenía esperanzas. Pero cuando el sábado me bajó la regla me desmonté. Esta mañana le he dicho que debemos ir a un médico y me ha dicho que estoy obsesionada, igual que tú.

Le dolió ver a su amiga tan rota. Esta sacó un pañuelo de su bolso y se limpió las lágrimas.

—¿Por qué no me has dicho nada antes? —inquirió con cariño—. ¿Sabes? Necesitas una noche de chicas y estamos tardando en hacerla —sugirió Mar para sacarla del lamentable estado en el que la veía—. ¿Te parece esta noche un mojito en el London?

Susana no parecía muy convencida.

—Nos pegaremos cuatro bailes, nos achisparemos y llegaremos a casa contentas —propuso entre risas y consiguió que asintiera. Con todas aquellas razones no podía cambiar de opinión.

Sonia hizo su entrada en aquel momento y antes de que Mar pudiera alertarla, soltó:

—Pero, chica, ¿qué te ha pasado? Estás horrible.

Susana le mostró el Predictor.

—Vaya, malas noticias. ¿No quieres tenerlo todavía?

—Justo lo contrario. No viene.

—Entonces es que estás muy tensa —murmuró con burla e hizo aspavientos con las manos para restarle importancia. Susana se rio al ver el gesto y Mar tuvo la impresión de que había salido de su estado melancólico.

—Esta noche nos vamos al London, ¿te apuntas? —preguntó a Sonia.

—Oh, perfecto. Así nos ponemos al día —confirmó y abrió su bolso, sacó un

neceser y agarró a Susana del brazo—. Vamos, necesitas lavarte la cara y un poco de salud de bote.

Al quedarse sola en la cocina, Mar atendió el teléfono. Tenía cuatro mensajes de Carlos y dos llamadas perdidas. Tenía que estar desesperado. Lo llamó.

—Solo dime que está contigo —dijo él nada más atender la llamada.

—Está conmigo —respondió serena y escuchó cómo soltaba el nudo de tensión que debía de angustiarse.

—¿Cómo está? —Carlos también parecía triste, su voz lo delataba.

—Ahora ya está bien; pero, Carlos, esta noche salimos las tres, necesita distraerse. Tal vez a ti también te vendría bien darte una vuelta.

—Sí, está muy... —Se frenó a sí mismo antes de terminar la frase—. Mar, no soporto verla así, parece hundida. La quiero tanto, pero no se da cuenta de que esto nos está afectando. Yo no quiero un hijo si la pierdo en el proceso.

—Lo sé, Carlos, y aunque no lo creas, ella también. Un hijo debe ser producto de un deseo, no de una obsesión. ¡Joder!, es mucha presión, así no se puede. —Soltó una carcajada que contagié a su amigo—. Llámala más tarde, ya estará bien.

A la hora de comer habló con Enric.

—¿Así que noche de chicas? —preguntó en un tono que simulaba enfado.

—Es por Susana, lo necesita y yo también.

—No estarás diciendo que te estás cansando de mí y necesitas espacio, ¿verdad?

—Pero ¿cómo has llegado a esa conclusión? —preguntó risueña.

—Me gusta meterme contigo, Princesa —aclaró—. Yo saldré a cenar con Carlos, le vendrá bien charlar. Nos vemos en casa.

Casa, qué bien sonaba aquella palabra. Se dio cuenta de que con el drama no le había contado a Susana sus nuevos planes. Iba a alucinar. Ellos sí que eran rápidos.

De repente la idea de que Susana tuviera un hijo la hizo recapacitar.

Si Carlos y Susana se convertían en padres, ¿Enric también iba a querer un niño?

Tendría que hablar con él muy seriamente.

Capítulo 9

El London no estaba muy concurrido, lo que favorecería a que pudieran escucharse mientras hablaban. Susana estaba radiante. Carlos le había enviado un ramo de flores y había ido a buscarla a la hora de comer. Mar temió que aquella muestra de romanticismo estropeará sus planes de salir por la noche, porque Susana pareció querer suspender la quedada y marcharse a casa. Al final había conseguido convencerla para tener su noche de chicas. Cenaron ligero y al terminar se pasaron a la sala de jazz. Fueron a la barra a por las bebidas y se sentaron en una mesa alta, con taburetes.

—Enric me ha pedido que vivamos juntos —contó Mar a sus amigas después de dar su primer sorbo al mojito. Quería sorprenderlas y tuvo la impresión de que lo había conseguido por cómo la miraron.

—¡No! —exclamó Susana, incrédula.

—Mar, tú sí que vas rápida —bromeó Sonia, tras ponerse seria añadió—: Sebas y yo le hemos dado un montón de vueltas y no nos decidimos y eso que llevamos juntos un año.

—¿Estás preparada para dar ese paso? —preguntó Susana.

—Después de cómo nos fue en Madrid, sí —respondió segura.

—¿Le has dicho que sí?

—¿Os quedareis en el ático?

—¿Iréis a su casa?

Sus amigas se pisaban las palabras para bombardearla a preguntas. Bebió un

segundo sorbo y respondió sincera.

—Supongo que nos quedaremos en el ático, pero no hemos hablado de nada más. Ya veremos. Además, es la casa de Arturo.

—Bueno, Arturo no está casi nunca; va y viene de Sant Cugat, ya sabes.

Sonia levantó la mano y saludó a alguien. Luego con pesar les cuchicheó.

—No me voy a poder escaquear. Disculpadme. —Hizo una mueca de desagrado y miró hacia el fondo de la sala—. Mi hermana está por allí y no sé con quién coño va, ¿la veis? Parece algo borracha, ¿verdad?

Mar se encogió de hombros, por más que miraba no la localizaba. Sonia parecía preocupada, las dejó un momento y se marchó.

—¿Cómo os fue por Madrid? Casi no hemos hablado de eso —se interesó Susana.

—Hubo de todo, Susu. Las mujeres lo persiguen y no es broma. —Dio un trago y siguió—. Una tal Úrsula se presentó en nuestra habitación. Me metí en el baño y escuché cómo pretendía que se acostaran, él se la quitó de encima muy diplomático. Pero la tía le dio un beso en el cuello, manchó su camisa, todo dedicado para mí, claro. Luego en el baño del restaurante, otra, hablando con la rubia...

—¿Qué rubia?

—La Úrsula esa, que es rubia y la otra, morena, Andrea. Pues como que se lo estaban pasando y yo allí, con el oído puesto.

—Vaya, Mar, eso no suena bien.

—Sí, pero supe ponerlas en su sitio. Me pasaron un pintalabios, rojo Chanel y le solté que no me iba el rojo putón.

—¿Y saliste intacta de allí? —inquirió entre risas.

—Sí, con la cabeza muy alta. Luego la morena se disculpó. Enric estuvo muy atento y amoroso conmigo.

—Y tu abuela, ¿qué? ¿Qué te ha dicho?

—¡Mi abuela! Ella y Santi piensan que las va a hacer bisabuelas. —No pudo evitar reírse con una gran carcajada.

—¿Te gustaría? —La pregunta de su amiga le cortó la risa.

—Cariño, yo no estoy por la labor. ¡Por Dios! El sexo es estupendo, no quiero pensar en que se acaba. Menudo corte de rollo si me quedara embarazada ahora. Tomo cada noche mi pastillita y me aseguro de no tener sorpresas —Intentó ponerle humor al asunto, pero le pareció que Susana se entristecía—. Que tú lo quieras no significa que yo también.

—Carlos lo quiere también; ya quería antes de casarnos, pero yo le dije que no sería madre soltera.

—Pues te diré un secreto, cuando te quedes preñada, tengo los días contados —murmuró con cierto misterio—. Enric quiere todo lo que tiene Carlos.

Susana puso cara de extrañeza.

—No lo veo celoso ni envidioso de su primo.

—Es algo que no comprendo bien. Esas cosas deben ser para tratar en el diván de un psicoanalista, por lo menos.

—Será que siempre han estado muy unidos —afirmó—. Mar, ¿te imaginas? Las dos embarazadas.

—No, no me lo imagino y calla que me sale un sarpullido —respondió entre risas, luego añadió todo lo sería que pudo—: Carmen y Santi me dijeron que Mat estaba muy interesado en mi dinero y les preocupaba que Enric también lo estuviera. Le hicieron casi un interrogatorio.

—¿Y él qué dijo?

—Lo superó con nota. —Mar dio palmas como una niña. Fue a beber, pero su vaso ya estaba vacío. Le planteó ir a por otra ronda—. ¿Otra copa?

—Ya voy yo. ¿Mojito, igual? —propuso Susana y cogió los vasos. Asintió y la observó mientras se acercaba a la barra.

Revisaba su móvil cuando alguien le puso las manos en la cintura. Se giró risueña, ante el pensamiento de que su chico hubiese ido, pero la cara que vio no era lo que esperaba.

—¿Qué haces, Mat? Suéltame.

—Se te ve muy feliz con tanta risa con Susana, ¿qué celebráis? —inquirió—.

¿Por fin se ha quedado preñada?

—Eres un cerdo y un cínico. No sé cómo se me pasó por alto durante tanto tiempo.

—Me merezco lo que me digas, pero tendrás que perdonarme alguna vez, ¿no? —No se afectó por la pulla y a Mar le sonó arrepentido.

Susana llegó con las bebidas y lo miró con mala cara.

—Piérdete, Mat, es fiesta de chicas.

—Ya veo... no os achispéis mucho. —Se rio—. Os dejo, estoy esperando a alguien.

—Qué bien —murmuró Mar con sarcasmo, pero por la cara que le dedicó Mat pensó que no lo había pillado.

—Adiós, Mar. Cuídate.

—Ya se le pasará. —Susana levantó su copa y la chocó con la suya y, con cara de pena, ironizó—. De mí no se ha despedido.

Las risas que soltaron llamaron la atención de otros clientes, pero no se inmutaron. Se bebieron aquella copa casi de un trago. El grupo que tocaba había hecho un receso y por los altavoces sonó la canción *No puedo apartar mis ojos de ti*, en castellano. Siempre les había gustado y Susana la empujó a la pista. Mar empezó a pensar que Carlos se enfadaría si la llevaba a casa borracha, pero no le importó, se la veía contenta y feliz. Ella misma ya estaba achispada como decía el cursi de Mat. Estaba dándolo todo en la pista cuando Sonia se les acercó.

—Os buscaba, chicas. —Pareció molesta—. Me voy, mi hermana lleva un buen pedo y ese tío con el que está no se sabe ni quién es.

—Hasta mañana —dijo Susana con la mano y siguiendo el ritmo.

Siguieron bailando unas cuantas canciones más, hasta que agotadas regresaron a la mesa. Mar se acercó a la barra y regresó con dos nuevos mojitos. Dieron un buen trago, estaba cargado. Esa noche iba a acostarse calentita, si seguían así.

—¿Cómo voy a quedarme embarazada, Mar? —preguntó Susana y a Mar le

dio por reír.

—Cariño, tendrás que acostarte con tu marido —sentenció.

—¿Cuántas veces? Yo no tengo tu aguante.

—No vengas mañana a trabajar y quédate con él en la cama todo el día.

—Hacemos el amor todas las noches y mira el resultado.

—Pues folla, a lo mejor le ponéis muchos remilgos a la cosa. —Soltó otra carcajada, su amiga le puso una cara como si se escandalizara y la vio tambalearse de la risa; casi se cayó del taburete al suelo, por suerte la vio agarrarse bien.

—Estáis muy divertidas —murmuró alguien a su lado. Lo miró y la risa se les cortó de golpe, a ella y a Susana—. ¿Podemos sentarnos con vosotras?

—Solo si después follamos —contestó Susana. No había que ser muy lista para saber que estaba borracha.

—Cariño, ¿cuántos mojitos llevas? —preguntó Carlos, meloso y le lanzó a Mar una mirada acusadora.

Ella levantó las manos a la defensiva y soltó otra carcajada.

—¡Eh! Deja de ser un estirado. Lo necesitaba.

—Princesa, pero no hacía falta emborracharse —comentó Enric, la levantó del taburete para sentarse él y luego la colocó en su regazo.

—No te enfades —ronroneó en su oído—. Te dejaré que elijas cómo quieres que lo hagamos. Puedo dejarme los zapatos puestos. Soy toda tuya esta noche.

—Cariño, ya lo eres, todas las noches. —La besó en la mejilla y la miró con cara risueña. Enric no estaba enfadado.

—Yo también dejaré que me folles con los zapatos puestos, Carlos —soltó Susana muy seria, Mar entendió que la había escuchado y volvió a entrarle la risa. Los primos se miraron y acabaron también explotando en una carcajada.

—Traeré un poco de zumo —propuso Carlos, miró con seriedad a su mujer y se fue.

Susana observó cómo se dirigía a la barra que estaba cerca; mientras, Mar se deleitaba en los brazos de su chico. ¿Cómo podía encenderla solo con su

cercanía? Le encantó que hubieran ido al local.

—¿Tú crees que se ha enfadado? —inquirió Susana a Enric con preocupación.

Enric negó con la cabeza y Mar cogió su mano y le dijo con picardía.

—Susu, solo tú podrás desenfadarlo.

—Entendido. Follar, fuera remilgos y ahora chitón. —Se colocó un dedo en los labios. Carlos se acercó con unos zumos y dos cervezas. Le pasó una a Enric y a las chicas les colocó un zumo en las manos a cada una.

—Bebe —pidió Carlos a Susana, ella obedeció y, por inercia, Mar también.

Enric besó su mejilla, la abrazó por la cintura y la recolocó en su regazo. Mar pudo comprobar que no era ajeno a tenerla sentada encima; notó su erección debajo de su trasero. En un intento de ser una chica mala se removió un poco.

—Estate quieta, si no quieres caerte. —Besó de nuevo su mejilla.

—Tú nunca dejarías que me cayera al suelo. —Se volteó para sonreírle y él aprovechó la cercanía de sus labios para besarla.

—Cierto, Princesa, nunca te dejaría caer.

De pronto, Mat se coló en su campo de visión. ¿Otra vez aparecía ese plasta? Qué casualidad encontrarlo allí.

—Hola, Carlos... Enric —saludó tranquilo—. ¿Habéis venido a por vuestras chicas?

—Sí, gracias por avisarme de que estaban aquí —contestó Carlos.

—¿Piensas que necesitábamos canguro? —preguntó Mar con indignación. Enric cerró más sus brazos alrededor de su cintura y lo interpretó como un tipo de advertencia.

—Di lo que quieras, pero Susana no estaba muy fina y Carlos es mi amigo.

—¡Eres un exagerado! Pero si se ha bebido tres mojitos, como yo —soltó molesta y lo miró furiosa—. Ni que estuviera por los suelos. Además, cuando tú nos viste solo llevábamos uno.

Una mujer con una cicatriz bastante fea en la cara se acercó y se detuvo junto

a ellos. Mar tuvo la impresión de que la conocía, pero estaba tan absorta en las tonterías que decía Mat que no se concentró en pensar. La sonrisa que él le dedicó para provocarla le dieron ganas de darle una buena hostia; con la mano abierta a ser posible. Pero el silencio que reinó de repente en la mesa la puso en guardia. Carlos se acercó a Susana y notó que Enric se tensaba.

—Ahora voy, espérame fuera —pidió Mat a la mujer. Mar buscó en la nebulosa de su mente de qué la conocía.

La chica sonrió y barrió la vista por la mesa. Mar la observaba inquieta. ¿Dónde la había visto? A pesar de aquella cicatriz era guapa, aunque tenía una expresión arrogante. De pronto se envaró. Era ella. La mujer con la que pilló a Mat en la cama. Estaba claro que seguían juntos, aunque entonces no tenía aquella herida.

—Hola, Enric... Te he llamado varias veces.

¿Enric? ¿Enric la conocía? La cosa empeoraba por momentos.

—Os conocéis, ¿verdad? —inquirió Mat con malicia—. Claro que os conocéis.

La sonrisa perniciosa que acompañó a sus palabras puso a Mar en alerta.

—Hola, Beth —Enric la saludó y obvió a Mat. Mar se percató de que su voz era tensa. Al escuchar aquel nombre, el pie que tenía firme en el suelo cedió y resbaló, Enric la sujetó. Con ironía pensó que era cierto, no dejaría que cayera, aunque acababa de dejarla noqueada. Toda la chispa que los mojitos le habían provocado se le fue de pronto y se sintió tan despejada como un día de verano—. ¿Qué te ha pasado?

—Un accidente —contestó y se llevó la mano a la mejilla izquierda—. Pero a ti parece que te va bien.

—No puedo quejarme.

—Tenemos que irnos, vamos, Beth. —Mar tuvo la impresión de que Mat estaba incómodo, la miró con cara de arrepentimiento.

—Adiós, Enric. Hasta otra —dijo la chica.

Cuando se marcharon, el clima de la mesa había cambiado. Mar se tragó el

orgullo, pero no fue capaz de decir ni una palabra; solo quería desaparecer, irse a casa y hartarse de llorar.

—Nos vamos —anunció Enric de pronto y se incorporó del asiento, al hacerlo la obligó, también, a levantarse. La tenía sujeta por la cintura, Mar intentó revolverse, pero con un sutil gesto él no la dejó.

—Nosotros también nos vamos —secundó Carlos y agarró la mano de Susana.

Mar intentó de nuevo zafarse del agarre de Enric, pero este la sujetó de la mano con fuerza.

—Ni se te ocurra soltarte —murmuró casi como una amenaza—. Carlos, os llevo a casa.

—A mí también puedes dejarme en mi casa —pidió enojada.

—Dirás nuestra casa, y no, no pienso dejarte allí sola —contestó tenso—. Ya puedes quitarte esa idea de la cabeza.

En silencio se dirigieron hacia el coche. ¿Cómo había podido acabar tan mal la noche? Carlos y Susana tomaron asiento detrás y Mar se sentó en el del copiloto con un visible mal humor.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —inquirió Susana.

—Esa tía es con quien pillé a Mat —respondió Mar. No pensaba callarse. Se había sentido humillada—. Y por lo visto también es «amiga» de Enric.

—¡Joder! —exclamó su amiga.

—¿Qué quieres decir con «amiga», en ese tono? —preguntó Enric molesto.

—Ya lo sabes.

—Mar, yo sí sabía que Beth era con quien se lió Mat, pero Enric no —explicó Carlos, Mar lo miró con rabia por encima de su hombro.

Enric fue a intervenir, pero lo calló con un gesto de la mano. Hacía esfuerzos por no llorar allí, delante de todos. ¡Putas casualidad! ¿Cómo podía afectarle tanto? No sufría porque había conocido a la mujer con quien Mat la engañó, sino porque esa mujer también había sido algo para Enric. Por ella se metió en temas de droga y juego. Cuando llegaron a la casa de Susana y Carlos, se bajó

para despedirse. Su amiga le dio un gran abrazo y se escondió en su cuello por unos segundos y amagó un sollozo.

—Susu, no sé si podré con esto —gimoteó en su oído.

Susana la miró con cara de no entender a qué se refería.

—Ella es su ex —le aclaró—. La chica con la que se lió, con la que se descarrió.

—Mar —Enric la llamó con suavidad—. Vamos, nena. Es tarde.

Hicieron el recorrido al ático en silencio, aunque en la mente de Mar había un cúmulo de reproches. El ambiente era tenso. Por el rabillo del ojo veía que Enric la miraba de soslayo, pero no le facilitó las cosas. Sabía que él no la había engañado, pero comprobar que Mat y él habían estado con la misma mujer la atormentaba. Sobre todo, porque ella aún buscaba a Enric.

Se encerró en el baño nada más entrar en casa. Desmaquillarse la relajaría, le daría tiempo y espacio. Al salir no lo vio en la cama. Se le hacía difícil dormir con él, pensó en irse a otra de las habitaciones y marcar distancia. Se colocó una camisola de dormir, agarró su almohada y salió orgullosa del dormitorio. Lo encontró en el salón, a la espera.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó Enric con alarma en los ojos al ver lo que llevaba bajo el brazo. Se le acercó.

—No me toques, por favor.

—No voy a dejar que hagas esto, Mar —anunció con irritación.

—¿Hacer el qué?

—Esto —señaló la almohada y se la quitó de las manos—. No quiero distancia entre tú y yo. Te quiero conmigo en la cama, quiero sentir tu piel, como cada noche.

—No creas que vamos a hacer el amor.

—Yo tampoco quiero hacerlo si estás enfadada —contestó y exasperado comenzó a desvestirse. En un santiamén se había quitado la camisa. Mar

intentó alejarse; quizás él no lo sabía, pero aquel gesto tenía un efecto en ella. Dudó con la idea de irse a otro cuarto, si lo hacía el enfado se agrandaría. Mejor sería dejar las cosas como estaban. No podía reprocharle con quién se había acostado antes de conocerla, por muy guarra que fuera la mujer—. ¿Adónde vas?

—A por agua —respondió muy digna.

—¿Y pensabas ir con la almohada? —ironizó.

—No creas que vas a salirte con la tuya, Casanova. No pienso quitarme el camisón.

—No lo hagas —sentenció y cuando enfiló el pasillo al cuarto, soltó—: Si me molesta ya te lo quitaré yo.

Tardó en seguirlo, cuando entró en la habitación Enric se había metido en el baño.

Se sentó en el borde de la cama, él había dejado el almohadón en su lugar. Se quitó los anillos y los dejó sobre la mesilla. Sabía que no tenía razón para hacer aquella pataleta, pero no era capaz de frenarse. Quería culparlo de su frustración. Cuando salió del lavabo iba tan solo con su bóxer; se le acercó y se puso en cuclillas, frente a ella.

—¿Mar? ¿A qué estás esperando?

—¡Pero bueno! —estalló—. No vamos a hacer el amor. No voy a dejar que me mires, ni me toques. No después de... de saber...

—De saber, ¿qué? ¿Eh? —Enric se levantó furioso y puso distancia entre ellos, rodeó la cama y la miró desde su lado—. ¡Dime, ilústrame!

—¿Es que no ves lo jodido que es esto para mí? —Sin querer las lágrimas asomaron a sus ojos y estaban a punto de verterse—. Esa tía me rompió la vida.

—A mí sí que me rompió la vida. Pero era una vida en la que tú no existías. Y me la jodió bien; me sacó la pasta, además —dijo exaltado. De pronto pareció que una idea pasaba por su mente y añadió—: ¿Esto es por mí? ¿O es por Mat?

Mar vio el temor en sus ojos.

—Todavía sientes algo por ese imbécil. —No era una pregunta, sino una afirmación—. Si no fuera por ella todavía estarías con él, ¿no?

¡No! ¡No! ¡No! ¿Cómo podía pensar algo así? Después de lo que habían vivido, después de todo lo que se habían dicho el uno al otro.

—¡Es eso! Cómo he podido ser tan idiota —Enric se llevó las manos a la cabeza y se apretó la sien.

—Enric —lo llamó con voz pausada—. ¿De verdad piensas eso?

—No sé qué pensar. No sé qué me estás reclamando. Tenía una vida antes de ti, pero eso no significa que quiera recuperar alguna de sus cosas.

—Lo sé.

—¿Tienes miedo de que me acueste con alguna solo porque me llamen? —preguntó—. Creía que me conocías mejor. —Enric abrió el nórdico y se metió en la cama—. Es tarde y no quiero tener esta conversación, es absurda y nos separa.

Se dio la vuelta, golpeó la almohada con el puño antes de reposar su cabeza y se colocó con la vista hacia su mesilla de noche.

Mar apagó la luz y se acostó también, le dio la espalda como él había hecho con ella. Era la primera vez que se iban a la cama con aquella distancia entre ellos.

Al cabo de unos minutos, incapaz de quedarse callada, inquirió.

—¿De verdad piensas que aún siento algo por Mat?

—No, no lo pienso. Sé que no sientes nada por él.

Soltó el aire que retenía sin darse cuenta.

Enric encendió la luz de su mesilla.

—¿Y tú crees que te la voy a pegar con alguna mujer de mi pasado o con cualquiera? —contraatacó él. Se movió para buscar su mirada, pero Mar no era tan valiente y bajó la vista. Él la cogió por la barbilla y la obligó a mirarlo—. No, Princesa. La verdad duele menos si se dice a la cara.

—Tengo mucho miedo de que me dejes. Que otra mujer te separe de mi lado.

—¿No te sirve mi palabra de que no existe nadie más que tú para mí? — preguntó con seriedad. Mar asintió y en susurros le dijo que sí le valía, los ojos se le llenaron de lágrimas, la tensión de la noche iba a salir en forma de cataratas—. No llores, Princesa. Yo también temo que me dejes.

Enric la besó en los labios con tanta suavidad que le supo a poco. Se quedaron acurrucados el uno en el otro. Mar le pidió que apagara la luz, pero que no la soltara. Necesitaba sentir sus manos en su cuerpo.

Capítulo 10

El timbrado de un teléfono la despertó. Estaba sobre Enric, desnuda bajo las sábanas. De repente escenas de la noche anterior la asaltaron. Ella y Enric acabaron haciendo el amor de una forma salvaje. Fue la única forma para que pudieran dormirse, casi a las cuatro de la mañana. Se sofocó por todo lo que habían hecho y porque había sido ella la que lo había asaltado. De nuevo el ruido de un timbre llamó su atención, la desconcertó la insistencia. No era el móvil, sino el fijo. Se movió para alcanzar el auricular de la mesilla.

—Buenos días. —La voz alegre de Sonia la terminó de despertar. Se levantó con el teléfono en la mano, agarró una bata y salió, colocándose, al salón—. Quería saber si la señora abogada tampoco vendrá esta mañana a trabajar — ironizó su amiga—. Por despejar la agenda, más que nada.

—¿Cómo que tampoco? —preguntó confusa—. ¿Es que Susana no está?

—No, llamó a las nueve, dijo que se tomaría el día libre.

—¿Qué hora es?

—Las diez menos cuarto —contestó—. Menuda resaca tenéis, me pierdo las mejores fiestas.

—¿Resaca? —Pero ¿qué decía?—. Iré cuando pueda, Sonia.

—No te preocupes —comentó eficiente—. He pasado las cosas a mañana, pero no tenías nada importante. Bueno, que no pueda esperar.

—Gracias, Sonia. Nos vemos.

Antes de colgar aún escuchó la risa de su compañera.

Cuando entró en la habitación, Enric seguía como lo había dejado. Tenía un sueño a prueba de bombas. La noche anterior no habían bajado las persianas y la luz inundaba la habitación. Se sentó en el borde de la cama, junto a él, y lo llamó, pero ni se inmutó. Tuvo que moverlo un poco por el hombro para sacarlo de los brazos de Morfeo.

—Cariño, nos hemos dormido —murmuró junto a su oído.

—¿Qué quiere decir que nos hemos dormido? —preguntó, sin abrir los ojos.

—Son las diez menos diez —informó y se sobresaltó del brinco que dio Enric.

—¡Joder, joder, joder! —Apresurado salió de la habitación. Mar lo siguió al salón. Enric, móvil en mano, revisaba las llamadas y bufaba a medida que leía la pantalla.

—Tengo doce llamadas de la clínica y no sé cuántos *whatsapps* —confirmó a la vez que tecleaba y se llevaba el dispositivo a la oreja—. Hola, ¿Laura?... Enric Oliver. Lo siento no... Ah... sí... vale... Imprevistos. —Mar escuchaba atenta, hablaba telegráficamente y le fue difícil seguir la conversación. Cogió su propio teléfono que reposaba en la mesa de centro y revisó sus llamadas. Susana le había enviado varios mensajes en los que le decía que se quedaba en casa. También le comunicaba que Carlos no localizaba a Enric. Se despedía con corazones y le deseó una mañana placentera. Se sonrió sola. Enric continuaba hablando con la recepcionista de la clínica. Estaba desnudo y fue a buscarle un albornoz—. Vale, cámbiala a las cuatro. ¿Ya está todo?... De acuerdo. Disculpa el lío, hasta luego.

—¿Todo bien? —preguntó con una sonrisa tensa. Él le dedicó una muy distinta, casi se derritió.

—Sí, más o menos, todo arreglado. Menos mal que la máquina está bien engrasada. —Se le acercó y ella le mostró el albornoz; lo sostuvo mientras él metía los brazos para colocárselo y se lo anudó. Al girarse, la cogió por la cintura y la besó en los labios—. Buenos días, Princesa. Y tú... ¿Problemas?

—No, Sonia ha despejado mi agenda al ver que no aparecía. Susana avisó

de que no iba y ha supuesto que cogimos una buena cogorza.

—Estarán fabricando niños —bromeó Enric—. ¿Estás bien?

—Sí, un poco descolocada. ¿Qué vas a hacer? ¿Tenemos tiempo de un desayuno decente?

—Por supuesto, y hasta de uno indecente.

Se ruborizó por el doble sentido de las palabras. Enric la miró con intensidad, con seguridad pensaba en la noche que habían tenido. Necesitó romper el contacto ocular y se dirigió a la cocina, él la siguió. Mientras ella preparaba los cafés, él sacó pan tostado, mantequilla y mermelada y lo colocó todo sobre la mesa.

—¿A qué hora tienes que estar en el despacho? —preguntó con una tostada llena de mermelada de frambuesa en la mano.

—Después de comer. ¿Y tú? —Sirvió las tazas y se echó leche en la suya.

—También, han movido las visitas a la tarde —comunicó risueño y bebió de su café—. Podrías acompañarme a casa así empiezo a traerme cosas. ¿Qué te parece?

—Bien, tendremos que ir haciendo sitio. —Se sonrió—. ¿Tienes muchas cosas?

Enric la miró con una mueca divertida, tuvo la impresión de que le daba vueltas a algún pensamiento, esperaba que no fuera nada sobre la discusión que tuvieron. Quería olvidarla. Al final se decidió a decir lo que lo perturbaba.

—¿Porque tú...? Tú quieres que vivamos aquí, ¿no?

—No te entiendo.

—Es que había pensado que podríamos vivir en mi casa.

—Es la casa de tu abuelo y para empezar nuestra vida juntos, pues no sé —mencionó un poco extrañada—. No me interpretes mal, yo quiero a tu abuelo, pero vivir con él...

—Primero, mi abuelo no es el dueño de esa casa, soy yo. Esta es suya. Segundo, el abuelo pasa casi la mayor parte del tiempo en Sant Cugat, con

Alicia y, tercero... sé que haré lo que tú quieras, pero me gustaría acabar viviendo allí.

Mar se sorprendió de aquella información. Era cierto que él siempre hablaba de «mi casa», pero había pensado que era a nivel coloquial. Supuso que había algunas cosas que no sabía.

—Seamos prácticos —propuso Enric—. Empecemos aquí y en unos meses nos trasladamos. Así no me traigo todo, para luego volver a llevarlo allí.

No era un mal plan. Mar estaba emocionada y de pronto tuvo muchas ganas de que su nueva vida diera comienzo.

Al pasar por la conserjería, camino de la calle, el portero llamó a Mar y le entregó unas facturas. Salió entretenida, mirándolas. Se dio cuenta de que había un par que no eran suyas, sino de la vecina del piso de abajo y se volvió para devolvérselas. Enric se adelantó y la esperó en la rambla. De regreso junto a él, cruzó la carretera clavándole la vista, él la miraba con una mueca divertida. Qué tonta había sido la noche anterior, con aquel enfado.

El sonido de un acelerador llamó su atención. Una moto iba directa hacia ella. El motorista parecía hacer quiebros de cintura, como si estuviera en el circuito de Montmeló. Se quedó petrificada y el grito desesperado de Enric corroboró el peligro. Presintió que el corredor iba a detenerse o a esquivarla, pero se equivocó. Notó el azote duro de algo que la golpeó; como si la agarraran, se vio lanzada con fuerza al suelo. El grito de dolor atravesó su garganta, el corazón casi se le salió por la boca, y en aquel mismo segundo, Enric, a su lado, con la cara desencajada por el miedo, palpaba sus piernas y le preguntaba cómo estaba. La rodilla izquierda le ardía, tenía un buen roto en el pantalón y a través del agujero se podía ver que estaba ensangrentada. Mar estalló en un llanto de angustia y no pudo discernir, abrazada a Enric, quién era el que más temblaba.

—Se le ha echado encima —informó el portero—. Tome.

Se sacó un pañuelo del bolsillo, doblado de forma impecable y se lo dio a

Enric para que limpiase la herida. Este eliminó el exceso de sangre y lo anudó alrededor de su rodilla.

—Tendrás una buena magulladura —murmuró en modo médico.

—Estoy bien, cariño, solo es una rozadura y sangre por el golpe en el suelo. —Quiso tranquilizarlo y se comió la angustia para disimular—. Soy un despiste con patas.

Mar fracasó, no fue capaz de ocultar el susto, ni el dolor y sollozó en los brazos de Enric. No quería pensar en lo que podía haberle ocurrido. Con su ayuda se incorporó del suelo, detenían el tráfico al estar en mitad de la calzada. Cojeaba por el golpe, y tanto el portero como Enric le propusieron ir al hospital.

—¿Para qué quiero un novio médico? —preguntó en tono serio, pero con un deje burlón—. Llévame a casa, Enric. Allí estaré bien.

—Sí, será mejor que subamos.

Enric quiso cogerla en brazos y volver a cruzar la carretera para subir al ático. Pero ella insistió en que estaba bien y lo apremió para seguir con sus planes. No parecía muy convencido, pero al ver que le sonreía aceptó. Sin embargo, le pidió que lo esperase en la portería, sentada, mientras él iba a por el coche. Mar no quería quedarse sola, la inquietud que sentía ganaba terreno, así que simuló estar bien y se empeñó en acompañarlo.

Iban despacio, no quería preocuparlo; aunque los nervios que tenía la hicieron sobresaltarse en un par de ocasiones con los pitidos normales del tráfico. Por fin llegaron y se acomodó en el Audi.

Necesitaba distraerse y le pidió a Enric que le explicara aquello de la casa.

—Era de mis padres —explicó—. Estuvo mucho tiempo cerrada. Mi padre se trasladó con los abuelos porque necesitaba ayuda para criarme. Después nos fuimos todos a la casa y tras morir mi padre ya nunca regresamos al ático. Además, la tía Alicia estuvo viviendo en él mucho tiempo, antes de irse a Sant Cugat. El año pasado, cuando Carlos decidió casarse, el abuelo le regaló la casa en la que vive. Yo no pasaba una buena época y, como despilfarraba

mucho, me dijo que si yo quería tener algún día algo de su herencia tendría que sentar la cabeza. Me molestó mucho el comentario. Me dijo que quería una novia estable y una boda en mi futuro y yo me rebelé. Empecé a hacer el idiota, a acostarme con toda mujer que se me cruzaba hasta que topé con una lo suficientemente espabilada para ver que podía aprovecharse de mí. Esa era Beth. Yo empecé a ir por el mal camino y el abuelo a censurarme. No sé cómo se me ocurrió decirle que era mi novia y la metí en casa. Él se enfadó muchísimo y me dio un ultimátum.

—¿Viviste con Beth en el ático?

Enric no contestó. Mar sintió que le faltaba el aire. Aquellas palabras la habían afectado. ¿Estuvo con ella en aquella cama que ahora era la suya? No quería imaginarlo con ella. De pronto sintió que no podía respirar. ¿Qué le pasaba? Aire, necesitaba aire...

—¡Para! —gritó y él se sobresaltó—. ¡Para el coche ahora mismo!

—Mar, ¿qué pasa? ¿Estás bien?... No, no viví con ella. Aquello no era vivir juntos.

—¡Te he dicho que pares!

La miró con la cara desencajada y se detuvo en un paso de peatones. Mar abrió la puerta y salió disparada. Corrió todo lo deprisa que la pierna le permitía, que no era mucho y apretó los dientes por el dolor que sentía; no solo en la pierna, sino en el costado. Acabó cayendo al suelo. Se quedó allí, acurrucada como un perrillo chico. La sensación de que se ahogaba la perturbaba. Para colmo la herida sangraba, el pañuelo estaba muy empapado y sentía que unas agujas se le clavaban donde tenía el golpe. De repente, Enric apareció a su lado.

—¡Por Dios! ¿Qué te pasa? ¡Joder! Hay que desinfectar la herida —gritó con la mirada desquiciada, pero se agachó a su lado y la abrazó. Mar no podía dejar de respirar de forma forzada—. Cariño, me has dado un susto de muerte. Cálmate, por favor. ¿Es por lo de la moto? ¿Es por Beth? Si te tranquilizas te sentirás mejor. Tienes una crisis de angustia. Vamos, yo te ayudaré.

Lloró desconsolada en su hombro, sin poder moverse. ¿Todo aquello eran nervios? Tuvo la impresión de que eran el espectáculo del momento. Enric informaba a la gente que se detenía a su lado de que no ocurría nada, pero parecía que no le creían. Más de uno se autoproponía para llamar a una ambulancia o a la guardia urbana. Al final consiguió levantarla del suelo y la llevó en brazos hasta su coche. La acomodó en silencio y después se sentó en su asiento.

—Cariño, yo no puedo cambiar mi pasado —murmuró preocupado—. Soy sincero contigo. Me lie con ella, como con otras, salíamos sin compromiso, no era una relación normal. Tú eres mi primera relación.

—Te creo, Enric, te creo —asintió sincera. Se le había ido la cabeza—. No sé que me ha pasado. Será por lo de anoche, los nervios del viaje a Madrid, el susto de la moto. ¿A saber? No tengo ni idea de por qué me ha dado esto. Llévame a casa.

—¿Al ático?

—A tu casa.

El trayecto fue corto. No le dio tiempo a quedarse dormida, que era lo que realmente le apetecía. Al llegar a la casa, Enric la ayudó a salir del coche y volvió a cargarla en brazos. La acostó en su cama y le quitó el pantalón para ver si tenía otros golpes. Luego salió y regresó con un botiquín.

—Lucirás algunos hematomas en tus bonitas piernas —anunció preocupado, pero cuando revisó la rodilla puso mala cara—. Voy a limpiar la herida, te escocerá. Y te pondré unos puntos superficiales.

—¿Puntos? —preguntó asustada.

—Sí, pero confía en mí, sé lo que hago. Ya lo he hecho antes —bromeó—. ¿Te duele?

—No, no demasiado —contestó y contuvo la respiración cuando pegó a su piel una gasa impregnada de yodo. La limpió con cuidado y sopló sobre la magulladura, como si fuera una niña pequeña. La hizo reír, aunque quería llorar. Lo observó, concienzudo en lo que hacía; como si estuviera haciendo

una cirugía plástica facial complicada. Cuando consideró que la herida ya estaba limpia, colocó los puntos con pericia. Le pareció que no quería que le quedara cicatriz, ni tampoco rastro del susto. Al terminar protegió todo con una gasa y sobre esta pegó un esparadrapo grande.

—Ya está, nena, ahora descansa un poco. —Besó su rodilla por encima del apósito.

—Creo que me ha entrado sueño —se excusó. Se puso una camiseta que Enric sacó de un cajón y se acomodó en los almohadones. Él la tapó con una manta.

—Duérmete un ratito, prepararé algo para que comas, ¿vale?

—Quédate conmigo —le pidió en un susurro, no quería estar sola.

Enric se tumbó a su lado y la acurrucó entre sus brazos.

—Estás temblando —murmuró. Mar lo notó tenso, aunque menos que ella.

Sin controlarlo empezó a llorar de forma desconsolada a la vez que mascullaba que la podían haber matado en el atropello. Él trataba de calmarla, con caricias y chistándole en el oído; abrazándola fuerte y con palabras cariñosas. Después de un rato, Enric se levantó y pareció obviar sus quejas de que no la dejara sola. Lo vio rebuscar en el botiquín; cuando regresó a su lado le hizo ingerir algo.

—¿Qué es?

—Una pastilla, te ayudará a relajarte y te calmará el dolor. Ahora será más fuerte —la informó, volvió a acurrucarla en sus brazos y al momento su respiración bajó la intensidad y empezó a sentirse aletargada.

Se hizo un silencio y, al abrir los ojos, Mar lo vio de pie, junto al lecho.

—No quiero acostarme más en esa cama si has estado ahí con ella. —Estaba medio grogui, pero sabía a lo que se refería.

—Nena, ¿qué dices? —contestó confuso—. Los muebles son nuevos.

Los párpados le pesaban, tuvo la impresión de que había alguien más en la habitación que hablaba con Enric. Tenía mucho sueño y se dejó llevar por la calma que la inundaba.

Mar despertó en una cama que no era la suya. Necesitó unos minutos para darse cuenta de que estaba en casa de Enric. Llevaba una camiseta puesta, era de él. No recordaba cuando se la había puesto. Se levantó y entonces sintió una punzada de dolor en la rodilla, le costaba caminar. Se miró en el espejo la cadera y el muslo, los tenía doloridos, la carne le palpitaba, aún. Casi podía notar cómo se estrelló contra el asfalto, a peso muerto. En pocas horas aquella zona estaría negra del golpe, un gran morado cubriría su piel, ya intuía su silueta. Salió cojeando hacia el salón y allí se llevó una grata sorpresa. Arturo.

—Princesa, ¿te has despertado ya? —El hombre se levantó del sillón y se acercó hasta ella. La perturbó pensar cómo iba vestida, por suerte la camiseta la tapaba, aunque no mucho—. Acabo de ir a echarte un ojillo. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, Arturo, bien. ¿Dónde está Enric?

—Tuvo que irse a la clínica. Bueno, él no quería dejarte, pero lo obligué a marcharse. Era un estorbo aquí. Me llamó hecho un manojito de nervios para contarme lo ocurrido. Menudo susto, si es que van como locos por la ciudad. Menos mal que no te ha pasado nada. Me vine de Sant Cugat, enseguida. Pero acabé echándolo, para que se relajara y te dejara descansar. No hacía más que revisarte las piernas, por si tenías algo roto. Volverá en un ratito —explicó con cariño. Se sintió un poco abandonada, pero Arturo se debió dar cuenta, por la cara de pena que puso, porque la abrazó y la pegó a su pecho un rato—. Creo que te duele más otra cosa que el golpe que te has dado. Mi chico te quiere, no dudes de él, Mar.

—Yo no dudo, creo que tengo exceso de información desde el sábado pasado —contestó con sarcasmo.

—Enric habló con Sebas, el novio de tu amiga, por lo del accidente. Le ha dicho que, al haberse dado a la fuga el que te atropelló, hay pocas posibilidades de detenerlo. Tú no viste la matrícula, ¿verdad? —Negó con la cabeza y él hizo una mueca de frustración—. Ah, llamó Susana para saber de ti

y, discúlpame, pero atendí algunas de tus llamadas —dijo incómodo, pero sonrió—. ¿Sabes que tienes una abuela muy simpática? Le dije que estabas mal, que te habías mareado, no quise decirle lo de la moto, menos mal, porque ya se asustó bastante. Llamó al marido, a gritos. No me dejaba hablar de tanta pregunta. Casi cogen un avión para venirse. Creían que estabas embarazada.

—¿Marido? ¿Embarazada? —preguntó con la mano en el pecho—. Lo que me faltaba.

De pronto soltó una carcajada, al darse cuenta de las palabras de Arturo al nombrar a Santi. Ante su mirada se explicó.

—Santi es una buena amiga de mi abuela. Son como hermanas; viven juntas desde... creo que de toda la vida.

—Vaya metedura de pata. —Se rio también y la soltó.

—Y de embarazo, nada.

—Bueno, pero eso puede arreglarse, Princesa. Aunque yo prefiero una boda antes, soy antiguo —comentó risueño. Al ponerse serio, Mar supo que venía un pequeño sermón—. Enric nunca ha tenido lo que tiene contigo, tal vez no sepa hacerlo bien, dale tiempo. Creo que necesitáis espacio. Me ha dicho que vais a vivir juntos. No os vengáis aquí. No es porque esté yo. Yo vengo de vez en cuando para ver cómo está, pero hace tiempo que vivo con Alicia. Desde que sé que dejó... ¿cómo decirlo? sus malos hábitos. Quedaos en el ático, allí os habéis encontrado y enamorado, ya tendréis tiempo de venir. Dejad que crezca vuestro amor, y cuando os caséis os instaláis aquí.

Quiso rechistar, pero Arturo no la dejó. Le puso un dedo sobre los labios y no pudo evitar sonreírle.

—Yo estoy viejo, Mar, y no quiero irme sin dejar a mi chico bien, con alguien que lo quiera por lo que es; no por su dinero, ni por lo que hace —murmuró con cercanía y seriedad—. Sé que contigo ya no siente la soledad que lo ha acompañado siempre. Y eso me hace feliz y, aunque no lo sepas, te conozco, y tú te sientes igual que él.

—Yo... yo lo quiero mucho, siento que nos pertenecemos, pero...

—No quiero que me malinterpretes... —añadió y Mar pensó que iba a justificarle algo de Enric—. Todos cuidamos de Enric, y lo queremos, pero él siempre pensó que estaba en desventaja con respecto a Carlos. No tenía unos padres con un amor incondicional y eso lo marcó. Ahora te tiene a ti y te siente suya y puede ser como un grano en el culo porque teme perder esto que tenéis. Dale tiempo, Princesa, y no dudes nunca de su amor por ti. Me alegra saber que puedes soportar su mal humor y mal genio.

—Pero si nunca se enfada —alegó en su defensa, no sabía a qué se refería.

—Será contigo —refutó risueño—. Eso me dice que tenemos esperanza.

Mar se sintió agradecida con aquella explicación. Rieron y pudo liberar al fin toda la tensión que aún retenía su cuerpo. El último comentario del abuelo la intrigó, pero el timbre de la calle sonó y se les rompió el momento. Arturo fue a abrir, cuando regresó lo hizo acompañado de Carlos y Susana. Esta se abalanzó sobre ella, preocupada, pero al ver que estaba bien se tranquilizó. La acompañó a la habitación y Mar se vistió. Los pantalones estaban rotos, pero estaría mejor que con la sencilla camiseta. Después fueron a la cocina. Tenía hambre. Cogió una manzana de un frutero y sentadas en unos taburetes explicó a su amiga cómo había ocurrido el accidente. No se libró del rapapolvo que le dio, siempre iba muy despistada por la calle. Cuando menos lo esperaba, Susana cambió de tema.

—Hemos hecho el amor durante toda la noche. —Rio por la confianza y la contagió—. Lo he dejado seco, pero estoy deseando irme a casa y continuar.

—No te lo cargues si quieres que te sirva para cuidar del bebé —se burló. Susana parecía encantada, pero también obsesionada—. Susu, deberías calmarte un poco o ese niño no llegará nunca.

—Lo sé, lo sé y lo estoy intentando. Hacer el amor solo para disfrutar —recitó como si fuese un mantra.

Carlos entró sin avisar y ellas se callaron de golpe. No disimularon muy bien porque él las miró con cara de intriga y ellas se echaron a reír.

—No quiero preguntar de qué hablabais, me pondría de colores —comentó a

la vez que abría la nevera e inspeccionó su interior—. No hay gran cosa, ¿creéis que podemos preparar algo para cenar? ¿O mejor voy a comprar algo?

Revisaron el congelador y vieron que había atún y entrecots y algunos paquetes de salteados de verduras. Lo sacaron todo.

—Cariño, no hace falta comprar nada —informó Susana a Carlos.

Arturo entró en la cocina con un teléfono en la mano.

—Princesa, te llaman —anunció. Mar miró a Susana y esta a ella.

—Yo soy Susana, la princesa serás tú —alegó su amiga entre risas.

Arturo se sonrió y le pasó el teléfono a Mar; después abrazó a Susana.

—Tú eres mi morenita de ojos verdes.

Mar buscó un poco de intimidad para hablar con su chico. Enric le dijo un montón de cosas bonitas en un momento. Lo notó nervioso, hablaba acelerado y le preguntó varias veces cómo se encontraba.

—¿Cuándo llegas?

—En una hora estoy ahí —señaló—. ¿Necesitas algo?

—A ti, cariño.

Habían pasado diez días desde el accidente. Enric se había instalado con ella en el ático y se había convertido en un enfermero particular muy eficiente, sexi y cariñoso. Se dejó querer con cierto abuso, ya que desde el tercer día las molestias eran soportables y no había faltado a su trabajo más que lo necesario.

Por todos sus cuidados y mimos quiso darle una sorpresa e ir a buscarlo a la clínica. Pensó que después podrían ir a Milanos, el club de jazz que había en Ronda Universidad. Martina, la chica que se encargaba de los servicios informáticos del bufete, se lo había recomendado. Al llegar al centro médico de los primos Oliver, la recepcionista le dijo que Enric estaba ocupado, una visita de última hora. La invitó a aguardarlo en la sala de espera. Se sentó y se entretuvo con su móvil, también ojeó una revista, al rato le entraron ganas de ir al baño.

Al salir, la voz de Enric le llamó la atención. La puerta de su consulta estaba abierta. Agarraba el pomo de la puerta y una mujer tenía sus brazos alrededor de su cuello y él la sujetaba por la muñeca. Su corazón se saltó un latido y retuvo el aire en sus pulmones.

—Llámame la próxima vez.

Estupefacta, contempló cómo la chica se ponía de puntillas y lo besó en los labios. Mar no podía aguantar más la respiración, quería gritarle, pero solo fue capaz de articular una especie de sollozo.

—¡Ay! —Se tapó la boca con la palma de la mano.

—¡Mar! —exclamó él al sentirse descubierto.

La mujer, de forma apresurada, retiró los brazos y él se giró hacia ella. Entonces vio de quien se trataba. Beth.

No esperó, no quería explicaciones. No quería que la hiciera creer que no era lo que parecía. Se dio la vuelta ante la cara de susto de Enric y, a pesar de que la llamaba con desespero, salió de la clínica sin mirar atrás. Antes de que hubiese terminado de bajar los escalones del rellano, sintió que él la sujetaba y la retenía por el brazo. No quería mirarlo, no quería llorar. ¡Por Dios! ¿Cómo había podido confiar en él?

—¡Espera, Mar!... deja que te explique —exclamó nervioso—. Pero... ¡Joder, mírame!... No es lo que parece.

La rabia se apoderó de ella. Lo observó con todo el cinismo del que fue capaz y preguntó seria.

—¿No es lo que parece? ¿Entonces, qué es?

—No... no es buen sitio para hablar.

—Es el único que tienes —intentó frenar las lágrimas que estaban a punto de salir, él se pasó las manos por el pelo, estaba nervioso y Mar pensó que lo que lo asustaba era haberse visto descubierto.

—Ella vino... ella necesita... —Enric vaciló—. No sabía que vendrías. Mejor lo hablamos en casa, ¿sí? Por favor, cariño.

—¿Crees que tendrás más suerte allí? —preguntó y sus ojos se inundaron de

lágrimas. Reprimió las ganas de darle una bofetada y espetó—: Sé lo que he visto. No necesito más. Y te aseguro que, con esa, siempre es lo que parece.

La tos de alguien en el rellano los interrumpió. La recepcionista se asomó a las escaleras y con voz casi temblorosa lo llamó.

—Doctor Oliver... doctor Oliver... Por favor.

—Mar... es una paciente —explicó con voz baja—. Tiene problemas... He de subir, cariño... No te hagas películas, por favor... Espérame.

—Me voy, Enric —señaló sin mirarlo—. Me... me has decepcionado.

Salió con paso ligero. No quería que la viera llorar. Lo dejó gritando su nombre.

—Mar...por favor... ¡Mar!

Caminó por el Paseo de la Bonanova hasta llegar a la plaza. Estaba aturdida y el dolor se había instalado en su corazón. No sabía qué hacer. El teléfono sonaba en su bolso, pero lo ignoró. No podía hablar con él. Caminó y caminó y, sin darse cuenta, se encontró frente a la puerta de Susana.

—¡Por Dios, Mar! ¡¿Qué te pasa?! —exclamó su amiga al verla—. ¡¿Qué tienes?!

Cruzó el umbral y se arrojó a sus brazos, sin poder parar de llorar. La acompañó al salón y se sentaron juntas en el sofá. Su amiga le apretaba la mano con fuerza, sabía que no iba a presionarla, no hablaría hasta que ella le dijera algo, pero también vio en sus ojos que la paciencia se le acababa. Intentó controlar los sollozos.

—¿Qué te ocurre, Mar? Dímelo de una puta vez.

—He ido a buscar a Enric —explicó al fin—. Estaba... estaba con Beth.

—¡Joder! —exclamó, dejó pasar unos segundos y añadió—: ¿Qué significa que estaba con ella?

—Que esa lagarta tenía sus brazos alrededor de su cuello y lo besó... ¡Lo besó! Y él no la apartó.

—¡Vaya! ... Pero eso no significa mucho.

—¿Lo defiendes? —preguntó molesta—. ¿Qué pensarías tú si vieses a Carlos en una situación similar y con alguien que ya sabes a qué juega?

—No pensaría, le cortaría los huevos directamente.

—Te estás volviendo una mal hablada —dijo con ironía, pero la emoción volvió a apoderarse de su ánimo—. No puedo, Susana, no puedo volver a pasar por lo mismo otra vez —lloriqueó de nuevo—. ¿Por qué me pasan estas cosas? ¿Qué hago mal?

—Tú no haces nada mal. No llores.

—No debí creerle. Sabía que antes o después me la pegaría. ¿Por qué siempre me pasa igual?

—Me cuesta creer que te engañe, Mar, está muy colgado de ti. El otro día le escuché que le decía a Carlos que por primera vez tenía algo que era solo suyo y se refería a ti. ¿Pero tú estás segura de lo que dices?

—Yo ya no estoy segura de nada —respondió dolida. Buscó un *kleenex* en el bolso y se limpió la cara. Sabía que Carlos estaría al llegar y no quería que la viera con aquel aspecto. Pero en aquel instante hizo su entrada en el salón. Hablaba con alguien al móvil y colgó cuando la vio. Susana fue a su encuentro y se dieron un abrazo y un pequeño beso. Se los quedó mirando. Casi pudo entender a Enric. Ella también quería eso que tenía su amiga. Que alguien la quisiera así. Ella lo tocaba con los dedos y después lo perdía. Miró hacia otro lado, se sentía incómoda con aquella muestra de amor.

—Hola, Mar, no sabía que estabas aquí —saludó Carlos y la besó en las mejillas, tras evaluarla, añadió—: ¿Estás bien? ¿Problemas en el paraíso?

—Carlos. ¿Tú sabías que Beth iría a la clínica? —preguntó Susana con tono beligerante—. ¿Acaso es una paciente?

—¿Beth? No, yo... Yo qué voy a saber.

—Cariño, si no quieres dormir en el sofá, ya estás diciendo lo que sabes.

—Cómo eres. —Carlos la miró tenso, al final confesó—: Mar, yo no te he dicho nada, pero esa mujer persigue a Enric para que la ayude.

—¿Cómo? —insistió Susana—. ¿Hay algo entre ellos?

—Susana, déjalo —pidió Mar, compungida—. Lo que tenga que ser ya me lo dirá Enric; tarde o temprano me enteraré.

—¿Pero de qué habláis?... No hay nada entre ellos.

Mar sentía que el corazón se le aceleraba de la tensión. Las lágrimas no dejaban de brotar de sus ojos; lentas, pero sin pausa.

—Pero... no es lo que yo he visto esta tarde.

—Yo ya te he dicho demasiado. Ves a casa, no imagines cosas que no son y habla con él. —La animó Carlos, se acercó y le dio un abrazo.

—Pero si no has dicho nada —le riñó Susana.

—Ve a casa —repitió él con una sonrisa—. Y habla con él. Pero, Mar, dale la oportunidad para que te lo explique.

Estaba indecisa, no sabía qué hacer y lo peor era que se sentía ridícula.

—¿Quieres quedarte aquí esta noche? —preguntó Susana. Tuvo la impresión de que su amiga intuía el miedo que le daba regresar y enfrentarse a Enric. Carlos la miraba también; aunque sospechó que no le hacía tanta gracia que se quedara. Era de esos hombres que defendía que al toro había que cogerlo por los cuernos. Pero asintió y apoyó la demanda de su mujer.

—No, gracias. He de volver a casa —contestó segura—. No puedo esconderme.

No podía esconderse, pero se tomó su tiempo en regresar. Cogió el bus. En su bolso el sonido distintivo de que entraba en mensaje al móvil le provocó una mezcla de alegría y angustia por si era de Enric. En efecto, lo era. Sus palabras hicieron que sus ojos se humedecieran.

Enric: Vuelve pronto, voy a volverme loco en casa sin ti.

Intentó pensar algo ingenioso e irónico con lo que responderle, pero pasados diez minutos seguía sin saber qué decirle, así que escribió algo sencillo.

Mar: Duele, duele demasiado.

Al segundo su respuesta se iluminaba en la pantalla de cristal.

Enric: Dime dónde estás, voy a recogerte.

Mar: No.

Y pulsó enviar.

Enric: No me hagas esto, Mar, ¿dónde estás?

No contestó. Era el colmo, ¿que no le hiciera qué? ¿Habría pensado en lo que él le había hecho a ella?

Cuando entró en casa todo estaba a oscuras, tardó menos de un minuto en descubrir que no había nadie esperándola. Se derrumbó en el sofá y se dejó ir. Lloró desconsolada, como hacía tiempo que no lo hacía. Escondió la cara en un cojín y maldijo su suerte. De pronto unas manos se posaron en sus hombros y la reclinaron en un pecho. Por un segundo desapareció toda su angustia. Al percibir el aroma de su colonia y notar los brazos de Enric rodearla, se sintió segura. Él le daba ese poder. Lo miró y vio que sus ojos se tornaban vidriosos, casi a la vez que retiraba con los pulgares sus lágrimas.

—Te he estado buscando —señaló con suavidad, como si no quisiera asustarla y la acunó de nuevo en su pecho. Como si fuera una niña pequeña se dejó mecer. No quería pensar en las razones que los habían llevado a donde estaban, pero una voz turbadora le retumbaba en la cabeza: «¿No soy suficiente? ¿Se ha cansado de mí?».

Enric no dijo nada más. Se limitó a acariciarle la espalda, despacio. Confundida, se preguntó si no pensaba explicarse. Intuyó que sí, que lo haría cuando se movió y puso un poco de distancia con ella, pero la sujetó con ambas manos por los brazos.

—Mar... —La llamó. No dijo Princesa, ni nena, ni cariño, ni nada, solo Mar y se temió lo peor—. No sé qué crees que has visto. No sé qué piensas. No sé por qué estamos en este momento... Yo puedo decirte lo que quieras, pero solo tú decidirás qué creer.

Su voz era tranquila y sus brazos la retenían; como si no quisiera que se

alejara de él más de lo que estaba dispuesto a soportar. Mar volvió a dudar, no sabía qué pensar. Forcejeó para que la soltara. ¿Qué podía decirle? No iba a suplicar, pero tampoco sabía qué esperaba. Lo único que tenía claro era el miedo que la invadía al pensar que lo que tenían se acababa.

—¿Vas a dejarme? —preguntó seria.

—¡No, por Dios! ¿Vas a dejarme tú?

Negó con la cabeza.

—Entonces explícame qué he visto y saldremos de dudas. Tal vez pueda creerte.

Se acomodó y la sujetó en su regazo.

—Beth vino a verme, me pidió que la ayudara. —explicó con serenidad y ella se movió inquieta. No iba a gustarle nada de lo que dijera. Se separó de su lado y se recostó en la esquina del sofá. Necesitaba distancia—. Alguien la atacó, le hizo esa fea herida que le viste en la cara, porque le debe dinero a una gente... Me pidió ayuda y yo le dije que lo pensaría. Eso es todo.

—Vaya, pues yo vi cómo te besaba y tú no la rechazaste.

—Sí, viste cómo me besó, pero no que yo la besaba, ni que respondiera a ese beso —respondió, tuvo la impresión de que hacía un esfuerzo por no sonar molesto—. Es más, si te hubieras quedado te habrías dado cuenta.

En ese momento fue consciente de que estaba a la defensiva y supo que era por lo que ocurrió en el hotel de Madrid. Con una clarividencia que no había tenido antes entendió que su reacción, su huida, no era por lo que había visto aquella tarde; sino por lo que vio aquella otra, aquel día que encontró a Mat con Beth y presenció más de lo que hubiera deseado.

—Yo... yo pensé. —No acertó a decir nada más. Sus pensamientos la habían afectado.

—Ya sé lo que pensaste. No me diste opción a explicarme —murmuró avergonzado—. Pero no quería montar un espectáculo. No delante de la secretaria, de la enfermera y menos de ella. Sé lo que significa para ti... lo que me enfada es que pensaras eso de mí. ¿Es que no te ha quedado claro lo que

siento por ti?

—Mira, no voy a disculparme —soltó con chulería—. Los tíos sois todos iguales y esa mujer es una zorra.

—¿Los tíos? ¿Qué tíos? —preguntó Enric sin disimular que lo había ofendido—. ¿No te referirás a Mat? ¿No será todo esto por ese imbécil? ¿Otra vez volvemos a aquel punto?

No contestó. Sabía que estaba siendo muy neurótica y su comportamiento rayaba lo infantil, pero hizo una mueca de indiferencia y él estalló.

—¡Mar, crece de una vez! —Levantó la voz y se sintió pequeña—. Si Mat te engañó, tal vez fue porque algo no iba bien entre vosotros. ¿Por qué voy a hacerlo yo? Y nada menos que con Beth. Me da pena, ¿sabes? Pero, tú... tú para mí lo eres todo. Por primera vez en mi vida me siento completo. ¿Por qué iba a arriesgarme a perder eso?

—No vuelvas a nombrar a esa zorra en mi casa —soltó indignada—, y menos decir que te da pena.

Se levantó enfadado. Su cara no dejaba lugar a dudas. Ella también se incorporó y lo observó en silencio. Para su sorpresa él se puso el abrigo que estaba sobre una de las sillas de la mesa y se encaminó hacia el pasillo.

—¿A dónde vas? —preguntó con un nudo en la garganta—. Estamos hablando.

Él se giró y la miró con decepción.

—No, Mar, no estamos hablando. Tú quieres castigarme por algo que no hice. No pienso pelear. Me voy... Me voy a «mi» casa y cuando se te pase, si quieres, me llamas.

Se sintió indignada y su enfado creció. Solo faltaba que dijera que eran imaginaciones suyas. Pero no quería dejarse afectar por aquello. Decía que se iba. No, no podía hacerlo.

—¿A tu casa? Creí que esta era tu casa.

—Acabas de decir que esta era «tu» casa —señaló y su voz sonó triste y cansada—. No pienso quedarme donde no quieren que esté.

Tardó en reaccionar y al final gritó.

—¡No te vayas!

Pero él ya había abierto la puerta y se había marchado.

Se dejó caer en el sofá. Lloró con pena. Se preguntaba si la había abandonado o solo se había ido a casa. Se censuró los celos que tenía fruto del miedo a que la engañaran de nuevo. Se juró que no volvería a tenerlos, Enric la quería. Solo tendría que hacerla titubear la prueba fehaciente de una traición, no una sospecha sin fundamento. ¿Por qué se había comportado así? Empezó a asustarse. No podía imaginarse la vida sin él a su lado. Buscó el móvil en el fondo de su bolso y tecleó rápido un mensaje. No la convencía y lo borró. Leyó los que él le había escrito y copio uno.

Mar: Vuelve pronto, voy a volverme loca en casa sin ti.

Dio a enviar y esperó. Esperó como una tonta. No recibió respuesta.

El frío se instaló en su cuerpo. Fue al baño y se desmaquilló. Eso siempre la relajaba. Después buscó un pijama. Cogió uno de él y se puso la parte de arriba. Se acurrucó bajo el edredón. Casi se había dormido cuando escuchó el ruido de unas llaves en la puerta y cómo esta se cerró despacio.

¡Regresaba!

El corazón le dio un vuelco. Encendió la luz de la mesilla con rapidez y esperó a que entrara en la habitación. Sonrió con pena al verlo. Enric caminó despacio hasta llegar a su lado, se quitó el abrigo y lo dejó caer a sus pies. Se sentó junto a ella y le apoyó la palma de la mano en la mejilla. La notó cálida y se reclinó en ella, con el pulgar le retiró una lágrima perdida. Lo miró con emoción contenida. No quería decir nada que estropeará el momento; giró sus labios y le besó el hueco de la palma.

—¿Me quieres? —preguntó Enric en un susurro.

—Claro que te quiero —contestó y le tocó con los dedos los labios—. Prométeme una cosa, bueno, dos.

—Lo que tú quieras.

—Que no me dejes.

—No pienso hacerlo, nunca —afirmó y le dio un beso en los labios—. ¿Y la segunda?

—Que me perdones por dudar de ti. —Otra lágrima se le escapó y él la sorbió con un beso.

—Supongo que yo habría pensado lo mismo si te hubiera pillado como tú a mí. —Sonrió—. Solo que yo le habría partido la cara al tío que te hubiera besado. —No pudo esconder la sonrisa—. Bésame y estás perdonada.

La atrajo hacia él y fundió sus labios con la boca que la buscaba. Se sintió en la gloria, pero a medida que él la abrazaba y el beso se volvía más carnal, se sintió mal y lo cortó.

—Lo siento, lo siento mucho, Enric. Yo no sabía que era celosa, pero sí. Creo que no soporto la idea de que pudieras estar con otra mujer y tienes una larga lista que va detrás de ti.

—Con que una larga lista... A mí no me interesa ninguna, Princesa —murmuró seductor y la agarró por las solapas de la camisa del pijama—. ¿Y qué es esto que llevas?

—Era como estar contigo.

—Bueno, pero ya estoy aquí.

—No pienso quitármelo, podemos compartirlo, ¿no?

—Ya te lo quitaré si me molesta. —Le sonrió travieso y supo que no llevaría la prenda al despertarse. Observó cómo se desvestía, cogió el pantalón del pijama que estaba sobre la cómoda y con una mueca divertida se lo puso. Se acurrucó sobre él cuando se metió en la cama.

—No vuelvas a decirme que esta es tu casa —le pidió con semblante serio—. Me ha dolido.

—Lo siento.

—Mar, yo no quiero estar en otro lado, ni con nadie que no sea contigo —murmuró y la apretó más a su cuerpo—. Tengo mi orgullo y no llevo bien los enfrentamientos; sé que si me voy me costará volver.

—Yo también soy orgullosa. Y... no quiero que la ayudes —alegó vacilante—. Tal vez sea mala persona, me es igual lo que le pase, se lo ha buscado. Para mí es una zorra y no me da pena.

—No puedo no ayudarla —contestó—. ¿Has visto su cara? Sé que puedo arreglarle esa cicatriz.

—¿Qué más te ha pedido?

—¿Cómo?

—Ya me has oído —insistió—. ¿Qué más te ha pedido?

—No es lo que piensas. —Enric metió la mano bajo la camisa y buscó sus pechos, pero no se dejó despistar.

—Mientes de pena —señaló y retiró su mano.

Guardó silencio, Mar esperó y esperó. No iba a facilitarle las cosas, tenía la impresión de que no le contaba todo.

—¡Joder, tú ganas! —exclamó al cabo de unos minutos—. Hace tiempo que me lo pide, necesita pagar una deuda. Quiere pasta, como siempre.

—¡Lo ves! Una zorra, lo que yo te digo —soltó enfadada—. Haz lo que quieras, pero si la ayudas tendrás un problema conmigo.

Se giró molesta y le dio la espalda. Se hizo un ovillo en su lado de la cama.

—No voy a mentirte, Mar —confesó Enric—, pero la operaré en unos días, te guste o no. En el tema de la pasta haré lo que me pides.

—Vale, ya sabemos dónde está el límite del otro.

—¿Qué quieres decir?

—No voy a decirte qué tienes que hacer. Ya eres mayorcito. Solo te aviso de lo que a mí me molesta.

—¿Puedo decir yo lo que me molesta?

—Claro.

—Me molesta perder el tiempo, no quiero discutir. Me muero por hacerte el amor.

Sus manos ya habían conquistado su cuerpo; tras ellas le siguió el resto de la piel.

Capítulo 11

Se acercaba la Navidad y era época de comidas y cenas de empresa. Desde hacía tiempo, Mar, con Susana y Sonia, solían salir el último día que el despacho estaba abierto, antes de coger unos días de descanso, a tomar unas copas, reírse un rato y después regresar a casa.

Enric, por su parte, tenía bastantes compromisos. Mar lo había acompañado a un par de cenas, pero aquella noche salía con los amigos del gimnasio.

—Intentaré escaparme pronto, cariño —comentó mientras se arreglaba en el baño. Ella lo miró con fijeza, estaba muy guapo con unos tejanos oscuros y un jersey negro.

—Yo me daré un baño de sales y te esperaré desnuda —murmuró seductora, sentada en el borde de la bañera—. También podrías quedarte y nos bañamos juntos. Aquí no lo hemos hecho nunca.

—¿Me estás provocando? Princesa, sé lo que intentas —conjeturó y se giró hacia ella. Se puso de cuclillas, para estar a la altura de su rostro, y la miró serio—. Si lo que quieres es que no vaya, dímelo.

—Si te lo pidiera, ¿no irías?

—Supongo, pero no lo sé.

—Bueno, eso es porque sabes que no voy a pedírtelo —confesó y le acarició la cara—. Yo no puedo pedirte eso, Enric. No me importa que salgas, de verdad.

La miró en silencio, de aquella forma con la que conseguía que se le alterara

el pulso y ella le regaló una sonrisa sincera, para que supiera que estaba bien.

—Quería esperar, pero me cuesta hacerlo, así que te lo diré ahora —inquirió él con vacilación—. ¿Te gusta el *ballet*?

—¿El *ballet*? —preguntó desconcertada—. Supongo que sí, no sé. No he visto ninguno.

—Es que, verás... He comprado dos entradas para el Liceo, para principio de enero.

—¿Así que el Liceo? —La idea le encantó—. ¿Y qué veremos?

—*El lago de los cisnes* —contestó risueño—. Te aseguro que te gustará. ¿Qué te parece?

—Creo que es una idea fantástica.

Enric le sonrió feliz. Se acercó a su boca y él la besó. Enredó su lengua en la de ella a la vez que la sujetaba por la cintura. Cuando abandonó sus labios se perdió en el cuello que tenía despejado, al llevar una coleta alta. Lo mordisqueó y le provocó un tsunami en su estómago. El muy canalla sabía cómo encenderla.

—Se te va a hacer tarde —avisó, aunque lo que en el fondo quería era que terminara lo que iniciaba.

—Tú date el baño y luego perfúmate para que te encuentre por el olor. Tu olor me encanta, nena —dijo en la comisura de sus labios. Volvió a besarla. Qué poder tenían sus besos, nunca se saciaba de ellos. La derretían por dentro.

—A mí también me encanta el tuyo. ¿Ya te has perfumado? —preguntó al levantarse y lo roció de Allure Sport, la colonia de Chanel que llevaba siempre. Salió del baño cogida de su mano y lo observó mientras se ponía el chaquetón, cogía las llaves, la cartera y el móvil. Lo acompañó a la puerta—. Pásatelo bien, pero no demasiado, ¿eh? Ya me entiendes.

—No me esperes despierta, lo mismo vengo tarde.

Estaban raros. Aunque salían a veces por separado, aquella noche les costó. Sonrió al recordar que lo mejor era el reencuentro. Solían hacer el amor de una forma muy apasionada. Mar deseaba que ya estuviera de regreso, pero

acababa de marcharse. Se quitó la incomodidad que le produjo aquella salida con el pensamiento de que a la vuelta iba a torturarlo de un modo muy placentero.

Preparó el baño con sales. Le había puesto un montón de escamas de rosas, quería que su piel quedara muy perfumada. Se relajó durante un buen rato en el agua caliente; al salir tenía la piel de los dedos arrugada. Se arregló para cuando Enric llegara; quería sorprenderlo e imaginó todos los juegos que podría proponerle. Eligió un camisón de satén largo y se metió en la cama a leer con el iPad, pero el sueño la atrapó antes de lo que deseaba. No era capaz de esperarlo despierta y se dejó llevar por Morfeo.

Se despertó y Enric no había regresado, eran las cuatro de la madrugada. Inquieta, salió de la cama y se puso una bata por encima para ir a la cocina. Pero al llegar al salón y encender las luces se dio un buen susto. Estaba allí, sentado en el sofá, cabizbajo y taciturno.

—Enric ¿qué haces ahí? —La miró con mucha tristeza. Nunca lo había visto así. Preocupada, se arrodilló junto a él y el olor que desprendía la golpeó con fuerza. No había restos de trazas de Allure; el aroma almizclado del alcohol le impregnó las fosas nasales. Estaba bebido—. Ven, vamos a la cama.

—No... no puedo. —De pronto percibió que sus ojos se humedecían, creyó que iba a llorar. No entendía qué le había ocurrido.

—¿Quieres que te prepare un café? —preguntó con calma e intentó disimular su preocupación. Él asintió y con docilidad la siguió a la cocina.

Encendió la Nespresso y sacó un yogur de la nevera para ella. Enric se mantenía en silencio y se sentó a la espera, cabizbajo, a que le pusiera la taza delante. Mar no quería perder la paciencia, pero se estaba empezando a hartar. Cuando le colocó el café, él seguía callado; se sentó enfrente y, resignada, vio cómo se puso azúcar y se lo bebió en tres sorbos. Ella ni siquiera tocó el yogur. No recordaba una situación similar.

—¿Qué te ocurre, Enric? —preguntó con voz baja, sin querer alterarse—. ¿No ha ido bien la noche? ¿Habéis tenido problemas?

La miró y de nuevo sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Tal vez si me dices qué te ha pasado pueda ayudarte —le propuso con cariño, pero estaba muy preocupada, aquella actitud no era normal en Enric.

—Cenamos en La Pomarada, luego fuimos al Jamboree. Bebimos bastante, sobre las dos decidí regresar a casa, pero me encontré con... cuando me venía contigo encontré a...

—¡Joder! ¿A quién te encontraste? —alzó la voz, los nervios la traicionaron. Pero por la expresión que leía en su rostro supo que no le iba a gustar lo que dijera.

—Te vas a enfadar, Mar... me encontré con Beth —soltó de golpe mirándola a la cara; luego apoyó los codos en la mesa y reclinó la cabeza sobre las manos.

—¡Mírame...! Mírame, Enric. —El corazón se le aceleró y él volvió a clavarle la mirada, tan azul que le hizo daño—. ¿Qué pasó?

—Mar, cariño... No sé qué pasó. Hablamos un rato, luego... Me besó, la besé, no sé, creo que eso. Yo no quería. No me acuerdo —confesó y le cayeron dos lagrimones que resbalaron por sus mejillas. Mar lo escuchaba petrificada en la silla y se dio cuenta de que también una lágrima rodaba por su mejilla.

Enric estiró su mano para tratar de coger la suya. No fue capaz de soportar el contacto y la rehuyó. Sin embargo, él tenía más fuerza y se la agarró.

—Dices que no te acuerdas, ¿cómo sabes que no pasó nada más? —Quería gritarle, insultarlo, pero no le salía. Estaba tan desvalido y hundido que sintió pena.

—Porque habíamos hablado antes, la operé, Mar, y ella no me haría eso estando borracho.

—¿La operaste?! —gritó.

—A principio de diciembre... Te dije que lo haría. Eso era lo único que haría por ella.

Se levantó resentida. No sabía qué le dolía más. La azotaron sentimientos

contrarios. Lo contemplaba tan derrotado que se le partía el corazón, pero al segundo se incendiaba de rabia y lo odiaba. Sin embargo, quería creerle. Pensó que se lo podría haber ocultado, no era capaz de mentirle. Beth, la zorra de Beth, cómo le gustaría encontrársela en la calle.

—Ven a la cama, Enric —le pidió con calma. No era el momento de hablar de aquello. Quizás estaba confuso. Aunque había escuchado que los niños y los borrachos decían la verdad. Desechó el pensamiento; era abogada, sabía que todo el mundo mentía, para protegerse. Hablarían al día siguiente, cuando fuera dueño de sus facultades mentales y se le iba a caer el pelo si negaba lo que acababa de decir—. Acuéstate y descansa.

—No. ¿Cómo voy a acostarme si no me perdonas? —inquirió como si fuera un niño y la miró desolado; el azul de sus ojos se había apagado—. Tal vez me hayas dejado por la mañana.

—No voy a dejarte, vamos a la cama. Ya hablaremos mañana.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Se levantó y la abrazó. Sus brazos la apretaron tan fuerte que le hicieron daño. Mimoso, descansó la cabeza en su hombro.

—Lo siento, lo siento —susurró—. ¿Puedo ducharme antes?

—Claro que puedes; es más, lo necesitas.

—Es que me duele la cabeza, así se me pasará.

Lo esperó en la cama. No quería pensar más en lo que le había dicho, pero de una manera morbosa no podía evitarlo. ¿Quién habría iniciado el beso? ¿La había besado como la besaba a ella? Le dolía en el alma, pero ¿qué eran dos besos si estaba arrepentido? El propio Enric detestaba lo que había hecho. Quizás ya tenía suficiente castigo con la culpa que sentía. Ignoró el dolor que le había causado. Prefería no pensar, adormecerlo hasta que se lo aclarase al día siguiente. Cuando Enric salió del baño parecía otro, le abrió el nórdico y se metió rápido.

—Hueles a rosas, me gusta —mencionó pegado a su cuello—. La cama huele

a ti.

Se durmió abrazado a su cintura, nada más acomodar la cabeza en la almohada. Mar tardó un poco más; vio las seis de la mañana anunciadas en el reloj.

Al despertar y abrir los ojos, encontró que Enric la miraba con fijeza, la contemplaba como si estuviera adorándola.

—No sabes lo que te quiero por cómo me trataste anoche —murmuró con la voz cargada de tensión—. Nunca podré darte lo que tú me has dado. Voy a compensarte todos los días por el dolor que te he causado. Si me aceptas, me casaré contigo cuando estés preparada. Quiero que sepas que yo lo haría mañana mismo, porque te quiero y eres mi luz. Y te haré el amor todas y cada una de las noches. Porque voy a levantarme y acostarme todos los días de mi vida contigo y aprenderé a hacerme viejito a tu lado y voy... ¡Oye! Párame cuando quieras que me estoy poniendo muy cursi.

—Pero si me gusta escucharte —respondió con la intención de que su voz sonase seria—. Pensaba que ahora me cantarías.

—¿Así que quieres que te cante? —inquirió pegado a su oído—. No pienso hacerlo, Princesa, ahora no. Ahora quiero hacerte temblar, necesito tus besos para borrar otros desafortunados.

Que le recordara aquello le dolió, pero Mar se había propuesto ser feliz y él le pedía que lo fueran juntos. Quería creerlo y se dejó llevar por la pasión que Enric le regalaba. Se besaron con ternura y, poco a poco, aquel beso ardió en sus labios para pasar las llamas al resto del cuerpo. Con una lentitud que le pareció casi una tortura, él subió su camión hasta tenerlo a la altura del cuello y lo retiró por la cabeza. Su boca se hundió en su pecho y jugó con alternancia con sus picos rosados; después, saciado, ella lo ayudó a quitarse el pantalón de pijama. Al final, sus cuerpos desnudos se tantearon. Se buscaron y encontraron para crear una sinfonía de gemidos. Se amaron bonito, con ternura y palabras hermosas llenas de cariño; sin reproche. Lento, despacio. Con mucho amor y sentimiento. Mar se sintió desfallecer. Enric adoraba su cuerpo

con el suyo. La llevaba a puntos de excitación donde el fuego lo quemaba todo a su paso, borró el dolor entre besos y caricias. Sus corazones consiguieron bombear sincronizados, para ser uno. Entrelazaron sus dedos y se buscaron los ojos. No les hizo falta palabras para decirse lo que sentían. Ambos querían fundirse en el otro, leer en los iris ajenos el placer y el amor que los subyugaba. Enric puso un broche perfecto a aquel momento con un «te quiero».

Mientras desayunaban hicieron planes para los días festivos que se avecinaban. Mar sabía que tenían que hablar de lo ocurrido la noche anterior; no podía echarlo en saco roto, pero no quería discutir. No aquella mañana en la que tenía la impresión de que él le había pedido matrimonio.

Iban a ser unas fiestas navideñas especiales. Mar había invitado a Carmen y a Santi, y preparaba una cena con las dos familias. Estaba emocionada. Mientras conversaban sobre los planes inminentes de compras, escribía en una libretita los posibles regalos para unos y otros. Al levantar la vista de las hojas descubrió a Enric contemplándola con cara de enamorado.

—Te lo he dicho de verdad.

—¿Qué?

—Todo, todo lo que te he dicho esta mañana. Todo es de verdad.

No supo qué decirle, se sonrió y le hizo una mueca divertida.

—Me vas a hacer sufrir, ¿eh?

—Sudarás sangre —se burló.

A lo lejos, el timbre del móvil de Enric los despistó. Al cortarse la llamada el pitido característico de un mensaje resonó de nuevo. Enric se encogió de hombros, Mar entendió que se disculpaba porque alguien les había roto el momento y, resignada, lo vio levantarse para ir hacia el salón a por el teléfono. Lo esperó en la cocina, entretenida en la lista de regalos, pero al captar su demora fue a buscarlo. Lo encontró sentado en el sofá. Era como un *déjà vu* de aquella madrugada.

—¿Qué pasa? —preguntó asustada.

Enric no contestó, la ignoró y se limitó a esconder la cara entre sus manos.

El lenguaje de su cuerpo encendió sus alarmas. Intentó quitarle el móvil, quizás así averiguaba qué ocurría, pero él no se lo permitió. Parecía grave, muy grave. ¿Y si...?

—¿Es el abuelo? —inquirió temerosa. Él negó con la cabeza, sin mirarla, y Mar sintió el miedo expandirse por su cuerpo—. Dime entonces qué pasa —le exigió al borde de un enfado histérico; exasperada con su mutismo amenazó—: Dímelo ahora mismo o me verás muy cabreada.

—No puedo decírtelo —espetó.

—Oh, sí, claro que puedes decírmelo... será mucho peor si me entero por otro lado y sabes que puedo hacerlo.

—Lo harás... Pero cuando te lo diga te voy a perder, qué más da si te cabreas ahora.

¿Qué decía? Una intuición extraña empezaba a tomar forma en su mente, pero con un ligero movimiento de cabeza desechó la idea abstracta. No entendía nada; sin embargo, su instinto la mantenía en alerta. No era asustadiza, aunque comenzaba a estarlo.

—No hables a medias... ¿Dices o no dices? —le gritó nerviosa.

Enric se tomó su tiempo; se levantó y dio algunos pasos errantes por el salón. De espaldas a ella, miró por los cristales, como si contemplara el infinito, más allá de la terraza. Mar, perpleja, lo seguía con la vista; el corazón le iba a mil por hora. La cosa pintaba mal, muy mal. No soportaba el silencio. Lo evaluó rápido: Enric sujetaba el teléfono entre los dedos, con el brazo caído junto al cuerpo. En una décima de segundo supo que allí estaba la respuesta que él ocultaba. Se le acercó despacio, puso una mano en su hombro y lo acarició a la vez que se disculpaba por su mal genio y hablarle de forma exigente. Lo despistó con palabras dulces. Él seguía inmóvil, como una estatua inerte. Mar inclinó su cabeza y besó su cuello. Sin darle más pistas, agarró con fuerza la mano que sujetaba el aparato y tras un pequeño forcejeo se lo arrancó sin muchos miramientos.

—Mar, por favor, dámelo —exigió Enric y trató de quitárselo; pero ella,

impaciente por saber qué era lo que le había provocado aquel estado de confusión corrió, como una niña, hacia el dormitorio.

La siguió alterado. Ella rodeó la cama y quedaron cada uno en un lado, frente a frente. Los separaba el lecho deshecho, las sábanas revueltas que evidenciaban su polvo mañanero. Mar lo observó amenazadora, con el dedo sobre la pantalla, en un intento de que él dijese algo, pero siguió callado, aunque su cara ganó en rigidez y tensión.

—Habla o encontraré la respuesta aquí.

Enric negó con la cabeza, en un ruego mudo.

Decidida, desbloqueó el móvil, ante la mirada perpleja de su novio. Por la cara de sorpresa que él le puso supo que no esperaba que descifrara su clave de acceso.

—Mar, no abras el mensaje —suplicó con la voz más triste del mundo—. No lo mires, cariño. —Asustada por aquellas palabras, sabía que él evitaba que viera la pantalla, no fue capaz de obedecer y bajó la vista hacia el dispositivo que sostenía en su mano a la vez que él le anunció—: Me-me están chantajeando.

La imagen que recibió la impactó. Las piernas le flaquearon y dejaron de sostenerla. Cayó al suelo sin poder agarrarse a nada. En sus pupilas se clavaron dos fotografías. Eran oscuras, de mala calidad, pero en las que se veía a Enric con Beth. En la primera se besaban; la segunda fue una puñalada en su corazón. Él tenía los pantalones bajados y la chica estaba sobre su regazo, muy pegada. En una actitud evidente de que compartían algo más que una mirada lasciva.

Abatido, Enric se le acercó y se desplomó a su lado. Perpleja y sin capacidad de responder, Mar dejó que él se agarrara a su cintura y escondiera la cabeza en su vientre.

—No puede ser, no puede ser. —Repetía Enric como un mantra.

Mar no supo de dónde sacó la sangre fría para reenviarse las imágenes a su móvil. Tecleó como un autómatas. Ni siquiera las lágrimas acudieron para

acompañarla en aquel momento tan duro. Su pensamiento se activó de forma frenética y, como si entrara en ebullición, abandonó sobre la cama el teléfono de Enric que seguía aferrado a ella. Lo apartó de un empujón y se levantó del suelo con un brío inesperado. Rápida, se dirigió al vestidor, agarró unos tejanos, un jersey y las botas altas y salió hacia el baño como si alguien la apremiara. Por primera vez desde que vivían juntos, corrió el pestillo. Se metió en la ducha con un desagradable temblor. El agua helada bloqueó todas sus emociones. A medida que se caldeaba dejó que resbalara por su cuerpo y se llevara el dolor agónico que sentía. La sensación de desarraigo que nació en su pecho no la recordaba. Se asemejaba a la que tuvo cuando supo que sus padres habían muerto: una emoción yerma. Soledad. Una soledad infinita y la impresión de que el corazón se le había roto en mil pedazos. El tiempo pareció detenerse bajo aquella agua que caía como lluvia sobre su cuerpo desnudo. Pudieron pasar unos minutos o una hora, no lo sabía; sin embargo, la necesidad imperiosa de salir de allí, vestirse y correr hacia ninguna parte la instó a arreglarse. Al salir del baño Enric también estaba vestido y con el móvil en la oreja.

—No contesta —murmuró. Mar entendió que se refería a la chica de las fotos—. Lo tiene apagado o está fuera de cobertura.

—¿Quién te envía las fotos? —No reconoció la voz como suya, pero sí a la abogada fría que se había adueñado de ella para no morir de pena—. ¿Qué te piden?

—Es de un teléfono que no conozco. ¿Cómo sabes que piden algo?

—¿Por qué si no te enviarían las fotos? —El tono neutro, distante, como si aquello de lo que hablaba le hubiera ocurrido a otra persona debió impresionar a Enric, porque la miró culpable.

—Pide... —titubeó, carraspeó y se aclaró la voz—. Piden seis mil euros y si no se los doy, el lunes te... te enviarán las fotos a ti —concluyó con angustia las últimas palabras.

—Bien, ya las he visto, te has ahorrado la pasta —alegó con frialdad—.

¿Sospechas de alguien?

Mar dejó que su mente levantara un muro para bloquear el dolor y habló sin afecto, como si lo vivido no le concerniera. Se decía que aquello no le pasaba a ella, no podía pasarle de nuevo a ella. Y ese pensamiento se lo repitió como un mantra.

—No sé... Solo se me ocurre Beth.

—¿Beth? Esto es el colmo.

—¡No! No me cuadra. Es el dinero que necesitaba, pero no es su estilo.

—¿Cuál es el estilo de las zorras? —espetó con sarcasmo—. Mira, me es igual, me voy... Necesito que me dé el aire y pensar. No soporto estar aquí.

—¿Aquí, conmigo? —preguntó herido y molesto—. Yo no recuerdo nada, Mar. Pero sé que eso no pasó. ¿No vas a creerme?

—Parece que tienes memoria selectiva —replicó dolida. Sacó el abrigo de un armario y salió hacia el salón. Dejó a Enric plantado en la habitación. Este, inquieto, la siguió—. Anoche o esta madrugada, cuando fuera, te creí. Me dije: ¿qué son dos besos? No pasa nada, había bebido y mira... ¡Mira lo que ha venido después!

Gritó histérica y todo lo que intentaba contener se desbordó. La angustia la asaltó con furia y golpeó a Enric con fuerza en el pecho, con los puños cerrados. Al fin las lágrimas asomaron a sus ojos para derramarse como ríos desbordados. Enric se dejó sacudir; se limitó a rodearla con los brazos y permitir que llorara pegada a su hombro a la vez que maldecía y aseguraba entre sollozos que él no era el hombre de las fotografías. Que la quería. Mar vislumbró su voz cargada de dolor, pero no podía consolarlo.

Cuando pudo ser dueña de sí y contenerse se revolvió entre sus brazos para poner distancia. Se puso el abrigo y con rabia agarró su móvil y el bolso y, sin mirarlo, se dirigió a la puerta de la calle.

—¿A dónde vas? —preguntó Enric cargado de tensión.

—No sé, lejos.

—¿Es que no me crees?

Mar se volvió hacia él, lo miró con la cara desencajada por el dolor y le gritó, a pocos centímetros de su cara.

—¡Me has engañado! ¿Qué esperas, comprensión?

—Te juro por mis padres que yo no recuerdo nada —replicó con angustia—. Llama a Javier, a Dani, ellos estaban conmigo.

—Yo no tengo que llamar a nadie, alguien ha tenido el detalle de «recordarte» tu fiesta de anoche. ¡Eres un mentiroso!

Enric intentó agarrarla, pero ella forcejeó y lo impidió. No soportaba que la tocara. La había traicionado. En su cabeza montones de momentos felices junto a él se desvanecieron. El sufrimiento se instaló en su corazón, que desde hacía rato estaba hecho añicos. De nuevo la sensación de humillación, de derrota y soledad regresaron a su pecho y a su mente.

—No te vayas por favor, tienes que creerme.

—¡¿Pero es que no te das cuenta?! Esas fotos lo dicen todo —le gritó y él agachó la cabeza por un momento; luego, enfrentó su mirada acusadora, pero no alegó nada—. ¿Cómo has podido hacerme esto? ¿Con ella precisamente? ¡No quiero volver a verte!

Lo dejó allí, en mitad del pasillo y corrió hacia la puerta. Al salir a la calle le faltaba el aire. El sol la recibió como una provocación. Se colocó unas gafas oscuras para esconderse de las miradas ajenas y del mundo. Caminó sin rumbo y su mente masoquista, para torturarla, le evocó las imágenes que había visto. Trató de apartarlas. Sin poder evitarlo, las palabras amorosas de la mañana se mezclaron con las representaciones sucias, prueba de la traición y el engaño. ¿Cómo podían estar aquellas escenas tan juntas una de la otra? El amor y la traición a un paso. Lo odió. Prácticamente le había pedido que se casara con él y después el horror, el sufrimiento, la perfidia. Enric les había dado una estocada mortal. Los había matado.

El sonido de varios mensajes entrantes consiguió arrancarla de sus pensamientos. Eran de él.

Enric: Vuelve, por favor. Te necesito.

Enric: Habla conmigo. Tienes que creerme.

Enric: Te quiero.

La hicieron llorar. ¿Cómo podía decirle esas cosas tan dulces después de lo que había hecho? No fue capaz de contestar.

Serpenteó las calles y, sin darse cuenta, se encontró frente a la catedral. Calculó que llevaría una hora caminando. Empujada por algo a lo que no supo ponerle nombre, accedió al templo. La penumbra la sorprendió y se quitó las gafas. El silencio, la tranquilidad que reinaban en el santo recinto la acogieron y la calma abordó su corazón. Sintió frío y buscó un lugar donde sentarse. Observó que en una de las capillas se hacía misa. Curiosa, entró discreta y se sentó en el último banco, junto a una mujer mayor que la miró con curiosidad. Notó su escrutinio y comprendió que tendría los ojos hinchados del llanto, pero no le dijo nada.

En el rostro de la anciana no cabía ni una arruga más y estaba cargado de paz. Como si la mujer intuyera su incomodidad, miró al frente y ella la imitó. El cura demandaba que oraran y de pronto se encontró hablándole a alguien desde su corazón. Se dirigió a sus padres, a Dios. No sabía muy bien a quién le conversaba, pero necesitó pedir que perdonaran a Enric porque ella no podía hacerlo.

Oyó sin saber qué decía el clérigo, inmersa en su plegaria. Siguió el ritual de sentarse y levantarse, como si tuviera un resorte que se activaba al movimiento que ejercía la mujer de al lado. Parecía robotizada, no tenía voluntad y seguía las rutinas de un programa establecido. Pero era consciente de lo que ocurría a su alrededor; en un momento dado, tuvo la impresión de que la señora no iba a poder levantarse y la sujetó del brazo, ayudándola. Con una mirada cristalina, la anciana se lo agradeció con una sonrisa. Mar siguió la liturgia: escuchó, rezó, se santiguó y permaneció sentada hasta que la gente salió de la pequeña capilla. No estaba sola. La mujer continuó a su lado hasta que no quedaron nada más que ellas dos en el recinto. Entonces, la octogenaria se levantó,

ayudada de un bastón, y la contempló en silencio. Mar se sintió coartada, se incorporó a su vez; un ligero temblor movía el pelo plateado de la señora. No supo qué decir y le sonrió, avergonzada. Estaba convencida de que se preguntaría qué le ocurría y se sintió pequeña por hallarse tan derrotada. Como si llevara el peso del mundo en sus hombros.

—Él pudo perdonar a todos los hombres —pronunció la mujer clavando sus ojillos azules, muy claros, en ella y, manteniendo el equilibrio, señaló al altar con el bastón. Por un instante, Mar creyó que iba a desmoronarse, que sus piernas no iban a sostenerla—. ¿No vas a poder perdonar tú a uno solo? Date un tiempo y tu corazón sanará. A perdonar se aprende, niña.

Asombrada y perpleja con la duda de si había hablado en voz alta o, quizás, pudiera ser que la mujer le leyera el pensamiento; despejó su mente y la contempló con los ojos muy abiertos. Una tímida lágrima escapó de su ojo derecho.

Rota por el dolor y con esa frase resonando en sus oídos, vio que la mujer enfilaba hacia la salida y desaparecía entre la muchedumbre que se congregaba fuera de la pequeña verja. Se derrumbó en el asiento de nuevo y cubrió su cara con ambas manos. De pronto tomó una decisión. La única posible. Romper. No podía soportar aquella traición. Miró al altar como si aquel cristo que estaba crucificado le fuese a dar la respuesta. «No puedo». ¿Cómo iba a vivir con eso? «¿Cómo voy a vivir sin él?», pensó. Asintió al darse ella misma la respuesta: «Tendré que aprender».

Tras aceptar lo que tenía que hacer, el nudo que tenía en el estómago se disolvió. La angustia retrocedió y el pensamiento se le llenó de frases ensayadas de cómo se lo iba a decir a Enric:

«Lo siento, Enric, no puedo, ya sabías que esto pasaría».

«No podemos seguir, Enric, me has engañado y no puedo tolerarlo».

«Enric, estoy rota, no soporto este dolor, será mejor que estemos un tiempo separados».

«Quiero creerte, Enric, pero no puedo, duele, duele demasiado. Tal vez la

distancia me ayude. Adiós, Enric, vete».

Sumida en el dolor y la angustia, llegó a casa. Él seguía allí, lo presintió nada más cruzar el umbral de la puerta y en menos de dos segundos lo tuvo frente a ella, en mitad del pasillo y con una mirada cargada de culpa. El dolor se reflejaba en su cara en forma de manchas oscuras bajo sus ojos claros.

—¿Quieres comer? —preguntó Enric con tono amable cuando pasó por su lado—. He preparado pasta.

—No tengo hambre —contestó a la vez que se quitaba el abrigo; al descuido lo dejó sobre una silla del salón y cayó al suelo. No se molestó en recogerlo; sin embargo, Enric se agachó y lo cogió colgándolo bien sobre el respaldo de la silla. Mar notaba su mirada expectante sobre ella, pero no se atrevía a devolvérsela. Sacó el móvil y lo dejó junto al bolso, encima de la mesa. Entró en el dormitorio y vio la cama hecha. Cansada, se quitó las botas y se reclinó sobre los almohadones a la vez que tiraba de una colcha que había doblada a los pies y se cubrió con ella. Tenía mal cuerpo. Solía desprenderse de la ropa, los pendientes, el reloj y los anillos cuando estaba en casa y se vestía cómoda, pero no fue capaz de hacer ninguna de aquellas pequeñas acciones. Le dolía el alma.

Al rato notó que Enric se tumbaba; se acurrucó junto a ella, bajo la colcha y, con vacilación, pasó su brazo por encima de su cintura. No se movió, lo dejó pegarse, pero retiró la mano de su cuerpo. El contacto le causaba un dolor extremo. Él lo aceptó con resignación, lo advirtió por el aliento de un suspiro en su pelo. No tenía fuerzas, le dolía tanto el corazón que no podía ni siquiera rechazarlo con mayor vehemencia. Sin embargo, sentirlo junto a ella disminuía su angustia. Qué extrañas formas de comportarse tenía la razón. Quería odiarlo, pegarle incluso, pero aquel doloroso contacto apaciguó su pena. Y así, con la respiración del cirujano pegada en su cuello, se relajó por fin y el sueño la venció.

El timbre del móvil la despertó. Desorientada, no sabía cuánto tiempo había dormido. Ignoró el ruido y lo dejó sonar. Enric seguía a su lado. Tuvo la

impresión de que también estaba despierto, pero seguían acurrucados y en silencio. El teléfono se silenció, pero al instante volvió a sonar.

—Es el tuyo, Mar —anunció Enric en su oído—. ¿Quieres que vaya a ver quién es?

—Ajá —murmuró en un sonido gutural.

Enric se levantó, Mar percibió que arrastraba los pies fuera del dormitorio. Estaba confusa, tuvo la impresión de que él parecía el ofendido y derrotado como si no entendiera la magnitud de su conducta. No podía sentirle lástima. Enric había roto sus sueños, sus momentos íntimos, sus planes, sus noches y madrugadas. Le había roto el corazón.

—Es tu abuela —gritó Enric desde el salón.

Tuvo la impresión de que no había llegado a tiempo de atender, el timbre se había silenciado antes de que él pudiera haber llegado. Al momento, él regresó a la habitación y volvió a tumbarse junto a ella.

—¿No quieres hablar? —le preguntó con tristeza y la besó en la sien.

Sin proponérselo con un gesto de hombro mostró su rechazo.

—¿De qué? —contestó abatida e indiferente, aunque sentía astillas en el pecho.

—Cariño, lo siento tanto... Yo... dime qué puedo hacer y lo haré.

El teléfono volvió a sonar con estridencia y rompió el momento. La llamada se cortó, pero a los pocos segundos se reinició de nuevo, esta vez en el teléfono de Enric.

—¡Joder! ¿Quién cojones será tan insistente? —espetó Enric y se levantó de un salto. Fue al salón, Mar lo escuchó atender la llamada en un tono cortante —. Sí, ¿quién es? Hola, Santi, ¿qué tal...? No, si... Es que no se encuentra muy bien... Nada, cansada. Sí, dime.... Cuando... sí... sí... sí... Te llamo en un momento, Santi, no te preocupes.... Ah, vale.

Mar salió al salón descalza y con la colcha sobre los hombros. Tenía el frío metido en el cuerpo. La cara seria de Enric la puso en alerta.

—¿Qué pasa?

—Tranquila. Tu abuela ha tenido un accidente... pero está bien —se apresuró a decir—. La están operando.

—¿Un accidente?! —El corazón se le saltó un latido y preguntó asustada—: ¿Qué le ha pasado?

—Se ha caído de una escalera, o por las escaleras, algo así. Se ha roto la cadera. Santi te llamará cuando salga del quirófano.

Mar dejó caer la colcha y salió disparada hacia el despacho. Encendió el ordenador. Enric apareció al momento y la inquirió preocupado.

—¿Qué haces?

—Busco vuelo, me voy a Madrid.

—Voy contigo.

—Voy sola.

—Mar, no hagas esto. Por favor, no me apartes. —Enric se apoyó en la mesa con ambas manos y la miró expectante—. Vamos y nos enteramos cómo está. Quizás con unas llamadas sabremos si le ponen una prótesis, clavos o qué. Si todo va bien en cinco días está en casa y ya veremos entonces. Podemos trasladarla.

Mar lo contempló indecisa, no podía pensar con claridad si la miraba de aquella manera, suplicante.

—Enric, no sé cómo decirte esto, pero necesito espacio entre tú y yo —murmuró con toda la serenidad que pudo—. Me voy sola, averiguaré qué pasa con mi abuela y estaré allí el tiempo que me necesite.

—Me dejas al margen. ¿Estás rompiendo conmigo?

—Te estoy diciendo que necesito ocuparme de mi abuela, eso me ayudará a no pensar en otras cosas.

—¿Qué otras cosas? ¿En cómo dejarme? —Su tono de voz no era tranquilo, sonaba exasperado.

—¿No se trata de ti! ¿No lo entiendes? —Mar estalló y le recriminó alterada—. Se trata de mí. No puedo con este dolor, es demasiado grande. Esas fotos son un puñal en mi corazón y no puedo. ¡No puedo, Enric! Me has engañado y

no puedo perdonarte.

La sorprendió el llanto y con rabia se limpió las lágrimas que se le vertían de los ojos.

—No me dejes, Mar, cariño. Por favor... por favor... no me dejes, Princesa. —Enric suplicó a medida que se le acercaba, movió su silla y la deslizó sobre sus ruedas, para colocarse frente a ella, de rodillas, y la agarró de las manos —. Podemos arreglarlo. Voy a descubrir quién me ha tendido esta trampa. Hablaré con la policía, buscaré a Beth, bajo las piedras si es preciso. Yo no recuerdo nada de eso, no me creo esa foto. No la creas tú tampoco.

—¿Así de fácil? —inquirió molesta. Le parecía el colmo de la desfachatez, negaba las pruebas. Con rabia echó hacia atrás la silla y se levantó para poner distancia con él. Enric se incorporó y dio un paso hacia ella. La miró de frente con el susto dibujado en la cara—. Mira... Ya hablaremos cuando vuelva, ahora no puedo. Me marcho hoy, sola, ¿entendido? —le aclaró—. Necesito centrarme en mi abuela.

Enric la miró pensativo, no le contestó; se giró sobre sus pies y salió del despacho con la cabeza hundida en sus hombros.

Mar se concentró en buscar un vuelo. Había uno en tres horas. Pensó que si se aligeraba podría cogerlo. Compró el billete. Solo ida. Después de imprimirlo fue a vestirse y a preparar una pequeña maleta. Al salir al salón con ella, Enric le pidió que se sentara, le tendió un sándwich vegetal. Lo cogió agradecida, tenía hambre. Junto a la mesa vio que le había preparado el maletín del portátil, el iPad y todos los cargadores que necesitaba. La conocía bien y sabía que iba a necesitar todos aquellos dispositivos electrónicos.

—Te llevo al aeropuerto —murmuró Enric cuando ella terminó el pequeño bocadillo y cogió su abrigo.

—No hace falta, cogeré un taxi.

—Te llevo yo —espetó cortante.

Él acarreó la maleta al coche, en silencio Mar lo siguió. Ya en el vehículo llamó a Susana y le explicó qué había pasado. Le pidió que anularan sus citas

inmediatas. Las vacaciones de Navidad empezaban pronto así que aprovecharía la coyuntura. Su amiga quiso saber si su novio la acompañaba y le dio largas. Por el rabillo del ojo vio el ceño fruncido y contrariado de este, pero se mantuvo callado. Cortó rápido la conversación, no quería más preguntas, ya le explicaría con calma desde Madrid y, sobre todo, sin él al lado. Hizo otra llamada, a Santi.

—Hola, Santi, voy para allá.

—No hace falta, ya le he dicho a Enric que te llamaba cuando supiera algo.

—Pregunta en qué hospital está —sugirió Enric—. Y qué médico la está operando.

—¿Dónde estáis?... Ah, vale... Dice Enric que qué médico la opera... —interrogó a Santi—. Bueno, si hay algo importante mándame un mensaje, estaré en el avión con el móvil apagado. Llego en unas horas.

Al cortar la llamada informó a Enric de lo que la amiga de su abuela le había dicho.

—Dice que están en la Paz y el médico aún no lo sabe, averiguará. ¿Para qué quieres saberlo?

—En la Paz están Andrea y...

—¿Y la rubia?

—Sí, y la rubia.

—Si es que el mundo es un pañuelo y está lleno de mocos.

Como respuesta solo escuchó el chasquido de la lengua de Enric.

Al llegar al aeropuerto, Mar insistió en que la dejase salir. No hacía falta que la acompañase, podía marcharse sin necesidad de que aparcara; el *parking* era un jaleo. Pero él no aceptó la propuesta. Pensó que Enric era capaz de hacer que perdiera el avión con tal de que no saliera del coche sin él. Tras estacionar fueron en silencio todo el largo camino hasta la terminal. Sin embargo, Enric se le hacía presente a cada paso, la cogió de la mano y, aunque ella trató de resistirse e impedirlo, al final accedió. Su contacto le hacía daño, pero a la vez notaba un poco de paz en su corazón agitado. Quizás se había

vuelto loca; sí, tal vez era eso, la ambivalencia de sus sentimientos la había trastornado. No entendía cómo no lo había abofeteado ya y enviado a hacer puñetas.

Cuando llegaron a la zona donde él ya no podía acceder, Enric la agarró por la cintura y le habló con vacilación.

—Sé que me estás dejando, aunque todavía no me lo has dicho. —Los ojos de Enric se humedecieron y Mar sintió que su corazón volvía a resquebrajarse —. No puedo hacer nada; solo puedo decirte dos cosas: que te quiero más que a mi vida y que lo siento. Bésame y dime que me equivoco, que no me estás abandonando.

—Enric, no me lo pongas más difícil. Me tengo que marchar.

—Dame un beso, dame algo a lo que agarrarme. No me dejes así.

—Adiós, Enric. Nos vemos —murmuró con la idea de que el nudo que tenía en la garganta le impidiera hablar. Se dio la vuelta y caminó a paso ligero para poner distancia con él, pero se detuvo llena de angustia. No podía seguir, no podía marcharse sin decirle adiós como deseaba. Un último beso, un último abrazo. Después vendría el adiós.

Se giró sobre sí misma y lo vio allí, en el mismo lugar, parado con la vista clavada en ella y los ojos llenos de pena. Lo llamó, caminó deprisa hacia él; y él, como si despertase de un mal sueño, corrió hacia ella. Se encontraron en un abrazo. Sus bocas se buscaron desesperadas y sus lenguas se unieron en un beso atormentado.

—Lo siento, lo siento, cariño, lo siento tanto.

—Te quiero, Enric... pe-pero me has destrozado. No puedo... No puedo con esto.

Mar puso distancia, separó con dolor su cuerpo del de Enric y dio un paso hacia atrás, sin dejar de mirarlo. Notó que él no la soltaba, retenía su mano izquierda con fuerza, como si no quisiera dejarla alejarse. Sus ojos vidriosos no ocultaban lo que le costaba que se marchara y, abatida, vio cómo se le escapaban las lágrimas; Mar no pudo retener las suyas por más tiempo.

Dio otro paso hacia atrás. Enric la sujetaba, los brazos de ambos estaban extendidos, él parecía resistirse a soltarla y presionaba con más fuerza sus dedos; a la vez que negaba con la cabeza, su cuerpo evidenciaba una clara derrota. Mar tuvo que dar un estirón para recuperar su mano y escapar de aquella escena que la mataba de dolor. La electricidad que recibió de la punta de los dedos de su todavía novio, al soltarse, fue un puñal en el centro de su corazón.

—Vete, Princesa —dijo Enric con tristeza—. Y no olvides que te quiero.

Capítulo 12

Mar recibió la llamada de Susana nada más pisar suelo en Madrid. Enric estaba en su casa y les había explicado lo que había ocurrido. Entre sollozos le explicó su versión y cómo se sentía: de nuevo humillada, engañada, rota por el dolor y la angustia. Desesperada.

—Las señales estaban en el aire y no quise verlas —concluyó.

Su amiga le habló con cariño, le dio palabras de ánimo y consuelo. Quería ir con ella, podía coger un vuelo o el AVE para acompañarla, pero Mar trató de disuadirla; aunque sabía que acudiría a su lado. Susana no la dejaría sola con aquella amargura en el pecho. En el fondo la necesitaba.

Llegó al día siguiente; la recibió en la puerta del hospital y, como siempre, desde que eran niñas, su abrazo la hizo sentir bien. No le permitió que le hablara de Enric, no quería saber de él. Le mostró las fotos y, con decepción, escuchó a Susana ponerlas en duda. Sin embargo, respetó su dolor y, con palabras que solo una amiga sabía decir sin ofender, le dijo que huir no resolvía las cosas.

Visitaron a Carmen y al cabo de un par de horas se fueron a dar un paseo. Santi las animó a salir a estirar las piernas. Ya solas, con la tranquilidad de que podía hablar con libertad, le contó su pena. Durante largo rato monopolizó la conversación. Susana la escuchaba en silencio. La ansiedad y el susto por el accidente de su abuela le hicieron sacar, a través de la catarsis, el sufrimiento reprimido. Los planes rotos, el daño, el sentimiento de humillación en su

pecho, la idea de repetir la misma historia, como si fuese un castigo por algo. Lloró y lloró en su hombro, y poder poner en palabras su angustia le alivió un poco el dolor.

—Mar, no puedo decirte qué tienes que hacer, solo tú podrás encontrar la respuesta —le aconsejó Susana en el taxi, camino de la estación de Atocha—. Piensa que te quiere tanto que se muere por ti. Tenlo en cuenta a la hora de decidir, pero tienes que estar segura de lo que lo acusas.

—Si me quisiera tanto no habría hecho lo que ha hecho —sentenció con rabia y añadió con ironía—: Si hasta está documentado.

—No seas tan dura. Tú sabes que esas fotos representan una duda razonable; no se ven bien.

—Son pruebas, joder, Susana —señaló indignada entre sollozos—. ¿Qué más necesito? Encontrármelo como al otro.

Mar dejó pasar un segundo e inquirió suspicaz:

—¿Es que estás de su lado?

—Estoy contigo, solo pienso que todo esto es raro —concluyó su amiga con cariño. Podía entender a Susana, era el primo de su marido, le creían porque lo querían y siempre le perdonaban todo; pero ella no estaba dispuesta a caer en esa trampa—. Además, no puedes dejarlo sin hablar de lo que os has pasado. Te pesaría después.

—Ya hablamos todo lo que había que decir, que era bien poco —contestó—. Yo no puedo con esa traición, es demasiado dolor. Si pasó porque llevaba tres copas, lo siento, no me llega el perdón para olvidar. Tampoco puedo darle el beneficio de la duda, las fotos son muy explícitas. Todos los actos tienen consecuencias y la puta vida no hace más que mostrártelo. Lo respeto porque no me lo ocultó, me dijo lo del beso cuando llegó en la madrugada, aunque no sé qué hubiese hecho con lo demás si yo no le quito el móvil.

—Te entiendo, no puedo justificarlo —anunció Susana con tristeza—. No me explico en qué estaba pensando.

—No pensaba. Estaba borracho y se lió con otra. Así de simple —señaló

con amargura.

—Está tan hundido y arrepentido por todo que...

—¡Susana, por favor! —la cortó exaltada—. No quiero saber cómo está, no quiero que me digas nada de Enric. Me importa un bledo si está triste. No puedo hablar de él ahora.

Las lágrimas la desbordaron. Era demasiada la tensión acumulada. Las dejó caer en silencio, ni siquiera intentó retenerlas. El resto del trayecto lo hicieron en silencio. Pero Susana no la dejó sola con su pena, le agarró la mano y se la apretó. Mar no necesitó palabras de consuelo. Sin embargo, si no le hubiera dolido tanto el corazón se habría reído al escuchar a su amiga murmurar entre dientes:

—Maldito casanova.

La acompañó hasta la zona de acceso a las vías. Al despedirse, Susana la abrazó y le susurró al oído que dejase pasar algunos días, tal vez vería las cosas de distinto color. Le sonrió resignada y su amiga, en un lenguaje mudo, le pidió que regresara pronto.

Había sido la peor Navidad de su vida. No solo por la pérdida de Enric; pérdida, sí, porque sentía en lo más profundo de su corazón que era así, sino porque, además, pasar una Navidad en un hospital era un poco triste. Aunque daba gracias porque su abuela no tuviera una enfermedad grave. Pero le pareció que no era muy buena enferma. Al día siguiente de operarla, cuando la obligaron a salir de la cama y ponerse en una silla, se quejó; cuando le dijeron que tenía que andar con caminador o muletas, se quejó; de la comida, se quejó. Santi se reía, la toleraba y aguantaba sin rechistar. A lo sumo le hacía alguna broma y se enzarzaban en una discusión que resolvían con risas. Mar, por su parte, se alteraba por todo y no se reía cuando las otras lo hacían. Disimulaba su malestar como podía y eso la hacía estar de los nervios, no soportaba nada. La tensión le aumentó, sobre todo, al recibir un mensaje obsceno con dos fotografías que conocía. Con el corazón en un puño lo abrió, esperando que no

fuera Enric; pero no, las imágenes la golpearon con la misma fuerza que la primera vez que las vio.

Para mayor malestar, había perdido su anillo favorito, uno de Tous. Lo había buscado por todas partes; pensó que debió dejarlo en el baño cuando se aseó, tras pasar la primera noche en el hospital. Su abuela no entendía que llorara tanto por un anillo, podía comprar otro; pero Mar no quería decirle la verdad. Les había mentado en relación a Enric y aquel llanto le permitía sacar el dolor. Aunque intuía que Santi no se lo había tragado del todo porque a cada rato que la veía triste le decía que todo se arreglaría.

Para aumentar su angustia, Mat se había dedicado a volverla loca con mensajes fuera de lugar. En ellos, tan pronto le deseaba unas buenas navidades, como que le suplicaba que no lo olvidara y le anunciaba que él la seguía esperando y que pensaba mucho en ella. Uno de aquellos mensajes la desconcertó un poco. Mat le decía que si lo necesitaba que no dudara en llamarlo. Iría adonde ella le pidiera. Quería demostrarle que había cambiado y estaría ahí para ella. Escucharía todo lo que tuviera que decir y si necesitaba llorar, le prestaba su hombro. No le contestó, no supo qué decirle. Enric también le escribió. La llamaba, pero no lo atendía y sin derrotarse le dejaba mensajes de voz amorosos y cariñosos. En todos aquellos correos había una palabra que repetía: «Vuelve». Mar estaba rota, había dejado de escucharlos y leerlos, se le hacían demasiado duros; otras veces le daban rabia. Sin embargo, lo único que deseaba era que todo fuera un maldito sueño y se despertara en sus brazos.

A Carmen le dieron el alta el día 26. Era una suerte que en Madrid ese día no fuese festivo. Temía que alargaran la convalecencia y pasaran el fin de semana allí. Al llegar a casa, Santi y ella se encargaron de reorganizar unas cuantas cosas para que la abuela estuviera cómoda. Le habían enseñado a hacer unos ejercicios, Santi y ella se turnaron para ayudarla en los primeros días, pero se les hacía imperioso buscar un fisioterapeuta.

También tuvo que reajustar su agenda y pensó que podría viajar a Barcelona

un par de días para reestructurar el trabajo. Buscó vuelos y también billete de AVE, pero no tuvo suerte, todo estaba completo. Por fin de año todo estaba agotado y viajar de improviso se hacía complicado.

—Llévate el coche —le sugirió Carmen entre paseos—. Pasa allí la Noche Vieja y vuelve después. Así ves a Enric y arregláis ese malentendido.

Había elegido el día de Navidad para contarles lo de Enric. Las dos mujeres se extrañaban de que no hablaran nunca o él no hubiera ido a verla y se le hizo imposible seguir eludiendo sus preguntas. Para su desasosiego las dos se pusieron de su parte, dijeron que era muy rígida y que una foto no significaba nada. Se sintió tan ofendida que sacó su teléfono y les mostró las evidencias del engaño. Al verlas, se lo pensaron mejor, aunque conjeturaron los motivos de su amnesia del suceso.

—Pasaré Fin de Año con vosotras y ya veré cuándo viajo —les explicó—. He pensado que iré y vendré durante una temporada, pero mi cuartel general estará aquí.

A pesar de las quejas de las mujeres que aseguraban que su sitio estaba en Barcelona y debía resolver los problemas con su novio, no se dejó convencer. Necesitaba aquel espacio. Allí había encontrado paz para su corazón. En realidad, no estaba preparada para ver a Enric.

Pero Enric no se lo ponía fácil con sus mensajes diarios. Trataba de eludirlos, pero siempre encontraba alguna excusa masoquista para leerlos. El que le envió aquella mañana le quemó en el alma.

Enric: Te echo de menos. Me he ido a mi casa por si quieres volver. No, no me he ido por eso, es porque el ático está vacío y frío sin ti, como yo. Vuelve, Princesa, vuelve conmigo y perdóname.

Necesitó algunas horas para reponerse.

Una llamada de un número desconocido la descolocó. No estaba preparada para atender al interlocutor. El mundo era un pañuelo...

—Hola, Mar, soy Andrea.

—¿Qué Andrea? —por un segundo dudó, pero supo enseguida de quién se trataba, no conocía a ninguna otra; aunque necesitó tiempo para hacerse a la idea. Le intrigaba qué querría.

—La amiga de Enric, nos conocimos en...

—Ah, sí. —Disimuló sorpresa—. Vaya, ¿qué puedo hacer por ti?

—Bueno, es más bien al revés.

—No entiendo.

—Verás, me ha llamado Enric y me ha explicado la situación de tu abuela y que tú estás aquí, cuidándola. Me ha dicho que tal vez un fisioterapeuta le podría ir bien y yo conozco uno —explicó rápido. Mar supuso que estaba tensa, era una llamada extraña—. ¡Estos hombres! Lo que hacen por recuperar su equilibrio.

Rio por seguir la broma, aunque no le hizo mucha gracia.

—Pues la verdad es que se me ha adelantado, lo estaba pensando —confesó—. Pero me sabe mal que te haya molestado.

—No es molestia y si además le viene bien a mi amigo, pues todos contentos —propuso con la voz más distendida que hacía un momento—. Oye, le paso entonces el teléfono y ya os pondréis de acuerdo, ¿vale? Se llama Simón Ramírez.

—Me será de gran ayuda. Mi abuela se está poniendo cascarrabias y creo que necesita un profesional que gestione esas cosas también —comentó—. Andrea, muchas gracias.

—Calla, calla, que todavía estoy avergonzada por lo que pasó en el congreso. Así no me guardas rencor.

Ambas soltaron una carcajada; Mar, en el fondo, agradeció el comentario y tras unas palabras más de cortesía se despidieron. Pensó en Enric. ¿Cómo habrá adivinado lo del fisio? Dedujo que como médico sabría que Carmen necesitaría rehabilitación. Se hizo muchas conjeturas, todas ellas para evitar reconocer que él estaba pendiente de ella. Pero al final cayó en la cuenta. «Ay, Susu, que te he pillado». La tarde anterior había hablado del tema con su

amiga. Qué pronto le había ido con el cuento al primo. Tuvo que reconocer que debía darle las gracias. Sin pensarlo demasiado escribió a Enric.

Mar: Me ha llamado Andrea. Gracias, me has resuelto una papeleta. Besos.

Dio a enviar y justo en aquel instante se dio cuenta de lo que había escrito. «Besos», le había mandado «besos». Rezó para que él no se percatara.

Al cabo de una hora recibió la respuesta:

Enric: ¿Besos? Gracias, amor. ¿Ya me has empezado a perdonar?

Y diez minutos después, otro:

Enric: No hay vuelos, Princesa. ¿Quieres que te vaya a buscar para pasar aquí Fin de Año? Dime que sí. Dime que sí.

Se moría de ganas de decirle que sí, pero su herida se abría cada vez que bajaba la guardia. No podía confiarse. Enric era muy capaz de seducirla y ella acabaría en sus brazos como si no hubiera ocurrido nada. No podía olvidar.

Así que se dijo que tenía que cortar aquello. No quería que él se confundiera. Seguía dolida y enfadada. Le escribió otro mensaje y puso en él todo el control que pudo:

Mar: Pasaré la Noche Vieja en Madrid. Recuerda que hemos roto.

La respuesta que recibió fue como una daga en su corazón:

Enric: Y tú recuerda que TE QUIERO. Al fin lo has dicho. Pero has ROTO tú.

Enric no volvió a escribirle, ni siquiera la felicitó el Año Nuevo como había hecho en Navidad. Tampoco supo del fisioterapeuta.

A primeros de enero, el día que tenían previsto acudir al Liceo, se le hizo

especialmente duro. Lloró con desconsuelo. No lo entendía. Si él la había engañado ¿por qué seguía doliéndole tanto? «El amor no se acaba con la traición», se decía. Se había propuesto que ningún otro hombre se burlaría de ella, pero le costaba demasiado olvidarse de Enric. La torturaba pensar que cuando creía alcanzar una pizca de felicidad otra mujer se interponía y rompía su universo. ¿No era ella suficiente?

Herida, pero con una actitud masoquista, buscó en Internet el *ballet El lago de los cisnes* y empezó a verlo a moco tendido. ¿Con quién habría ido? En su mente lo veía con otra, sentado en la platea y disfrutando de lo que era su regalo. No, no podía seguir así. Parecía desquiciada. Apagó el ordenador y se acostó, pero el llanto la acompañó hasta que la venció el sueño.

Mar se levantó con la idea de hacer un *reset* en su mente. Tenía que olvidar a Enric y el trabajo sería una gran terapia. Se organizó vía teléfono con el despacho. Susana le dijo que no hacía falta que fuese, pero tenía algunas cosas importantes que no quería delegar. Hizo un viaje relámpago a Barcelona, para preparar las cosas y trabajar desde Madrid. Quedó con ella en el despacho y pasaron la mañana planificando la agenda. Decidieron contratar a alguien para recepción y descongestionar a Sonia de esas tareas. Se instaló en el portátil algunos programas que le facilitarían el acceso al servidor del despacho, algo que nunca antes le había preocupado. Lo que se podía resolver con Internet y un *e-mail*. Incluso podría hacer videoconferencias a través de *Skype*. Habló con sus clientes y no le pareció que les generase grandes problemas que estuviera fuera de la ciudad. Los informó de que viajaría con frecuencia y que la situación era temporal: un par de meses, tal vez tres. Por si surgía algún problema, les aseguró que en el despacho habría siempre alguien que podía atenderlos personalmente. Ninguno le puso pegos.

A la hora de comer se reunió con Susana en la cocina del bufete. Esta le ofreció un bocadillo y cuando menos lo esperaba le soltó como si nada.

—Mar, ¿no vas a preguntar por él?

—No, pero tú vas a contarme algo, ¿verdad? —contestó incómoda.

—Nos regaló unas entradas para el Liceo —anunció. Mar la miró con sorpresa, sin poder evitarlo sus ojos se llenaron de lágrimas—. Lo sé, Mar, lo sé. Eran para vosotros. Estaba destrozado. No sabes lo duro que fue escuchar lo que decía.

—Te aseguro que puedo hacerme una idea —contestó e intentó poner distancia, pero no podía. El tema Enric todavía dolía demasiado—. Por favor, ahórrame los detalles.

—Tuve que irme de mi propio salón, para que hablara con Carlos a solas. No sabes cómo lloraba. Estaba desesperado —insistió. Tuvo la impresión de que su amiga no iba a ahorrarle nada y escucharla hablar hizo que se rompiera el muro que había levantado. De nuevo se le escaparon las lágrimas—. No hacía más que decir que te había perdido y que no podía hacer nada para recuperarte. Que la verdad ya no importaba.

—¿Te das cuenta de lo que me duelen tus palabras?

—Pero es que... tienes que volver, tienes que volver y arreglarlo —respondió como una niña. Como si pensara que, por pegar los pedazos de un jarrón roto, este seguiría intacto—. No pagó el chantaje, ¿lo sabes?

—Lo supongo, no tenía sentido. Ya lo había descubierto —señaló con voz cansada—. Pero Beth quiso hacer daño, cumplió su amenaza y me envió las fotos.

—Qué cabrona.

A primera hora de la tarde pasó por el ático para recoger algunas cosas. Lo encontró muy ordenado, aunque había una manta en la *chaise longue*, como olvidada, y tres tazas de café sobre la mesa. En su habitación, sobre una de las mesitas de noche, la que no era la suya, vio un botecito de su perfume. Por instinto cogió su almohada y la olió. Su aroma se mezclaba con el de Enric. Por un momento sintió un cosquilleo en el estómago y algo parecido a la congoja la atacó, pero se serenó al segundo. No quería dejarse conmover por aquellas cosas. Con un simple vistazo se dio cuenta de que faltaban cosas,

aunque la mayoría de la ropa de Enric seguía en el vestidor. Estaba claro que pasaba algunas noches allí. No le importó, imaginarlo allí le gustaba. Se recriminó el pensamiento. El masoquismo tenía que ser femenino. Le daba rabia tener aquella ambivalencia de sentimientos.

Regresó a Madrid en el vuelo de final de la tarde y, al llegar, aunque todavía no había salido del aeropuerto, recibió una llamada. Al mirar la pantalla vio que se trataba de Mat, ni se molestó en contestar. ¿Cuándo iba a dejarla en paz? A la mañana siguiente, al despertarse y coger el móvil para ver la hora, descubrió un mensaje de Enric. Abrió la aplicación de WhatsApp.

Enric: Buenos días, Princesa. Si hubiera sabido que venías a casa te habría dejado flores.

Releyó las palabras un par de veces, pero no respondió. Él ya vería que lo había leído y eso era suficiente. ¿Qué iba a decirle? Quería estar enfadada, no lo había perdonado, pero por alguna razón que no entendió el mensaje le alegró la mañana.

Tras el último día de fiesta las cosas se normalizaron. Simón, el fisioterapeuta, contactó con ella y Carmen inició la rehabilitación. Las noches se le hacían largas y difíciles algunas veces. Las escenas de aquellas fotos se le revelaban como dardos envenenados; pero casi sin darse cuenta el primer mes pasó. Su abuela parecía más ágil con las muletas y mostraba menos miedos; aunque aún refunfuñaba alguna vez. Mar podía entenderla, no poder llevar el ritmo de vida acostumbrado debía frustrar, quizás por eso tenía una paciencia infinita con ella y la animaba al decirle que en dos semanas podría manejarse con bastón.

Solía estar con el portátil en el salón cuando el fisio aparecía por casa. Durante algo más de una hora se encerraba con la abuela en una sala y ella y Santi reían al escucharla maldecir en sus ejercicios; aunque al terminar la sesión lo invitaba siempre a un café y parecían tan amigos.

Era un hombre atractivo y musculoso. De pelo oscuro y tez morena, pero con

una mirada traviesa. Mar fue consciente de que, poco a poco, Simón alargó los ratos del café; parecía que no tenía prisa para marcharse y conversaban de muchas cosas. Una de aquellas tardes la invitó al cine, otro día a tomar unas cervezas, después a una exposición. Ella le dio largas todas las veces, pero eso pareció animar al hombre que entre bromas no se daba por enterado. Sabía que le gustaba, esas cosas las notaba una mujer; si no, no entendía las atenciones, las miradas y los guiños de ojo que solía dedicarle.

Una tarde, Mar había salido y cuando regresó escuchó a las mujeres hablar con el fisioterapeuta sobre ella y Enric. Se quedó petrificada y se molestó porque explicaran algo de su intimidad; ni siquiera se atrevió a entrar al salón para no violentarse. Simón preguntaba si ella tenía novio y, sin reparos, Carmen y Santi dijeron que sí, que la quería mucho, pero habían tenido una pelea de enamorados y cuando a ella se le pasara él iría a buscarla. Se llevó las manos a la cabeza. «Una pelea de enamorados». ¿Pero qué película se habían hecho? No querían enterarse de que habían roto, que ella no estaba dispuesta a lucir cornamenta. Dudó en entrar y aclarar las cosas, pero al final desistió y se encerró en su habitación.

Los días pasaban tranquilos, pero eran aburridos. Mar echaba de menos su vida. Disimulaba su desazón y se engañaba al creer que le dolía menos el corazón. Simón era agradable. Insistía casi todos los días en invitarla a salir y ella lo posponía. Una tarde se interesó por «su novio». Quiso saber si no había venido o por qué ella nunca lo mencionaba. Él le había contado, sin reparo, una relación que no había funcionado. Se vio obligada a decirle algo, pero concluyó con un aséptico: «Nos hemos dado un tiempo». No le sorprendió la sonrisa de alegría que el hombre le dedicó, pero llamó su atención cómo se sintió cuando él desplegó todo su manual de seductor.

Simón le había dicho entre risas, pero cargado de esperanza, que iba a conquistarla y tuvo que frenarlo; solo podía aceptar que fueran amigos, no podía ofrecerle nada más. Se sintió halagada con aquella propuesta; sin embargo, enseguida pensó que su corazón todavía estaba ocupado por el

cirujano. Sacarlo de allí no iba a resultarle fácil.

Llegó a la estación de Sants hecha un manojo de nervios. Durante las dos horas y cuarenta y cinco minutos del trayecto, planificó los dos días de trabajo que tenía por delante y se prohibió cualquier otro pensamiento. Susana la recogió y, en contra de lo que le había pedido, le preparó un comité de bienvenida. Le anunció que comerían en familia. Se asustó, le suplicó que le dijera que Enric no era uno de los invitados. Al escuchar que no estaría, pero porque no había querido ir, se molestó. Era ella quien lo evitaba, no al revés. Al entrar al restaurante, encontrar a Arturo junto a Carlos la llenó de alegría. El abuelo la estrechó con cariño entre sus brazos y no pudo evitar que se le saltaran las lágrimas.

—Princesa, cuánto te echamos de menos —señaló sonriente y a Mar no le pasó desapercibido el plural de sus palabras—. ¿Cuándo regresas?

—No sé. Creo que aún me queda un mes por los madriles —respondió. Se acercó a Carlos que también la abrazó y la besó en las mejillas. Emocionada, tomó asiento.

—Seguro que ya te podrías venir, pero no quieres —intervino Susana y como si informara al resto, añadió—: Carmen ya está bien. Es ella la que se esconde allí.

A pesar de aquella pulla de su amiga, la comida pasó tranquila. La complicidad entre Susana y Carlos la hizo añorar lo que tuvo, lo que pudo haber sido y no fue. Se hacían bromas y se besaban a cada rato. ¿Por qué echaba de menos a alguien que la traicionó? ¿Que le produjo el mayor de sus dolores justo porque sabía cómo herirla? Apartó aquellos pensamientos tristes y se centró en Arturo. Con afecto, el hombre se interesó por ella. Quería saber cómo estaba y sin mucho protocolo le explicó que «Él» lo había pasado muy mal los primeros días. No había conseguido encontrar a Beth. Pero lo que realmente lo había desquiciado había sido su marcha. Aquellas noticias la alarmaron y temió que Enric hubiese recurrido a sus antiguos hábitos. La

mirada tranquilizadora del abuelo le hizo saber que seguía limpio.

Susana hablaba distendida y por enésima vez le comentó que jamás había visto a un hombre sufrir tanto por amor. No aguantó más y sin darse cuenta empezó a llorar. Escucharlos le hacía daño. Todos trataron de consolarla y el tema se agotó enseguida.

—Parece que tú tampoco estás muy bien —murmuró Arturo. La cogió de la mano y se la apretó, a la vez que le dedicaba una mirada cómplice, pero llena de ternura.

Cuando llegaron los postres, Susana sacó un objeto de su bolso y se lo entregó a Carlos. Él lo miró con la cara descompuesta, parecía alucinado. Mar reconoció lo que sostenía en su mano y contemplaba sin pestañear. No quiso perder la ocasión, inmortalizó el momento con la cámara de su móvil.

—¿Pe-pero esto es que sí o que no? —preguntó Carlos nervioso y emocionado añadió—: Es que sí, ¿verdad?

—¡Sííí! Vas a ser papá. Estoy de casi dos faltas —exclamó Susana con los dedos de la victoria levantados y en movimiento. Con lágrimas en los ojos se abrazó a su marido que también lloró conmovido. Arturo y Mar se miraron sonrientes y felices. Era un momento muy especial y poder compartirlo la llenó de dicha.

Mar se levantó emocionada y fue hasta su amiga, pero tuvo que esperar a que Arturo la soltara para poder abrazarse a ella.

—Esta vez te has asegurado de tener pruebas suficientes, ¿eh? —murmuró en su oído y abrazadas se balancearon como dos niñas.

Tardó en poder ir a su casa. Al entrar la sobrecogió el silencio. Estaba cansada y se dio cuenta de que había olvidado subirse un bocadillo de algún bar. Todo estaba limpio y ordenado. Desde que había salido corriendo, tras la noticia del accidente de Carmen, solo había regresado una vez. Sabía que Enric pasaba por el ático de vez en cuando; aunque tenía la impresión de que seguía instalado, aunque fuera a medias. Esperó y buscó señales de su

presencia. Con sorpresa descubrió que había yogures y leche en la nevera, hasta un par de sándwiches preparados. Las plantas estaban regadas. La cama vestida de limpio. Emocionada, cogió una rosa de tallo largo que descansaba sobre los cojines. Al llevársela a la nariz y olerla una lágrima se le escapó tímida. Buscó el aroma de Enric en la almohada, pero solo percibió el olor del suavizante. El vestidor estaba medio vacío. Faltaban las cosas de Enric. Todas.

Confundida por los sentimientos que se le despertaban, regresó a la cocina. Agarró uno de los sándwiches y se lo comió en el salón. Ni siquiera encendió el televisor. Se sentía rara, extraña en su propia casa. Miró a su alrededor, la sintió fría y vacía como le había dicho Enric en aquel mensaje de hacía tiempo. El ático no era el mismo sin él. El teléfono la sacó de sus pensamientos tristes; nerviosa, al creer que sería él se animó a atenderlo, pero se decepcionó al comprobar otro nombre en la pantalla: Mat. Sin saber por qué aceptó la llamada.

—Hola, Mat, ¿qué pasa?

—Nada, ¿qué tiene que pasar? —inquirió con tono simpático—. He pensado mucho en llamarte, quería darte el tiempo que necesitabas, entendí por qué no devolvías mis mensajes. ¿Cómo estás? ¿Qué tal Madrid? ¿Mucho frío?

—He venido a Barcelona unos días, estoy en casa.

—¡Oh! ¿Te apetece salir y tomamos algo por ahí? Estoy cerca de tu casa.

—No, gracias, en otro momento. Tengo ganas de meterme en la cama, ha sido un día largo.

—Ya...

Mat hizo un silencio y, cuando estaba a punto de despedirse y cortar la llamada, sus palabras la sorprendieron.

—No voy a mentirte y decirte que siento lo tuyo con Enric... Ya te lo dije. Te avisé de que era un mujeriego y que te dejaría cuando se cansase de ti —alegó reivindicativo. El golpe que Mar recibió la dejó sin palabras—. ¿Ves, Mar? Todos nos equivocamos, tú también.

Le dieron ganas de decirle alguna grosería y cortar la llamada, pero se comió el orgullo y, por muy capullo que fuera Mat, fue educada.

—Sí, todos. Bueno, tengo que dejarte, me llama el microondas.

No tenía por qué ser sincera.

—Ah, estás haciéndote la cena.

—Sí, y necesito las dos manos. —Parecía que mentía muy bien.

—Pues ya nos veremos algún día de estos. Vuelves pronto, ¿no?

—Sí, pronto...

—Oye, Mar, ¿estás con alguien?

La pregunta la sorprendió, su exnovio era de esos que no dejaban la presa una vez mordida. Capullo no, lo siguiente.

—No, o sí... no sabría qué decirte.

—¿Cómo?

—Adiós, Mat. —Tocó el botón de cortar la llamada y se arrepintió de haberla aceptado. «Menudo gilipollas».

Con ironía pensó que parecía desconcertado con su respuesta y se rio sola. A ver cómo se le quedaba el cuerpo. ¿Que si estaba con alguien? ¿Pero quién se creía que era? Como si fuera a decírselo. Mat era de esas personas que se dolían cuando perdían algo; solo por el hecho de haberlo perdido.

Capítulo 13

Al día siguiente, al salir del despacho, fue con Susana y Sonia a tomar un pisco. Mar les habló del fisioterapeuta de su abuela y también de la llamada surrealista que le hizo Mat. Todas rieron, no tanto por sus palabras, pero sí por la ironía con que lo narraba.

—Este seguro que se cree que, como dejaste a Enric, vas a volver con él —conjeturó Sonia y creyó que no iría mal encaminada.

—Pues sí, estoy contigo. Pero nunca volvería con él. Nos faltaba algo. Ya tuve bastante.

El gesto de Susana, que saludaba a alguien en la distancia con el brazo, y la patada que le dio por debajo de la mesa, la desconcertó. Mar tardó en reaccionar. Con descaro y curiosidad miró hacia el lugar donde debía estar la persona saludada y el alma se le cayó a los pies. Toda la risa que inundaba su cara se le congeló y sintió que palidecía. Era Enric con la pelirroja de su clínica. ¿Qué hacía de copas con ella? La angustia la desbordó en un momento e, inquieta, quiso irse con rapidez.

—Me voy, chicas. Lo entendéis, ¿verdad? —preguntó inquieta y no esperó a que asintieran cuando ya se había bajado del taburete en el que estaba sentada y colgado el bolso al hombro—. Os llamo desde Madrid.

—Sí y tráete a ese fisioterapeuta a la fiesta de Carlos —propuso Sonia.

—¡No! —exclamó Susana, molesta.

—Pero si son amigos, no pasa nada. Así fastidia a Mat y pone nervioso a

Enric.

—Chica, estás en todo —señaló Mar con una risa forzada y la intención de salir disparada.

Se despidió con prisa y se marchó apresurada. Pero como no desapareció a la velocidad de la luz que deseaba, Enric salió detrás de ella y la alcanzó.

—Mar, espera —se le acercó despacio y le dio tiempo a templar los nervios. Estaba guapísimo. Vestía casual, le había crecido el pelo y llevaba barba de varios días—. Pensé que ya te habrías ido.

—No, mañana —contestó seria.

Quería marcharse, pero por alguna razón sus pies se negaban a moverse. El silencio se levantó entre los dos y ambos se escrutaron con la mirada.

—Y... ¿Qué tal todo? ¿Tu abuela va mejor? —preguntó con vacilación.

—Bueno, va recuperándose, es... es lento —contestó nerviosa—. ¿Tú cómo estás?

—Recuperándome, también —respondió Enric y Mar no pudo obviar la ironía de sus palabras.

Miró el reloj, como si se le hiciera tarde.

—No te irás porque yo esté aquí, ¿verdad?

—Estoy cansada y he de salir temprano —se justificó. Vio acercarse un taxi y levantó la mano para pararlo—. Adiós, Enric... Me ha gustado verte.

—A mí también, estás... estás muy guapa.

La tensión podía cortarse con un cuchillo, pero Mar notó el esfuerzo que él también hacía por mantener aquella conversación tan trivial. Al detenerse el vehículo, él le abrió la puerta y la cercanía que generó la inquietó un poco más. Sin embargo, cuando Mar iba a entrar al taxi, le dijo agradecida:

—Gracias por lo de la nevera, no tenías por qué molestarte.

—No ha sido molestia. Ah... tus llaves.

Enric se metió la mano en el bolsillo. Sin embargo, Mar, con un gesto le restó importancia. Necesitaba poner distancia y no quería alargar más el momento.

—Ya me las darás, adiós.

—Mar —susurró cerca de su oído y la tomó del brazo. La electricidad recorrió su cuerpo sin poder evitarlo—. ¿Cuándo vuelves? Tenemos que hablar, Princesa.

—No me llames Princesa —soltó molesta y retrocedió un paso, no tenía mucho más espacio para poner distancia entre ellos. Olerlo, sentirlo tan cerca le afectaba.

—De acuerdo... Como quieras, Princesa —contestó y la provocó con la mirada—. ¿Cuándo vuelves?

—No sé. —Sentía que las piernas le flaqueaban, tenía que marcharse—. Tengo que irme. Adiós.

Se coló en el coche antes de que Enric viera que las lágrimas asomaban a sus ojos. Tras la ventanilla, Mar lo miró de reojo. Él se quedó allí, en el mismo lugar y con las manos en los bolsillos, observando cómo el taxi se ponía en marcha y se alejaba. La emoción la dominó y durante todo el recorrido hasta el ático sollozó su pena. ¡Maldito Enric! ¿Cómo podía dolerle tanto?

Mar necesitó una semana para reponerse del encuentro con Enric. Sin embargo, ella misma no hacía mucho por ahuyentar el dolor. De una manera masoquista repasaba una y otra vez sus charlas y sus momentos dulces. Lo echaba de menos, pero le dolía tanto lo que había hecho que no era capaz de ignorarlo. No podía perdonarlo. Quería creerle y a la vez no podía. Iba a volverse loca. Sabía que no iba a poder olvidarlo, era el amor de su vida, ¿cómo iba a dejar de quererlo?

Susana la llamó preocupada. Tenían un problema con un cliente. Contra su deseo, tuvo que regresar en un viaje relámpago a Barcelona. Pasó por el despacho para recoger la documentación que iba a necesitar y se marchó a la ciudad de la justicia donde la esperaban. Tras una larga reunión, al final, todo se resolvió de forma favorable para el despacho y el cliente, que agradecido

por su rápida intervención se fue satisfecho. A las tres y media estaba comiendo con su amiga y Carlos y estos hacían planes sobre su bebé. Decidió regresar a Madrid al día siguiente con el AVE. Necesitaba una noche de chicas; Susu no estaba para salidas, pero la animó a hacerlo con Sonia. Esta la llevó a un nuevo lugar de copas y tuvieron una velada entretenida; sin embargo, llevaba tiempo con una vida casi monástica y eso le pasó factura. A las once ya estaba molida y agotada y se marcharon a casa. Al llegar a su portal se detuvo, concienzuda buscaba las llaves en el fondo de su bolso y distraída se chocó con alguien.

—Disculpe —dijo sin levantar la cabeza.

—Disculpada. —La voz sonó tranquila. Se quedó petrificada al escucharla y se le aceleró el pulso—. Te esperaba.

—¿Qué haces aquí, Enric?

—Necesitaba verte —aclaró y sin preámbulo Enric la atrapó en sus brazos y la besó en los labios. Molesta, Mar le dio un ligero empujón y se apartó, pero él no desligó el abrazo—. Carlos me ha dicho que habías venido y que ibas a salir con Sonia. Como no estabas en casa... te he esperado.

—Enric... Lo nuestro se acabó.

—No, Princesa.

—Sí, se acabó —reiteró—. Me he ido de la ciudad y de tu vida ¿qué más quieres?

—Te quiero a ti.

Seguía entre sus brazos y cerró los ojos. Inhaló su aroma: Allure Sport, le encantaba. Aquello era una locura, creyó que iba a desfallecer, caería porque su cuerpo la traicionaba. No dejaba de pensar cómo eran sus besos. Sentir su piel contra la suya.

—Cariño, eres lo más importante de mi vida y estoy loco por ti. No dudes, por favor... Ya sé lo que parecen esas fotos, no puedo explicarlo, pero tienes que creerme —suplicó Enric con los ojos esperanzados. Lo miró seria y le sorprendió su pregunta—. ¿Tú ya no me quieres? —No contestó, no podía

articular ninguna palabra. Él, quizás para no escuchar lo que tuviera que decir, continuó—: Si me dices que no, prometo soltarte, me iré y no volveré a molestarte... Pero si me quieres, tienes que creer en mí y volver conmigo porque yo ya no sé vivir sin ti.

El corazón iba a estallarle en el pecho. Enric le decía cosas tan bonitas que dudó. Dudó de ella y de todo. Pero no debía escucharlo, si lo hacía caería en su red.

—No me hagas esto, Enric.

Él acercó sus labios a los suyos, pero no la besó. Apoyó su frente contra la de ella y susurró.

—Mar, por favor... por favor, escúchame. Juntos podemos superarlo. Yo solo no podré. Estoy delante de ti, te suplico, te ruego que me des otra oportunidad y no me alejes de tu vida.

—Suéltame, Enric, no puedo darte lo que necesitas...

Enric lo hizo, la soltó de repente y casi se cayó sobre su pecho.

—Entonces ¿es verdad que ya no me quieres?

—Yo no he dicho eso —replicó molesta—. Pero me has hecho mucho daño, Enric.

—Si no me dices que no me quieres, que desaparezca de tu vida y te deje en paz, aún tengo esperanza —afirmó seguro—. ¿Necesitas tiempo? Coge el que necesites, pero no te doy todo el tiempo del mundo. Voy a estar ahí, Mar, no voy a dejar que te me escapes como el agua ente los dedos.

—Haz tu vida, Enric —objetó e intentó parecer sincera—. Yo haré la mía.

Los ojos de Enric se volvieron azul frío, como el color del acero, se le clavaron con dolor. Mar supo que no le había gustado lo que le había dicho. Sorprendida, vio como él la besó en los labios de forma brusca, se giró sobre sus talones y se marchó. Lo observó, mientras desaparecía en la distancia, allí de pie, frente a su portal, vacía de sus brazos y más aturdida que nunca.

Transcurrió un nuevo mes y se preguntaba a menudo cómo era posible que él

no se fuera de su corazón, si lo odiaba por lo que había hecho. Tampoco entendía su necesidad de salir corriendo para ir en su busca. Repasó muchas veces su última conversación. Enric le había hecho más daño que nadie en la vida, porque la hizo creer que era única para él. Quizás era eso, sentirse amada era lo que se resistía a perder. «Eres la única mujer de la que me he enamorado», le había dicho una vez y ella lo creyó, lo creyó porque la hizo sentir especial. ¿Entonces por qué estuvo con otra? «Me besó, la besé...». ¡Cómo dolía! Pero a pesar de toda la rabia que sentía, lo que de verdad la asustaba era el hecho de que él rehiciera su vida sin ella.

Se propuso salir de aquel torbellino de emociones que la tenían atontada. Tenía que seguir adelante, pasar página. Si no lo hacía se volvería loca. Viajó en varias ocasiones a Barcelona; deseaba encontrárselo, pero se lo prohibió como el que decide sacar los carbohidratos de la dieta. Sin embargo, no salió mucho cuando visitó la ciudad condal, temía verlo. De casa al despacho y al revés. Tenía que ser coherente consigo misma para no enloquecer. Él tampoco la había buscado, ni le había escrito ningún mensaje. Desde la noche en que se vieron, en el portal del ático, era como si se lo hubiera tragado la tierra.

Susana le había explicado que Enric había estado mal algunos días después de su último encuentro, pero que ahora parecía que estaba mejor; incluso lo había visto salir con alguna chica. Creyó que su amiga pensaría que no le afectaba y la había escuchado relatarle cómo habían salido Carlos y ella, con Enric y Sandra, la pelirroja. Aquel comentario le había hecho más daño de lo que esperaba. ¿Ya la había olvidado? ¿No la quería tanto? Pues si él podía salir con otras, ¿porque ella no iba a hacerlo? Ya había pasado suficiente tiempo como para regresar al mercado parejil y citas sin compromiso. Con ese pensamiento despechado y sin darse cuenta de lo que significaba, aceptó una salida con el fisioterapeuta.

—¿Esta noche sales con Simón? —preguntó Carmen mientras Mar miraba en el armario qué ponerse.

—Sí, me va a llevar al teatro. —Sacó un vestido y lo sostuvo sobre ella ante

el espejo.

—Ese vestido, no. Tendrás frío. ¿Qué tal el traje pantalón gris? —inquirió la abuela cogiéndolo de la percha y añadió—: Ayer le dejaste darte un beso en la cocina. Os vio Santi.

—Vaya. —Sorprendida miró el traje avergonzada—. Sí, será perfecto con la camisa negra y mis botines. Iré más calentita.

Terminó de vestirse y salió hacia la sala. La abuela la siguió despacio, Santi estaba cosiendo, tan tranquila.

—Díselo tú, Santi, dile que ese chico no le conviene —pidió Carmen preocupada, como si su nieta fuera a salir con el macarra del barrio.

—¿Pero por qué me metes a mí en este *fregao*? —preguntó Santi incómoda y cambió el tercio—. Mar, qué guapa estás. Te queda muy bien ese traje. Vés perfecta.

—¿Ves? Pero si tú piensas lo mismo que yo —exclamó la abuela.

—Solo digo que va guapa. Lo que tengas que decirle se lo dices y punto.

—Pero a ver —intervino Mar con curiosidad—. ¿Qué os preocupa?

—Tu abuela, que piensa que se te van a caer las bragas cuando salgas con Simón y engañarás a tu novio —confesó Santi y se echó a reír nada más escucharse—. La muy tonta se piensa que un pantalón te las sujetará.

—¡Joder! —exclamó. La confianza que demostraban tenerle la dejó apabullada—. Enric y yo ya no somos novios.

—Esa boca, niña. —La abuela estaba molesta y Mar no sabía por qué—. Mira, di lo que quieras, pero te he oído llorar la mitad de las noches que llevas aquí, y esta —señaló a Santi— casi más que yo.

Mar fue a replicar, pero, con un gesto, Carmen la frenó para continuar con la conversación.

—Enric me ha llamado varias veces, quería saber cómo estaba y hemos hablado mucho. No sabe explicar lo que pasó. Pero ha dado la cara conmigo y con Santi y eso dice mucho de él. Incluso ha venido a vernos uno de los días que no estabas. Yo sé que estás muy dolida, que crees que lo que ha hecho es

lo peor. Lo peor, hija, es que te dejen embarazada y después te ignoren porque no te quieren y que tu familia no quiera saber de ti. Lo peor es que te cases enamorada y la vida se te lleve lo único que tienes, en unos meses. El hambre, la soledad, la enfermedad es lo peor. Lo demás tiene arreglo. Tú lo quieres por más que intentas negarlo y estoy segura de que si lo deseas de corazón, podrás perdonarlo. Porque cuando hay amor de verdad se perdonan las cosas y eso nos hace más fuertes. Así que salir con ese chico es darle esperanzas a algo que no llegará.

Mar se quedó perpleja y sin palabras. Nunca pensó que escucharía una declaración de principios sobre el amor en boca de su abuela. Sin darse cuenta llevó la mano a su mejilla y descubrió que una lágrima vagaba sin rumbo. La limpió.

—¿Enric... vino? —preguntó acongojada.

—Sí, Mar, vino sabiendo que podríamos decirle de todo —explicó Santi—. Quería ver a Carmen, pero en el fondo vino a buscarte a ti. Se quedó muy decepcionado al no encontrarte.

—No te dijimos nada porque necesitas tiempo —alegó Carmen.

—¿Pero es que nadie se da cuenta de que se acostó con otra? —preguntó indignada.

—Sí, todo el mundo está al corriente de que eso es lo que parece, pero nadie sabe si es verdad. Ni siquiera él —explicó Santi con voz tranquila.

—Que lo niegue no significa que no haya pasado —refutó—. ¿Y las fotos qué?

—¿Pero y si te equivocas? —preguntó Carmen y metió el dedo en la llaga—. ¿No crees que evitarlo como lo haces no resuelve tampoco nada? ¿No quieres perdonarlo ni volver con él?

—Yo no lo evito. Hemos hablado alguna vez. Quiero perdonarlo, pero no puedo. Me duele demasiado pensar que me engañó —confesó y se dejó caer sobre el sofá—. Simón es un amigo, le he dicho que no habrá nada entre nosotros, pero ¿por qué no empezar de cero? A lo mejor me ayuda a que deje

de dolerme el corazón. Con el tiempo... podría ser un amor tranquilo.

—Si es un amigo, jamás lo verás como otra cosa. Te engañas al pensar que te servirá de algo más que de entretenimiento —soltó Santi. Menudas eran las abuelas, eran como un pozo de sabiduría—. Y una cosa, Mar, cuidado con los amores tranquilos. Pueden aburrirte y una acaba echando de menos la pasión y el fuego en el cuerpo. Y no me mires así; aunque me veas vieja, sé de lo que hablo.

—Piensa cómo era el amor entre Enric y tú —pidió Carmen con una sonrisa—. Eso te dará la medida de las cosas.

—Vosotras veis muchos culebrones, ¿verdad?

—Sí, y también leemos libros —contestó Santi y la frase las hizo soltar una carcajada.

En aquel instante picaron al timbre del interfono y Mar supo que era Simón que llegaba a recogerla. De un salto se acercó al telefonillo y le pidió que la esperara. Se miró al espejo, no quería que quedara ninguna señal de las lágrimas vertidas.

—Estás guapa, no te mires más —señaló Carmen y le dio un abrazo.

Abrazó después a Santi y se dispuso a marcharse. Las observó desde la puerta de la sala y pensó que la vida les había hecho pasar lo peor, pero por suerte se tenían la una a la otra.

Después del teatro, Simón la invitó a su casa a tomar una copa y a escuchar un poco de música. Dudó, pero aceptó. Tenía que empezar a sacar a la chica divertida que había dejado de ser. Se burló de sí misma al recordar que llevaba pantalones.

—¿Te apetece una copa de vino? —preguntó Simón con una botella en la mano. Asintió.

Mar contempló, ensimismada, el ritual que el hombre le dedicaba al vino. Descorchó la botella y luego la dejó sobre una mesa «para que se aireara», le dijo. Abrió un armario y sacó unas copas. Después, cogió un mando que había sobre una cómoda y apretó un botón. Enseguida una música melodiosa de

trompeta sonó en el salón—. ¿Te gusta el jazz?

—Sí, aunque no entiendo mucho —reconoció y se acomodó en el sofá.

Simón se tomó su tiempo para servir el vino; al final le ofreció una copa y se sentó con la suya junto a ella. Brindaron en un gesto espontáneo y bebieron a la vez. Mar dejó que la besara en los labios; quiso sentir algo, pero lo único que notó fue el sabor del tinto.

—¿Te gusta? —preguntó él seductor.

—¿El qué?

—El vino, ¿qué va a ser?

—Soy más de cava, pero está bueno.

—Ah, entonces, cuando me invites a tu casa, beberemos cava.

Mar dio otro trago a su copa, para aliviar la tensión del momento. Simón se acercó hacia ella y, movida por la situación, reculó hasta quedar apoyada en los cojines de la esquina del sofá. Entonces él volvió a besarla. Besaba bien, pero quizás con demasiado ímpetu. Recordó aquello del amor tranquilo y sonrió para sí misma. Aquel beso no tenía pinta de tranquilo. Se sintió cohibida, pero se dejó llevar por el momento. Quería que ocurriera y, así, borrar el dolor que la perseguía. Simón agarró la copa que sujetaba entre los dedos y la dejó sobre la mesa de centro, para volver a rozar sus labios.

Devolvió el beso, pero por alguna razón, Enric se apareció en su mente, le susurraba palabras ardientes que siempre la hacían desfallecer. Fue como si en realidad lo escuchara en su mente, como una alucinación auditiva, y se asustó. Cortó el beso y se incorporó de golpe.

—¿Estás bien? —preguntó Simón extrañado.

—Sí, solo que... Hace un poco de calor aquí, ¿no?

—Es el vino, calienta la sangre.

Mar sonrió, quizás el calor que le recorría todo el cuerpo era por el vino, pero estaba segura de que no era por pensar en él precisamente.

—Es música de anuncio —afirmó al centrarse en la música que sonaba y rompió la tensión.

—¡Es Miles Davis! —respondió Simón ofendido. Ella soltó una carcajada y señaló su cara y él también rio—. Pero sí, seguro que es música de anuncio.

Simón volvió a besarla, esta vez más directo. Su mano acarició uno de sus pechos con unas claras intenciones. Mar se debatía entre lo que pensaba y lo que sentía. Enric no se iba de su cabeza, trató de zafarse de su recuerdo, pero este parecía anclado como un viejo barco al fondo del mar. Se obligó a pensar en Simón. Era él quien la besaba. Lo último que deseaba era mencionar otro nombre en aquel instante. Se centró en sentir. El fisioterapeuta se aventuró con los diminutos botones de su blusa, peleó con ellos y no acertó. Aquello debió ser un aviso para Mar que se sintió aliviada. Cortó el beso y se incorporó coartada.

—¿Qué pasa, Mar? ¿Voy muy rápido?

—Simón, yo... creo que no estoy preparada.

—Pero mira cómo me tienes —Simón llevó la mano de Mar a su entrepierna. Ella lo acarició con sutileza, pero la retiró demasiado rápido. Su gesto dejó ver que aquello que él esperaba que ocurriera no iba a pasar. Con un mohín compungido, él concluyó—: Es mejor que lo dejemos.

—Quiero ser sincera contigo; Simón, me gustas. —No quería mentirle—. Pero te veo más como un amigo. En unos días me regreso a Barcelona. Carmen ya está mejor y he de volver a mi realidad, mi trabajo está allí.

—¿Y volverás con él? —preguntó con vacilación.

—No, no pienso en eso... —negó, pero necesitó dar un trago a su vino para esconder su mentira en el fondo de la copa—. Mira, el próximo fin de semana Susana hace una fiesta a su marido por su treinta y cinco cumpleaños. ¿Por qué no vienes? Susu es como mi hermana, seguro que estará encantada de conocerte.

Otra mentira más, como siguiera así iba a acabar borracha perdida.

—Y... ¿él estará allí también?

—Sí, no quiero mentirte. Enric es el primo de Carlos, el marido de Susana —le explicó—. Pero seguro que estará acompañado.

—¿Y me invitas a tu casa también?

—Simón... yo. —No sabía cómo decírselo, pero no estaba preparada para eso, se había engañado al pensar que sí podría.

—Lo entiendo, necesitamos más tiempo, pero has dicho que te gusto — bromeó y la tensión que se había creado se difuminó—. Está bien, podría ir. Reservaré un hotel y me regreso el domingo. Tú ya te quedas allí, ¿no?

—Sí, el lunes tengo una reunión importante que llevo aplazando dos meses.

—Bueno, pues tienes una cita el próximo sábado —confirmó e intentó besarla de nuevo, pero Mar fue rápida y volvió a esconderse en la copa—. ¿Quieres que te lleve a casa?

—Sí, por favor.

Capítulo 14

Mar estaba nerviosa, el día de la fiesta de Carlos había llegado. Estaba segura de que se iba a encontrar con Enric y que iría acompañado; aunque él no esperaba que ella también lo fuera y temió alguna escena. A Susana no le hizo gracia que invitara a Simón, pero como la quería, lo había aceptado; aunque fuera a regañadientes. Mar reconoció que no sabía si hacía lo correcto, pero tenía que pasar página de alguna forma. Su amiga pareció entenderla, aunque supo que lo hacía por no discutir. Habían hablado mucho por teléfono y se le notaba lo feliz que era. Estaba pletórica ante la celebración que había preparado. Había reservado la sala Planta Quince y, como indicaba su nombre, se trataba de la quinceava planta de un hotel del paseo marítimo barcelonés, donde había celebrado su despedida de soltera.

Simón llegó a Barcelona a primera hora de la tarde. Mar fue a buscarlo al aeropuerto y lo acompañó a su hotel; uno céntrico, en la Gran Vía. Se dio cuenta, nada más entrar en la habitación, de que él iba a por todas y desplegó su encanto con ella. Era un buen seductor y la confundía. Se dejó llevar y tontearon un poco, pero, como si fuera un mecanismo de defensa, Enric se apareció en su mente y le cortó el rollo. Aquello la turbaba. Cuando Mat se metió en su cabeza al estar con Enric, se fue al primer manotazo que le dio al pensamiento; pero el cirujano estaba bien anclado en su cabeza. Se escabulló de los brazos de Simón, que, por suerte, no se dio cuenta de su barullo mental y se sintió aliviada. Sin embargo, no iba a poder darle largas mucho más

tiempo, tal vez aquella podría ser su noche. Trató de convencerse con la idea.

Susana los recibió con una sonrisa, en la puerta del local. Mar aprovechó que no había mucha gente y se lo presentó. Su amiga, educada y amable, tuvo palabras agradables para él, pero cuando la abrazó le susurró al oído que debía estar loca. Enric estaba dentro, solo. Carlos la saludó efusivo, aunque ella vio que disimulaba su cara de sorpresa y sonrió cortés. Cuando iban a entrar en la sala la cogió por la mano y la atrajo hacia él.

—Mar, ¿ya sabes lo que haces? —inquirió con preocupación—. Esto lo va a cabrear bastante. Espera este momento desde hace semanas.

—Pues tiene dos problemas —le contestó casi en un susurro—. No te preocupes, me portaré bien.

Intentó aparentar que no le afectaba, pero aquel simple comentario la alteró. Al entrar en el salón sintió algo parecido a la taquicardia. Sin querer o queriendo, no estaba muy segura, buscó a Enric con la mirada; lo encontró a la primera. Estaba junto a la barra, hablaba con unos chicos. Él también la vio de lejos y la observó ceñudo. Mar pensó que tenían un extraño radar desde que se conocieron. Sonia se les acercó y agradeció poder conversar con alguien. Le presentó a Simón y charlaron de forma animada durante un rato. Sin embargo, no podía dejar de estar pendiente de dónde se encontraba Enric. Con disimulo miró a la barra y se turbó al comprobar que ya no estaba allí. Pero en aquel instante, una mano se colocó en su cintura con la posesión y confianza del que afianza un terreno propio. Notó una quemazón y un calambre que la tensionó. No tuvo dudas, era Enric. Con una calma fingida se giró hacia él y lo miró sin decirle nada.

Él la besó en la mejilla y al acercarse le susurró al oído:

—Estás muy guapa. —Quizás el beso se alargó más de lo cortés. Sintió que sus piernas le tambalearon y le dio rabia que él pudiera notarlo pues no había retirado la mano de su cintura. Nerviosa, se apartó un mechón de pelo y lo ancló detrás de su oreja. Llevaba unos zapatos de tacón altísimo y un vestido que se le ceñía al cuerpo, envolviéndolo, con colores primaverales que se

difuminaban, aunque el que predominaba era el... ¡rosa! Fue consciente en aquel instante de que se había vestido para él. La voz de Enric la trajo al presente—. No sabía que habías vuelto.

—Sí, sí lo sabías —contestó—. Estoy segura.

—¿Podemos ir a un sitio más tranquilo? —preguntó seductor solo para ella—. Tú y yo solos, claro.

—He venido acompañada y así me iré —refutó en voz baja y molesta por cómo la hacía sentir y con la intención de fastidiarlo añadió—: Voy a presentártelo.

—Yo no necesito que me presentes a nadie, pero si te sientes mejor, adelante.

—Simón —alzó la voz para llamar su atención. Parecía muy entretenido hablando con Sonia, pero sospechó que le había dado tiempo y espacio para adaptarse. Cuando se acercó a ella le anunció señalando a cada cual—: Simón, Enric.

—Su ex —informó Enric, provocador—. Su exnovio, se entiende. Y tú, el fisioterapeuta, ¿no?

—Espero ser algo más —contestó Simón sin amilanarse.

Mar miró a Enric con cara de querer estrangularlo, pero para su desconcierto este le dedicó una sonrisa de anuncio y soltó:

—Tú la tienes, tío. Cuídala. —Sin añadir nada más se dio media vuelta y se regresó a la barra.

Varios camareros paseaban entre los invitados, con una bandeja, y repartían copas de cava. No eran un grupo muy numeroso, pero tampoco era pequeño; por lo menos había unas cincuenta personas. Una mujer, con un micrófono pegado a la mejilla, llamó la atención de todos y propuso un brindis por el homenajeado. Todos alzaron sus copas y cuando Mar miró hacia Enric, él levantó la suya en su dirección y le dio un sorbo. De pronto, como salido de la nada, vio a Mat que se le acercaba. Se sintió mortificada. ¿Es que no podía ir a ningún lado sin que la abordaran sus exnovios? Con cinismo se dijo que

aquello iba resultar interesante.

Cuando lo tuvo al lado, se colgó del brazo de Simón y se lo presentó. Mat, sin disimular su sorpresa, lo miró con cara de pocos amigos.

—¿No decías que no estabas con nadie? —inquirió en voz baja, molesto.

—¿Eso te dije? —respondió con voz inocente.

Mat no se quedó junto a ellos mucho más tiempo y Mar agradeció su huida, no le gustaba tenerlo cerca.

—¿Este es otro ex? —inquirió el fisioterapeuta, divertido.

—Sí, lo siento; este es un poco capullo.

—Bueno, puedo entenderlo, sabe lo que ha perdido —respondió pícaro y le dio un beso en los labios—. El que me preocupa es el otro.

—No tienes por qué —aseguró, aunque poco convencida en su interior.

Servido el cava, los camareros empezaron a dispensar un pica-pica y la noche empezó distendida. La música sonaba de fondo y la gente bailaba o hablaba según los grupitos que se formaban. Mar y Simón se mezclaron con los invitados y conversaron tranquilos; las alarmas que se le habían disparado a Mar bajaron de nivel. Sin embargo, de vez en cuando, como si estuviera motivada por una fuerza externa, buscaba a Enric con la vista. Enseguida sus ojos se encontraban con los de él. Se observaban en la distancia, serios, sin ninguna mueca en el rostro; solo la intensidad de sus miradas. Se controlaban el uno al otro.

A media noche la música se cortó. Susana agarró un micrófono y llamó a Carlos a su lado. Delante de todos le dio un beso de película y le dijo algo al oído. Él se sonrió satisfecho y la apretó contra su pecho. Después, tirando de su mano, Susu le señaló una pantalla gigante en la pared.

—Toda la gente que te quiere me ha ayudado a confeccionarte este video —le dijo emocionada—. Espero que te guste, amor. Feliz cumpleaños.

Antes de que apareciera cualquier imagen, la música empezó a sonar, como si fuera la banda sonora de una película. Un repertorio de Sinatra en instrumental. Mar se conmovió por el trabajo que había hecho su amiga y se

lamentó por no haberla ayudado. De pronto, todos aplaudieron. Un Carlos, pequeño, casi bebé, apareció en pantalla. Una foto de esas que tanto podía avergonzar de más grandes. Estaba desnudo, boca abajo en la cama y, apoyado en sus bracitos, miraba a cámara; en su cara ya se adivinaba la nobleza que tendría de mayor. Luego se sucedieron otras escenas, en las que se suponía que cada vez tenía un año más. Disfrazado, en el colegio, de excursión... Mar no perdía detalle; junto a Carlos aparecía una figura constante, Enric, siempre juntos. La familia se sumó a las fotografías. Aparecían los padres de Carlos, con los abuelos y otra pareja; las mujeres estaban embarazadas. Dedujo que serían los padres de Enric. Después, un hombre sonriente en cuclillas se mostraba con los niños a sus lados, bajo sus brazos. Conjeturó que sería el padre de Enric. Las caras de los primos estaban sonrientes y felices, a la entrada del parque de atracciones del Tibidabo. Mar nunca había visto fotografías de los padres de Enric, le encontró parecido con su padre y al abuelo, pero con seguridad los ojos eran de su madre. Otras instantáneas se sucedieron: imágenes de Carlos con sus padres en la playa, la montaña y en fiestas de cumpleaños.

Mar recordó las palabras que Enric le había dicho con humor. Que envidiaba y quería lo que tenía Carlos. Al ver aquellas escenas tan familiares pensó que debió sentirse muy solo de niño; aunque estuviera rodeado de personas que lo querían, le faltaban dos grandes pilares. Lo buscó con la mirada por la sala, lo encontró cabizbajo, casi triste. Quizás al sentirse observado dejó su copa en una mesa y se fue en dirección al baño. Volvió a centrarse en la pantalla. Una fotografía despertó aplausos y risas: Carlos y Enric con micrófonos; cantaban sobre un escenario, parecía un karaoke. Pasaron otras imágenes de Carlos: con el abuelo de viaje, con amigos, con Susana en un barco. No pudo evitar reírse; recordaba aquel momento, era de cuando Susana y Carlos se conocieron en el crucero. Más escenas: con Mat en varias situaciones, solo en su despacho de la clínica, otra vez con Enric el día de la boda. También apareció Mar con Susana; su amiga vestida de novia y ella luciendo una sonrisa, ambas con una

copa. Otra instantánea la sorprendió y levantó de nuevo los aplausos y las risas. Era el momento del ramo. Ella estaba cerca de Enric que cogía el regalo. Todos los de la imagen reían. No había visto aquella fotografía y su mente se llenó de recuerdos de aquella noche. Después, fotos divertidas y de momentos cómplices de la boda, del viaje de novios y en su nueva casa. Y una imagen tierna en la que Carlos miraba con cara rara un objeto. Una frase en mayúsculas: *¡Esto es que sí! ¡Carlos, vas a ser papá!* en grande y con animación, levantó las carcajadas de todos.

Tras las fotografías empezaron las felicitaciones. Dedicatorias simpáticas que le habían grabado a Carlos en pequeños vídeos. Mar revisó con disimulo la sala, Enric no había regresado.

Con la excusa de ir al baño se separó de Simón. Sabía que no debía hacerlo, pero estaba intranquila. Dio varias vueltas, pero no lo encontró. Frustrada y molesta consigo misma por preocuparse de quien no debía, fue a meterse en el aseo de señoras cuando alguien la agarró por el brazo. Era Enric.

—Te-te buscaba —titubeó—. ¿Estás bien?

—¿Por qué no iba a estarlo? —contestó con sarcasmo—. Tengo todo lo que me merezco, ¿no?

—No digas eso, no te compadezcas de ti mismo, no te va —replicó y disparó con bala.

—¿Estás con él? —inquirió cortante—. ¿O solo tratas de ponerme celoso?

—No es asunto tuyo con quién esté.

—No me gusta ver que otro te pone la mano encima y menos que te besa —la censuró a la vez que se le acercaba más de lo que Mar podía soportar. Dio un paso atrás, afectada por su cercanía—. ¿Qué ocurre, te pongo nerviosa?

—Enric, no quiero discutir, solo quería saber si estabas bien —replicó e intentó alejarse, pero él la sujetó por las muñecas y la aproximó más a él.

—Ya ves que no —confirmó y su boca se acercó peligrosamente a la suya—. ¿Quieres hacer que me sienta mejor?

Enric se lanzó a su cuello y lo besó. Mar se quedó quieta, era incapaz de

moverse. Su colonia le nublaba el juicio o quizás era otra cosa que no quería reconocerse. Sabía que tenía que poner distancia con él, pero en aquel instante se olvidó de todo, solo quería que la besara de verdad. Casi perdió el juicio al notar los labios en su mandíbula, pero casi.

—¿Qué haces? —censuró al fin y simuló molestia, se separó con brusquedad—. Déjame.

—Tu cuerpo responde, Mar, tú también me deseas, lo sé —afirmó muy seguro de sí mismo. Pero aquellas palabras fueron el detonante para que Mar pusiera la distancia que unos segundos antes no había podido poner. Se separó aún más, aunque él se mantuvo aferrado a una de sus muñecas y miraba fijamente su boca—. Pídemelo, pídemelo y te besaré, Princesa. Me muero por hacerlo.

—Enric, ¿de qué vas? —dijo con rabia al sentirse descubierta—. Qué quieres, ¿eh?

—Te quiero a ti, pero eso ya lo sabes —contestó serio—. No debí marcharme aquella noche. La cagué, lo sé. Ahora solo he de aprender a vivir sin ti, pero no puedo.

Sus palabras le hicieron daño, la llevaron a aquel momento junto a la bañera. Se fijó que Enric tenía los ojos vidriosos, pero cuando fue a contestar presintió que no estaban solos. Una voz conocida los sorprendió.

—Mar, ¿todo bien?

—¡Simón...! Sí... Sí. Todo bien —contestó nerviosa, miró a Enric que ni siquiera se había volteado para mirar al recién llegado. Forcejeó un poco para que la soltara y casi en un susurró le suplicó—. Por favor.

—¿Podemos hablar? —preguntó Simón bastante serio—. Si nos disculpas, Enric.

Enric la miró en busca de su aprobación y ella asintió. Entonces soltó su mano, despacio, pero antes Mar notó cómo paseaba el pulgar por su muñeca y le hizo cosquillas. Lo vio alejarse y mirar por encima de su hombro cuando estaba a unos pasos de distancia.

—Lo siento, Simón —se disculpó. Quería que la tierra se la tragara. No podía obviar que los había pillado en una situación un poco extraña y tal vez, los había escuchado—. No pensarás que...

—No pienso nada, Mar, solo que entre tú y él no está todo resuelto —objetó tranquilo—. Mira, yo me marcho; me gustaría que me acompañases al hotel. Ven conmigo, sabes que quiero estar contigo. Lo que no sé es si lo quieres tú también.

Estiró su mano para que se la cogiera, pero ella no lo hizo.

—Yo no puedo marcharme tan pronto, espera un poco más —pidió en un intento de ganar tiempo. Aunque en el fondo sabía que no quería irse con él.

—Bueno, yo sí me voy. Ven luego, ¿vale? —propuso Simón. Tomó su mano, la atrajo hacia él y la besó en los labios—. Te estaré esperando.

Mar lo acompañó hasta que paró un taxi en la puerta y luego regresó a la sala de fiestas con ganas de beber y olvidarse de todo. Al rato, Susana la encontró en la barra y la llevó hasta el baño.

—¿Qué ha pasado con Enric? —le preguntó al entrar en los servicios y la miró con cara de reprimenda.

—Nada. ¿Qué te parece Simón? —inquirió para cambiar de tema.

—Es guapo, está bueno y no es Enric —contestó con burla—. Ni siquiera tú lo miras como miras a Enric.

—No te pases, Susu —respondió retocándose el pelo frente al espejo—. Creo que me iré a su hotel y acabaré con la tensión sexual que hay entre nosotros.

Susana soltó una carcajada y rio con ganas.

—¿Aún no te has acostado con él?

—Pues no, no ha surgido —rebató incómoda, pero añadió—: No era capaz, Enric está en mi cabeza. Por cierto, ¿se ha ido ya?

—No sé, estaba con Carlos y luego lo he visto con Sandra.

¿Con Sandra? Eso le dolió. Trató de disimular, no quería que su amiga se diera cuenta, aunque fracasó. Se sintió observada y al fin Susana habló.

—¿Qué quieres, Mar? Enric solo tiene que sonreír a una chica para no irse solo. Se lo has puesto en bandeja viniendo con ese tío... Sandra es muy atractiva. Aunque...

—Aunque, ¿qué?

—Bueno, ya sabes... trabajan juntos —recusó indecisa—. Pero, dolido como está, no creo que a él le importe.

Tuvo que reprimir las lágrimas con aquella verdad. Pero la idea de que su amiga no le decía todo se instaló en su cabeza. Quizás se habían liado antes. Amigos con derecho a roce. Seguro que sí, eran follamigos. Siempre había observado mucha complicidad entre ellos. No se atrevió a preguntar, a veces era mejor no saber.

Al salir del baño fueron directas a la barra. Necesitaban beber. Mar se pidió un gin-tonic y Susana un zumo. Tomaron asiento en una de las mesas altas con taburetes que había en un rincón. Con su radar activado detectó a Enric, no volvió a acercársele y lo vio rodeado de varias chicas. Todas a la espera de ser la escogida, pensó, aunque la pelirroja no lo dejaba solo en ningún momento. Se descubrió mirándolo más de una vez y, con curiosidad morbosa, escudriñaba sus gestos y contó las veces que él le colocaba la mano en la parte baja de la espalda y hablaban muy pegados. De pronto una escena la sacudió. Sandra se abrazó a Enric y este la estrechó con fuerza entre sus brazos, como solía hacer con ella. No esperaba sentir la zozobra que percibió en su corazón. Sintió un daño terrible. Susana le dedicó una mirada cariñosa, como si supiera lo que le dolía presenciar aquellos gestos. En sus labios se dibujó un mohín que no supo interpretar. Quizás era un «te lo dije», o un «¿qué esperabas?». Mar negó con la cabeza y se terminó la copa de un trago.

Sonia y su novio se reunieron con ellas. Le contaron que iban a irse a vivir juntos, estaban emocionados con el traslado. Apenas les hizo caso. Una opresión en el pecho la perturbaba. Necesitaba desfogarse y dudó entre pedirse otra copa o marcarse unos bailes. Susana leyó su pensamiento y estiró su mano, la agarró y se fueron a desmelenarse. Así, dándolo todo en la pista,

Mar sintió que la angustia la abandonaba y se sintió libre. Pero la alegría le duró poco. Carlos acudió en busca de su mujer y comprendió que había llegado el momento de marcharse.

Se despidió con excusas; en realidad no quería ver a Enric marcharse con Sandra o con cualquier otra. Pensó que había arruinado su noche con Simón, él tenía esperanzas con ella, quizás podría ir a visitarlo. Solo así se podría olvidar de Enric.

—No hagas locuras —murmuró Susana al decirle adiós. Su amiga la conocía bien, quizás mejor que ella misma, y sabía que podía hacer algo así para sacarse la espina que llevaba clavada en el corazón—. Si no lo tienes claro, vete a casa.

Llegó al ascensor cuando las puertas estaban a punto de cerrarse.

—Esperen, por favor—gritó. Alguien detuvo las puertas al interponer su mano con el detector de cierre y volvieron a abrirse.

Entró deprisa y trastabilló, se tambaleó un poco, pero al plantar ambos pies en el suelo se quedó petrificada. Enric estaba apoyado en la pared del fondo de la cabina, con las manos en los bolsillos, cabizbajo y... solo.

—¿Está bien? —le preguntó un hombre.

—Sí, sí... gracias. —Se acercó a Enric y él levantó la mirada del suelo a sus ojos; le dedicó una sonrisa.

—¿Y tu acompañante? —preguntó.

—No sabía que te interesara.

—Y no me interesa.

Quedaron en silencio, la tensión podía cortarse con un cuchillo. El ascensor se detuvo dos plantas más abajo y el hombre salió de él. Las puertas volvieron a cerrarse y quedaron solos. La actitud de Enric había cambiado, se le acercó como un felino.

—Qué bien hueles —afirmó al pasear la nariz por su cuello. Mar se estremeció al sentir su aliento, le hizo cosquillas—. ¿Coco?

—Por supuesto —contestó. Se apoyó en la pared en un intento de separarse

—. Sé lo que estás haciendo. No te servirá.

Antes de que se diera cuenta, Enric tenía la mano en su muslo y la colaba por dentro del vestido. Agarró su muñeca y lo frenó. Pero aquel gesto solo hizo que lo provocara, se le acercó tanto que sintió su calor. Besó su cuello con deleite. Mar se propuso ser fuerte, tenía que detenerlo, pero a la vez necesitaba aquellos besos más que respirar. Pero no iba a pedirselo. No podía hacerlo. No podía volver atrás.

—Aunque no me lo pidas voy a besarte, lo sabes, ¿verdad?

—No, no lo hagas —rogó con una súplica—. Por favor, no lo hagas. No me hagas esto... No quiero.

—Mientes, sí quieres —refutó en un susurro y rozó sus labios con los suyos—. Pero dime que me aleje y lo haré.

Mar sintió el corazón encogersele, como si un puño lo oprimiese, y sin poder evitarlo las lágrimas inundaron sus ojos para escapar sin rumbo por sus mejillas.

—No llores, Princesa. No llores.

Enric acunó su cara con ambas manos y con los pulgares retiró los surcos acuosos. Despacio, como si fuera un animal herido y no quisiera asustarla, inclinó su cabeza y buscó su boca. Antes de cernirse sobre ella la miró a los ojos, le dio tiempo a rechazarlo. Mar cerró los parpados cuando notó sus labios aprisionar los suyos.

Era un beso indeciso, tentador, incrédulo al principio que ganó intensidad a medida que el calor se adueñaba de sus cuerpos y se volvió tórrido y apasionado unos segundos después. Enric la abrazó fuerte y la empujó contra el rincón. Ella se sujetó a su espalda, rodeó sus hombros con sus brazos y al tenerlo tan pegado pudo sentir como su erección crecía. Sus manos cobraron vida de un modo desesperado, se tocaban, se buscaban y besaban de una forma tan apasionada que al sonar la campanilla que indicaba que el ascensor iba a detenerse les costó recuperar el sentido. Se separaron de un brinco cuando las puertas se abrieron. Era la octava planta. No entró nadie, al cerrarse se

miraron con fijeza, Mar no quiso pensar, se lanzó de nuevo a sus brazos y reclamó su boca.

—Duele, duele demasiado —murmuró Enric pegado a la comisura de sus labios.

—¿Qué duele?

—No tenerte —respondió con la vista en sus ojos—. Mar, no pienso dejarte marchar. Decide. En tu casa o en la mía, o te lo haré aquí mismo.

—Aquí —contestó. Estaba embriagada, quizás el alcohol había hecho de las suyas, pero, sobre todo, estaba borracha de ganas de él. Solo quería sentirlo por última vez.

—¿Aquí? ¿En el ascensor? —inquirió divertido—. Descarada.

—Elige el sitio, pero no hagas que me lo piense.

—Prefiero una cama, necesito hacerlo despacio.

Llegaron a la planta baja con la respiración entrecortada. Enric la llevó de la mano hasta la recepción del hotel y en menos de lo que esperaba, Mar se vio de nuevo en el ascensor camino de la décima planta.

Mar sintió que todas sus ganas contenidas se desbordaron al cruzar el umbral de la habitación. Envueltos en un abrazo, aprisionó a Enric contra la puerta y se dejó caer sobre su pecho. Él la apretó con fuerza hacia él y se besaron con un ardor y una lujuria desmedida. Al separar sus bocas jadeaban. Con rapidez, trataron de deshacerse de las prendas que los cubrían. Al quedar en ropa interior, la mirada que su exnovio le dedicó calentó un grado más su sangre. Mar no soportó la distancia y de nuevo necesitó que la tocara. Enric paseó sus labios por su cuello y su mandíbula a la vez que le susurraba palabras dulces de nostalgia y añoranza. Sus besos se hicieron más atrevidos y viajaron a su escote, aprisionó con la boca uno de sus pechos, por encima del encaje del sujetador negro, mientras que con una mano masajeaba el otro. Mar temblaba de emoción y tardó en darse cuenta de que los suspiros y gemidos que escuchaba eran los suyos.

—Despacio —pidió Enric con la voz tan ronca por el deseo que la incitó un poco más—. Necesito ir más despacio, cariño. ¿Sigues tomando pastillas?

Mar asintió.

—No tengo condones... Pero tú y yo no los necesitamos, ¿verdad? ¿Confías en mí?

—No, no confío. A saber, dónde la has metido.

—Ya. —Enric se encogió de hombros cabizbajo y Mar pudo sentir su desesperación—. Tendrás que confiar.

—¿Un polvo de despecho? —preguntó con un tono divertido. Él levantó sus ojos hasta los suyos y la miró pícaro.

—Y después hacemos el amor.

Cayeron sobre el colchón entre risas y él se apresuró a quitarle las braguitas y hundir la cabeza entre sus piernas. Mar no quería pensar, el fuego corría por sus venas como un reguero de pólvora y lo incendiaba todo a su paso. La lengua experta de Enric la hacía revolverse. Con los dedos enganchados en la colcha quiso convencerse de que aquel encuentro era una despedida. No traicionaba a nadie, con Simón no había iniciado nada. Creyó que era su última vez con el amor de su vida y eso le permitiría pasar página.

—Enric, por favor.

—Por favor, ¿qué? —preguntó pegado a sus muslos—. ¿Él no te hace esto? ¿No te toca como yo?

—No, no lo hace. Solo tú.

Enric la miró por un segundo y luego se cernió sobre ella, atrapando sus labios y besándola con fuerza y pasión. Después se deshizo de la prenda que hacía de obstáculo y Mar contempló su erección deseosa de sentirla. Cuando lo tuvo sobre ella, cerró los ojos.

—Mírame —le pidió él con un susurro—. Necesito saber que estás conmigo. Quiero oírte decir mi nombre entre jadeos.

Aquella frase, aquella frase se la había escuchado otras veces y la enloquecía siempre. Se dejó llevar por todos los sentimientos y emociones,

por la lujuria y el deseo que había escondido bajo siete llaves. Se entregó en cuerpo y alma y disfrutó como siempre lo había hecho con él. Desinhibida, voraz, apasionada.

—Enric...

Sintió que él se aceleraba y fue a su encuentro todas las veces hasta tocar la luna y, después, vencidos, desnudos, exhaustos; sin nada que ocultara y escondiera sus sentimientos, se durmieron abrazados.

Mar se despertó enredada en el cuerpo de Enric. Con sigilo se deslizó por la cama y fue al baño; se aseó un poco y, tras pensar unos segundos frente al espejo qué hacer, regresó a su lado. Tenía que estar loca, pero ya lo pensaría más tarde, quería sentirlo junto a ella un ratito más. Cuando salieran de allí todo habría acabado y volvería la realidad que los separaba.

No había hecho más que cerrar los ojos, cuando varios pitidos seguidos, que anunciaban la entrada de unos cuantos mensajes, la desconcertaron. Era su móvil. No sabía qué hora era. ¿Quién podría ser tan insistente? De pronto recordó a Simón. Se incorporó de un salto. Al posar los pies en el suelo miró hacia Enric, dormía tan tranquilo, hasta le adivinó una mueca satisfecha en los labios. Quiso tocarlos, posar su boca sobre ellos, pero un nuevo mensaje la distrajo. Agarró su bolso de forma brusca y su contenido se desparramó por el suelo. Arrodillada sobre sus talones trató de recogerlo. Al coger su teléfono descubrió que se trataba de Simón. Tenía cinco mensajes. Abrió la aplicación y justo cuando comenzaba a leerlos recibió una llamada de él. La atendió rápida, con la esperanza de que Enric no se despertara, pero al mirar hacia la cama lo vio incorporarse.

—¡Simón! ¿Qué tal?

—Hola, Mar, ¿te despierto?

—Perdona, he perdido la noción del tiempo, ¿qué horas es? —preguntó avergonzada.

—Las nueve y veinte —contestó, Mar detectó que por su tono de voz no

parecía enfadado—. Verás... las cosas no han salido como esperaba.

Simón dio varios rodeos para decirle cómo se había sentido al verla con Enric. Mar se puso nerviosa; el aludido la miraba divertido desde la cama. Observó cómo se levantaba, se acercó hasta ella y le dio un beso en la coronilla; luego se dirigió al baño. Ella agarró la camisa del cirujano que estaba en el suelo y se la puso; la incomodaba estar desnuda. Como si Simón pudiera verla.

—Perdóname, Simón, es que...

Enric regresó del baño y se sentó en la cama, a la espera. Mar intuyó que, aunque pareciera distraído, estaba muy pendiente de su conversación.

—Déjame continuar, Mar, o no podré decir lo que quiero decirte —pidió el fisioterapeuta con vacilación—. Tienes que resolver lo que sea que tengas con ese chico, Enric. He cambiado mi billete, estoy en el aeropuerto, salgo ya. Sabes que me gustas, pero no puedo meterme en algo que solo hará que salga escaldado. Tú no estás lista para iniciar nada, ya lo vimos la otra noche y yo no sé si puedo esperar a que te aclares.

—Simón...

—Sin rencor, Mar. Tú fuiste sincera —dijo conciliador. Mar escuchó voces de fondo, como si por megafonía dieran alguna indicación a los pasajeros—. Llámame cuando vengas a Madrid y nos tomamos unas cervezas, yo seguiré viendo a Carmen mientras me necesite, o ¿prefieres que no?

—Me siento tan mal —afirmó—. Tú...

—No, Mar, yo nada. Sabía que aún querías a tu novio. No sé qué os pasó, pero todo tiene arreglo en esta vida, menos la muerte —soltó con humor—. Llámame, ¿vale? y tomamos unas cañas.

—Sí, sí, claro. Te llamaré cuando vaya —respondió emocionada—. Y ya que sabes tolerar a Carmen, ayúdala, por favor.

—Adiós, Mar, espero que encuentres lo que buscas.

Cortó la comunicación con un adiós sentido. Se levantó del suelo con las rodillas doloridas y se sentó junto a Enric, con el teléfono entre las manos.

Tenía la camisa abierta y cerró los botones centrales.

—¿Todo bien, Princesa?

—Sí, Simón se marcha. Estaba en el aeropuerto.

Sintió su mirada, pero no fue capaz de enfrentarla.

—Mar... ¿Estás con ese tío? —preguntó inquieto.

—¿Y tú con la pelirroja? —soltó sin pensar.

—¿Con Sandra? —inquirió confundido—. Es una buena amiga, salimos juntos algunas veces. Nos... se podría decir que nos ayudamos.

—O sea, os acostáis —objetó molesta.

—Esto... Mar... —Enric titubeó. Mar no quería tener aquella conversación, pero ella la había iniciado, así que se dispuso a escuchar lo que él tuviera que decirle y soportar el dolor—: Nos conocemos desde hace tiempo y... nos... Salimos a veces, sí. Cuando no queremos complicarnos con otras personas.

—¿Ahora se llama así? ¿Sois... follamigos? —preguntó y sin quererlo su tono de voz denotó reclamo.

Enric se sonrió pícaro y encogió los hombros.

—Nos entendemos... —afirmó sin dejar de mirarla, como si quisiera leer todas sus reacciones—. Pero eso que piensas es prácticamente imposible por dos cosas: una, porque estoy loco por ti y, dos, porque Sandra es lesbiana.

Mar abrió mucho los ojos, pero al segundo trató de disimular su desconcierto. Aunque por la sonrisa de Enric intuyó que él la había cazado. De pronto, las palabras de Susana le resonaron en la cabeza. Estaba convencida de que le ocultaba alguna cosa, pero jamás pensó que sería algo así. La había manipulado para despertar sus celos y lo había conseguido. Se iba a enterar cuando la pillara.

Enric no hizo ningún comentario y Mar se quedó pensativa. Que no estuviera con Sandra le dio un alivio a su corazón mayor de lo que pensaba. Por primera vez en su vida no sabía qué hacer. Ella no había tenido rollos de una noche, solo el que tuvo con él, y aquello se le parecía bastante. Se sintió tensa junto a Enric que estaba desnudo, con una seguridad apabullante, y la miraba con

cautela.

—¿Qué quieres hacer, Mar?

—¿Y tú?

—¿Yo? —inquirió con burla—. Yo te metía en la ducha y me daba un homenaje.

—¿No te pareció buen homenaje el de anoche? —Le siguió el juego. Hablar así de distendidos, aunque fuera de sexo, le gustaba.

—No estuvo mal, pero ya sabes que contigo nunca tengo suficiente.

—Tenemos que irnos.

—Aún falta para las doce. Y tenemos que hablar. Pero no me has contestado. ¿Estás liada con el madrileño?

—No estoy con nadie, Enric. Pero eso no significa que vaya a volver contigo.

—Lo sé, pero me da esperanzas —respondió y le puso la mano en el muslo. Resuelto, se levantó y se puso de pie—. Necesito una ducha. ¿Te apetece compartirla?

—Enric... ¿Qué estamos haciendo?

—Princesa, nos amamos... Estamos jugando a algo que anhelamos. Pero los dos sabemos lo que hay. —Cogió su mano y ella se levantó, quedó frente a él. Enric besó sus labios y repartió mimos por su cuello hasta llegar al lóbulo de su oreja y se lo metió en la boca para succionarlo. Mar se estremeció. Ya la tenía, sabía cómo incitarla y ella perdía el poco autocontrol bajo su tacto—. Dime lo que quieres, nena. Dime lo que quieres y lo haré.

—Creo que una ducha me sentará bien. ¿Me frotarías la espalda? —bromeó y él soltó una carcajada.

Una llamada los interrumpió. Por la música, Mar supo que se trataba de Susana, ante la insistencia le dijo a Enric que debía atenderla.

—Te espero —le propuso seductor y lo vio caminar hacia el baño.

Mar atendió la llamada.

—Dime, mamá. ¿Cómo estamos hoy? ¿Qué tal las náuseas?

—Déjate de coñas, Mar, que te llamo por algo serio.

—Vaya, vas a romper mi nube.

—Perdona, no me he acordado. ¿Estás en casa?

—Pues, nooo.

—Verás, siento chafarte el día con tu madrileño, pero es que...

—Su...

—Es que no sé cómo decírtelo y tú eres la menos indicada, pero...

Mar sospechó que trataba de decirle algo sobre Enric y se tensó. Tenía que decirle que estaba con él.

—No lo creerás, pero... Estoy con...

—¡Ay, Mar! Es que no sabemos don...

—¡Susu! Joder, escúchame —exclamó molesta porque hablaran a intervalos y pisándose las fases.

—¡Escúchame tú a mí! —gritó Susana exaltada—. Deja de ser tan egoísta. Esto es serio.

—Venga, dime, ¿qué pasa?

—Es que, anoche... Es que hablabas con el Simón ese y luego Enric...

—¿Qué pasa con Enric?

—Pues que no sabemos dónde está. Desapareció y nadie sabe de él. —Mar detectó la preocupación en su voz y se mordió los labios, se iba a enfadar cuando supiera que estaban juntos—. ¿Y si ha hecho alguna tontería? Carlos no hace más que llamarlo, pero tiene el móvil apagado. Y no está en casa. ¡Ay, Dios! y si ha vuelto a desaparecer, como...

—¡Princesa, no has venido! —gritó Enric al salir del baño, con una toalla en la cintura. Mar le hizo un gesto con la mano para que guardara silencio. Con los labios le dijo que era Susana y él se sentó junto a ella.

—¿Con quién estás, zorrón? —preguntó Susana suspicaz. Antes de que pudiera responderle la escuchó chillar—: ¡Caaaarrrros!

Mar se separó el teléfono de la oreja con un gesto teatral. Lo dejó en la palma de su mano y activó el altavoz. Enric con una pregunta muda quiso saber

qué pasaba. Ella se tocó la oreja con un dedo y él, sujeto a su cintura y la barbilla en el hombro, escuchó divertido.

—Es que no tenéis vergüenza, la gente preocupada —censuró Susana con ironía y de repente volvió a gritar—: ¡Carlos! ¡Caaaarrrros!

La voz de Carlos sonó impaciente por el auricular.

—¿Qué pasa? ¿Sabe algo?

—Suelta ya el teléfono que tu primo no se ha tirado al mar. ¡Se ha tirado a Mar!

Enric se rio por lo bajo y apretó los labios para que no se le oyera.

—Pero ¿qué dices? ¿Sabe algo o no? —repitió el primo.

—Mira, bonita —inquirió Susana en una clara referencia a Mar. Supuso que había activado el altavoz, la sonoridad de su voz y el ruido de fondo había cambiado—, di algo, porque como me salga el niño hiperactivo por los nervios que llevo pasados toda la mañana te vas a enterar. Carlos, ¿no lo pillas aún? Pues que estos dos se han liado, están dándole y dándole y no atienden el teléfono. Eso es todo.

—No jodas, ¿está con ella?

Enric se sonrió y apretó su cintura. Mar captó su diversión, seguía en silencio como si aquello no fuera con él.

—Sí, Carlos, perdona, está conmigo —confesó Mar. Entendía que habían tenido que estar muy preocupados.

—Lo siento, Carlos —intervino Enric con tono arrepentido—. Me quedé sin batería.

—Pues nada, tío, a lo tuyo... Si acaso hablamos luego... Bueno, nos vemos mañana. —Carlos pareció tomárselo con humor—. Adiós, «Princesa».

—Eso, «Princesa». Ya me lo contarás «todo» —añadió Susana de mejor talante—. No te canses mucho.

Mar cortó la llamada y sin dejar que Enric dijera nada, lo interpeló.

—Los tenías muy preocupados. Susana dice que estuviste desaparecido.

—No desaparecí, solo que... no quería ver a nadie.

Capítulo 15

Mar se dio una ducha, se colocó un albornoz y, cuando salió del baño, encontró a Enric recostado en la cama, con los calzoncillos puestos.

—Tenemos que irnos.

—Un ratito más —murmuró él con un tono infantil que la hizo reír.

Se recostó a su lado, con la cabeza apoyada en el cabezal y los tobillos cruzados.

—¿Qué hacías?

—¿Dónde?

—En Madrid.

Sin valorar el abismo que existía entre ellos, Mar respondió a su pregunta. Era todo tan normal si hablaban de trabajo. Le contó cómo se organizaba con el despacho, las videoconferencias con clientes, incluso las pequeñas riñas con las abuelas; aunque saltó por alto algunas anécdotas, como la conversación sobre Simón o su salida con él. Enric, por su parte, le habló de algunas operaciones y, sobre todo, le explicó que había hecho una carrera del estilo de medio maratón. Le confesó que correr y entrenar le ayudaba a soportar su ausencia. Ella lo miró nerviosa, era un tema caliente entre ellos, pero les costaba enfrentarlo. ¿Cómo iban a hacerlo a partir de aquel momento? Había creído que sería fácil decirle adiós, pero se había equivocado. También sabía que él iba a pedirle más y no podría dárselo. No lo había perdonado.

—Mar, ¿recuerdas lo que te dije aquella mañana, antes de que se abriera el

suelo bajo nuestros pies?

—Sí...

—Es verdad, siempre ha sido verdad. Quiero cumplir todo aquello que te dije.

Mar se quedó callada, no sabía qué decir. Sin embargo, su mente se llenó de aquel día y le entraron las dudas, pensó en las razones que los separaron y se preguntó qué estaba haciendo con él.

Enric la contempló con cara de preocupación; seguro que intuía qué pensaba. Mar lo observó deslizarse sobre la cama y quedarse abrazado a su cintura, con la cabeza apoyada en su pecho y la pierna entrelazada con la suya. Ella le acarició el pelo, le gustaba entrelazar sus dedos en los mechones, lo tenía más largo y lucía barba de varios días. Estaba muy guapo con aquel nuevo *look*. El silencio los rodeó unos minutos.

—¿Sabes? —murmuró Enric sin mirarla—. Me tortura pensar que estás desnuda bajo ese albornoz, que podría hacerte de nuevo el amor y tú me dejarías porque lo deseas igual que yo, pero lo único que quiero hacer es estar así, abrazado a ti y que tú me toques el pelo. ¿Qué va a pasar cuando salgamos por esa puerta, Mar? ¿Qué será de nosotros?

—Volveremos a ser los de antes.

—¿Antes de qué?

—De ayer. No puedo darte lo que deseas, Enric.

—Yo no puedo borrar lo que pasó, lo que te hizo daño. —Pensó que elevaría la vista hasta ella, pero Enric no lo hizo, siguió atado a su cintura, como si fuera su tabla de salvación—. No tengo palabras que te digan lo que quieres saber, porque yo tampoco lo sé. Daría lo que fuera por evitarte el dolor que tienes, porque volvieras a mi lado. Mi corazón y mi vida están en tus manos. Sabes que eres mi princesa, la única mujer que me interesa. Haría un pacto con el diablo para que volvieras conmigo.

Mar seguía con los dedos entrelazados en su pelo, mientras él permanecía acurrucado en su pecho, y escuchar aquella última frase la hizo reír.

—Estás loco, Casanova.

—Hace tiempo que no me llamabas así. Me encanta ser tu casanova, solo tuyo.

—¿Qué quieres, Enric? Ya te lo he dicho, al salir por esa puerta volveremos a ser los mismos. El sexo ha estado bien, pero no puedo volver contigo.

—¿No me perdonas?

—No, Enric.

Él se incorporó y la miró en silencio, por un segundo, y luego añadió.

—¿Así que el sexo ha estado bien? Me estás diciendo que te gusta estar conmigo, que nos lo pasamos brutal en la cama ¿y no quieres que sigamos juntos?

—Ya nos iremos viendo.

—Así, ¿como el que queda para tomar un café?

—O para echar un polvo —se carcajeó Mar.

—Lo que tú quieras —rió él—. Si es eso, no pondré objeciones.

—¿Serías capaz de quedar para eso? ¿No intentarías algo más? ¿Quedarte a dormir y esas cosas?

—Mar, sé que aceptaré lo que sea por estar contigo. ¿Quieres hacer un trato?

—¿Un trato?

—Sí, que no me olvides. Encontraré la forma de convencerte de que tú y yo debemos estar juntos. Quiero tenerte como te tuve anoche. La ironía del destino me va a volver loco por estar separado de ti.

—Está bien, tenemos un trato —anunció Mar sin pensar en lo que aquello representaba. No quería darle vueltas. No podía perdonarlo, pero tampoco soportaba estar lejos de él. Quizás podría conformarse con salir con él de vez en cuando.

Enric la miró risueño.

—O sea, por nuestro acuerdo, digo... —murmuró con voz pícaro— puedo llamarte y decirte: ¿Qué tal? ¿Te apetece follar? Pues ven y, claro, tú harías lo mismo.

—Dicho así suena muy soez, ¿no? —Mar sabía que aquello sí que era un pacto con el diablo, pero no quería echarse atrás. Iban a ser amigos con derecho a roce. ¿Estaba perdiendo la cordura?

—¿Qué me dices, Mar? ¿Amigos, follamigos, amantes? Lo que sea porque yo no quiero ser solo tu amigo.

—Ponle el nombre que quieras, pero no aceptaré que estés con otras.

—Y tú no volverás a ver a ese del teléfono, ese quiere llevarte a la cama.

Sellaron el trato con un beso en los labios y después dejaron que sus cuerpos conversaran por ellos. Necesitaban hablarse con la piel.

Se vistieron en silencio y salieron de la habitación de la mano, como si nada los separara y tuvieran todo el tiempo del mundo. Mar pensó que no eran los mismos que entraron.

—Tengo el coche en el *parking*, ¿cómo viniste?

—En taxi.

—Te llevo a casa.

El trayecto al ático no era muy largo, pero parecía que se les hacía incómodo. Mar buscó algún tema de conversación, pero todo lo que se le ocurría lo juzgaba trivial. De pronto, en un semáforo, Enric colocó la mano en su rodilla, la apretó y tuvo la impresión de que estaba inquieto.

—Mar, ¿de verdad que no me perdonas?

Lo miró con duda, quería hacerlo, después de esa noche las cosas habían cambiado, quizás si se daba un tiempo, quizás...

Enric le sonrió y quiso darle una esperanza, así ella tal vez también se podía agarrar a ella.

—Sí, Enric, quiero hacerlo.

La expresión de alivio que le vio en la cara le llegó al alma, pero el semáforo se abrió y Enric continuó con la circulación. Al momento, él habló.

—Mañana estoy en quirófano, he de descansar.

—¿Qué quieres decir?

—Tengo que ir a casa.

Era casi la hora de comer; Mar había pensado que pasarían la tarde juntos, en la cama si era preciso. Pero se dio cuenta de que fuera de aquella habitación su burbuja se rompía porque estaban en la realidad, en una en la que quizás el «nosotros» no cabía.

Enric aparcó el coche en un hueco cerca de su portal. Retiró su cinturón y se giró hacia ella, apoyado con el brazo en el respaldo de su asiento la besó con tanta intensidad que Mar sintió que ya la tenía otra vez lista para él.

—¿Cómo lo hacemos?

—Es pronto... ¿Quieres subir y vemos una película? Podemos comer algo.

—Mar se retiró el cinturón, pero no se movió.

—Nena, tú y yo sabemos que no veremos ninguna película si subo. Somos adictos el uno al otro —comentó risueño y acarició su labio inferior con el pulgar. Le devolvió la sonrisa, tenía razón—. Pero cuando me vaya, tal vez pongas distancia a esta noche loca y puede que te repienses lo que me has dicho. No quiero perderte, pero estoy en tus manos.

—Enric, yo... yo no sé qué decir.

—No pienses, siente... Déjate llevar. Démonos un tiempo y ya veremos — propuso y paseó la mano por su rodilla y añadió con sarcasmo—: Además, tenemos un trato.

Sonrió pícaro y la besó despacio como si quisiera saborearla. Mar casi se olvidó de dónde estaba.

—Qué me dices, ¿eh?

—No sé, Enric... —contestó dudosa— parecía más fácil en la habitación del hotel, cuando estábamos en nuestra burbuja.

—Lo sabía... —espetó molesto.

—Enric, no es fácil —se excusó e, indecisa, se retorció los dedos.

La atmósfera del coche se transformó; el buen rollo se evaporó y las buenas intenciones se esfumaron, como si solo tuvieran viabilidad en el hotel.

—Mira, Mar, ya sé que no es fácil —señaló Enric muy serio—. Solo dime si

quieres que lleguemos a algo y no me marees más.

—Pero, bueno, ¿y ahora por qué te enfadas? —soltó cortante—. Ya sabes cómo están las cosas. Si tú no... —se calló en el acto.

—¡Sí, ya lo sé! —bramó—. Ya sé que la culpa es mía, que yo lo jodí todo. —Mar lo sintió a cada palabra más lejano, perdía la batalla del control y ella no podía hacer nada—. Sé que si quiero estar contigo he de esperar a que seas magnánima y me perdones. Creí que lo habías hecho. ¿Es que no ves que me estoy volviendo loco? Decídetes, ¿me perdonas o no? Dices no, luego sí, pero sigue siendo no.

Enric puso en marcha el motor y esperó a que saliera. No la miró, Mar pensó que se contenía. Abrió su portezuela, pero cuando iba a sacar un pie se lo pensó y no lo hizo, cerró de golpe.

—¡Ten más cuidado con la puerta! —espetó con enojo. Mar lo miró crispada. ¡A la mierda con la puerta!

—¿Quieres que me vaya así? ¿De esta manera? Porque voy a hacerlo y luego no podrás arreglarlo. Dime, ¿qué quieres, Enric?

—¿Sabes qué quiero? —soltó con rabia—. Quiero subir contigo, hacerte el amor, follarte de todas las formas posibles. Quiero que te cases conmigo. Quiero tenerte siempre y quiero que borres de tu cabeza esa idea de que te he engañado. ¿Puedes darme eso?

Se quedó sin palabras. Lo contempló en silencio en un intento de digerir todas aquellas palabras y algo desde su interior la empujó. La culpa de que no estuvieran juntos era de él. Ella era la ofendida, no él. Sin embargo, cuando se escuchó, ella misma se sorprendió de su respuesta.

—No, no puedo.

No era cierto, lo deseaba, quería todo aquello, pero tenía demasiado miedo a que la volviera a engañar.

Enric cerró los ojos, soltó un bufido y pareció serenarse en un segundo. Cuando la miró, el azul de sus ojos simulaba el hielo.

—Muy bien. Tenemos un trato —mencionó con resentimiento—. Si quieres,

rómpelo ahora mismo. Me iré y no volverás a saber de mí. Si no, atente a él.

Mar lo sopesó durante unos segundos. Sexo, ¿quería sexo? Se iban a destrozarse de aquella manera.

—Si tú puedes aguantarlo, yo también. Respetaré el trato —respondió en plan abogada. Abrió la puerta y salió dando un portazo. Enric gritó algún exabrupto, pero el enfado que tenía era tan grande que no le hizo caso.

Entró en su casa y fue directa al vestidor. Se quitó los zapatos, el vestido, las medias y la ropa interior. Sonó el timbre y casi se puso a temblar. Estaba de los nervios. Que se casara con él, ¿pero se había vuelto loco? Volvieron a picar. ¡Enric! Querría aclarar la situación, hablar; pero la única manera que conocían para reconciliarse era una maratón de sexo. No desechó la idea. Con él cerca siempre tenía ganas. Se colocó una camisola negra y una bata a juego y caminó descalza por el parque.

Abrió la puerta y el alma se le cayó a los pies.

—¿Qué haces aquí, Mat? —Tenía el don de la oportunidad.

—¿Esperabas a otro? ¿No me invitas a pasar? —preguntó con burla.

—¿Qué quieres? —preguntó resignada—. No te voy a dejar entrar.

—Te he visto con Enric. Te llevo esperando mucho rato, ¿sabes? Vestías como ayer. ¿Habéis pasado la noche juntos?

—No es asunto tuyo con quién haya pasado la noche.

—Bueno, es que anoche estabas con el de Madrid, ahora con Enric, ¿Qué pasa, que has estado con los dos? No sabía que eras tan moderna.

—No pienso aguantarte. —Mar hizo un intento de cerrar la puerta, pero él lo impidió.

—Perdona, no es de mi incumbencia... Haces que saque lo peor de mí. No vengo a pelear —se excusó y alzó las manos a la defensiva. Mar dio un paso atrás, con desconfianza entornó la puerta y se apoyó en ella—. No me importa si vienes de estar con él, porque después del beso que os habéis marcado que parecía que lo ibais a hacer ahí mismo, casi he disfrutado con vuestra riña.

Qué lástima que no pudiera escucharos. ¿Es que te reclamaba porque ya lo has sustituido por otro? Que se joda. Donde las dan, las toman.

—Mat, Mat, Mat —dijo con retintín—. No es asunto tuyo y ahora, si me disculpas, estoy cansada de oír gilipolleces. Apártate si no quieres que te empotre la puerta en las narices.

—¡Espera! No sé por qué me comporto así. Quería verte... que salgamos un día —comentó con tono amable y parecía sincero—. Si te digo que no me cabré y me moría de celos cuando te liaste con Enric, te mentaría, pero lo entendí como mi castigo por lo que había hecho. He pensado que ahora... ahora tal vez podamos hablar y ser amigos.

—Mira, Mat, estoy cansada —respondió con el deseo de quitárselo de encima. ¿Amigos? Ni de coña—. ¿Qué tal si hablamos otro día? Ya te llamaré.

—No lo harás.

—Bueno, los amigos suelen confiar uno en el otro. Empieza por ahí.

—De acuerdo, esperaré tu llamada —aceptó, pero cuando Mar casi había cerrado la llamó—. Mar... No estás con el madrileño, ¿verdad?

Era el colmo, otro con aquel cuento. Lo miró con una ceja levantada.

—Vale, vale... Con Enric tampoco, ¿no? Porque después de lo que te hizo y que luego te enviaran aquellas fotos, no sé ni cómo lo miras. A mí ni siquiera me hablabas. Pero...

—¿Por qué no te vas a la mierda?

—Lo siento Mar, no quería recordarte malos momentos, pero es que me importas y...

—Adiós, Mat —se despidió y sin darle tiempo a más cerró de un golpe la puerta.

Mat no se daba por vencido. A pesar del portazo en las narices, todavía lo escuchó gritar que esperaba su llamada. «Este tío es tonto». Se internó en el ático a la vez que rumiaba que esperara sentado.

El lunes llegó al despacho temprano, pero no era la primera. Encontró a

Susana en la cocina. Esta la miró pícaro, se levantó y la abrazó contenta.

—Qué bien, Mar. Cómo me alegro de que volváis a estar juntos —señaló con cariño—. No pienso ni preguntarte por Simón. Enric y tú os merecéis esta oportunidad.

—No, Susana —negó cabizbaja—. No es tan sencillo.

Con la confianza que se tenían le contó todo lo ocurrido, sin obviar nada. Susana la escuchó con cara de sorpresa y reproche. El tema del trato fue lo que más la descolocó.

—¿Pero estáis locos? —preguntó ofuscada—. Puedo entenderlo a él, accede a lo que sea porque quiere estar contigo, pero ¿y tú? Mar, eso os va a destruir.

—Lo sé, pero...

—Mira, déjate de peros —exclamó enfadada—. ¿Lo quieres? Te hizo daño, pero es simple. Tienes dos opciones: déjalo y sigue tu vida o acéptalo, vuelve con él y lo perdonas sin tapujos. No se puede perdonar a medias. ¿Sí o no?

—Eso no es todo... me dijo que quiere que me case con él. ¿Te lo puedes creer?

—Pues sí, ya sabía que te lo acabaría pidiendo... ¿Qué le has dicho?

—Que no. Estoy hecha un lío, Susu —respondió con desespero—. Esas fotos me persiguen, no me las quito de la cabeza. Y él está tan arrepentido que verlo, duele. ¿Sabes que creo que duda de verdad de que eso ocurriera? Esto es de locos.

—Yo también —refutó—. Te diré más, y tú lo sabes, esas fotos generan una duda razonable. Vale, parece él, pero también podría ser cualquiera. Y no me digas que no lo has pensado. Estaba tan desesperado cuando te fuiste. Si fuera verdad lo que refleja esa fotografía, en la que aparece con ella, se lo habría confesado a Carlos en algún momento, pero no puede hacerlo.

—Quiero creerle, Susana; sé que lo he perdonado en el fondo de mi corazón, pero las dudas me matan. Si él recordara...

—No sé, Mar. Sabes que te quiero y prometo no cuestionar lo que hagas —murmuró y cogió sus manos—. Te he visto feliz con Enric y sufrir más que

nunca, con él también. Pero no puedes seguir así, tienes que decidirte. Deja de arrancar hojas a la margarita. Es simple, decide: sí o no. Deja de analizarlo todo. Sigue a tu corazón. Creo que hay momentos en la vida que esas decisiones se toman sin pensar.

El teléfono de Susana las interrumpió. Era Carlos, y su amiga se puso a hablar con su marido en un tono meloso y a media voz. Le hizo un gesto de que se marchaba a su despacho y se aplicó en el montón de papeleo que tenía pendiente. Pero por más que lo intentó no pudo deshacerse de sus palabras. Tampoco de las de Enric.

El día transcurrió lento y, cuando terminó su jornada, pensó que una sesión en el gimnasio liberaría la tensión que le oprimía el pecho. Pero se equivocó, cuando salió estaba igual; además de agotada. Revisó mil veces el móvil, consciente e inconscientemente; no tenía ninguna llamada de Enric, ningún mensaje. Por momentos estaba tentada de llamarlo ella; inventaba excusas, pero luego no era capaz de hacerlo. A medida que pasaban los días sentía la casa sola y vacía al llegar, lo buscaba por los rincones. Lo echaba de menos. La situación se le hizo más dura y difícil que cuando estaba en Madrid. Antes de acostarse revisaba de nuevo el teléfono. Cero llamadas, cero mensajes.

El viernes regresó al *gym*, necesitaba desfogarse, quitarse de encima la tensión que le producía no saber de Enric. Hasta creía que había soñado con él todas las noches. Su salud mental se resentía. Lo echaba de menos. Al llegar a casa se desmoronó en el sofá. Quería llamarlo y a la vez se negaba a hacerlo. Por hábito cogió el móvil y al revisar los mensajes se sorprendió. Tenía una llamada perdida de él y un mensaje de hacía veinte minutos.

Enric: Te espero en tu puerta en media hora.

Miró la hora, nerviosa. Tenía unos diez minutos. Contestó un Ok y se dirigió al baño quitándose la ropa por el camino. Fue una carrera contra reloj. Con la respiración acelerada bajó a la calle, justo a la hora. Se había puesto un vestido y con las prisas había olvidado coger una chaqueta. Lo vio llegar

cinco minutos después con el Porsche. Se detuvo frente a ella y entró acariciándose los brazos, había cogido frío.

—¿Dónde vamos? —preguntó intrigada.

—A tomar algo, ¿te parece bien? —contestó serio—. ¿Tienes frío?

—Un poco, he olvidado la chaqueta.

Enric se le acercó, y tras mirarle las piernas cubiertas con unas medias cristal negras, la besó. Tan solo cómo rozó sus labios con los de ella su temperatura corporal subió. Después, conservando una calma que ella había perdido, arrancó el coche y se unió a la circulación.

—Tenía ganas de verte. ¿Qué tal tu semana?

Mar le explicó que había tenido que resolver algunos asuntos pendientes y había visitado la ciudad de la justicia casi todos los días. Él le explicó dos operaciones delicadas que había hecho y que estaba escribiendo un artículo que le habían pedido para una revista médica.

—Eso es fantástico, Enric —lo felicitó contenta—. Espero que me dejes leerlo.

—¿Lo harías? —preguntó sorprendido.

—Por supuesto, ¿lo dudas?

—Bueno, tal vez necesite que alguien me lo corrija... Los acentos y esas cosas —dijo con humor.

Llegaron a la zona de copas del Maremágnun y Enric metió el coche en un *parking*.

Hablaron de muchas cosas y tocaron varios temas: Carlos y Susana, el abuelo, de cosas triviales, menos de ellos. Enric la seducía con la mirada, con la forma en que la rozaba, con algunas indirectas que soltaba. Pero no volvió a besarla. Mar sabía que Enric jugaba con ella; la provocaba y luego la dejaba con ganas.

De regreso al coche se sentía frustrada, pensó que quizás debería tomar la iniciativa y, cuando se iba a meter en el coche, se le puso al lado y le susurró al oído.

—¿Me dejas conducirlo?

—De eso nada, cariño.

—¿Ni siquiera si te compenso?

Él le sonrió de medio lado y la atrajo hacia sí por la cintura. La besó con intensidad y se rozó con ella, la soltó cuando ya sentía que sus piernas eran como la gelatina.

—Si quieres algo, Princesa, vas a tener que pedirlo.

Se molestó. No iba a perder la dignidad y el orgullo. Si él no se había dado por aludido, mejor dejarlo.

—Llévame a casa, por favor. Tengo frío.

Se separó de él con enojo y Enric la sujetó del brazo. No supo cómo, pero la aprisionó contra la carrocería del coche y en un segundo lo tenía dentro. No pensó ni siquiera que alguien pudiera verlos. Lo animó con sus jadeos y su nombre. Al terminar, él la sorprendió con sus palabras.

—Te daré siempre lo que me pidas.

Hicieron el trayecto en silencio, pero las miradas provocadoras que le dedicaba la aturdieron. No dejaba de mirarle las piernas, se le había hecho una carrera bastante grande.

Mar se extrañó de que Enric no se dirigiera al *parking* habitual, cerca del ático, paró frente a su portal. Le dio un sabroso beso que la turbó y se despidió.

—¿No quieres subir? —preguntó esperanzada.

—No, Princesa. Mañana quiero terminar el artículo. Nos llamamos, ¿vale?

Enric no la llamó en toda la semana y de nuevo en viernes esperaba que diera señales de vida. No había dejado de pensar en él. Quizás no se entendían a nivel emocional, pero en el sexo funcionaban a las mil maravillas. Tenía ganas de él.

En el despacho Sonia le insistió en quedar. Sebas tenía guardia y le propuso una salida de chicas. Pensó que era un buen plan alternativo a tirarse en el sofá

y tragarse lo que dieran en la tele, pero quizás Enric le decía alguna cosa. Susana rehusó. Tenía cena familiar en casa de Alicia y ese comentario le hizo más daño del que pensaba. Así que, sin darle más vueltas, aceptó la salida.

Quedaron en el bar Piscalabis, cerca del ático. Al entrar encontraron a la hermana de Sonia que estaba con unos amigos y se unieron al grupo. Era gente más joven, de unos veintitantos, desinhibida y simpática; acabaron con ellos en Luz de Gas. Roger, uno de los chicos, la miraba con ojos tiernos. El pobre no tenía nada que hacer a su lado, pero le gustó sentirlo muy pendiente de ella.

Un mensaje de Susana la dejó preocupada. Un escueto: «No ha venido» le hizo saltar las alarmas. Por unos instantes se autoconvenció de que no le importaba, pero no dejaba de pensar dónde estaría y lo que más daño le hacía: ¿con quién?

Sonia la arrastró con el grupo a la pista y se dejó envolver por la música del momento. Hacía tiempo que no se soltaba así, lo necesitaba; y embrujada por la atmósfera que se había creado, se dejó llevar. Todos los del grupo eran muy divertidos y buenos bailarines, se sintió cómoda. De repente, unas manos se posaron en su cintura. Su cuerpo se puso en alerta, dejó de bailar y se separó de golpe, sobresaltada.

—Me encanta cómo te mueves —le susurró una voz conocida.

—¿Algún problema, amigo? —preguntó Roger, protector.

—Piérdete, colega. No tienes posibilidades.

—Tú sí que no tienes posibilidades, Mat —respondió molesta y con un gesto tranquilizó a Roger—. ¿Qué haces aquí?

—Lo mismo que tú, divertirme —contestó sin inmutarse por su actitud—. Solo he venido a saludarte, me ha llamado la atención verte en la pista, sola.

—No estoy sola, estoy con Sonia, su hermana y unos amigos.

—Bueno, ahora lo sé —reconoció con una sonrisa—. ¿Te apetece una copa? Negó con la cabeza, pero él insistió.

—Es solo una copa, Mar, no te pido que nos casemos.

Mat se rio de su propio comentario y la risa la hizo destensarse. Miró a

Sonia que con un gesto le hizo saber que estaría cerca. Aceptó la copa.

Se acercaron a la barra y Mat pidió un ron con cola para ella y un vodka con naranja para él. Mar no le contradijo que prefería otra cosa, un gin-tonic, por ejemplo. De pronto se arrepintió. No sabía de qué hablar, ni siquiera sabía por qué había aceptado tomar algo con él. Esperó que empezara a decirle lo de siempre: que cuándo iba a salir con él, que no lo había llamado, pero él no le reclamó nada. Se pasó el rato hablándole de un programa informático que estaba diseñando.

—Me parece bien que estés trabajando de nuevo —señaló—. Lo habías dejado de lado.

—Bueno, no tengo muchas otras opciones; algo tenía que hacer en Sant Feliu. —Mar sabía que a Mat no le gustaba estar en su pueblo, además allí estaba la sede de la empresa de su padre y con seguridad lo habría puesto a trabajar—. El domingo me vuelvo. ¿Quieres que vayamos a comer a un japonés, mañana?

—No, Mat, no puedo, tengo planes —mintió, no le apetecía salir con él a ningún lado.

Buscó con la mirada a Sonia, estaba muy pendiente de ella en la distancia. Ella y la hermana le hicieron gestos para que fuera con ellas. Se sonrió y con un ademán les dijo que enseguida lo hacía.

—Bueno, parece que te reclaman. No quiero alejarte de tus amigos, ya nos veremos. —Mat se dio por aludido. Se le acercó con intención de darle un beso, pero ella no estaba receptiva y lo esquivó. Acabó diciéndole adiós con la mano—. Aún espero tu llamada.

Mar pensó que mucho había tardado en reclamarle. Forzó una sonrisa y le dijo que quizás la recibía el día que menos lo esperase. Satisfecho, se alejó de ella.

—Qué casualidad encontrarlo, Mar. ¿Estás bien? —le preguntó Sonia, preocupada—. No me ha gustado que te fueras con él a la barra.

—Ha estado correcto, no me ha incordiado.

—¿Y con quién estaba?

—No lo sé, supongo que con algún amigo o una chica que no ha querido que viera.

Decidió olvidarse de Mat y regresó a la zona de baile donde, con el resto del grupo, lo dio todo en la pista.

Cuando se metió en la cama, por costumbre, miró el móvil. La sorprendió encontrar dos llamadas perdidas de Enric y un mensaje en el que le decía que la esperaba en su casa, de hacía unas horas. Dudó en contestarle, pero al final lo hizo. Se excusó con la salida de chicas.

Mar: No había visto tu mensaje. Acabo de meterme en la cama, he salido con Sonia a tomar unas copas.

Recibió la respuesta de forma casi inmediata.

Enric: Es en mi cama donde quiero que estés. Desnuda y encima de mí. Ven.

Pensó que estaba loca, o que se había vuelto ninfómana, cuando paró un taxi a las tres de la madrugada. Si Enric tenía ganas de guerra ella se la iba a dar.

Una hora y media después estaba de regreso en otro taxi. Satisfecha y exhausta por el polvo de madrugada.

Dos semanas después Mar estaba de los nervios sin noticias de Enric. Desde aquella madrugada no había vuelto a saber de él. Le había dado bastantes vueltas a aquel encuentro. Había sido muy salvaje y se estremecía cada vez que lo evocaba. Tenía ganas de él, necesitaba verlo, escucharlo; y sin darle demasiadas vueltas, lo llamó.

—Hola, ¿qué tal? —contestó despreocupado.

—Enric...—Se quedó sin saber qué decirle.

—¿Quieres follar? —preguntó y aquellas palabras, cómo las dijo, la golpearon. Parecía que no se olvidada del trato.

—Quería oír tu voz. —Si él podía ella también, se dijo—. Pero... ¿Vienes?

—Dame veinte minutos. —Cortó la llamada.

Se quedó con la vista clavada en el teléfono. Aquello no iba bien. Corrió al baño para darse una ducha rápida, se echó su perfume favorito y se colocó un camisón largo. Mientras esperaba fue a la cocina a por una botella de vino, pero antes de que pudiera abrirla picaron a la puerta. Se sobresaltó. Enric conservaba sus llaves y temió que no fuera él. Echó un vistazo por la mirilla y lo vio cabizbajo. El corazón le dio un vuelco. Abrió y él entró con una sonrisa.

—¡Vaya recibimiento! —exclamó y le dio un beso en la mejilla, después con lascivia paseó sus ojos por su cuerpo—. Recuerdo bien ese camisón.

—¿Quieres tomar algo? —ofreció Mar.

—Ya sabes a qué vengo —respondió serio. Mar tuvo la impresión de que tenía prisa. Se olvidó del vino y se dejó llevar de la mano hacia el interior del ático—. Vamos.

No llegaron muy lejos, la abordó en mitad del pasillo. La aprisionó contra la pared y se apoderó de sus labios, a la vez que masajeaba sus pechos y apretaba los picos que se le habían endurecido. De repente notó un tirón y sintió que había desgarrado la prenda y su boca se apoderaba de un seno.

—Enric...

—Me estás volviendo loco —confesó sin mirarla. Terminó de rasgar el camisón y lo dejó caer al suelo destrozado—. ¿Esto es lo que quieres de mí?

—Vamos a la cama, por favor —suplicó.

Enric llevó su mano a su sexo y tanteó su entrada. Sus dedos expertos no tardaron en provocarle un placer exquisito.

—Enric... ¡Enric, por Dios!

La subió a sus caderas y se introdujo en ella con fuerza. Mar se sujetó a sus hombros y sintió el ímpetu de su agarre. Cómo entraba y salía de ella, con la cabeza enterrada en su hombro o buscando sus labios con furia.

Cuando estallaron y la dejó en el suelo no supo si habían hecho el amor, follado o aquello había sido un polvo de despecho. Él se metió en el baño y,

cuando salió, Mar ya tenía una bata puesta. No intercambiaron muchas más palabras. Se marchó tan rápido como había llegado.

Durante días, Mar, no supo de Enric. El patrón volvía a repetirse. El silencio le dolía, pero empezaba a pensar que era lo mejor para los dos. Se estaban haciendo daño y ella se sentía fatal cuando él se marchaba.

El domingo, después de hablar con las abuelas y mientras navegaba por las redes sociales donde había subido algunas fotos, recibió un mensaje:

Enric: Te recojo en una hora.

Decidida a cortar la situación y, con un nudo en la garganta, buscó su teléfono en favoritos y lo llamó. Ni siquiera le dio tiempo a hablar tras el saludo.

—No vengas, Enric. Esto se nos va de las manos.

—Princesa, pretendo invitarte al cine. —Hizo un silencio y añadió—: Estás en el manos libres. Voy en el coche con el abuelo.

Mar quiso que la tierra se la tragara cuando escuchó a Arturo saludarla. Intercambió con él algunas frases amables y al final se dirigió a Enric.

—Vale, te espero abajo.

Se arregló con calma y eligió muy bien lo que iba a ponerse. Eligió unos pantalones de pitillo negro y un jersey de cuello en barco. Las abuelas eran sabias, así quizás no se le caían las bragas, se burló de sí misma.

Lo vio llegar con el Audi y el corazón le dio un brinco. Al entrar al coche, él arrancó con rapidez.

—Estás muy guapa, hoy.

—¿Solo hoy? —preguntó con una mueca en las cejas.

—Hoy lo estás especialmente, porque sé que te has vestido así para mí —contestó ufano—. También sé que debajo de eso vas de rosa. ¿Me equivoco?

—No pienso decírtelo, te estás volviendo muy creído.

—¿Si quieres apostamos...? Pero ya se verá, la expectación es parte del

juego, Princesa.

Llegaron al cine y escogieron la película. Para su sorpresa había poca gente, Mar pensó que sería porque era la primera sesión de la tarde. Estaban solos en la fila. Cuando se apagaron las luces, Enric la cogió de la mano y le susurró al oído:

—Tenía ganas de tenerte así.

—¿Así? En un cine casi desierto —se burló—. Si ni siquiera meterse mano tiene aliciente.

Quiso provocarlo y lo acarició despacio.

—No juegues —susurró y agarró su mano—. Quiero disfrutar de tu compañía, que veas que podemos compartir más cosas. Sin sexo de por medio.

Por un segundo, Mar se sintió coartada. ¿La rechazaba? Pero al recapacitar en sus palabras sintió que él pretendía decirle algo. Pensó que era muy romántico estar cogidos de la mano.

—Veamos la película, Casanova.

Dos horas y media después estaban comiendo una hamburguesa y reían contándose cosas de otras épocas. Al moverse, el cuello del jersey de Mar dejó su hombro al descubierto. Enric daba un mordisco a su hamburguesa y levantó las cejas en una expresión exagerada que la hizo reír.

—¿Qué pasa? —preguntó divertida.

—¡Ajá! —Estiró su brazo y cogió la tira de su sujetador con burla—. Lo sabía... Rosa... Rosa fuerte.

Se incorporó y, sin soltar la tira, se inclinó sobre ella, ahuecó el jersey y miró dentro con descaro.

—Como siempre, perfectas —soltó la cinta y la besó en los labios.

—Contrólate, Casanova, que estamos en un sitio público.

—Contrólate tú y no me provoques.

Distendidos y divertidos el uno con el otro, pasaron un buen rato. Si alguien los hubiera mirado de lejos habría dicho que ninguna fisura había ente los dos. Era la perfecta pareja de enamorados.

Mar estaba muy a gusto con aquel Enric, tranquilo y jovial. Recordó el tema de su artículo y se interesó por él.

—¿Escribiste el artículo para la revista?

—Pensé que no te acordarías —contestó e introdujo la mano en el bolsillo interior de su americana—. Lo he traído.

Enric le mostró unos papeles y se los entregó. Luego, como si se arrepintiera o vacilara, cuando ella alisó las hojas y se dispuso a leerlas, replicó:

—Mar, si no te apetece no es necesario.

—Ya sé que no es necesario, pero me gustaría hacerlo.

Mar lo observó a ratos, por el rabillo del ojo, mientras leía. Lo vio nervioso, como si estuviera en un examen a la espera de la valoración. No entendía muchas cosas de las que hablaba, conceptos y palabrería técnica, pero escribía bien. Iba al grano, pero para ella, que era profana en la medicina, le pareció que quizás debería poner en situación al lector; más que nada para entender el porqué de la cirugía que describía. Se tomó su tiempo en leer, cuando acabó lo encontró mirándola con fijeza a la espera de su veredicto.

—¿Qué te ha parecido? ¿Se entiende?

—¿Cuál es el público de esa revista?

—Sobre todo profesionales, es una revista científica, aunque suele estar en la sala de espera de muchas clínicas —explicó, pero se le veía nervioso.

—Me gusta cómo escribes, me he sorprendido. —Le costó darle su opinión, no quería molestarlo y ¿si era de los que no aceptaban las críticas?—. Tal vez deberías explicar por qué alguien puede hacerse ese tipo de cirugía y, quizás, incluir títulos a pequeños apartados. Creo... creo que deberías alargarlo más, es corto.

La miró pensativo, en silencio mientras ella evaluaba su rostro por si se había molestado.

—¿De verdad crees que es corto? —preguntó al fin.

—Un poco ¿lo acompañarás de alguna fotografía?

—No lo había pensado, pero es una buena idea, así se entendería mejor. — Sonrió, y Mar se relajó—. Mi primer borrador era más largo, pensé que debería acortar.

—¿Has mirado otros artículos de esa revista? —sugirió—. Te ayudaría a hacerte una idea de cómo enfocar y diseñar tu texto.

—Se te da bien esto, me has dado buenas ideas, las seguiré —agradeció a la vez que daba un último trago a su cerveza.

—Escribo muchos informes y reviso bastante mi estilo —contestó y también le dio un trago a su bebida, una Coca-Cola Zero—. También deberías revisar el orden de las ideas que expones.

—No te cortes —dijo Enric con sarcasmo, apoyado en el respaldo de su silla—. Ahora machácame y dime qué debo corregir.

Durante un buen rato, Mar le indicó sugerencias, señaló palabras que repetía en párrafos sucesivos o las ideas que reiteraban el mismo mensaje. Enric, aplicado, tomó notas en el margen del documento, hizo flechas que cambiaban el orden de algunas frases para mover párrafos y Mar lo observó satisfecho con lo que le decía. Al final se guardó las hojas de nuevo en el bolsillo interior de la chaqueta y le dio pequeños golpecitos, como si lo que atesoraba fuera algo bueno, y concluyó el tema con un punto de humor. Después le propuso dar un paseo.

Con naturalidad, Enric posó su brazo sobre los hombros de Mar y ella se sintió reconfortada, paseaban como lo hacían cuando sí eran pareja, cuando sí estaban juntos. No quiso decirle a Enric nada que entorpeciera aquel instante y lo escuchó en su diatriba. Le hablaba del abuelo, había estado unos días con él en su casa; también le comentó que quizás se marchaba de viaje. Un amigo le había propuesto ir a Las Vegas en sus vacaciones y era una buena oportunidad. Mar sabía que era un viaje soñado por él, desde hacía tiempo quería ir a la costa oeste americana y se sintió inquieta al pensar que, aunque faltaban unos meses, se quedaría sola. Fue un pensamiento egoísta. Ni siquiera se dio cuenta de que le reclamaba hasta que se escuchó.

—¿Pero tú y yo no teníamos un viaje programado este verano si estábamos solos?

Aludir a algo que habían hablado con humor la primera noche en la que estuvieron juntos, en la boda de Susana y Carlos, la hizo sonrojarse. Él se detuvo y la obligó a pararse también. Durante un largo segundo Enric la miró a los ojos, no era capaz de descifrar sus facciones, cuando él puso una mano en su mejilla supo que iba a decirle lo que pensaba.

—Princesa, nada desearía más que irme contigo al fin del mundo, pero no lo resistiré. ¿Lo entiendes?

Mar no fue capaz de responder. Esbozó una sonrisa triste y se sintió culpable. Lo besó en los labios y él la atrajo hacia él y la abrazó. Fue un abrazo de dos amigos que se querían, pero estaban resignados a una situación. Sintió remordimientos por ser ella la que se resistía a que las cosas fueran de otra manera. Durante unos segundos estuvieron así, abrazados, ajenos al mundo que los rodeaba. Cuando se separaron, se sonrieron tímidos y ella le propuso que la llevara a casa.

Capítulo 16

Mar estaba hecha un lío. No entendía cómo podía recibir a Enric en su cama cada noche. Aparecía melancólico y taciturno y se iba de igual modo, dejándola satisfecha y con un regusto amargo.

No comprendía sus dudas. ¿Cómo era posible que pudiera perderse en sus brazos, en su piel y luego su mente rechazar lo que hizo y reafirmar el muro que los separaba? ¿Es que Enric se había convertido solo en una cuestión sexual? No, aquello se había convertido en una locura. Ninguno lo decía, apenas hablaban, pero se hacían daño. Se utilizaban, el uno al otro, para saciar sus impulsos más primarios; sin darse cuenta de que así destrozaban el amor que se tuvieron. El recuerdo de lo que fueron. ¿Dónde iba a llevarlos semejante desatino?

Mar no contó con algunas cosas. De repente el vacío se instaló en su pecho. Enric había desaparecido. Dejó de acudir en mitad de la noche, dejó de sonar su móvil con la alarma de un mensaje, dejó de responder sus *whatsapps*. Parecía que se lo había tragado la tierra y nadie le daba razón de él. Susana y Carlos le advirtieron de que necesitaba espacio, pero empezó a sentir la zozobra de la pérdida.

Sin darse cuenta su vida se detuvo, y actuaba como si estuviera monitorizada por un ente externo. Iba de casa al trabajo y del trabajo a casa; alguna tarde pasaba por el gimnasio, pero no salía de la rutina que se había autoimpuesto. Se sentía culpable, pero también furiosa. En un arrebató, molesta y frustrada

por su silencio, le había escrito que no lo llamaría ni le enviaría ningún mensaje más, y no lo había hecho. Solo ella sabía lo que le había costado cumplir su promesa. La primera semana sin saber de él, pensó que la evitaba, quizás la castigaba de forma inconsciente. Habían tenido varios encuentros sexuales, muy satisfactorios y muy autodestructivos. Ambos se habían reclamado en pos de aquel trato que habían hecho. También habían salido sin que el sexo mediara entre ellos, aunque había sido una única vez, sus instintos no entendían de treguas; sin embargo, lo habían superado con nota. No entendía por qué la esquivaba entonces. La segunda semana creyó que Enric no le decía nada porque ella tampoco lo había llamado. Aunque también podía ser que intentara rehacer su vida y por eso ponía distancia con ella. Se sintió dolida por su mutismo. La tercera semana se le hizo insoportable. No sabía ni cómo había pasado los días, se iba a volver loca. Pero la cuarta semana sin saber de Enric, todo un mes sin noticias, la tenía desesperada. Los remordimientos la perturbaban, no sabía si su conducta era correcta o no. Se consumía al pensar que Enric se alejaba de ella, lo sentía suyo, aunque no pudiera regresar con él.

La confundían sus sentimientos tan contradictorios.

Miró el teléfono, quería llamarlo, escuchar su voz, decirle que quería verlo, que necesitaba verlo, besarlo, que la rodeara con sus brazos y le hiciera el amor. Tierno, salvaje, como él quisiera. Temía que se fuera con otra, que otra lograra conquistarlo, que recurriera al antiguo Enric y sus adicciones. Quería decirle que no estuviera con ninguna otra mujer, que solo podía quererla a ella. Un miedo aterrador la invadió al pensar que podían quitárselo. La desesperación ganaba terreno. Quería decirle todas esas cosas; no, se engañaba; necesitaba decírselas, necesitaba pedirselo. Pedirle que no quisiera a otra más que a ella. Rogarle que la llevara con él a su pedacito de cielo. Quería confesarle que era suya y que él siempre sería de ella. Que eran almas gemelas. Pero no podía, no tenía derecho a pedirle, a decirle nada de todo aquello. Ella lo había abandonado. Se convenció de que en aquel tiempo de

silencio él habría rehecho su vida.

La punzada de dolor fue intensa, pero tuvo que recordarse por qué había roto con él. La había engañado y no era capaz de soportar el miedo que le producía que volviera a hacerlo; en el fondo, quizás, no lo había perdonado. Pero la herida de su ausencia chocaba con la realidad de unas fotos que se le imponían y le quitaban el impulso de llamarlo y buscarlo.

Tenía que resetear su mente, si no lo hacía le iba a salir una úlcera en el estómago. Se llevó trabajo a casa; la esperaba un largo fin de semana y creía que, si se mantenía ocupada, pensaría menos en él; pero el informe con el que había iniciado su tarea se le había atravesado. El sonido de un mensaje la paralizó. Agarró el teléfono, emocionada, pero tras leerlo tiró el móvil a la esquina del sofá. Era Mat; insistía, cada dos o tres días, en quedar. No se daba cuenta de que ella lo evitaba, que no quería verlo. Tenía la esperanza de habérselo quitado de encima cuando, hacía unos días, le había dicho que no quería salir con él. Pero era persistente. Si no le escribía, se lo encontraba donde menos lo esperaba. Estaba más pendiente de ella ahora que cuando eran pareja. Era agotador y se sentía agobiada de tanta atención.

Con apatía, fue a la cocina y se preparó un sándwich, se lo comió sin hambre. El timbre del teléfono la sobresaltó, el corazón se le encogió. Salió desesperada a cogerlo. Por el tono supo que era Enric.

—Hola, Enric.

—Hola.

Su voz, casi un susurro, la sacudió; se apreciaba triste. Quiso reclamarle su ausencia, pero no lo hizo. La había llamado y eso la compensaba.

—¿Estás bien?

—Ahora sí, ¿qué haces?

—Estoy liada con un informe. ¿Y tú?

—Vengo del gimnasio. Te... ¿Te apetece salir a cenar?

—Ya he cenado, Enric —contestó, su voz seguía apagada—. ¿De verdad estás bien?

—Ah... Han pasado muchos días... Dijiste que no me llamarías. Has cumplido tu palabra. Eres más fuerte que yo. He intentado seguir con mi vida, pero no puedo, Mar, te necesito. Te echo de menos. ¿Tú no?

—Sí... yo también, no puedo mentirte.

—¿Qué estamos haciendo entonces? ¿Por qué no vienes? —preguntó vacilante.

—Ya sabes cómo acabaremos y después vendrá el dolor.

—No tiene por qué, Mar —refutó más animado—. Quiero verte, estar contigo. Seguro que podemos estar juntos, ver una película y charlar como dos amigos, nada más. Ya hemos dado ese paso.

—Enric... No creo que sea buena idea.

—¿No quieres venir?... —inquirió y su voz se fue apagando—. Puedo ir yo.

—No, Enric... Creo que...

—Está bien, no te insistiré más —afirmó firme y la sorprendió—. Pero, Mar, quiero que sepas que no puedo seguir así. Yo... yo no voy a volver a insistir. Necesito poner distancia, recuperar mi vida... Ya nos veremos por ahí... Adiós, Mar.

La llamada se cortó.

Durante un largo minuto, Mar se quedó pasmada. Como si hubiera tenido un cortocircuito. No supo cómo reaccionar y, como un autómata, llamó a la única persona que podía darle el consuelo que necesitaba.

—Susana... —Rompió a llorar.

—Soy Carlos, Mar, Susi duerme en el sofá; espera que la despierto.

—No, no lo hagas. —Se sorbió las lágrimas e intentó disimular—. No importa, ya la llamaré mañana.

—Mar... Perdona que me meta —murmuró con vacilación—. ¿Estás así por Enric?

—Sí —afirmó sin poder contener el llanto—, me... me ha dicho adiós.

—Él también está mal, os estáis haciendo daño y no puede más, se va a volver loco si sigue así. ¿Tú lo quieres?

—Sí, mucho, pero... pero no sé qué me pasa.

—¡Déjate de peros! Si lo quieres búscalo... No pienses en el dolor, ni en si lo que pasó fue cierto o no. Enric no es Mat —la regañó. Carlos nunca le había dicho nada y notar su exasperación la sorprendió. Dejó de llorar al escuchar su voz más serena—. Piensa en cómo estás, ¿eso no te da una pista? Sabes que nunca te dije nada sobre Mat, hiciste bien en dejarlo y no volver. No eras ni la mitad de feliz que un solo día con Enric y tú lo sabes. Él está destrozado sin ti y yo nunca lo he visto así por nadie. Mar, él nunca ha querido a nadie en su vida, huía de los compromisos y ataduras y contigo lo quiere todo. Tú llegaste y le pusiste su mundo del revés. ¿Cómo crees que se jugaría eso por el polvo de una noche? Pero ¿sabes? Por muy hundido que esté ahora se recuperará y lo habrás perdido. Perdona, Mar, no quiero ofenderte, pero si lo quieres te aconsejo que vayas por él. Lo demás podréis resolverlo.

—Yo ya lo perdoné, Carlos —se justificó.

—Entonces, ¿a qué esperas? Creo que os buscáis porque es la forma que encontráis para que la angustia ceda. Simplemente sois felices, juntos. Mira, Mar, creo que sabes qué hacer... Dale la alegría de su vida y deja de sufrir; tú también te mereces ser feliz. Y ahora te dejo, que mi princesa se va a despertar y me va a pillar de celestino. —Carlos soltó una carcajada y se despidió con un beso.

Al cortar la llamada, se quedó pensativa. Carlos no le había dicho nada que no supiera, pero la vehemencia de sus palabras la había asombrado. Y lo supo. Supo qué tenía que hacer con una clarividencia como antes no había tenido. Salió disparada hacia el baño y en pocos minutos estaba vestida y perfumada, con el corazón agitado y la mente ilusionada.

Pensar que Enric pudiera seguir adelante, sin que ella estuviera en su vida, era una idea que no podía concebir. No le gustaba la chica en la que se estaba convirtiendo: taciturna y ansiosa; en cambio, la Mar que él despertaba le gustaba mucho. La chica atrevida que se vestía para él y lo provocaba con pequeñas cosas. Como el rosa en su ropa interior.

Podía vivir con lo que había pasado, pero no podía vivir sin él. Sonrió a su imagen reflejada en el espejo. Iba perfecta para busca a su amor.

Si hubiera sido de esas personas que se mordían las uñas, en aquel momento se las habría mordido, hasta la primera falange del dedo. Mientras esperaba en la puerta de la casa de Enric a que le abriera, sintió que el corazón se le iba a salir por la boca y la emoción creció en su pecho sin poder controlarla. De pronto ya no se sentía tan segura. Temió que no estuviera, que se hubiera marchado porque la soledad se le hacía insoportable. No le sería difícil encontrar compañía. La pena la embargó cuando se le cruzó por la mente una de las frases que le había dicho: «He intentado seguir con mi vida», pero lo que más daño le hacía era su «Adiós, Mar». Volvió a picar al timbre, con mayor insistencia.

La puerta se abrió despacio y, tras ella, Enric, perplejo, la miró sobrecogido. Mar no le dio tiempo a decir nada, se lanzó a sus brazos y, para su sorpresa, se deshizo en lágrimas.

—¡Pero...! —Enric la acogió y la pegó a su pecho. Con la voz teñida de preocupación le preguntó—: ¿Qué te ocurre, Mar?

—Es que... —No era capaz de hablar, le faltaba el aire. Enric dio un portazo para no soltarla y anduvo unos pasos con ella enganchada.

—Por favor, no me tengas así, dime qué te pasa.

—No puedo, no puedo más. —Sollozó sin poder detener el llanto.

Escondida en la seguridad de sus brazos, Mar notó como él la acunaba a la vez que besaba su cabeza. Aspiró su aroma, reconocería aquel olor en cualquier lugar y se dejó embriagar por él. No hubo un «te quiero», ni un «lo siento», ni siquiera palabras que enturbiaran aquel momento. Solo el abrazo fuerte y largo de Enric. Sus cuerpos, pegados el uno al otro, se lo decían todo. Poco a poco la cadencia de su corazón la tranquilizó. Al abrir los ojos se vio reflejada en un espejo que decoraba el recibidor, protegida entre sus brazos. No existía un lugar mejor.

Con timidez se enjugó las lágrimas y lo miró.

—¿Vas a decirme ahora qué te pasa? —preguntó calmado y sereno—. Ven.

Enric tiró de su mano y la llevó al salón. Le retiró la chaqueta y, junto al bolso, la dejó sobre una mesa. Luego le pidió que se sentara a su lado, en el sofá.

—¿Te apetece tomar algo?

Mar negó con la cabeza como si fuera una niña, los ojos expectantes de Enric le pedían que hablara, pero no sabía por dónde empezar.

—Creí... empecé a pensar que podías rehacer tu vida sin mí y... y me dolió.

—¿Te dolió? Eso es bueno para mí. —Sonrió pícaro—. Aunque... no puedo. Y te juro que lo he intentado —añadió arrepentido—. Pero no lo consigo. Me has dejado inútil para ir con cualquier mujer. —La miró de frente y continuó sin chispa de humor—. No soy capaz porque no puedo olvidarte, ni superar lo nuestro. He tratado de dejarte espacio, pero me duele pensar que, así, permito que te alejes. No quiero. Tampoco quiero seguir con nuestro trato, me hace demasiado daño. Quiéreme o déjame, Mar, pero no puedo seguir así. Por eso, antes, te he dicho adiós. Si no puedes estar conmigo, me resignaré. No te molestaré más, pero... Pero si has cambiado de opinión, no pienso dejar que te vayas esta noche... ¿Por qué has venido, Mar?

Enric la observó con tensión; su cara reflejaba el miedo que le daba la respuesta. Cogió sus manos, las soltó, parecía que se debatía entre sus pensamientos, a la espera de que ella dijera algo. Sin embargo, Mar solo era capaz de sostener su mirada.

—Voy a morirme si no vuelves conmigo —suplicó Enric y luego se justificó—. He dejado de operar, no me concentro. No soy capaz de tener solamente sexo contigo, yo quiero más. Quiero acurrucarme contigo en el sofá, preparar la cena junto a ti, cuidarte y que me cuides. Me encanta el sexo que tenemos... pero después de las últimas veces me he quedado hecho polvo. —Le acarició la cara y con el pulgar le retiró una lágrima, ella fue a decir algo, pero él la cortó con un susurro—. No digas nada... No quiero que se nos rompa este

momento con algo que no quiero escuchar.

—He venido a buscarte —intervino mirándolo con fijeza a los ojos. Al verse en ellos pudo ver cómo brillaron al escuchar sus palabras; pero los cerró por un instante y dejó escapar un suspiro—. Yo tampoco puedo vivir sin ti.

—No sabes... No tienes ni idea de lo que significa eso para mí. Nunca he querido a nadie como te quiero a ti, Mar. Te juro que yo no...

Mar tapó sus labios con dos dedos. Quería olvidar lo que pasó, empezar de cero.

—Ya tendremos tiempo de hablar... Pero no ahora. Ahora solo me importas tú.

—¿Es de verdad, Princesa? —preguntó con tensión en la voz, como si no acabara de creérselo—. ¿No dirás después que no, que no confías? No voy a soportar que vuelvas a alejarte. Porque haces eso, te acercas, te alejas. No voy a resistirlo.

—Te quiero, Enric.

Enric le acarició la cara con ternura, como si temiera dañarla, y ella se reclinó sobre su palma. El brillo que vio en sus iris debía ser igual que el que notaba en los suyos. Les costaba contener las lágrimas. Mar pensó con rapidez algo ocurrente que decir para romper la sensiblería y tensión del momento.

—Antes me has invitado a ver una película, ¿tienes palomitas?

—Tengo algunas de estreno que no he visto, o ¿prefieres ver Netflix? —preguntó sonriente—. Pero no tengo palomitas, solo un millón de besos guardados para ti.

—Pues dame uno rápido porque voy a empezar a llorar de nuevo.

Mar sintió que aquel beso era el más tierno que le habían dado nunca. Sonrieron como dos tontos al separarse. Dos tontos enamorados.

Se despertó desorientada, por un instante no supo dónde estaba, pero poco a poco fue consciente de que se encontraba en la cama con Enric. Él descansaba

a su lado, tranquilo. No quería despertarlo, se movió sigilosa y se levantó para ir al baño. Mientras se aseaba se miró al espejo. Las imágenes de la noche pasada la sobrecogieron. Hacer el amor con Enric siempre era apasionante. Lo habían hecho tan tierno y despacio que creyó morir de amor. A su mente acudieron los recuerdos de las palabras dichas, casi atropelladas, de ambos: las disculpas, los «lo siento», el «ya no importa qué pasó», las lágrimas, la angustia, el dolor; su propia necesidad por Enric, la que él mismo le demostró. Los «te quiero» y las frases de cariño. El miedo al «no volverá», a la ausencia y «al me olvidará». Sus encuentros furtivos y el loco acuerdo de un trato. Hablaron de todo. De Madrid, de sus viajes, de Simón, de Beth, de Mat. De sus huidas hacia delante, del mal humor de Enric y su desesperación porque no podía tenerla ni explicarse qué pasó. Las dudas de ella, sus porqués, su sentimiento de humillación. Otra vez las lágrimas y después... Después las risas, el consejo de Carlos, el «no puedo vivir sin ti», el deseo del «ven a mí» y la decisión firme de ir, la alegría de encontrarla tras la puerta... Hicieron planes y construyeron proyectos de una vida juntos, sin fisuras. La madrugada los atrapó conversando y lo último que le escuchó, acurrucada en sus brazos, fue «duerme, Princesa», que le sanó por completo el alma.

Entró en el salón y encontró sus ropas esparcidas por el suelo. Las recogió y se colocó la camisa de Enric, abrochó los botones centrales y fue a la cocina. Quería prepararle un buen desayuno.

Cuando ya lo tenía listo en una bandeja, para llevárselo a la cama, se dio cuenta de que le faltaba la mermelada para las tostadas. Enric era goloso y la buscó en la nevera, pero entonces lo escuchó entrar.

—Buenos días, Princesa. —La voz que sonó no era la que esperaba. Cerró el frigorífico con la cadera y lo enfrentó—. Qué alegría encontrarte aquí.

—Ar-Arturo —titubeó avergonzada. Trató de tirar de los faldones de la camisa.

El abuelo se le acercó y le dio un beso en la frente. Supuso que su cara era de espanto, pero él se echó a reír y se relajó.

—Mar, tranquila... vas mínimamente vestida, pero bien tapada.

—Yo... Arturo... Buenos días. —Esbozó una sonrisa forzada.

—¿Enric?

—Duerme... preparaba el desayuno. ¿Quieres café?

—No, hija, yo desayuné hace rato.

—Perdona... pensarás que soy...

—Princesa. Lo que yo piense no importa —comentó el abuelo con cariño y se sentó a la mesa donde descansaba la bandeja preparada, ella lo imitó—. Además, me gusta encontrarte aquí. Significa que... Verás, te dije que nunca me metería en tu vida, sabes que te aprecio y nada me gustaría más que formases parte de la familia. Mi chico te quiere con locura, pero me preocupa. Está enfadado con el mundo, se gasta un carácter insoportable y no rinde en el trabajo. No sé si habéis vuelto porque te ha reconquistado o si solo es un rato loco, de esos vuestros. Pero, no te ofendas, Mar, si no vas a volver con él, déjalo. Lo pasará mal, pero algún día lo superará. Así, ninguno de los dos podréis hacerlo.

—Nosotros...

—Cariño... ¿dónde te has metido? —gritó Enric desde algún lugar y Mar solo deseó que se hubiera puesto unos pantalones.

Cuando lo vio entrar con un pantalón de pijama a rayas y una camiseta, respiró aliviada. Iba descalzo, como siempre. Los miró con sorpresa y se sentó con ellos a la mesa.

—Abuelo. ¿Tú por aquí?

Sin más preámbulos se acercó a ella y le plantó un beso en los labios. Mar sintió que las mejillas le ardían y se resignó al deducir que estaría colorada como la grana.

—Venía a verte... Te he traído aquello de lo que hablamos, pero ya veo que estás bien acompañado.

Enric sonrió feliz. Mar quiso escabullirse, dejarlos hablar de sus cosas y poder esconderse bajo las sábanas o la cama, tanto le daba. Sin embargo,

observó a Enric untar una de las tostadas con mantequilla y mermelada, con una naturalidad pasmosa, añadir azúcar a su café y darle un sorbo.

—Tómate el café con leche, se te va a enfriar —señaló Enric y le pasó la tostada que acababa de preparar y cogió otra para repetir el proceso.

Mar aceptó que era la situación más embarazosa que había vivido. No fue capaz de participar en la conversación; durante un rato los observó como si fuera una espectadora. Arturo, como si se hubiera despistado, mostró a Enric una bolsa de Nespresso que había dejado sobre la encimera y lo apremió a mirarla. Este se levantó y comprobó su contenido y le dijo que más tarde la revisaría. Al regresar a su asiento, tomó de nuevo su tostada y la mordió a la vez que apoyaba su otra mano en el muslo de Mar, por debajo de la mesa, y la acariciaba. Ella quiso morir, casi se atragantó con el sorbo de su café con leche y tosió en un intento de súplica; lo miró con disimulo y una sonrisa tensa. Enric no podía hacerle aquello, provocarla así. No llevaba ropa interior y estaba segura de que él lo sabía.

—¿Y vosotros qué tal? ¿Qué planes tenéis? —preguntó el abuelo ajeno al torbellino de emociones de Mar—. Bueno, me refiero a qué vais a hacer hoy.

—¿No te ha dicho Mar? —inquirió Enric. La miró amoroso y pasó su brazo por su hombro acercándola a él. Ella aprovechó la coyuntura para agarrar su mano y evitar que volviera a posarla donde no tocaba en aquel momento y lo escuchó añadir orgulloso—: Hemos vuelto.

Se sonrió avergonzada y aceptó el beso en los labios que le regaló Enric.

—¡Eso está muy bien! Felicidades —exclamó Arturo—. Y yo tan bocazas. Discúlpame.

—No pasa nada. No has dicho nada que no fuera cierto —respondió sincera—. Pero no puedo negarlo, lo quiero y me ha conquistado. —Sonrió al hacer referencia a las palabras que un rato antes el abuelo había pronunciado y añadió con humor—: Tiene una labia...

—En eso se parece a mí —señaló Arturo, orgulloso—. A la mujer de uno hay que decirle cosas bonitas y consentirla.

—Perdonad, estoy aquí. ¿Me he perdido algo? —preguntó Enric, pero al ver que ninguno le respondía, continuó—: Aún tenemos que decidir algunas cosas, ¿verdad, Princesa? Así que eso es lo que haremos hoy.

—¿Y cuándo os casáis? —quiso saber Arturo.

Mar volvió a atragantarse, pero esta vez con su propia saliva.

—¡Abuelo! Que la asustas —bromeó Enric.

—Las cosas hay que hacerlas bien —refutó Arturo—. Cuando conocí a tu abuela ella tenía otro pretendiente, pero no la cuidaba como se merecía; así que le hice mi propuesta. Le dije que iba a morirme si no estaba conmigo. Y eso la convenció. Por eso, hijo, haz tu propuesta y no dejes que esta chica se te escape.

—Con que morirse, ¿eh? —murmuró Mar entre risas al recordar que algo similar le había dicho Enric. Lo miró con un mohín y él se encogió de hombros antes de lanzarle un beso—. Bueno, yo no pienso escaparme, pero tampoco tenemos prisa.

—Hacedlo a vuestro ritmo, pero yo quiero una boda —sentenció—. Y ahora me voy que tenéis cosas que preparar.

Arturo se levantó y, antes de salir, les contó que había quedado a comer con Carlos y Susana y aun tenía que ver a un amigo. Besó a Mar con afecto y le dio un pellizquito en la mejilla acompañado de un guiño. Ella se colgó en sus hombros y le dio un fuerte abrazo. Enric cogió la bolsa con su contenido y acompañó al abuelo hasta la puerta. Mar se sonrió satisfecha y se dispuso a recoger el desayuno. Se sentía feliz, más feliz que nunca.

Guardaba las tazas en el armario cuando Enric entró en la cocina, se colocó a su espalda y apoyó la barbilla en su hombro.

—Nena, qué mal rato he pasado —comentó al poner las manos en su cintura.

—Sí, tu abuelo no es muy sutil. Qué rápido va. ¡Una boda! —exclamó con un aspaviento, pero dio un respingo al notar la mano de Enric que incursionaba bajo la prenda que vestía y empezaba a estimularla.

—No me refiero a eso, sino a que me di cuenta de que no llevabas nada

debajo de mi camisa y solo te imaginaba encima de la mesa y tus piernas enrolladas en mis caderas.

—Ah, ¿sí? Pues será mejor que saques tus manos de ahí y vayas a hacer la cama.

—Se me da mejor deshacerla —bromeó—. Pero la haré si te duchas conmigo.

Fue una ducha muy reconfortante. Al salir, con una toalla alrededor de su cuerpo, se peinó frente al espejo mientras Enric la observaba.

—No pienso hacer la cama, estás tardando.

—Me gusta mirarte.

—¿Tienes un secador? Y, ya puestos: ¿crema hidratante? Tengo que ponerme protección.

Enric se encogió de hombros con una mueca de negación.

—Va a ser que no. Vamos a tener que adaptarnos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó mientras trató de quitar el exceso de agua del pelo con una toalla, iba a tener que dejarlo secar al aire.

—Bueno, que en tu casa tienes de todo y aquí solo me tienes a mí. —Arqueó las cejas como si fuera una obviedad—. Pero te prometo que de esta tarde no pasa y me compro un secador, también me conseguiré algunas cremas. No quiero que te falte nada, Princesa. No lo entiendo. ¿Cómo he podido vivir sin estas cosas? —concluyó entre risas.

—Mira, Casanova, deja de reírte y haz la cama —ordenó risueña—. Necesito ir a casa a cambiarme de ropa.

—Está bien, y luego vamos a comer al puerto.

Mar recogió algo más que una muda del ático. Se llevó una maleta llena, incluido el portátil y un secador de pelo. Se vistió con un vestido primaveral que reservaba para una gran ocasión; y aquel día, sin duda, lo era.

Después fueron al puerto, pasearon por el Maremágnun, recorrieron el muelle y se hicieron *selfies* frente a yates impresionantes. Mar se apresuró a

enviárselas a Susana. Tanto ella como Carlos ya sabían las buenas noticias, el abuelo los había informado. Susu los invitó a comer, pero ellos querían pasar aquel día a solas.

Comieron en uno de los restaurantes del Moll del Gregal, en La barca del Salamanca. Enric pidió si podían servirles cava Gramona para acompañar una mariscada imperial, mientras le guiñaba el ojo. Aquel cava era especial para ellos.

—Tenemos que brindar —anunció Enric a la vez que le apretó la mano sobre la mesa. Mientras hablaba jugaba con el anillo que llevaba y añadió:

—Me cuesta creer que estemos aquí sentados.

—Tú has elegido el sitio —bromeó ella.

—Sí, yo lo he elegido, pero ¿qué vas a elegir tú?

—No sé qué quieres decir.

—¿En tu casa o en la mía?

El camarero llegó con una cubitera que colocó junto a ellos, les mostró la botella y les sirvió dos copas, tras descorcharla. Luego continuó el ritual de introducir el cava en el hielo y lo tapó con una servilleta de hilo blanco. Esperaron callados. Cuando se marchó, Enric alzó su copa, ella lo imitó sonriente.

—Por nosotros, cariño.

—Por ti—propuso emocionada—. Por no rendirte conmigo, por quererme, por ser mi luz, mi sol y mi luna, por querer jugar conmigo a las casitas.

Mar sonrió pícara y chocó su copa con la de él, que la miraba conmovido. Bebieron a la vez, sin desligar sus miradas por encima del borde del cristal. Luego, Enric dejó su bebida sobre la mesa e, inclinándose hacia ella, le dio un beso apasionado.

—Me pido tu casa, Casanova, porque allí es donde estás tú.

Enric la miró ilusionado, no respondió, y Mar creyó que procesaba lo que acababa de decirle. No quería que tuviera dudas y repitió emocionada.

—Cariño, si tengo que elegir entre tu casa y la mía para vivir, escojo la tuya,

porque tú estás allí. —Una lágrima resbaló por su mejilla y la secó con los dedos.

—No te imaginas lo feliz que me haces. Tengo muchos planes... Ya los hablaremos en otro momento, pero... Ya sabes que quiero jugar a los papás también, ¿no?

—Uf, Casanova, vas muy rápido. Comamos primero.

Rieron por las bromas y disfrutaron del momento. Estaban felices, muy felices, por lo que acababan de decidir. Por estar juntos. Emocionada, Mar supo que iniciaban un proyecto de vida y se enfrentaba a él segura y esperanzada.

Capítulo 17

Enric llevó en coche a Mar a su despacho. Les costó despedirse a pesar de haber pasado todo el fin de semana juntos, sin interrupciones de terceros. Habían apagado sus teléfonos móviles y se dedicaron el uno al otro. Hablaron mucho, como nunca lo habían hecho. Con el corazón, sin reproches, con intención de comprender. También hicieron mucho el amor. Estaban hambrientos y parecían no saciarse.

Tuvieron momentos para todo. Enric le enseñó la revista médica con su artículo publicado. Habían adjuntado una foto suya, en su despacho de la clínica y a Mar le pareció guapísimo. Se sintió muy orgullosa de él; lo leyó ávida y curiosa, comprobó la evolución del escrito con los cambios que había introducido. Él se mostró contento, los editores le habían pedido su colaboración de forma frecuente y había aceptado. Pero no todo fueron mimos y confianzas; también tuvieron sus desencuentros, sobre todo en un juego de la *Play*. Mar lo pinchó al no reconocerle la victoria, aludió a que no tenía mérito porque para ella era la primera vez que jugaba. Entre risas, decidieron hacer un receso. Entonces, cada uno se dedicó a sus cosas, él se marchó a su despacho y ella acampó en el salón con su portátil; pero no fueron capaces de estar separados mucho rato, se buscaron con excusas tontas. Mar se sentía feliz en aquella burbuja de corazones, pero le preocupaba que alguna cosa pudiera pincharla.

Al entrar en su oficina, Mar encontró que Susana y Sonia la esperaban

sentadas en los sillones que había frente a su escritorio. No iba a librarse del interrogatorio; como buenas abogadas querían saber los pormenores de la reconciliación.

—¿Y te presentaste en su casa, así como el que dice: «Hola, pasaba por aquí»? —preguntó Sonia con una curiosidad divertida.

—No, me... Bueno, no voy a contaros los detalles, solo os diré que alguien me dio un pequeño gran consejo y supe que no quería vivir mi vida sin Enric. Así que fui a buscarlo y literalmente me lancé a sus brazos —aclaró y de repente se emocionó al recordarlo. Susana la miró conmovida, presintió que su amiga sabía que aquel empujón se lo había dado Carlos—. Tuvimos una larga noche en la que hablamos mucho.

—¿Cuántos polvos se dan en una reconciliación? —se burló Susana entre risas.

—Bonita, no es la cantidad, sino la calidad —contestó—. Y no pienso contároslo, pero todos han sido de alucine.

—Chica, me das una envidia —intervino una mujer.

Las tres amigas se giraron, sorprendidas, para descubrir en el quicio de la puerta a la nueva recepcionista con unos papeles en la mano. Al estallar en carcajadas, la chica se puso colorada.

—Perdona, no quería cotillear. —Entró y dejó los papeles sobre la mesa—. No he podido evitar escuchar lo que decías.

—No pasa nada.

—Lola, te voy a poner al día —anunció Sonia muy expeditiva—. Aquí es una norma muy importante explicar qué tal nos va con el sexo opuesto; porque somos aliadas y nos tenemos que ayudar las unas a las otras. Yo tengo a mi *mosso* y, estas, a dos cirujanos. Y tú, guapa, ¿tú a quién tienes?

—Pues... yo estoy... vamos, que no salgo con nadie —contestó evasiva.

—Bueno, ahí se entiende lo de la envidia —respondió Sonia con sarcasmo y volvieron a reír—. Pero no te preocupes, que mi Sebas tiene un montón de amigos, ya le diré que se venga con algunos por aquí y tú, con disimulo, les

vas echando el ojillo; como si tal cosa. ¿Te van los uniformes? Porque ponen mucho, te lo digo yo...

—¡Sonia! —cortó con una exclamación Susana—. ¿Se puede saber qué has desayunado hoy? Estas avergonzando a Lola.

—No, si no pasa nada —contestó la recepcionista—. Pero... perdona, Mar; no es por curiosidad, lo juro, es que me gusta trabajar aquí y quiero seguir las normas. Esto... ¿has vuelto con tu cirujano?

Esta vez rieron las cuatro chicas. La administrativa no se iba a amilanar con el sarcasmo de Sonia.

—Sí, hemos vuelto —afirmó y, levantándose de su asiento y con un aspaviento en la mano, añadió entre risas—: ¡Hala! Ya lo he dicho todo. Ahora dejadme que tengo que trabajar un rato.

Susana se quedó rezagada y Mar se sorprendió de que, al quedarse a solas, se le abrazara de repente. Al soltarla, la miró ceñuda.

—Mar, ¿se lo has dicho?

—¿El qué? —Tenía una ligera idea de a lo que se refería su amiga, pero deseó que fuera otra cosa; sin darse cuenta, su corazón bombeó más rápido.

—¿Qué va a ser? Que mañana cumples treinta años, guapa.

—Ya sabes que nunca lo celebro, así que qué más da que lo sepa.

—No creo que tus padres quisieran que tuvieras asociados esos dos sucesos.

—Hablas igual que Carmen, pero no sé, ya veré —objetó para zanjarse el tema. Sabía que era una pregunta que tarde o temprano tendría que responder. Enric querría saber cuándo era su cumpleaños, igual que ella el de él. En aquel instante se dio cuenta de que no lo sabía. Susana la miró risueña, como si adivinara sus pensamientos.

—Te vas a sorprender cuando lo sepas, pregúntale —dijo desde la puerta al marcharse.

Asumió que, si empezaba una nueva vida, bien podía cambiar algunas cosas y dejar a un lado los remordimientos. Decidió que aquella noche hablaría con Enric del tema. Una llamada la devolvió a la realidad, y sin darse cuenta se

sumergió en el trabajo y la mañana se le pasó volando. A la hora de comer, mientras lo hacía con su amiga en la cocina del bufete, recibió un *whatsapp* de Enric.

Enric: Ya queda menos para verte, Princesa.

Su respuesta fue un montón de besos. No el emoticono de la carita sonriente con un beso, sino unos labios rojos. El mensaje debió incitar a Enric porque le escribió varios subidos de tono, en los que le decía las cosas que iba a hacerle cuando llegaran a casa. Se ruborizó al leerlo, pero, sin poder evitarlo, le contestó traviesa y le envió un corazón rojo como despedida.

—Te has puesto roja, Mar —señaló Susana mientras comía su ensalada de pasta.

—Enric, que me dice lo que me quiere... hacer.

—Qué bonito es el amor —se burló Susana.

La tarde no pasó tan rápido. A las cinco, Lola le anunció que tenía una visita. No estaba agendada y le preguntó si podía atenderla. Se sintió obligada cuando la administrativa le dijo que era una mujer joven, Elisabeth Marco, y que parecía bastante nerviosa.

Lola la hizo pasar. Cuando levantó la cabeza del ordenador para recibirla, clavó sus ojos en la desconocida y pegó un grito.

—¡Tú! ¡¿Qué coño haces aquí?! —indignada se dirigió a Lola que, con cara alucinada, parecía no entender nada y exclamó—: ¡Llama a la policía, a seguridad del edificio, a los bomberos! A quien sea, pero que venga alguien.

La mujer, Elisabeth —Beth—, se quedó pegada a la puerta del despacho, sin intención de marcharse. Por desgracia, Lola estaba igual.

—¡Fuera de aquí! —gritó de nuevo como una posesa.

Sonia y Susana aparecieron alertadas por los gritos.

—¿Qué quieres, Beth, a qué has venido? —preguntó Susana muy seria.

—¿Vienes a por el dinero en persona? —inquirió Mar con sarcasmo—.

Lola, ¡despierta! Llama a la policía.

—Espera —pidió Sonia precavida, pero con un gesto amenazador, se arremangó la camisa—. Tal vez será mejor que no la avisemos todavía.

—Sabía que no tendría un buen comité de bienvenida —anunció Beth inquieta—, pero no imaginaba esto.

—¿No? ¿Y qué esperabas, bonita? —soltó de mala gana y no pudo evitar fijarse en su cara limpia, sin rastro de la cicatriz que la afeaba—. ¿A qué vienes?

—Me gustaría hablar contigo, solo eso —señaló con tensión—. Sé que no hice bien las cosas y... te debo una disculpa.

—¡Una disculpa! —espetó—. ¿Pero tú estás bien de la cabeza o eres imbécil? Me debes, nos debes, más que una disculpa. Lola... llama a los *MOSSOS*.

Sonia miró a la chica de recepción y negó con la cabeza; Susana, más serena, puso orden.

—Lola, a tu sitio y no llames a nadie, todavía. No nos pases llamadas. Sonia, controla. —Miró a Mar y añadió—: Cálmate y siéntate; y tú, Beth, suelta lo que hayas venido a decir.

Susana, con aire seguro, cerró la puerta. Mar se sentó en su sillón y las otras dos lo hicieron en los confidentes de enfrente del escritorio.

—Me gustaría hablar con ella, a solas —pidió Beth.

—Yo te dejaría, pero creo que mejor me quedo... por tu seguridad, más que nada —respondió Susana con sorna. La miró expectante y Mar asintió con la cabeza. Prefería tener un testigo por lo que pudiera pasar. Aunque, que este fuera su amiga embarazada no le gustó; casi hubiera preferido a Sonia, era menos diplomática.

—Empieza... no tengo toda la tarde —ordenó.

—Verás... sabes... Sabéis que Enric me operó...

—Sí, se nota... ¡Qué mal pagadora! —cortó.

—Mar, déjala que diga lo suyo —medió Susana.

—He intentado hablar con él, pero estaba ocupado con pacientes, así que he

pensado que debía verte a ti también y aquí estoy... —explicó con vacilación—. Ya sabes que Enric y yo, bueno, tuvimos lo nuestro...

—Ve al grano, no necesito los detalles —exigió con tono áspero. No quería escucharla, pero estaba intrigada por su visita.

—Yo tenía problemas de crédito... debía a una gente bastante dinero por coca y otras sustancias y... no podía pagar. Ellos... ellos me hicieron esto. —Beth se tocó la parte de la mejilla donde antes estaba la fea cicatriz—. Creí que Enric podía ayudarme y lo llamé. Insistí mucho. Pero no me atendía las llamadas. Casi lo entendí, después de cómo me había portado con él. Entonces contacté con Mat, pensé que podría contar con él, pero Mat... es Mat. Él solo quería salir y echarme un polvo divertido. Yo no sabía que estarías en aquella discoteca, pero él me llamó e insistió en que nos viéramos allí.

Mar se mordió la lengua. Deseaba gritarle e insultarla con todos los improperios e injurias que se le ocurrieran, pero Susana no se lo permitiría. ¿Qué hacía escuchándola? No deseaba revivir aquello. Dudaba de sus intenciones al ir a verla; y sobre Mat, ya lo pillaría. Era gilipollas.

—¿Mat te pidió que fueras allí? —preguntó Susana con incredulidad.

—¿Por qué iba a hacer eso? —quiso saber.

—Él quería recuperarte y pensaba que si veías que yo conocía a Enric lo dejarías.

—¿Así de sencillo? —preguntó molesta—. ¿Lo dejaría porque os conocíais?

—No sé cómo. Dijo que no le importaba hacerte daño si eso hacía que volvieras con él —respondió con exasperación—. Yo estaba desesperada por ver a Enric y no pensé nada más.

—¿Cómo sabía él que Enric iría al local? —inquirió curiosa; algo no cuadraba en el relato porque él no estaba cuando Susana y ella lo habían visto.

—Dijo que había llamado a Carlos y que Enric iría con él —confesó confundida. Mar pensó que quizás no deseaba remover aquel asunto—. Pero yo no tenía ni idea de que tú salías con Enric, ni de que estabas allí.

—¿Mat sabía que habías tenido algo con Enric? —Mar estaba en modo

abogada y la curiosidad por unir las piezas del puzle la empujó a preguntar.

—Sí, claro —afirmó—. Me avergüenzo ahora, pero yo era un poco...

—¿Zorra? —completó su frase.

—Mar... —la regañó Susana.

—No iba a decir eso, pero si es así como me ves, lo puedo entender... Lo cierto es que me iba con el que me daba lo que quería. Estaba enganchada a la coca y, si dependes de ella, no eres muy escrupulosa... —declaró. Su tono era tenso y Mar notó que le costaba decir aquellas cosas, pero le pareció decidida a ser sincera; aunque no sabía por qué. No se fiaba del todo—. Bueno, el caso es que me lié con Mat, tiempo después de que Enric me dejara. Yo no sabía que tenía novia, hasta aquel día en que apareciste por la casa. Pensaba que vivía solo. Nunca habló de novia y menos que vivía con ella. Yo me acostaba con él y él pagaba la coca, era así de simple.

Mar se sintió humillada, ¿cómo había sido tan tonta? Entendió por qué Mat iba siempre corto de dinero y no llegaba a fin de mes o no participaba en los gastos comunes. ¿Cómo estuvo tan ciega? Un pensamiento cruzó su mente y se quedó helada. Por lo que decía la mujer, no parecía que fuera un rollo de un día como creía.

—¡Llevabais tiempo liados! —espetó a la vez que erguía su cuerpo hacia delante; como si así, Beth la escuchara mejor.

—Sí, unos meses.

—¡Dios, Dios! Pero esto es el colmo. —Se levantó contrariada, parecía que un resorte la había impulsado. Apoyó las palmas de las manos en la mesa y se inclinó desde detrás del escritorio para acercarse a ella—. ¿Lo hacíais a pelo?

—No, no... yo nunca... —contestó confusa—. No, usábamos protección.

—Sigue, aunque no sé si quiero seguir escuchándote —exhaló, cayendo en el sillón. Estaba cansada, se quería ir. No sabía por qué escuchaba todo aquello. Temía que dijera algo que la hiciera plantearse su vuelta con Enric. ¿Qué buscaba Beth?—. Pero te voy a decir una cosa antes. No sé qué pretendes con esta charla, Enric y yo...

—Ya sé que habéis roto —señaló seria—. Por eso he venido, para pedirte disculpas, para que vuelvas con él.

—Qué considerada, ¿de qué vas? —inquirió socarrona—. ¿Así que sabes que... rompimos?

—Me enteré ayer por un amigo en común. Me dijo que lo dejaste por mi culpa y pensé que tal vez...

—¿Ayer? —preguntó Susana tan intrigada como Mar se mostró—. Beth, Mar rompió con Enric hace meses. ¿Dónde has estado metida este tiempo? Enric te ha buscado mucho.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué tuviste que meterte entre nosotros? ¿No tuviste bastante con romper mi relación con Mat? ¿Qué te he hecho yo? ¿Por qué buscas lo que es mío? —inquirió Mar, dolida y con rabia. Aquella retahíla de preguntas quemaba su garganta, desde que la vio entrar en su oficina. Se contenía para no llorar, pero las lágrimas, traicioneras, se asomaron a sus ojos con descaro. Supo que no iba a poder retenerlas—. Te acercaste a él y te aprovechaste y después quisiste sacarle dinero. ¿Por qué lo chantajeaste? —preguntó con coraje. Tanta charla le había hecho perder la paciencia y aquello era el quid de la cuestión.

—Pero ¿qué dices? Yo no lo he chantajeado y no tengo nada con él —se excusó ofendida—. Después de lo que hizo por mí debo estarle agradecida.

—Eso pensaba él, pero no, le rompiste la vida —concluyó Susana.

—Mirad, podéis creerme si queréis o no; no tengo por qué mentir —se defendió Beth—. Después de aquella noche en el London lo llamé, fui a verlo y le pedí ayuda. Necesitaba dinero, pero sobre todo quería que me quitara la cicatriz de la cara —se tocó la zona con los dedos y señaló a Mar—. Tú apareciste y creíste otra cosa; pero él cumplió su palabra y me operó. Sé que habló contigo y no te opusiste. Me dijo que esa sería la única ayuda que me daría; que tenía que resolver mi vida, acudir a mis padres y denunciar a mis agresores y... lo hice. He estado cuatro meses ingresada en una comunidad terapéutica para desintoxicarme y estoy recuperándome.

—¿Cómo puedes decir que no lo chantajeaste? —inquirió Mar con dolor—. Le enviaste las fotos de vuestro encuentro junto con la suma que pedías por no delatarlo. Y como no pagó me las enviaste a mí. Por eso puedes ir a la cárcel, deberías estar buscando un abogado en vez de pedir disculpas.

—¿Qué encuentro? —preguntó Beth indignada—. No sé a qué fotos te refieres.

—No te hagas la lista —atacó Mar, pero la cara de incredulidad de la chica la preocupó e intrigó a partes iguales.

—No sé qué crees que pasó entre nosotros, pero lo mío con Enric acabó mucho antes de lo vuestro.

—¿Te atreves a negarlo?! —gritó—. Entonces dime qué es esto.

Mar se apresuró a coger su móvil que descansaba sobre la mesa y buscó el maldito mensaje que había recibido con las fotografías y que no había borrado. Al encontrarlo y abrirlo volvió a sentir la punzada de dolor que sintió cuando lo vio por primera vez. Con intención de molestarla se lo colocó a Beth delante de la cara, con una actitud desafiante, para que lo viera bien. La mujer miró la pantalla con los ojos muy abiertos. Mar no perdía detalle de su expresión, incluso Susana se había acercado para observar mejor la escena. Tuvo la impresión de que la primera foto, la del beso, la impactó y se puso tensa, pero al ver la segunda, en la que estaba en el regazo de Enric, su expresión cambió. ¿Se indignaba?

—¿Cómo tienes tú esta fotografía? —preguntó asombrada, para luego añadir con enfado—. ¡Yo no envié estas fotos!

—¡Déjate de excusas! —volvió a gritar. Trató de serenarse y continuó en un tono más cortante—. Ya has dejado claro quién eres.

—¿Por qué iba yo a hacer algo así? —preguntó molesta, pero a la defensiva—. ¿Cuándo las enviaron?

Susana se sentó de nuevo a la vez que les pidió calma. Mar se preocupó al ver cómo se tocaba la barriga. Pero tenía razón, tenían que serenarse.

—Beth —llamó su amiga con voz tranquila y le resumió la situación—. Esas

fotos llegaron con un mensaje. Pedían a Enric seis mil euros o se las enviarían a Mar. Pero él no le ocultó el mensaje, ella lo vio. Rompieron porque Mar lo abandonó. Él no pagó y se las remitieron a Mar, como habían prometido.

—Creo que fue el 20 de diciembre. A los tres o cuatro días me llegaron a mí —contestó Mar abatida desde su sillón. La idea que empezaba a emerger en su cabeza la confundió: «¿Si no había sido Beth, quién entonces?». Aunque también podía estar mintiendo.

—Puedo demostrarlo —se defendió Beth y justificó sus palabras—. El día 20 de diciembre mis padres me llevaron a una clínica de desintoxicación. Lo recuerdo bien porque faltaban cinco días para Navidad y la pasé encerrada en aquel lugar. Allí te quitan el móvil y no puedes ponerte en contacto con nadie. Yo no las envié. ¿Puedo verlas otra vez?

Susana la miró expectante y ella, nerviosa por lo que aquello pudiera significar, le entregó el teléfono. Su amiga lo agarró y se las mostró de nuevo.

—La primera foto es del día antes de mi ingreso, mi hermana me acompañó a esa discoteca, sabía por los chicos que estarían allí. Quería ver a Enric —comentó, tocó la pantalla y Mar dedujo que ampliaba la fotografía—. Quería darle las gracias por todo y decirle que me ingresaba voluntariamente. No sé si se enteró.

—Lo besaste —la acusó—. Si tú no hiciste la foto alguien la haría. Y luego...

—Sí, lo besé y él me llamó «Mar». Estaba un poco trompa. Solo hablaba de ti, que lo esperabas en casa y no sé qué de una bañera. Decía que tenía que irse. Ya me había dicho que estaba enamorado de ti y en aquel momento no tuve duda. Se marchó pese a las bromas de los chicos que lo llamaron «calzonazos» —explicó y se sonrió, con seguridad evocaba el recuerdo—. Y la otra... déjame ver bien la otra fotografía.

Susana se la mostró. Ella la miraba dubitativa, amplió la imagen con los dedos y cuando Mar empezaba a desesperarse porque no decía nada, soltó tranquila.

—Creo que está trucada. Ese no es Enric, es Mat.

—¿¡Cómo!?

Mar y Susana exclamaron al unísono. Mar sintió el corazón bombear con fuerza. Templó sus nervios y preguntó con vacilación.

—¿Estás segura? Mírala bien.

—Claro que lo estoy. Podía estar colocada, pero siempre supe con quién me acostaba. Es Mat, ¿no ves el tatuaje tribal de la pierna? —Señaló un pequeñísimo triángulo en la foto—. Seguro que él sacó la foto del beso, estaba también en el Jamboree, con otra gente.

Mar sujetó el teléfono y revisó la imagen por enésima vez. Entonces, así ampliada y con la nueva información, vio lo que Beth decía. Nunca antes había inspeccionado la imagen de aquella manera tan minuciosa, por el dolor que le causaba. Allí estaba aquel maldito tatuaje que nunca le gustó. Pero ahora le encantaba.

—Creo que es de la noche en que nos vimos en el London bar, pero estábamos en otro sitio, no sé cual. A veces nos hacía fotos cuando lo hacíamos, le ponía; y a mí... A mí no me importaba.

—Menudo capullo, cabrón, hijo de puta —soltó Mar exasperada y un escalofrío le recorrió la piel. ¿Y si había hecho fotos cuando ellos dos estaban juntos? Con indignación se censuró haber vivido con él dos años y no llegar a conocerlo bien—. Ahora entiendo, todo este tiempo ahí, incordiando. Con razón sabía que me enviaron las fotos. ¡Fue él!

—Pretendía volver contigo. Dijo que una traición te alejaría de Enric —intervino Beth.

—Quizá por eso decía que no le importaba hacerte daño —argumentó Susana—. Él sabe bien cómo manipular una imagen. Se inventó el engaño y nos lo hizo creer a todos. Sabía que tú no podrías con eso, que no romperías sin pruebas. Pobre Enric, estaba desesperado porque no recordaba. ¡Era imposible que lo hiciera!

—Mat es un cabrón —murmuró Beth—. Hablamos un rato después de que

Enric se marchara. Le dije que mis padres me ingresaban y se rio; me quiso ofrecer coca, quería acostarse conmigo. Ahora comprendo por qué me dio las gracias cuando me negué. Se lo puse a huevo al besar a Enric.

—Cuando sepa que habéis vuelto, sabrá que su plan se fue al carajo —objetó Susana con tristeza. Mat era amigo personal de Carlos y eso le iba a doler mucho.

—¿Habéis vuelto? —inquirió Beth y parecía sincera. Mar asintió—. Me alegro, ahora ya puedo creer en el amor. Si alguien puede superar algo así es que realmente está enamorado. Puedes estar tranquila, no te engañó. Ni ese día ni ningún otro. Yo no me porté bien, pero él te respetó porque te quiere.

—Lo más irónico es que no le creía —explicó avergonzada y abatida—. Él siempre negó que eso pasara entre vosotros, decía que tú no le harías algo así.

Mar se sintió vencida por la emoción. Clavó los codos en la mesa y apoyó la cabeza en ambas manos. No podía creer que Mat orquestara aquel engaño. Algo así solo lo hacía gente mala, perversa y egoísta. Gente a la que no le importaba el daño que hiciera para conseguir sus propósitos. Con rabia empezó a idear un plan. No había nada peor que una mujer despechada, se dijo. Las lágrimas la asaltaron cuando pensó en Enric. Con razón no podía explicar la fotografía. Cuánto dolor por una mentira, y lo que más miedo le daba era que aquello se convirtiera en una fisura entre los dos.

La suave voz de Susana la sacó de sus pensamientos y se serenó.

—Mar, no le des más vueltas. Cálmate. No tienes la culpa de nada, creíste unas pruebas, nada más. Cuando se lo diga a Carlos le va doler perder a un amigo, pero no lo va a perdonar —añadió apenada.

Un teléfono sonó en el despacho. Beth hizo un gesto y levantó un dedo con el que indicaba que era el suyo. Lo sacó del bolso y atendió.

—Sí, sigo aquí... ¿Dónde me esperas? Vale, en cinco minutos estoy ahí —cortó la llamada y se dirigió a Mar y a Susana que la miraban con expectación—. Es mi hermana que me ha acompañado. No me dejan sola mucho tiempo.

Las tres mujeres se dirigieron hacia la puerta, pero Mar se detuvo y agarró a

Beth por el brazo. Desde que la vio tenía una pregunta en la punta de la lengua.

—¿Por qué has venido, Beth?

—Supongo que necesitaba saber que vuestra ruptura no era culpa mía — murmuró serena—. He hecho bastante daño: a mi familia, a mis amigos, incluso a quien no conocía. Creo que se me hace insoportable vivir con quien era. Como no localizaba hoy a Enric, he pensado que volvía a no querer saber de mí y quería acercarme a ti y explicarte que yo lo tenté aquel día que nos viste, pero que él te quiere y me rechazó. Además —se rio consigo misma—, es parte del tratamiento terapéutico pedir disculpas a quien creas que has hecho daño. Hace que te enfrentes a las cosas y asumas errores. Yo te lo hice con Mat y tal vez con Enric.

Mar y Susana la acompañaron a la puerta de salida del bufete, bajo la atenta mirada de Sonia y Lola.

—Adiós, Beth —la despidió Susana y le dio un pequeño empujoncito a Mar para que dijera alguna cosa.

—Gracias por venir. Me has ayudado a comprender —señaló. No se le ocurrió otra cosa que decirle, tampoco iba a incluirla en su lista de amigas íntimas—. Cuídate.

Mar no esperó a que la puerta se cerrara, a grandes pasos se dirigió a su despacho y trató de templar sus nervios porque tenía deseos de matar a alguien y ponerse a llorar, a partes iguales. Pero la idea que tomaba forma en su mente la hizo sonreír de una forma maliciosa.

«Te vas a enterar, gilipollas».

Capítulo 18

Mar no estuvo sola mucho rato. Vio entrar a Sonia y a Susana, con una tímida Lola detrás de ellas, a los pocos segundos de encerrarse en su oficina.

—Te conozco, Mar. ¿Qué vas a hacer? —la interpeló Susana, incómoda—. Piénsalo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sonia—. Se oían gritos.

—Pensábamos que esta era la chica que chantajeó a Enric y resulta que no, ella ha estado desintoxicándose —explicó Susana.

—¿Y quién ha sido? —demandó Sonia sorprendida.

Mar escuchaba la conversación, como si no tuviera nada que ver con ella, mientras trasteaba con su móvil.

—Mat, ¿qué tal? —saludó como si tal cosa con el teléfono en la oreja.

Las tres mujeres la miraron con asombro y Susana salió disparada del despacho. Mar no tuvo duda de que iba al suyo y llamaría a su marido.

—Espera un momento, Mat, por favor —le pidió impaciente, soltó el móvil sobre su mesa y fue tras Susana. Sonia y Lola la siguieron. Al encontrar a su amiga le suplicó —: Susu, por favor, que no se lo diga a Enric, quiero hacerlo a mi manera. Además, estoy segura de que Beth ya estará avisándolo.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a quedar con él, lo forzaré a que me diga la verdad y, a la que pueda, darle donde más le duela.

—Queda aquí.

—Sí, aquí estamos todas —añadió la recepcionista. Las miró seria y continuó—: No sabía que un despacho de abogados era tan emocionante. Ah, yo soy cinturón marrón, por si necesitas ayuda con ese tío.

Mar le sonrió tensa, no supo si iba en serio, pero lo agradeció. Regresó a su despacho y cerró la puerta. Quería realizar su actuación sin público. Cogió el teléfono, respiró hondo y, con su mejor talante, continuó la conversación.

—Disculpa, siempre hay líos... Bueno, ya sé que ha pasado tiempo, pero me he pensado lo de vernos. ¿Qué dices?

Mat no era tonto y dudó de su disposición. Le costó convencerlo.

—Estás en el despacho, ¿no? —se interesó él.

—Claro, rodeada de informes pesadísimos. Creo que tendré que hacer alguna hora extra y todo. Podríamos quedar después —insistió de nuevo.

—Había quedado con alguien —contravino Mat.

Mar pensó rápido cómo convencerlo y se lo jugó a una carta.

—Las chicas se van. —Dejó pasar un segundo y dijo al aire—: Vale, adiós. Nos vemos mañana... Disculpa, Mat, ¿entonces no puedes hoy?

—Bueno... podría pasar a recogerte.

—De acuerdo, te espero.

Cortó la llamada y sintió que las piernas le temblaban. De repente fue consciente de lo que había hecho y pensó en Enric, pero su rabia era más poderosa. Salió al pasillo y encontró a las chicas, estuvo segura de que habían estado con la oreja pegada a la puerta.

—¿Qué? —preguntaron al unísono.

—Viene ahora mismo —contestó—. Sonia, ¿Sebas está trabajando?

—Sí.

—Pues que venga, llámalo.

—¿Sí?

—Sí, tal vez no pueda darle de hostias, pero...

—Perdona que me meta donde no me llaman —cortó la recepcionista—. Creo que deberías hablar con tu novio, cuanto antes. Si se queda fuera del

circo que veo que vas a montar, se va a molestar. Al fin y al cabo, es a él a quién chantajeó, ¿no?

Supo que ya la habían puesto al día.

—Tiene razón, Mar —objetó Susana apesadumbrada—. Hasta creo que a Carlos le gustará estar presente y ver qué tiene que decir su amigo. Mira, sé que quieres vengarte, darle una patada en los huevos y denunciarlo, pero ¿y si no salen las cosas como piensas y si... si te hace daño de alguna manera? — Mar vio la preocupación en sus ojos y cómo se llenaban de lágrimas. Con el embarazo estaba muy sensible. Sin darse cuenta se frotaba la barriga. Mar se abrazó a ella para apaciguarla y se dio cuenta de que tenía razón.

—¿Y qué hago? Ya viene para aquí.

—Llama a Enric —propuso Susana.

Antes de coger su móvil, este empezó a sonar. Era su novio.

—Hola —saludó.

—¿Hola? —contestó serio—. Esperaba que me hablaras antes... Te he llamado, comunicabas. ¿Estás bien, Princesa? Acabo de... Beth se ha puesto en contacto conmigo. Me lo ha contado todo. ¡Menudo hijo de puta!

—¿Dónde estás?

—Quería ir a casa de ese cabrón y cargármelo, pero Carlos no me ha dejado, así que voy hacia tu despacho. Dime que estás ahí, por favor, dime que estás ahí —suplicó preocupado. Mar captó que no estaba solo, hablaba con alguien a la vez, supuso que sería su primo, pero la inquietó que fuese Enric quien conducía—. Sí, vale, se lo digo... Carlos me dice... es que como no se fiaba de mí, me acompaña... bueno, que le digas a Susana que no se vaya.

—Cariño, aquí estamos todas y... ¡Ay, Enric! He hecho algo que no te va a gustar.

—¿Qué? Dilo ya de una vez... ¡Cabrón, quítate de en medio! —gritó enfurecido a alguien, luego suavizó la voz. Pero Mar intuía que estaba nervioso y se asustó—. Lo siento, cariño, una moto, ya sabes cómo van. Dime, ¿qué has hecho?

—He llamado a Mat y he quedado con él, viene hacia aquí.

—Tú sí que sabes, Princesa —dijo con sarcasmo y añadió molesto—. Mar, ni se te ocurra verte con esa mierda a solas. Llego en veinte minutos, tal vez algo más. No le avises, quiero partirle la cara.

Cortó la llamada y miró a las chicas sin saber bien qué hacer.

—Viene. Carlos también. Susu, quita ya esa cara de angustia.

—¿Cómo lo hacemos? ¿Que pase a la cocina y le invitamos a un café para distraerlo mientras llegan? —propuso Susana.

—Sí, y a unas pastas —espetó con cinismo—. Enric llegará pronto, pero antes quiero decirle cuatro cosas a ese imbécil.

—Bueno, todas a sus puestos —propuso Sonia y resuelta añadió—: Mar, tú en tu despacho. Lola, no pases llamadas; cuando llegue Mat, tú normal, que se identifique, llamas a Mar, la avisas y lo haces pasar. Normal, recuerda. Esperemos que los chicos lleguen después de Mat. Ah, y voy a llamar a mi Sebas para que se venga, está de patrulla y creo que por el centro. Espero que lo acompañe algún *mosso* buenorro para que te alegres la vista, Lola.

—Veo que te lo pasas bien, has visto muchas películas —intervino Mar—. Esto es serio, Sonia.

—Ya que vamos a hacerlo, hagámoslo bien.

—Mar —Susana estaba preocupada. Se sintió mal, los nervios podían afectarla.

—Susu —la llamó con cariño, se le acercó y se abrazó a ella—. Estate tranquila, no va a pasarme nada. Por Dios, si estáis todas y llega Enric y Carlos, ¿qué va a hacerme?

—Bueno, pues deja abierto tu teléfono, quiero escucharlo todo.

—De acuerdo, pondré el altavoz.

Se sentó en su despacho, la espera la desesperaba. Susana, desde el suyo, la llamó para decirle que solo tenía que activar el manos libres del teléfono fijo cuando ella la avisara. Pasó la fotografía al ordenador. Pensó que en algún

momento se la iba a mostrar y quería que fuera en una pantalla grande. ¿Cómo no se le había ocurrido nunca verla en una pantalla mayor, donde viera bien todos los detalles? Se dijo a sí misma que se había ofuscado, que solo veía la traición de Enric. Pero la culpa la machacaba. Solo la idea de que aceptó volver con él y que el engaño pesaba menos que perderlo, para siempre, le dio un poco de paz.

El sonido de unos nudillos en su puerta interrumpió sus pensamientos, se tensó. Era la recepcionista, la hizo pasar. Empezaba la comedia.

—Mar, tienes una visita de última hora —anunció Lola como la más eficiente de las secretarias—. Mat. Dice que lo has citado. Si no te importa me marcho, ya se han ido las demás.

—De... de acuerdo, ya cerraré yo —contestó y aplaudió en su mente, hasta ella se lo creía. Un pitido la avisó de la llamada interna desde el despacho de Susana, activó el altavoz del teléfono.

La administrativa hizo pasar a Mat y se despidió. Él caminó, desde la puerta al escritorio, sin quitarle la vista de encima; con una mueca de medio lado en la cara, como el que sabe que lleva triunfos en la mano. Mar tuvo que contenerse, se sujetó al borde de la mesa para no salir disparada y darle una patada en su zona más preciada. Mat quiso acercársele, para darle un beso, pero ella le señaló la silla para que se sentara. Él se sonrió ufano.

—Ya pensaba que no me llamarías —murmuró en voz baja y añadió tras esbozar una risita satisfecha—: Aunque siempre supe que todos esos mensajes que te escribía no caían en saco roto.

—Dije que lo haría y sí, has sido muy insistente —contestó. Nerviosa, se tocó el pelo, no sabía qué hacer con las manos; no servía para aquellos juegos.

—¿Y qué ha cambiado para que lo hicieras? Dijiste que no querías saber de mí.

—No sé, quizás me siento sola. Tu perseverancia me ha tocado. Me apetecía que habláramos. No lo he pensado demasiado, pero si vas a interrogarme por mis intenciones, casi que lo dejamos —respondió inquieta porque la

descubriera.

Sintió la mirada de Mat, intensa, escrutadora.

—No estés nerviosa. Ya nos conocemos —se jactó. Se movió en el asiento y cruzó las piernas—. Nunca me diste la oportunidad de hablar, pero por algo se empieza. Y sobre mis intenciones, creo que ya las sabes.

—Estaba muy dolida, pero dime, Mat, ¿por qué has sido tan insistente si, antes, cuidaste tan poco nuestra relación?

—Me di cuenta de lo que tenía cuando te perdí —respondió y pareció sincero—. Me volví loco cuando supe que estabas con Enric. Con otro me hubiera apartado, pero con él no. Pero, bueno, eso es agua pasada. Ahora no voy a desaprovechar la oportunidad que me das.

Mar se levantó y movió sus caderas al dar algunos pasos, en un intento de seducción. Quería que viera el vestido que llevaba, ceñido al cuerpo. Enric había insistido en que se lo pusiera, para quitárselo despacio al volver a casa. Sabía que Mat la miraba, le brillaban los ojos. El muy idiota creía que se iba a comer el caramelo. Sacó un pintalabios del bolso y, con descaro, se pintó los labios, buscando su reflejo en una figura plateada que usaba para sujetar el código civil. Tuvo la impresión de que se había escuchado un ruido fuera del despacho; nerviosa, hizo caer con disimulo un libro, y así distraerlo. Él se levantó a recogerlo y se quedó a su espalda, la sujetó por los hombros.

—¿Sabes que es la primera vez que permites que me acerque a ti? Te he echado de menos, Mar, no sabes cuánto. Siempre me gustó verte pintar los labios, me... me gustaría mordértelos —mencionó en un susurro. Mar se alegró de que solo las chicas escucharan aquello, Enric habría entrado como un miura. Regresó a la seguridad de la mesa y se apoyó en el borde; puso distancia con él, pero Mat no se alejó todo lo que ella esperaba—: ¿Qué ocurrió con el madrileño?

—Uf, eso pasó hace mucho. —Se rio coqueta—. No nos entendimos.

—¿Y Enric, no lo ha intentado? —preguntó provocador.

—Sí, alguna vez, pero... mira, no quiero hablar de él.

—Seguro que te enviaba mensajes guarros para que cayeras, hasta pienso que eso te sedujo. Se le da bien el sexo telefónico.

—¿Cómo lo sabes?! —La traicionó el ímpetu.

—Beth —titubeó—. Sí, ella me lo dijo.

Mar se retiró un mechón de pelo, le sudaban las manos y empezaba a tener calor.

—Se merece lo que le pasó —declaró su exnovio—. Uno no puede quitarle la chica a otro.

—Yo no era tu chica. Y me perdiste tú solito.

—Bueno. —Se acercó hasta ella, más de lo que ella deseaba, y colocó ambas manos en la mesa, encerrándola entre sus brazos. Mar quiso aparentar que no la afectaba, pero sentía bombear su corazón y temió que él lo escuchara. Quiso empujarlo cuando se atrevió a rozar su cintura—. Pero yo habría acabado convenciéndote. Además, él es un mujeriego, se va con cualquiera.

—¿Me estás llamando cualquiera?

—Para nada, Mar —contestó con una sonrisa—. Solo que te equivocaste, quise advertirte, pero... Yo tampoco quiero hablar de él. Estoy convencido de que podemos arreglar lo que teníamos. Sabía que volverías a mí, solo tenía que ser paciente. Decirte lo que necesitabas oír un día y otro. Te he esperado todo este tiempo.

A cada segundo que pasaba, Mar estaba más nerviosa. Mat ganaba posiciones y todavía no había admitido nada. Lo tenía pegado a ella, notaba su aliento en su cuello y pensó que, de un momento a otro, iba a intentar besarla. No quería que la tocara.

—Y dime... ¿cómo me has esperado? —preguntó y su voz delató su incomodidad.

—Estás tensa... yo podría destensarte.

—Ah, ¿sí?

—Sí, mira como estoy y todavía no te he tocado. —Mat agarró su mano y la

llevó a su entrepierna. Mar sintió repulsión y sin pensarlo le dio un buen apretón—. ¡Joder! Me has hecho daño.

—¡Uy! Perdona. Estoy nerviosa.

Consiguió que él se separara un poco y presintió el sonido de alguna risita; no supo si eran las chicas al otro lado de la línea o que en su cabeza se partía de risa, ella sola. Pero la ventaja le duró poco, él volvió a pegársele.

—Mar, estoy deseando hacértelo, nunca lo hicimos aquí, ¿por qué no hoy?

—No recuerdo que lo hiciéramos mucho, será porque te tirabas a otra — atacó, ya estaba harta de sutilezas.

—Pasábamos un mal momento, ¿qué querías? —contestó como si la infidelidad fuese lo más normal—. Hay cosas que es mejor hacerlas con otras.

—La llevaste a nuestra cama, y seguro que no era la primera vez.

—Me calenté, Mar, no sé cómo pasó. —Mat tragó saliva, como si se arrepintiera de lo que hizo—. Ella estaba dispuesta y tú y yo llevábamos tiempo sin hacerlo, pero fue la única vez. Te lo juro. Fue un error y estoy muy arrepentido.

Mar pensó que el nudo que tenía en el estómago le iba a provocar una úlcera, de la rabia que sentía. Menuda sangre fría tenía el tío. Era para que le dieran el Oscar a la interpretación y, ya de paso, también un Goya. ¡Si hasta tenía lágrimas en los ojos al decir que fue solo una vez!

—¿Y qué cosas es mejor hacerlas con otras? —Se centró—. Cuéntame, para saber qué te gusta.

—¡Joder, Mar! Te has espabilado con Enric... —exclamó sorprendido y se tocó la erección que apretaba sus pantalones—. No sé, sexo duro, salvaje... hacer fotos o videos haciéndolo.

—¿Sacaste fotografías de nosotros? —preguntó con tensión y tuvo que hacer un gran esfuerzo para retener su ira que se desbocaba.

—¡Por Dios, Mar! No, no podría —contestó exaltado y se quedó callado unos segundos—. ¿Te gustaría?

—No sé —lo provocó—. ¿Hiciste fotos con otra? ¿Da morbo?

—Sí, mucho. —Mat se lanzó sobre su cuello y la besó, chupando la zona, y ella volvió a sentir repelús—. Mar, me estás poniendo cachondo.

—¿En serio?

Mat paseó los labios por su cuello y subió por la mandíbula. Mar sintió asco y se movió para impedir que llegara a su boca, pero él dejó caer el cuerpo sobre ella y casi la bloqueó.

—Me gusta hacer fotos y mirarlas y...—Mat debió darse cuenta de que se le iba la lengua porque se calló de golpe—. Ya está bien de tanta charla, Mar. Antes no eras tan abierta; nunca me dijiste lo que te gustaba.

—He cambiado.

—Yo también. Me alegra saber que los dos hemos aprendido cosas. Podemos pasarlo muy bien juntos, me muero de ganas.

Mat la apretujó por el trasero, acercándola a él, pero Mar no lo soportó y por reflejo lo empujó.

—¿Qué pasa? —preguntó confuso.

—Vas muy rápido. ¿Te he dicho que estoy con alguien? —soltó de pronto.

—¿Cómo que estás... con otro? —Fue él quien dio varios pasos atrás y se sintió liberada—. ¿Que follas con otro, quieres decir?

—Sí, a veces... bastante, diría. Él sí que me pone a mí —confesó.

—¿Estás jugando conmigo? —inquirió enfadado—. ¿Es eso lo que es esto, un juego?

—No, yo no juego... pero te daré la oportunidad de confesar, si no...

—Si no, ¿qué...? ¿Confesar qué? —Se acercó mucho a ella y le plantó un beso desesperado en la boca.

Mar se apartó de él con rabia y se limpió los labios con el dorso de la mano. No aguantaba más.

—¿Por qué? —espetó y no pudo evitar que los ojos se le tornaran vidriosos. Malditas las lágrimas que la delataron.

—¿Por qué? —repitió confuso y la miró pensativo—. Lo hice por ti, Mar. Él no te quería como te quiero yo. ¿Es eso lo que querías saber? Se lo merecía.

No pagó...

Mat se calló de golpe y Mar supo que el lapsus lo acusaba; solo tenía que presionarlo un poco más.

—¿No pagó?

—Me estás confundiendo... —se justificó—. Tienes ese poder sobre mí. — En un intento de despistarla se acercó a ella e intentó acariciarla. Mar se revolvió para no dejarle.

Mat se separó y puso distancia con ella. Se le iba de las manos, pensó Mar. ¿Cuánto tiempo faltaría para que llegara Enric? Mat parecía un gato enjaulado, se paseaba por el despacho nervioso.

—¿Es que no lo entiendes? Enric ya no está, tú lo alejaste. No te merecía. Si hasta dices que estás con otro. ¿Es el madrileño? —La contempló como si la analiza—. Pero estás equivocándote otra vez. Tenemos que recuperar lo que teníamos.

—¿Crees que volveré contigo? —inquirió con rabia—. Eres un iluso.

—¿Para qué me has llamado? ¿Para calentarme y después rechazarme? Te paseas haciendo que te desee y luego me dices que estás con otro. Eso tiene un nombre, ¿sabes? —espetó enfadado y Mar vio en sus ojos algo parecido a la desesperación—. ¿Con quién estás? ¿Qué tiene él que yo no tenga? ¡Dime!

—Me tiene a mí —respondió con provocación.

—¿Qué pretendes?

Mat la miró con fijeza, contempló la mesa de la que ella no se separaba y recayó la vista sobre el teléfono. Soltó una carcajada.

—¿Grabas la conversación? ¿Crees que te servirá?

Con dos pasos se acercó al teléfono y desconectó el cable de conexión y, pegándose mucho a ella, escupió con sarcasmo.

—¿Crees que ese novio tuyo te querrá cuando acabe contigo? ¿Cuando se entere de que me has buscado y provocado? —Con brusquedad le estampó los labios en los suyos. Mar trató de empujarlo, pero él atrapó sus manos y las sujetó con una de las suyas y pretendió meter la otra bajo la falda del vestido

—. Dame eso que escondes, Mar, lo estás deseando.

¿Cómo pudo sentir algo por este hombre alguna vez? Mar se preparó mentalmente; «espera», se dijo, «espera el momento». Y el momento llegó cuando él se movió un poco y, antes de que la toqueteara, levantó su rodilla y lo golpeó en la entrepierna con toda la fuerza que pudo. Mat cayó al suelo con las manos en sus partes.

—¡Putá!

—¡Eres un cabrón! —chilló y empezó a darle patadas.

—¡Déjame! —gritó—. Te vas a enterar como te coja.

Para su sorpresa, Mat la agarró de un pie y la hizo caer. Se abalanzó sobre ella, la inmovilizó con su cuerpo tratando de besarla.

De repente, Mar escuchó ruidos y voces fuera del despacho. Todo pasó muy rápido. Vio entrar a Enric hecho una furia, este agarró a Mat y lo empujó con tanta fuerza que se golpeó contra los sillones y quedó de costado en el suelo. La ayudó a levantarse del suelo y la miró crispado.

—¿Pero en qué estabas pensando?! —preguntó Enric furioso. Mar pudo ver que le temblaba el labio inferior. Carlos y Susana observaban la escena desde el quicio de la puerta—. ¿Estás bien? ¿Te ha hecho algo?

Apenas le salía la voz, pero asintió para darle la tranquilidad que él necesitaba. Enric se volvió hacia Mat, que se alzaba del suelo con torpeza, lo cogió por la pechera, clavó una rodilla en el suelo y con el puño cerrado empezó a golpearle en la cara con saña. El otro apenas podía defenderse.

—¡Enric, Enric... déjalo! —gritó Mar desesperada mientras veía que le estaba dando la paliza de su vida a Mat. Susana se abrazó a su marido sollozando—. Cariño, déjalo, es una mierda. —Miró a Carlos y le suplicó para que lo detuviera—. Páralo, páralo por favor.

—No puedo, si me acerco no sería una pelea justa —objetó Carlos con los ojos llenos de rabia. Con probabilidad, él también le daría unas cuantas hostias—. Mat jugó mal sus cartas.

—Páralos, no puedo soportarlo —suplicó de nuevo, sin poder controlar las

lágrimas—. Enric, cariño, por favor... tus manos...

Sus palabras debieron calar en Enric que se frenó y dejó a Mat tirado en el suelo. Se incorporó y fue hasta ella para abrazarla con desespero. Su corazón estaba acelerado, Enric le sujetó la cara con ambas manos y le retiró las lágrimas con los pulgares.

—Casi me muero de angustia cuando me han dicho que estabas aquí sola con él —murmuró más tranquilo, pero su tono aún era de preocupación y miedo—. ¿Pero cómo se te ha ocurrido? ¿Y si no llego a tiempo? Te tenía aplastada con su cuerpo. Podía haberte hecho cualquier cosa.

—Estaban las chicas, escuchando —alegó como toda explicación. Enric apretó los labios y le hizo una mueca de resignación. Mar esbozó una sonrisa apacible y lo besó en los labios antes de refugiarse en su pecho.

Por el rabillo del ojo vio la cara de desprecio de Mat que los miraba desde el suelo. La tenía ensangrentada por los golpes. Carlos lo ayudó a levantarse, pero él no apartaba su mirada de ella ni de Enric. Sus ojos, muy abiertos, eran de sorpresa e incredulidad. En aquel momento, Sonia entró con Sebas y otro agente de los *mossos*.

—¿Todo bien, señores? —preguntó Sebas en modo policía.

—Sí, Sebas, todo controlado —contestó Carlos y miró a Mat con recriminación—. ¿Cómo has podido joderlo tanto?

Mat se encogió de hombros y, confuso, la observó y luego a Enric.

—No puedo creer que sigas con él —la recriminó con desprecio—. A él sí lo perdonas. También se tiró a Beth.

—¡Cabrón! —bramó Enric. Hizo un intento de separarse de ella para ir otra vez hacia Mat, pero Mar lo sujetó fuerte y se lo impidió.

—Sebas, ese tío me ha agredido, creo que me ha roto la nariz —denunció Mat y señaló a Enric con ofensa. Sebas los miró a todos, como si evaluara la situación. Sonia lo agarró del brazo y le habló con un murmullo, solo para él.

—Será mejor que te calles, Mat, no lo estropees más —aconsejó Carlos y se interpuso entre Mar, Enric y su amigo.

—¿Que te ha agredido? ¿Y tú qué has hecho para que eso pasara? —preguntó Mar entre sollozos.

—Nada, ¿qué hay de malo en intentar recuperarte? He respondido a las señales que me enviabas —respondió con chulería—. Además, no te conviene, volverá a engañarte. Te mostré qué tipo era y parece que le crees a él más que a mí. Debí imaginármelo. ¿Qué más pruebas necesitas?

—Sigues mintiendo. Como siempre. ¿Es esto lo que me mostraste? —Mar se acercó al Mac, lo giró y, al tocar el ratón, la pantalla se iluminó. Mat clavó la vista en la imagen que se abrió ante todos; por un segundo perdió la compostura chulesca y se mostró nervioso—. ¿Quieres decirme a qué se parece esto? —El dedo femenino señaló una zona—. Se parece mucho a ese tatuaje que tienes en la pierna derecha. ¡Se te va a caer el pelo, imbécil! Acabo de tener una conversación muy interesante con Beth y no creo que se ponga de tu lado. Sebas, ahí lo tienes. Es el responsable del chantaje. Tú sabrás qué se hace con mierdas como él.

—Mar, Enric. ¿Qué es esto? —preguntó Mat asustado cuando vio que Sebas y el otro *mosso* se le acercaban.

—Esto es la ley, gilipollas, y búscate un abogado —sentenció Mar—. ¿No pensaste que tus actos tendrían consecuencias?

—Lo hice por ti —empezó a decir, nervioso—. Siempre te he querido, pero la jodí. Te enamoraste de él y creí que te haría daño; así que loforcé un poco, quería recuperarte. Me cegué, Mar, tienes que creerme.

Mat empezó a cantar como los canarios. Explicó su motivación y sus celos, su rabia y frustración. Su discurso decayó; Mar pensó que se creía sus buenas intenciones para saltarse la ley y la enfureció que lo justificara todo por estar bajo el efecto de la cocaína. Sebas le aconsejó que se callara y le dijo que lo iban a detener.

—¿Nunca te preguntaste por qué no pagó? —gritó enfurecida—. Si es que eres corto. ¡Ví las fotos! Me contó lo que pasó, y cuando le llegó el mensaje con las imágenes no tenía explicación para la otra fotografía, ¿cómo iba a

tenerla si la manipulaste? Pero no mintió, aunque yo no le creí. Defendió su verdad a sabiendas de lo que eso significaba y yo... yo lo dejé.

Mar lloró. Enric la rodeó con sus brazos y la pegó a su pecho. Notó sus labios en su sien, era su manera de transmitirle calma. Sin embargo, lo notaba tenso, pero no intervenía y supo que se contenía por ella.

Mar tuvo un nudo en el estómago mientras Enric hablaba con Sebas y luego este se llevó a Mat. Miró a su amiga, Susana lloraba agarrada a su marido y dudó de quien consolaba a quien. Mat y Carlos eran amigos desde educación infantil.

—¿Estás bien? —preguntó Enric en su oído cuando regresó a su lado. Ella asintió con una sonrisa tensa—. He hablado con Sebas. Creo que no denunciaré a Mat. —El anuncio la llenó de sorpresa—. No ha matado a nadie y nosotros estamos juntos. Supongo que ya ha tenido bastante escarmiento. No lo hago por él, que conste. Es por mi primo. Es su amigo y está consternado. No quiero empezar nuestra historia con ese peso a la espalda. Eso sí, le he dicho que no quiero que se nos acerque, si lo pillo en otro de sus enredos no seré tan benevolente. ¿Qué te parece?

—Me duele la situación, ha sido como un grano en el culo, pero por esta tontería se le puede acusar de delito de amenazas y, aunque no obtuviera la cantidad que pedía, puede ser condenado desde unos meses a dos años de cárcel por lo que ha hecho. Es de locos. ¿Qué ha dicho él?

—No paraba de llorar, creo que se ha meado en los pantalones cuando el compañero de Sebas se le acercó con las esposas —explicó y sujetó su mano para tirar de ella—. Vámonos a casa, luego hablaré con Carlos.

El fantasma de la traición quedaba revelado, el autor de la infamia detenido; sin embargo, toda aquella revelación no hizo que Mar se sintiera mejor.

Capítulo 19

Mar, cabizbaja y de la mano de Enric, llegó al coche. El camino a casa lo hicieron en silencio. Cada uno necesitaba procesar lo que sentía en relación a lo que había pasado en su despacho, pero captó que el ambiente se enrarecía entre ellos. Deseaba llegar a casa y poder escabullirse. Se sentía mal, con ganas de llorar y con un sentimiento de culpa que no conseguía desprender de su pecho. Al salir del Audi, él la esperó para que se pusiera a su altura, volvió a tomar su mano, la apretó y la miró con una sonrisa limpia.

—Una tarde interesante —comentó él con sarcasmo. Le devolvió la mueca, sin ser capaz de pronunciar nada. El móvil de Enric comenzó a sonar y le intrigó saber quien lo llamaba. Él debió leer su pensamiento—. Es Carlos.

Entró en la casa y fue hacia el dormitorio. Supuso que él continuaba conversando en el salón o quizás había ido a su despacho, al no seguirla. Le pareció bien, quería estar sola. Se tumbó en la cama, abatida; ni siquiera se retiró los zapatos o el vestido y se acurrucó en su lado. Las lágrimas no tardaron en rodar por sus mejillas. Se sentía tan tonta. ¿Cómo no se había dado cuenta de que Mat estaba detrás de todo? ¿Pero es que se había vuelto loco? ¿Chantajear a Enric? Desprestigiarlo ante sus ojos para que ella volviera con él. Le daba rabia haber caído en aquella trampa tan estúpida y la torturaba haber sido tan ingenua. Mat había tenido una idea infame y ruin, pero era ella la que decidió darle crédito a pesar de que Enric le juraba y perjuraba que no habían sido así las cosas. Que él no lo recordaba. No quiso creerle, esa era la

verdad. Desconfió de él y podía haberlo perdido. Imaginarse sin él fue el puñal que se le clavó más hondo en el pecho. Enterró la cara en la almohada y lloró con más pena.

—¿Por qué lloras? —Enric la sorprendió. El colchón cedió cuando se sentó a su lado y posó una mano sobre su cabeza. Apenas se atrevió a mirarlo—. ¿Qué pasa, Mar?

—Es que... es que... me siento tan mal por lo que ha pasado. —Se incorporó y quedó sentada; apoyó la espalda en el cabecero de la cama. Lo contempló con ojos llorosos.

—Hazme un lugar. —Enric le retiró los zapatos y se quitó también los suyos; luego, saltando sobre sus piernas, se sentó a su lado. Con dolor, Mar vio que tenía la mano derecha con los nudillos rojos y rozaduras. La tomó y besó cada una de las raspaduras. Enric se soltó y pasó el brazo por detrás de sus hombros; la atrajo hacia su pecho para que se apoyara en él. Con voz tranquila murmuró—. Ha sido como una pesadilla, ¿verdad? Pero ya pasó.

—Pero... Si yo te hubiera creído esto no habría pasado. Ha sido todo por mi culpa... y todo este tiempo... —Las lágrimas volvieron a rodar por sus mejillas.

—Chist, ya todo pasó, Princesa —la consoló en voz baja—. Creíste las pruebas que te presentaron, ¿es eso lo que te duele? —Mar asintió avergonzada—. Lo que cuenta es que a pesar de eso viniste a buscarme. Comprendiste que no podías vivir sin mí, como yo no podía hacerlo sin ti. Dejaste a un lado tu dolor y volviste. No fue tu culpa.

—Pero podría haberte perdido y me arrepiento tanto del tiempo que hemos estado separados.

—Eso es cierto, tendrás que compensarme —bromeó.

—Lo que quieras —convino con una sonrisa mientras él le retiraba las lágrimas de los ojos con sus pulgares.

—¿Lo que quiera? —preguntó risueño. Mar asintió y se dio cuenta de que había dejado de llorar; aunque su cara debía estar horrible—. Voy a tener que

pensar con calma.

Enric la besó en la sien y poco a poco descendió hasta atrapar sus labios. Mar se deshizo con la ternura que mostraba y el deseo creció en su pecho y en su vientre. Abrazados, resbalaron por la cama hasta que él quedó encima de ella y la apretó contra el colchón, con un movimiento de cadera.

—Nena, la de cosas que quiero hacerte ahora mismo —murmuró con tensión en la voz.

—Yo también las deseo, no pares.

—Es que... tenemos que hablar —anunció Enric con seriedad y se incorporó. Se sentó sobre sus talones, sin dejar de mirarla. Mar se sintió vacía sin su contacto, clavó los codos en la cama y lo observó expectante. Parecía que el momento sensual había pasado y lo imitó. Tuvo que subir el vestido por sus muslos para que le diera libertad y se colocó como él, rozándole las rodillas con la suyas.

—No suena bien... esa frase siempre termina mal —murmuró.

—Verás... ¿Te apetece un baño? —Tuvo la impresión de que Enric, de repente, cambiaba de parecer.

—No, dime lo que sea, ahora.

—No quiero que vuelvas a desobedecerme —exigió torpe. Mar adivinó tensión en su mandíbula, pero creyó que la suya propia le rozaba el pecho.

—¿Cómo dices? —Intentó controlarse, pero no lo consiguió. La había molestado. ¿Desobedecerle? ¿En serio?

—Nena, me lo has hecho pasar muy mal —se explicó Enric, en un intento de justificar sus palabras—. Te pedí que no te quedaras sola con él. ¡Joder, Mar! ¿Todavía no sabes lo importante que eres para mí? Yo nunca he tenido esto, y ver que ese imbécil te tenía en el suelo y podía hacerte daño casi me mata.

Sus ojos, sensibles y lastimeros, volvieron a tornarse acuosos. Se secó sus propias lágrimas.

—Yo no pensé...

—No quiero que te pase nada, eso es todo.

Enric se bajó de la cama y Mar, consternada, contempló lo que hacía, sin moverse. Vio que internaba las manos en el armario y sacaba una caja. Una especie de joyero pequeño, de plata antigua, un cofre. Regresó a su lado, sosteniéndolo, y adoptó la misma posición.

—No sé cómo decirte esto, no quiero molestarte... Pe-pero sé qué día es mañana.

—¿Lo sabes? —Mar sintió que sus hombros se hundían y pensó que Susana se había ido de la lengua.

—Cariño, tienes que dejar de sentirte mal, es un buen día. De hecho, un excelente día. ¡Es tu cumpleaños!

—Pero es que... —empezó a decir, pero, sin poder frenarlas, las lágrimas volvieron a hacer su aparición y le impidieron continuar. Necesitó un segundo —. ¿También sabes que mis padres murieron dos días después?

—Sí, cariño, y han pasado muchos años para que te sientas responsable.

—Querían comprar la casa por mí.

—Lo sé, nena, lo sé todo —reveló a la vez que la abrazaba con ternura. Mar se dejó llevar por los recuerdos y evocó la última vez que celebró su cumpleaños. Entonces la curiosidad le hizo querer saber el suyo. Se limpió la cara con ambas manos y lo observó risueña.

—Por cierto, ¿cuándo es el tuyo?

—El 16 de abril —anunció y lo vio contener la risa.

—¡Pero si es pasado mañana!

Como dos tontos, soltaron una carcajada. Sus cumpleaños eran días consecutivos. La risa fue un bálsamo para su alma. Mar sintió que era pura catarsis; limpiaba el mal sabor de boca que tenía por lo ocurrido. Se propuso pasar página y quedarse solo con lo bueno de las cosas.

—No sabes lo feliz que me hizo saber que cumplíamos años en días contiguos.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó ella con curiosidad.

—Desde hace tiempo. Susana me lo dijo cuando organizaba la fiesta de

Carlos —contestó con cara arrepentida—. Ella no quería hablar del tema, pero fui muy insistente y como quería mi ayuda por lo del video y las fotos, me lo dijo. Pero no le digas nada, con el embarazo a veces está muy susceptible y llora enseguida.

—¿Me lo cuentas a mí? —bromeó. Mar quiso bajarse de la cama, estaba incómoda, pero Enric agarró sus manos y la detuvo.

—Mar, sabes que eres la mujer de mi vida. Yo nunca había sentido lo que despiertas en mí. No imaginas lo feliz que me haces cuando al abrir los ojos por la mañana te encuentro a mi lado. Quiero que compartas mi vida y yo quiero compartir la tuya y ser lo más importante para ti, como tú lo eres para mí, por eso... No sé cómo decirte esto... No quiero parecer cursi. Yo, bueno...

Mar no tenía dudas de lo que Enric pretendía decirle, más bien pedirle. Quiso ser un poco mala y generarle enredo, pero al verlo tan nervioso trató de ayudarlo.

—Pídemelo —susurró melosa.

Enric templó sus nervios, su cara se relajó. Clavó sus ojos en los de ella y pudo verse en el azul de sus iris. Lo que contempló en ellos era amor; un amor grande y sincero y deseó que él pudiera descubrir lo mismo en los suyos.

—¿Quieres casarte conmigo?

—Sí.

Contestó segura, sin dudas y sobre todo con premura, pero Enric estaba tan nervioso que pareció no escucharla porque continuó acelerado.

—Yo siempre quería lo que tenía otro, pero ya no. Desde que te conocí, no. Ahora te quiero a ti y te tengo, aunque quiero más. Si no estás preparada esperaré lo que haga falta, porque...

—Sí, sí, he dicho que sí, Casanova.

—¿Sí? —preguntó feliz.

—Por supuesto que me casaré contigo, lo estoy deseando.

Enric se abrazó a ella emocionado y sellaron aquel acuerdo con un beso. Al separarse, Mar atinó a ver sus ojos húmedos.

—Cariño, este es mi regalo de cumpleaños. No sé esperar.

Enric abrió la palma de su mano y apareció un anillo precioso. Un diamante cuadrado engarzado en una filigrana de oro blanco. Se quedó perpleja mirándolo.

—Enric, es precioso —dijo a punto de llorar mientras él le retiraba el anillo que llevaba en el dedo anular de su mano izquierda para poder ponerle aquel. Después besó su mano y ella no pudo evitar reprimir la lágrima que rodó por su mejilla con lentitud. Necesitó besarlo, rozar sus labios con los de él para decirle que lo quería como nunca había amado a nadie.

—¿Recuerdas cuando vino mi abuelo el otro día? —inquirió Enric misterioso.

—Sí, cuando me pilló sin bragas. —Rieron.

—Días antes había estado conmigo en casa y debió verme tan hecho polvo que me dijo que tenía que hacer un gesto de amor —le contó risueño, como si recordara alguna escena—. Mi abuelo es un romántico; dijo que, si yo creía que tú eras la mujer de mi vida, debía insistir, conquistarte, ser perseverante. Y, como ya escuchaste, hacerte mi propuesta. Quería hacértela el día de tu cumpleaños, pero tú viniste a mí la otra noche y después de lo de hoy... Ya te he dicho que no se me da bien esperar.

Mar rio al recordar la conversación que tuvieron con el abuelo en la cocina.

—¿Este era el paquete que debías revisar?

—Sí, me trajo las joyas de mi madre. —Tomó su mano y volvió a besarla—. Este era su anillo de compromiso, el que le regaló mi padre y se quitó el día que yo nací. Lo he arreglado para ti. ¿Te importa?

—¡Oh, Enric! ¿Cómo va a importarme? Es precioso y me emociona que quieras que yo lo lleve.

—Cariño, si yo soy tuyo, lo mío también. Todo va en el lote, hasta el abuelo.

—Cariño —repitió—. Si yo soy tuya, lo mío también. Todo va en el lote y yo tengo dos abuelas.

Se abrazaron felices y, emocionada, Mar le dio dos sonoros besos en los

labios.

—¿Cómo lo has arreglado para mí?

—Tengo un anillo tuyo, de él saqué la medida de tu dedo.

—¿Qué anillo? No he echado ninguno en falta.

—¿Seguro? —Abrió la caja y Mar lo reconoció enseguida. Aquel que perdió en Madrid. Su anillo favorito de Tous. Si comprender, lo miró con interrogación.

—Aquel día en el aeropuerto, ¿recuerdas?

Sintió una punzada de dolor al evocar el momento de su despedida. Ella lo abandonaba y él lo sabía, sin necesidad de escucharlo de sus labios. Sus manos entrelazadas... les costó soltarse.

—Cuando te perdí de vista me di cuenta de que lo tenía entre los dedos. Y lo guardé como un tesoro.

—Cariño, siento el dolor que te he causado —se lamentó.

—Yo también te lo causé, así que estamos en tablas. Y no hablemos más de lo que pasó, ¿de acuerdo?

Asintió, se lanzó a sus brazos y él no dudó en acogerla y apretarla a su pecho con fuerza.

—¿Podemos bajarnos ya de aquí? —preguntó con una mueca. Le dolían las rodillas de estar en aquella postura.

—Por supuesto, ya volveremos luego —contestó travieso—. Era el lugar perfecto para pedirte matrimonio, Princesa. Nuestra cama.

Al quedar de pie, Enric se le acercó, la agarró por ambas manos y le dijo muy serio:

—Mar, Princesa. Te voy a querer toda la vida. Ya nunca más estaremos solos ninguno de los dos; tú eres mi familia, yo, la tuya; tú eres mi fantasía, yo, la tuya; tú eres mi sol, y yo, tu luna.

—Y tú eres mi noche de amor.

—Eso es lo que más me gusta —bromeó él y Mar lo agradeció. Se habían puesto muy sensibleros.

Se soltó de su agarre, buscó su bolso y lo cogió.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a llamar a mi abuela, quiero que sea la primera persona en conocer la noticia —respondió y le mostró el dorso de su mano con el anillo, a la vez que le guiñó un ojo.

—Ah, pues yo también llamaré a mi abuelo; le diré que al final sí que irá de boda. Lo tenías preocupado con aquello de «no tenemos prisa» —explicó. Sacó su propio teléfono del bolsillo interior de su americana que descansaba en el suelo y risueño propuso—: Podríamos celebrarlo. Hacer una pequeña fiesta de cumpleaños y, de paso que reunimos a la familia y a los cuatro amigos, les contamos nuestros planes. ¿Qué me dices?

—Sería perfecto. Llamo a mi abuela y lo planeamos, ¿vale? —Mar se sorprendió de la ilusión que le hacía celebrar aquella fiesta.

Antes de que pudiera dar con su teléfono en el fondo del bolso, este empezó a sonar. Se apresuró a cogerlo y atendió la llamada.

—Hola, Carmen. Iba a llamarte.

—Hola, preciosa. Como no te gusta que te llame en tu día, lo hago hoy. ¿Cómo estás?

—Abuela... Verás, ¿por qué no venís este fin de semana y el sábado salimos a celebrar mi cumpleaños?

—¿Me lo estás diciendo en serio? —preguntó contenta—. Pero... ¿no me estarás mintiendo, niña? ¿Qué te ha hecho cambiar de idea?

Mar trató de pensar algo que no hiciera que a su abuela le diera un pasmo, pero no encontró las palabras adecuadas, así que lo soltó sin más.

—¡Voy a casarme!

Tuvo que despegar el teléfono de su oreja para que el grito que soltó su abuela no le rompiera el tímpano. Miró hacia Enric, que la observaba sentado a los pies de la cama y reía al verla. Le sonrió, a la vez que le explicaba a Carmen el regalo de cumpleaños que le había hecho su novio. Lo observó levantarse y asintió con la cabeza cuando le mostró su propio teléfono, con lo

que entendió que iba a hacer su llamada y le dio un cachete en el culo cuando salió del cuarto, supuso que camino de su despacho. Se colocó en el lugar que antes ocupaba Enric y escuchó a su abuela hablar a dos voces, con Santi y con ella.

—¿Cuándo es la boda? —escuchó que Santi preguntaba.

—¡Acaba de pedírmelo! No hemos tenido tiempo de pensar cuándo — confesó y de pronto le entró pánico—. Abuela, no es pronto, ¿verdad?

—Cariño, te lo hemos dicho otras veces. Coge de la vida lo que te da y cuando te lo da. No esperes. Si ha de quitarte, la vida tampoco espera.

Mar cortó la llamada emocionada por todas las cosas bonitas que le dijo su abuela. Estaba deseando abrazarla y lo haría en pocos días. Antes de ir en busca de su amor, llamó a Susana.

—Hola, ¿estás bien? —preguntó nada más atender.

—Por supuesto, ¿por qué no iba a estarlo?

—No sé, Mar, después de esta tarde, es una pregunta normal.

—Cierto, pero para mí esta tarde ya está muy lejana.

—Te noto contenta, ¿qué ocurre? —inquirió su amiga con retintín—. ¿Te vas de viaje?

—Sí, haré uno. —Y antes de continuar quiso saber—. Escucha, Susu ¿cuándo pares?

—¿Para irte de viaje?

—No, bueno... dime una cosa. ¿Tú qué prefieres: ir embarazada o sin estarlo, de boda?

—¿Quién se casa?

De pronto oyó a Carlos dar gritos y supuso que hablaba con Enric y le entró la risa al escuchar a su amiga reñirlo, para pasar a bombardearlo a preguntas un segundo después. Casi pudo sentir los engranajes en su cerebro al sumar dos y dos y entender lo que ocurría. Las lágrimas se le saltaron de felicidad y con ironía se metió con su amiga.

—Luego no digas que el niño sale hiperactivo por mi culpa.

—Pero ¿cuándo lo habéis decidido? —preguntó con emoción.

—Hace un momento. Me lo ha pedido y me ha regalado un pedrusco. Dice que quería hacerlo en mi cumpleaños, pero no ha podido esperar. Ha sido todo tan... tan... ¡Ay, Susu! Me siento tan feliz. Estoy en una nube.

—Normal, me alegro mucho por los dos.

—Entonces, dime. ¿Cuándo?

—Salgo de cuentas en septiembre, entre el 2 y el 4, pero... ¿No esperarás que yo ponga la fecha? —inquirió con sarcasmo—. Mira, guapa, mójate. Yo voy a ir de todas formas. Si estoy gorda llevaré al niño conmigo a donde sea y si ya está aquí, pues seré una teta pegada a un niño.

—Bueno, te haré caso. Mañana te digo cómo queda la cosa. Besitos.

Al cortar la llamada, Mar extendió su mano y contempló el anillo. Era una joya preciosa. Con entusiasmo lo besó. Pensó en la madre de Enric y en la suya y sintió que, allá donde estuvieran, compartían aquel momento con ellos.

Se miró al espejo y sonrió a su imagen. Enric no había regresado y se le ocurrió una idea perversa. Iba a sorprenderlo. Nunca lo habían hecho allí, sobre su escritorio. Era un buen lugar para darse un homenaje.

Capítulo 20

La fiesta por los cumpleaños iba a celebrarse en casa de Alicia, con la familia y algunos amigos. Mar se sentía nerviosa, pero a la vez impaciente.

Su abuela y Santi habían llegado la tarde anterior. Se habían instalado en el ático, porque «así tenían su propia intimidad y no los molestaban», le habían dicho. Cuando se encontraron con Enric, casi la pusieron celosa. Nada más ver a su flamante novio se lo pasaron, una a la otra, para abrazarlo y besarlo mientras él reía feliz, bajo la atenta mirada de Arturo, que, como un perfecto caballero, se había puesto a la orden de las señoras para lo que necesitaran. Enseguida congeniaron.

Enric entró en la habitación y la sorprendió pensativa.

—Princesa, ¿todavía estás así? —La miró con un escrutinio que le agitó el corazón. Acababa de maquillarse y perfumarse, pero aún estaba en ropa interior, un conjunto blanco de encaje y las medias de seda con la liga en el muslo. Mientras se ponía los pendientes lo vio a través del espejo; se colocó a su espalda. Sintió con rapidez cómo su piel se erizaba por la cercanía. Enric besó con suavidad su cuello y luego, con una chispa en los ojos, dijo a su imagen reflejada.

—Estás muy guapa apenas sin ropa. —Acarició sus brazos con la punta de los dedos y, en un segundo, estaba tan pegado a ella que pudo sentir con claridad cómo se excitaba—. ¿Uno rápido?

Ella soltó una carcajada y puso un poco de distancia.

—Eres insaciable.

—La culpa es tuya. Me tientas y uno no es de piedra.

Con la risa tintineando en sus labios, Mar se acercó al vestidor y agarró la percha que sobresalía de las demás, sacó el contenido de una funda y se colocó el vestido de gasa beige que había comprado para la ocasión. Encajó el cinturón y se calzó los zapatos de color magenta con tacón de infarto que Enric le había regalado tiempo atrás; le encantaba hacérselo con ellos puestos. Se sonrió al pensar que hacían juego con la corbata que ella le había regalado el día de su cumpleaños, aunque guardaba celosamente otro regalo para él. Al salir, lo encontró ajustando un nudo Windsor al cuello de la camisa.

—Bonita corbata.

—Bonitos... zapatos.

—¿Qué te parezco? —preguntó mostrándose como si fuese una modelo de pasarela.

Él le clavó las pupilas y recorrió su cuerpo con una mirada seductora. La tomó de la mano y la hizo voltear sobre sí misma. Cuando quedó frente a él, le dedicó una sonrisa y murmuró:

—Preciosa, excitante, sexy, encantadora... Una tentación. Mi tentación... Pero, te falta algo.

—¿Me falta algo? —repitió y se revisó con extrañeza.

Observó a Enric que se metía la mano en el bolsillo, al sacarla notó que escondía algo en su puño. Extendió su brazo hacia ella y lo dejó caer por entre sus dedos. Era una cadena de oro blanco, con un colgante rectangular engarzado en oro. Se quedó sin palabras. Enric giró su dedo índice en el aire para que se diera la vuelta, lo hizo emocionada y observó a través del espejo cómo, desde su espalda, abría el cierre y lo ponía frente a ella. Se retiró el pelo para que lo pudiera abrochar bien y la piedra se acomodó en la parte alta de su pecho.

—¿Te gusta?

—Enric, es muy bonito. Me encanta... —agradeció y tocó la piedra con los

dedos, al voltearse lo besó en los labios— pero ya me habías hecho un regalo. —Levantó la mano y la agitó para mostrar el anillo.

—Me gusta regalarte cosas. Eres mi consentida —dijo con voz alegre y cariñosa a la vez que la rodeaba por la cintura—. Cuando lo vi pensé en ti... Es un zafiro rosa.

—Te quiero, Casanova.

—Yo sí que te quiero, Princesa.

Se rieron de sus apodos cariñosos. Enric se fijó en los pendientes que se había puesto, un botón del que colgaba una lágrima.

—Cariño, en el joyero de mi madre hay algunas cosas que puedes usar — señaló mientras se colocaba la americana—. Alicia dice que los anillos son de los que te gustan.

Enric se acercó al armario y sacó el cofre que ella ya había visto. Lo comprobaron juntos. Las joyas que contenía eran de un gusto exquisito, finas y de valor: varios anillos grandes, preciosos; todos de alguna piedra de color. Unos aros medianos con brillantitos que le encantaron, varios collares y una cadena con un colgante parecido al que le acaba de regalar, pero con un zafiro de un azul intenso. A Mar le recordó el tono de sus ojos en un momento de pasión.

—Este colgante lo compró mi padre por mi nacimiento, pero nunca se lo pudo dar a mi madre —confesó Enric con nostalgia, le entregó el pequeño cofre y añadió—: Son tuyas.

—Enric, no sé. Eran de tu madre.

—¿Pero te gustan? —preguntó prudente, ella asintió. ¿Cómo no iban a gustarle? Eran hermosísimas, pero allí había una pequeña fortuna—. Cariño, me gusta que vayas bonita y me encanta consentirte y regalarte cosas porque tú me consientes a mí. Quiero gastarme el dinero contigo porque así soy feliz.

—Bueno, entonces tienes que dejar que yo gaste el mío. Quiero hacer una inversión para los dos. Aún no sé cuál, pero ya lo pensaré. Y una cosa, Casanova, este colgante —señaló el zafiro azul—, se quedará ahí, sin estrenar

y el día que me lo veas puesto sabrás que estoy embarazada.

—Nena... —murmuró con una sonrisa de satisfacción en los labios—. Podemos empezar a fabricar niños ahora mismo.

Mar soltó una carcajada y palmeó su pecho.

—No tengas tantas prisas, que antes tenemos una celebración.

—Como quieras, Princesa y ahora vámonos o llegaremos tarde a nuestra propia fiesta.

—Un momento... ¿Puedo ponerme los aros?

—Claro, son tuyos.

Se cambió los pendientes. Quería llevar aquellos otros esa noche en honor a su madre. Luego se aproximó a su mesilla de noche, sacó una caja y se la entregó con cierto misterio.

—Toma, espero que te guste.

—Tú también me habías hecho ya un regalo —se tocó la corbata con una sonrisa ladeada. Acercó la caja a su oreja y la sacudió con brío; en un intento de adivinar su contenido por el ruido. Su gesto infantil la hizo reír. Podía predecirlo por el logo del envoltorio.

—Es un reloj —anunció al abrir el paquete. Sus ojos mostraron su sorpresa y supo que le había gustado de verdad. Lo sacó con prisa—. Es guapísimo. Te ha costado una fortuna. Es... Es *el* reloj.

—Tú lo vales.

Se quitó el que llevaba y se lo puso con emoción.

—¡Hala, vamos! Ya estamos listos—señaló Enric con humor.

Llegaron a casa de Alicia antes de lo que esperaba. De repente se notó nerviosa. En un gesto familiar, Enric esperó a que llegara hasta él y agarró su mano. Mar se ciñó a ella como si fuera su tabla de salvación; no sabía por qué, pero se sentía sobrecogida.

—¿Nerviosa, Princesa?

—Un poco, ya sabes que nunca me ha gustado ser el centro de atención.

—Bueno, pero hoy es especial.

Una asistente les abrió la puerta y al entrar en el salón todos los presentes empezaron a aplaudir y corear el *Feliz cumpleaños*. Mar reía avergonzada, pero emocionada. Miró a su alrededor. La mayoría de las personas de su vida estaban allí: Carlos y Susana, Sonia y Sebas; incluso Lola, la recepcionista. También Carmen, Santi, Joana, Arturo, Alicia y Joaquín, pero no vio a Dolors. Enric y ella los fueron saludando uno por uno. Repartió besos y abrazos; unos más cómplices que otros. Al llegar frente al abuelo, este la besó y le dio un pellizquito en la mejilla; Mar no pudo evitar abrazarlo con sentimiento y al separarse observó que el hombre tenía los ojos vidriosos, igual que estaban los suyos. Hacia el fondo de la sala, tres chicos los miraban risueños. Solo reconoció a dos. Javier y Daniel, del congreso en Madrid, los amigos con los que iba al gimnasio. Se acercaron hasta ellos.

—Mar, recuerdas a Javier y a Daniel, ¿verdad? —Asintió y ellos le dieron sendos besos en las mejillas.

—Felicidades, Mar. Y a ti también Enric, por partida doble —saludó Daniel y chocaron sus puños en un gesto amigable. A Mar no le pasó desapercibido que hacía referencia, no solo al cumpleaños, sino a que ellos habían vuelto y estaban de nuevo juntos.

Se sonrió al recordar una frase que los amigos le habían dicho a Enric en Madrid. Se iban a sorprender de lo rápido que salía su novio del mercado.

—Este es Juan —señaló Enric al tercer chico, que también le dio dos besos.

—¿También eres cirujano como este trío? —preguntó con humor.

—No, por Dios —contestó alarmado y se llevó la mano al corazón—. Soy un simple anestesista.

La hizo reír con aquella burla. Una joven, con camisa blanca y pantalón negro, se les acercó con una bandeja repleta de copas de cava. Cada uno se sirvió una. Al voltearse al resto de invitados, Mar se fijó que cada persona sostenía una y se habían colocado en forma de medio círculo; Enric y ella parecían ser el centro de la expectación.

—Unas palabras, Enric; haz tú el brindis —propuso Carlos con una sonrisa provocadora.

Enric la miró enamorado y con un mudo reclamo; ella asintió con el presentimiento de lo que anunciaría. Él la tomó de la mano y se movieron para estar frente al grupo.

—Quiero levantar mi copa por mi princesa, porque me hace feliz con su cercanía y su sonrisa. Y con todo el amor que me da. Es mi luz y... y el lugar donde quiero estar. —Mar se ruborizó, sabía qué palabras escondía aquel silencio. Que era su fantasía y su tentación. Se lo había dicho otras veces, la última en un momento de pasión aquella madrugada, y le gustó que lo guardara para ellos. Enric continuó emocionado—. Hace unos días me dio el mejor regalo que alguien enamorado puede recibir. Me dijo: «Sí». Y sé que yo nunca podré darle lo que ella me ha dado, pero voy a intentarlo todos los días y las noches de mi vida. Por ti, cariño, por tu cumpleaños, porque eres mi luz, el amor de mi vida y mi consentida.

Enric levantó su copa frente a ella y Mar sintió que le costaba retener las lágrimas. Todos alzaron la suya y brindaron por ella, por ellos; mientras Enric y ella se miraban, al dar un sorbo a su bebida, por encima del borde de sus copas. Entre aplausos y vítores simpáticos y emotivos, sellaron el instante con un beso.

—¡Esa novia! —exclamó Susana por encima del murmullo y poco a poco las voces cesaron—. ¡Unas palabras, venga! Y que diga cuándo es la boda.

Mar le lanzó una mirada de asombro, ¿cómo podía hacerle eso? Su amiga se encogió de hombros con una sonrisa provocadora en los labios y luego le lanzó un beso.

Se hizo un silencio a la espera. Con premura, Mar hiló unas ideas.

—Mi abuela... —Mar buscó a Carmen entre la gente y se sonrieron mutuamente—, me dijo que la vida te da y te quita sin esperar. Hace tiempo me quitó algo valioso; igual que a ti, cariño —miró a Enric y en sus ojos vio amor, tanto amor que se le saltaron las lágrimas de nuevo—. Pero después

también me dio algo importante. Tú, Casanova. Aquel día en la carretera, cuando te encontré, no fui capaz de pasar de ti y alejarme y esa ha sido la tónica de nuestra relación. Nunca me he sentido tan querida, tan deseada, tan amada. Si yo soy tu luz, tú eres mi luna. Porque solamente tú haces crecer mis mareas. Y... no —miró a Susana y le sonrió—, aún no tenemos fecha, Susu, pero estamos en ello. Y por favor, que ahora alguien diga algo porque esto se está poniendo muy cursi.

Una carcajada general llenó la sala y Enric no tardó en estrecharla entre sus brazos.

—¿Así que tu luna? —susurró en su oído—. Te vas a enterar cuando te tenga solo para mí.

—Ya sabes que la luna tiene un efecto en el mar, ¿verdad? Igual que tú en mí —dijo coqueta.

—¡Por favor! —gritó Susana—. Que los separen, son de un empalago...

Se mezclaron entre los invitados y conversaron animados. Algunos se interesaron por la anécdota que había contado sobre encontrarlo en la carretera; la mayoría no la conocía y a todos les hizo mucha gracia. Enric y ella se separaron, él se fue con los chicos y ella se acercó a su abuela que estaba con Santi, Joana y Arturo. Le pareció que estaba entretenida, pero quería saber si se sentía cómoda.

—¿Estáis bien? —preguntó.

—Claro que sí, Mar. Aquí tienes toda una familia —señaló Santi—. Es bonito ver que te quieren.

—Es que ella se hace querer —afirmó Arturo. Lo abrazó risueña y él murmuró solo para ella—. Bonito detalle ponerte esos pendientes.

Lo miró emocionada y le dio otro abrazo más fuerte.

—Hija, he pensado que tal vez querrías las alianzas de tus padres y convertirlas en vuestros anillos de boda —le propuso Carmen.

—Es una buena idea —alabó Arturo—. Podríais mezclar las de los padres de Enric, también.

—¡Oh! Sería tan bonito —exclamó emocionada. Sin darse cuenta miró hacia donde estaba Enric, seguía con Carlos y sus amigos. Pero el radar que ella creía que poseían se activó y él la buscó con la mirada. Desde la distancia le guiñó un ojo y ella le sonrió embelesada.

—Sé por Mar que sois unas viajeras empedernidas, ¿ya tenéis pensado vuestro próximo destino? —preguntó Arturo.

—Por supuesto, un crucero por las islas griegas —contestó Carmen—. Y esta vez, Joana se viene con nosotras.

—Vaya, Joana, te lanzas a la aventura —bromeó Mar.

—Sí, luego, cuando nazca el niño, me costará marchar —respondió la madre de su amiga.

—¿Y no necesitáis un cicerone? —la pregunta de Arturo dejó a las mujeres sorprendidas y Mar entendió que se autoinvitaba para ir con ellas.

—¿Vendrías? —inquirió Carmen.

—Si no os importa que os acompañe y me aceptáis en el grupo, sí —respondió Arturo y asintió con la cabeza, con una mueca de agrado dibujada en la comisura de sus labios para reforzar su respuesta—. Será divertido. Hace años estuve por allí. Y me vendrá bien cambiar de aires por unos días.

—Si no te asusta venir con tres mujeres, aceptado en el grupo —respondió Carmen. Santi accedió con un gesto de aprobación y la madre de su amiga dijo que era un gran conocedor de la historia y sería un acompañante de excepción. Se mostraron encantadas.

—Ya sabéis que seréis la comidilla del barco, ¿verdad? —inquirió Mar entre risas, pero ellos la miraron como si no entendieran a qué se refería; los dejó haciendo planes y se dio cuenta de que habían pasado de ella de una manera descarada.

Mar se acercó a Susana que hablaba con Sonia y Sebas, pero se percató de que Lola parecía desubicada, la tomó por la mano y tiró de ella.

—¿Te aburres?

—Bueno, es que no conozco a nadie y se me hace raro —contestó para

sorpresa de Mar que había pensado que era más abierta—. Si te soy sincera creí que era una fiesta entre amigos, no un encuentro familiar con pedida de mano.

—Oye, no te pases que la mano no la ha pedido nadie —se burló.

—Tú ya me entiendes, guapa.

Sonrientes, llegaron hasta donde estaba Enric con su primo y los amigos.

—Chicos —los llamó sin dirigirse a ninguno en concreto—. Voy a presentaros a una amiga, es nuestra recepcionista, se llama Lola y se está aburriendo.

Con premura empezó una danza de besos y frases de cortesía, entre unos y otra. Tuvo la impresión de que, a los pocos minutos, Lola parecía más a gusto. Con disimulo, Carlos la sujetó por la cintura y le susurró al oído.

—¿Podemos hablar?

—Claro, ¿pasa algo?

Carlos la sujetó del codo y la separó del grupo, Mar se dio cuenta de la mirada recelosa de Enric, pero entendió que el marido de Susana no quería hablar delante de tanta gente. La llevó hasta la cocina. Allí Alicia los despachó con aspavientos, atareada como estaba ultimando los platos con la cocinera y un escueto servicio. Los envió al estudio.

Al entrar encontraron a Joaquín al teléfono y no pudieron evitar escucharlo.

—Piensa lo que quieras... No te consiento... Sí, ¿y qué? no es solo mi ex... —hablaba Joaquín con acritud, sin saber que tenía público. Mar fue a retirarse, pero Carlos lo impidió y lo sintió casi petrificado—. Yo siempre he sido claro... Perfecto, vete.

Cuando Joaquín cortó la comunicación, los vio. Mar se sentía mortificada, y avergonzada se disculpó por estar allí. La mirada que padre e hijo se dedicaron la puso en tensión. No había que ser muy avispada para darse cuenta de que allí había tomate. Carlos quedó a la espera de que su padre se justificara y este, sin esconder su conducta, reveló que había dejado a su pareja y que pretendía volver con su madre. Cuando le pidió la opinión a

Carlos este se relajó.

—Nunca entendí vuestra separación —dijo sereno—. Que si juntos, que si no. Ahora no voy a cuestionarme si volvéis.

—Pero ¿qué te parece? —preguntó Alicia a sus espaldas—. Pensé que ya habrías salido al enviarlos aquí —se excusó con Joaquín.

Carlos besó a su madre.

—Mira, mamá. Si tú eres feliz, yo también lo soy.

—Es que desde que está el niño en camino... pues que nos hemos visto más —se justificó Alicia—. Nos emociona ser abuelos y quedábamos para hablar y... pues eso.

Joaquín se acercó a su hijo y se dieron un abrazo. Mar sonrió ante la escena y pensó que Susana, cuando lo supiera, se iba a partir de risa; siempre tuvo la mosca detrás de la oreja de que había algo entre sus suegros. De repente entendió por qué Arturo quería cambiar de aires unos días. Se quitaba de en medio.

—¿Lo sabe el abuelo? —preguntó Carlos.

—Sí, hijo —contestó Alicia sonriente—. Y parecéis cortados por el mismo patrón. Ha dicho lo mismo que tú.

—Vamos, Alicia —sugirió Joaquín y la tomó por el hombro—. Creo que venían a hablar de algo serio. Dejémoslos solos.

Al marcharse, Carlos se sonrió.

—Cuando Susana se entere, se parte de risa.

—Eso pensaba yo y más cuando sepa que Arturo se va con mi abuela, Santi y su madre de crucero.

Rieron por la broma del destino, pero en Mar resonaron las palabras de Joaquín y se envaró.

—Bueno, Carlos, ¿dónde está el misterio?

—No quiero que Susana se entere, ¿de acuerdo? —pidió él y sintió un pellizco de preocupación, ¿qué pasaba?—. No puedo dejar que se altere. Además, llora a la mínima.

Mar observó a Carlos, este hizo una pausa y presintió que sopesaba sus palabras. Se mantenía expectante, no tenía idea de por dónde podía salir, pero intuyó su inquietud.

—Carlos, sí es por aquello que hablamos al teléfono, no pienso salir corriendo —señaló seria—. Creo que me diste un buen empujón. Necesitaba oír lo que me dijiste. Te lo agradezco mucho.

—No, Mar, no es eso. Ya sé que lo quieres; solo tenías que dejar de sentir miedo. Es... Es Mat —aclaró al fin y, al mirarlo, Mar vio en sus ojos sincera preocupación—. Quería hablar contigo primero, cuando se entere Enric se va a cabrear mucho y, la verdad, no le va a faltar razón —respiró hondo y preguntó—: ¿Te acuerdas de tu accidente?

—¿Qué tiene que ver? —lanzó la pregunta, pero vislumbró la respuesta antes de que su amigo la dijera y soltó alterada—: ¡¿Fue él quien me atropelló?!

—Sí, Mar —contestó—. No sé qué esperaba, ni qué pasó por su cabeza. Creo que quería hacerte daño de verdad. Por lo visto en el último momento se arrepintió y te esquivó, por eso el golpe fue menor.

—¿Hacerme daño? —repitió con el corazón encogido.

—Estaba obsesionado y no supe verlo, lo siento, Mar. Sospecho que te espiaba a través del teléfono. Con un localizador o algo así. —Carlos estaba afectado, se disculpaba como si él fuese el responsable. Aquella información la desconcertó. ¿La espiaba? Tenía que cambiar de número de teléfono en el acto. Numerosas casualidades vinieron a su cabeza y estuvo segura de que así era—. Cuando pienso que podría haberte ocurrido algo...

—¿Tú crees que... que corro peligro? —preguntó temerosa de la respuesta.

—No, ya no —reconoció y la propia negación la asustó un poco más: «¿ya no?».

—Ya no, ¿qué? —inquirió Enric con voz curiosa, desde el quicio de la puerta, y los sobresaltó—. ¿Qué hacéis aquí escondidos?

Mar fijó la vista en Carlos, espantada, pero la mirada que él le devolvió le transmitió calma. Sin embargo, Enric no era tonto y por su actitud supo que

sospechaba que pasaba algo y se lo ocultaban.

—¿No será Mat otra vez? —inquirió con voz cansada y se sentó junto a Mar—. ¿Qué ha hecho ahora?

Los ojos de Mar se abrieron mucho; contempló a Carlos en una muda súplica de que no se lo dijera. Lo vio dudar, se debatía en qué hacer, pero antes de que abriera la boca, Mar supo que no iba a tapar a su amigo, ni mentir a su primo. Explicó, sin ocultar nada, lo que acababa de contarle a ella. La expresión de Enric se fue crispando a medida que escuchaba.

—¿Pero está loco o qué? —exclamó enfadado—. ¡Podría... podría haberla matado! Será mejor que le digas que no se acerque a ella porque no sé cómo puedo responder. ¡Joder! Con lo que lloraba para que no lo denunciara. ¡Será cabrón!

Mar no pudo contener la tensión y las lágrimas rodaron por sus mejillas. Enric, al verla, detuvo su diatriba y la abrazó por los hombros.

—Se obsesionó —justificó Carlos—. Creo que no soportó que volvieras con Enric, seguía creyendo que te recuperarías.

—Nena, voy a tener que encerrarte en casa para que no te encuentre —soltó irónico—. Lo primero que tenemos que hacer es cambiar tu número de teléfono.

—Sí, será lo mejor. Estaré más tranquila —contestó. Buscó la mano de Enric y sus nervios se templaron al sentirse protegida por él—. ¿Tú cómo lo sabes, Carlos?

—Me lo ha dicho él —respondió Carlos—. Está muy arrepentido por todo.

—Está enfermo, primo —acusó Enric con voz hiriente.

—Sí... eso también. —Carlos se tensó—. Está ingresado. Ha tenido un accidente, aunque en realidad piensan que intentó suicidarse.

—¿¿Cómo?! ¿Por mí...? —preguntó Mar con un suspiro de angustia. Si Enric no la hubiese tenido entre sus brazos se habría desplomado en el sofá.

—Tranquila, Princesa. —Enric se dirigió a Carlos e indagó—: ¿Qué pasó?

—Se tomó una botella de vodka mientras conducía y, queriendo o sin querer,

se estrelló contra un árbol —explicó Carlos—. Mar, Mat estaba mal desde antes de que lo dejaras, solo que no lo sabíamos. No te sientas culpable...

—¿Cuándo ha sido? —quiso saber.

—Hace tres días. Yo lo vi ayer. Está bastante grave, ha perdido el bazo. Mat creyó que iba a morir y se lo confesó todo a su padre. Si sale de esta no saben si podrá caminar —reveló Carlos con tensión y disgusto en su voz—. Tengo una carta de su padre para ti. Toma.

Carlos le tendió un pliego de papel. Mar no se atrevió a cogerla, temía lo que podía decirle, que la responsabilizara.

—¿La has leído? —preguntó.

—No, no podía, va dirigida a ti —contestó. Y siguió con la mano extendida a la espera de que tomara la carta.

—No, no, yo tampoco puedo leerla —negó nerviosa e hizo aspavientos con las manos.

—¿Quieres que la lea yo? —preguntó Enric con mucha cautela.

—¿Harías eso por mí? —Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Por supuesto, cariño.

Enric cogió el papel, de las manos de su primo y, primero, lo leyó en silencio; luego lo repitió en voz alta para que ella lo escuchara.

Mar, no hay palabras que justifiquen los actos de mi hijo, ni siquiera en nombre del amor. El amor no exige, da. Pero él no sabe dar, solo tomar. Si Dios se lo permite tendrá que vivir con lo que ha hecho y el daño que te ha causado a ti, a su madre y a mí. Vive tu vida tranquila y dichosa, porque él está tan arrepentido de lo que hizo que no creo que vuelvas a verlo. Me lo llevaré a Sant Feliu al salir del hospital. Aunque los médicos y el psiquiatra dicen que necesitará terapia.

El tiempo lo cura todo y sé que serás feliz. La vida te ofrece la oportunidad de serlo y te lo mereces. Te doy las gracias a ti y a tu novio por no denunciarlo. Ese acto de bondad demuestra la nobleza de vuestros corazones. Mi hijo se perdió en algún momento y ahora solo

tiene que encontrarse.

Un abrazo.

Mateo Calderón

Mar se emocionó ante las palabras del padre de Mat. Conocía al hombre e intuyó lo que le habría costado escribirlas. Pero estaba conmocionada por lo ocurrido y por lo que Mat había llegado a hacer. Observó a Enric doblar la carta y guardarla en el bolsillo interior de su americana. Después, en un gesto que ya era característico de él, acunó su cara y le retiró las lágrimas con sus pulgares.

—Princesa, hoy es un día feliz. No quiero verte llorar si no es de alegría — pidió Enric con voz afectada y la besó en los labios—. Así que dedícame una de tus sonrisas.

Ella le sonrió enamorada.

En aquel momento la puerta se abrió y Susana asomó la cabeza. Al verlos los miró ceñuda.

—¿Qué hacéis aquí? Os esperamos en la mesa.

Los tres se miraron sin saber qué decir.

—Me habéis dejado sola —se quejó, pero los escrutó como quien investiga en busca de pruebas. No disimulaban muy bien porque les dedicó una mueca de desaprobación. Se dirigió a Mar con tono acusatorio—. ¿No estarás buscando la fecha de la boda? ¿No?

Carlos la sujetó de la mano.

—Cariño... verás, es que...

—Es que, ¿qué? —La barbilla empezó a temblarle y las lágrimas amenazaron con salir y convertirse en un llanto desbordado. Carlos los miró sobrecogido.

—Verás... mis padres están liados —soltó apesadumbrado.

Mar no pudo evitar soltar una carcajada al ver la cara de impresión que mostró Susana.

—¿Me tomas el pelo? ¿Liados con quién?

—Entre ellos. Se podría decir que Mar y yo los hemos descubierto.

—¡Venga ya! —Susana no parecía creérselo—. Estáis hablando de la fecha, por la clínica. ¿Me estáis dejando al margen?

—Que no, Susu. De verdad. —Mar se agarró del brazo de su amiga y la dirigió hacia la puerta de salida, ante la mirada agradecida de Carlos, que junto a Enric las siguió al comedor—. Y haz caso a Carlos, observa a tus suegros y descubrirás que no te mentimos.

Mar, como su amiga, se centró durante la cena en el cotilleo y así alejó de su pensamiento otras cosas. Enric le preguntó cómo estaba y ella, con una sonrisa, le dijo que feliz. Y no mentía. Evitó pensar en Mat. Él había elegido su camino y ella no podía sentirse culpable. Se alegraba por tenerlo lejos de su vida y, con sinceridad, lamentaba lo que le había ocurrido. Pero hasta ahí su lástima. No quería especular en lo que le podría haber hecho. Si se le fue tanto la cabeza como para espiarla con el teléfono e intentar dañarla con un atropello, necesitaba ayuda. Mucha ayuda.

Capítulo 21

La cena había sido un desfile de platos exquisitos, como si fuesen pequeñas bandejitas de degustación. Mar quedó asombrada por el derroche que hizo Alicia para agasajarlos. Se notaba que quería mucho a su sobrino y no escaseaba las palabras de cariño hacia él, igual que hacía con su hijo, pero también al resto de los comensales. El broche fue una tarta que Susana portó, amenizada a viva voz con el tradicional *Feliz cumpleaños* y que provocó que todos la secundaran. Mar no pudo reprimir una carcajada cuando vio dos muñecos sobre ella: la princesa Leia y Han Solo, de *La guerra de las galaxias*.

—Lo siento. Era Leia o una princesa de Disney y, perdona, pero no te veía en ningún papel; tampoco encontré un Casanova —se justificó Susana, entre el murmullo de risas.

Después de soplar, cada uno, sus correspondientes velas —ella un treinta, junto a la figurilla que la representaba y Enric un treinta y cinco, junto a la suya—, se enfrascaron en una charla distendida.

Susana se sentó junto a Mar.

—Estás guapísima, Mar, qué bien te sienta el amor —la piropeó su amiga—. Y menuda noche te espera con esos zapatos. Voy a pedirme unos. —Soltó una carcajada ante aquellas palabras. Su amiga no iba mal encaminada. Ella también lo pensaba.

Más seria, Susana, acercó su cabeza a la suya y le cuchicheó.

—Tengo un chisme, vais a tener razón. He visto a mis suegros dándose un beso de película en el pasillo.

—Y yo tengo otro. —Rio—. Arturo se va con mi abuela, Santi y tu madre a las islas griegas.

—¡No! ¿Pero qué familia hemos unido?

—La vida es corta, Susu. ¿Para qué ponerles palos a las ruedas? —recitó tomándola por la mano—. Hay que coger...

—... lo que la vida te da —terminó la frase.

Alicia se sentó junto a ellas y Mar la observó, pensativa. Una idea había empezado a darle vueltas en la cabeza y aprovechó para comentársela.

—¿Todo bien, chicas? —preguntó la anfitriona de la casa.

—Sí, perfecto, pero... tú estás radiante, ¿por qué será? —respondió Susana con un deje burlón.

—Aquí entre nosotras —susurró en modo cómplice—. Si mi hijo y mi sobrino son como ya sabéis quién... Entonces, ya me entendéis.

Soltaron una carcajada que captó la mirada de algunos, entre ellos Enric, que le guiñó un ojo a Mar y ella le lanzó un beso.

—Alicia, quería pedirte un favor, pero no sé si debo —informó Mar, después de mirar a su alrededor, para asegurarse de que nadie las escuchara.

—Pide, cariño, y ya veré yo si puedo.

—Verás, quería hacerle un regalo a Enric; por la boda, ya sabes, y he pensado si podrías pintarme.

—¿Hacerte un retrato? —preguntó extrañada.

—Bueno, yo más bien había pensado algo diferente... Quiero provocarlo un poco.

—¡Qué buena idea! Me encantará pintarlo —exclamó entusiasmada y se tapó la boca, para amortiguar el entusiasmo de su voz. Tras un segundo en el que la miró pensativa añadió—: Ya se me están ocurriendo ideas. Algo erótico y sensual. ¿Por qué no vienes un día, sin él, claro, y lo comentamos? Mejor, venid las dos entre semana, comemos juntas y lo hablamos, ¿qué os parece?

—Será divertido —comentó Susana, la miró y le propuso con una sonrisa—: ¿Qué tal el martes?

Era el día perfecto.

—Pero, Alicia, yo quiero pagarte por el trabajo.

—Bueno, tú puedes querer pagar, pero yo no pienso cobrar —respondió y a Mar le preocupó haberla ofendido—. Cariño, haciéndome partícipe de vuestra vida ya me doy por satisfecha.

Pasada la media noche dieron la fiesta por terminada. Cuando Mar y Enric fueron a despedirse de Alicia, esta los atrajo con ambos brazos y les dio un abrazo conjunto.

—Chicos, quería proponeros un sitio estupendo que conozco para la boda —anunció con cautela—. Si no habéis pensado nada, yo... yo podría ayudaros.

—Tía, aún no sabemos para cuándo será —respondió Enric.

—Tanto si es en verano o en otoño, este sitio es ideal —continuó Alicia—. Sobre todo, para Mar, por si es en verano. Tiene un jardín con una gran arboleda y la fiesta podría hacerse al aire libre. Hay mucha sombra y así no tiene que preocuparse por el sol. Además, es un hotel pequeño y podríamos alquilarlo el fin de semana, para nosotros solos.

—Parece que tiene buena pinta, me gusta —intervino Mar a la vez que miraba a Enric.

—¿Ya te estás ofreciendo de organizadora de bodas, mamá? —preguntó Carlos con burla, mientras se acercaba.

—Mar, contrátala —animó Susana entre risas—. Es buenísima y barata. Mira como salió nuestra boda. ¡Si hasta encontraste novio!

—Eso no estaba pensado, pero me salió redondo, ¿verdad? —añadió Alicia.

—Pues no se hable más, creo que nos vendrá bien tu ayuda —respondió animada.

—Gracias, soy lo más parecido a una suegra que vas a tener y quería hacer algo por vosotros... —mencionó con entusiasmo. Se notaba que lo hacía de

corazón—. Me hace mucha ilusión colaborar.

—Me sabe mal el trabajo que te espera —comentó Enric—. Con el poco tiempo libre que tenemos no sé si seremos de mucha ayuda.

—Que eso no te preocupe. A ella le gusta —intervino Joaquín que se sumó al corrillo—. Además, le encantará llevarme para arriba y para abajo.

—Nosotras estamos en Madrid, pero seguro que también podemos hacer algo —mencionó Carmen y Santi la secundó.

El grupo se despidió en la puerta de la casa y Mar observó a las abuelas irse con Joana. Antes de subir al Porsche, miró cómo los demás se subían en sus vehículos para marcharse. Había sido una celebración especial.

—Mar, me olvidaba —comentó Enric a la vez que se sumaba a la circulación—. Mañana mi abuelo vendrá a casa, quiere que lo lleve a no sé dónde. No he podido quitármelo de encima. ¿Te importa?

—Para nada, me encanta tu abuelo.

—Gracias, cariño, seguro que quiere comer con nosotros solos.

La conducción de Enric era tranquila; ella, con la vista puesta al frente, se perdió en sus pensamientos. La idea del retrato cada vez la seducía más. Hilvanaba cómo podían hacerlo y supuso que Alicia tendría unas sugerencias excelentes. Estaba deseando empezar. De pronto, la percepción de que tenía la mirada de Enric sobre ella la hizo reaccionar.

—¿En qué piensas?

—Repasaba la fiesta —mintió—. ¿Y tú?

—Pues... en que tendremos unos niños guapísimos —respondió Enric, sin despegar la vista de la carretera.

—¿En serio?

—¿Tú no quieres niños, Mar? —le preguntó con cautela.

—Sí, claro que quiero, pero me gustaría esperar un poco.

—Un poco, ¿cuánto es? ¿Un año, dos, tres, cinco?

—No sé, ¿un año? —señaló con vacilación.

—Vale, un año —aceptó. Mar tuvo la impresión de que se lo apuntaba en una

nota mental—. Tendrás que dejar las pastillas.

—Casanova, ¿no pretenderás que las deje hoy? —dijo con sorna.

—No, cariño —respondió él, ufano—. Todo a su tiempo. Primero casarnos y después niños. Además, quiero disfrutar de ti para mí solo, un tiempo.

Aquella idea la sedujo. Con Enric siempre había pasión y se divertían mucho. Había despertado una Mar desinhibida y ardiente en sus brazos y aquella mujer le gustaba. Adoraba cómo la trataba, con cariño y respeto, y se alegraba de que con ella no hubiera sacado el mal genio que le habían dicho que tenía. Iban a ser muy felices. Ya lo eran.

Se despertó enredada en las piernas de Enric. A su mente acudieron flashes de la noche pasada. Enric sobre ella, recorriéndole con la boca el cuerpo, devorando su lugar más íntimo; mientras su imagen se reflejaba en el espejo y ella arqueaba su espalda presa de un gozo que la enloquecía. Palabras amorosas, morbosas, vertidas en su oído, cuando le hacía el amor en el suelo del recibidor. No habían conseguido llegar al dormitorio. Habían entrado en la casa envueltos en un abrazo y el deseo los apremió en aquel lugar. Enric la encendía con una sola caricia y ella se entregaba, apasionada, porque le alborotaba el corazón y el alma.

De repente, una imagen se detuvo en su pensamiento y decidió que era así como quería que Alicia la pintara: en ropa interior, por supuesto en rosa claro, como si estuviese a punto de vestirse y su imagen se reflejara en un espejo. Algo solo para él.

Lo observó dormir, estaba tranquilo, tuvo la impresión de que en la comisura de sus labios se dibujaba una sonrisa. Aún no había amanecido, se levantó de la cama, sigilosa, y se colocó una bata encima. Recorrió la casa mirándola con otros ojos. Tenía un diseño moderno, le gustaba cómo estaba. Quizás cambiaría cosas de sitio, por su funcionalidad, pero no sabía qué le parecería a Enric. Nunca habían hablado de esos temas, cosas cotidianas de decoración y logística. Sabía que alguien se encargaba de la limpieza y lo agradeció. Lo

único que le gustaría era un espacio para ella. Pero ni siquiera eso le importaba demasiado. La casa era lo bastante grande como para tener intimidad para trabajar, cuando lo necesitara.

Entró en el despacho de Enric, estaba muy ordenado. Se sentó en su sillón y, por inercia, cogió un calendario de la clínica que había sobre la mesa. Lo ojeó. Pasó las páginas con la idea de buscar un día para casarse. Enric quería que fuese pronto; ella hubiera preferido el otoño, pero no sabía bien por qué. Quizás en verano sería un buen momento y así hacer un gran viaje, porque dispondrían de más tiempo. Le gustaba septiembre, le recordaba a cuando iniciaron su relación. Sin embargo, no quería que Susana se pusiera de parto precisamente el día de su boda. Era capaz.

—¿Qué miras? —La voz cálida de Enric la sorprendió. Se le acercó despacio. Llevaba puesto un bóxer y estaba descalzo. Observó el calendario que tenía en las manos—. Ya veo, ¿qué te preocupa, Princesa?

—Es que no quisiera escoger un día y que Susana se sienta mal por el embarazo o que se ponga de parto —argumentó con sinceridad. Quería que su amiga estuviera bien ese día—. ¿Tú cuándo prefieres?

—Yo... yo prefiero cuanto antes —señaló risueño—, pero tenemos que tener en cuenta otras cosas, como el trabajo.

—Tienes razón. Entonces julio es el mejor mes —afirmó y contó los días en el calendario—. Así podríamos juntar los días por la boda con las vacaciones. Tendríamos algo más de un mes para ir a la costa del Pacífico, de viaje de novios. Regresaríamos a tiempo de que nazca el niño. De esta manera estaré cuando Susana se ausente y tú para cubrir a Carlos en la clínica.

Enric la miró con una ceja levantada.

—¿Qué? ¿He dicho algo gracioso?

—Que te quiero, ¿te lo he dicho ya? —Enric la besó en los labios—. ¿Cómo puedes acordarte?

—Cariño, estoy perdida, no sé por dónde vas.

—Mira, ya está. De hoy en tres meses, ¿qué me dices? —concluyó.

Mar se apresuró a mirar el día en el almanaque, cogió un rotulador rojo de un lapicero y lo rodeó con un círculo.

—Me gusta el día.

Se incorporó de su asiento para abrazarlo. Enric la cogió por la cintura y la alzó para colocarla en sus caderas; casi a la vez, ella lo rodeó con las piernas.

—A la cama, Princesa. Tenemos que madrugar.

Mar se dejó llevar como si fuera un monillo. Sabía que no iban a dormir, pero ¿quién querría hacerlo cuando tenían tanto que celebrar?

A la mañana siguiente desayunaban tranquilos, ya vestidos, ante la llegada inminente del abuelo. Enric había untado una tostada con mantequilla y mermelada y se la pasó, para iniciar el ritual de prepararse otra para él.

—¿Sabes que yo desayuno té y fruta o yogur? —preguntó.

—Ah, ¿sí? —respondió sorprendido—. Es verdad, te vi alguna vez. Conmigo siempre tomas café con leche y tostadas.

—Será porque desde que estás en mi vida soy otra.

—Será porque te las preparo.

—Sí, eso también.

—Cariño, en serio. ¿De viaje de novios no prefieres ir a Dubái, a Nueva York, a Japón o a cualquier otro sitio? —preguntó de pronto.

—¿Quieres ir tú a alguno de esos lugares?

—No sé, todo es tan... tan nuevo —respondió sonriente—. No lo he pensado.

—Yo sí, quiero lo que tú quieres. Y tú quieres la costa del Pacífico americano y yo lo deseo desde el día en que te lo escuché decir.

—Será un viaje estupendo... ¿de verdad te apetece ir?

—Que sí, pesado.

Arturo llegó en el momento en el que colocaban las cosas en el lavavajillas. Animado por Enric, al que le gustaba conducir, prescindieron del chofer del abuelo y este se marchó.

Mar, distraída en el asiento posterior con su móvil, no se fijó bien en qué

dirección iban. Al cabo de algo más de una hora, se detuvieron frente a un restaurante. Arturo les pidió que lo esperaran. Había quedado allí con alguien. Bajó del coche y vieron como se introducía en el local. Regresó enseguida y le pidió a Enric que siguiera al hombre que había salido con él. Después de varias vueltas por una urbanización, se detuvieron ante una gran verja de forja muy trabajada. Esperaron a que el otro vehículo entrara y prosiguieron hasta aparcar junto a él.

—¿Qué hacemos aquí, abuelo? —preguntó Enric con curiosidad—. Creí que veníamos a comer por la zona.

—Estoy interesado en esta propiedad —contestó Arturo a la vez que se desprendía del cinturón—. Me gustaría vuestra opinión. Luego podemos ir a comer al pueblo.

Salieron del coche y todos miraron la fachada de la casa. Mar se quedó impresionada, parecía bastante grande; pudo adivinar tres plantas. Estaba situada en una pequeña loma, lo que hacía que por un lado pareciese más alta que por el otro. La rodeaba un gran jardín, con árboles altos y frondosos, por un lado. A la izquierda había una vieja pista de tenis, muy destartada. El hombre que habían recogido en el restaurante abrió un pórtico de madera en un porche y después unas puertas de cristal y los invitó a entrar en la casa. Los recibió una sala amplia con una chimenea. No hacía excesivo fresco fuera, pero en el interior la temperatura había bajado unos grados y Mar se estremeció.

—Hace frío —señaló sin darse cuenta y se rodeó con sus propios brazos.

—Sí, es porque la casa está cerrada y vacía —explicó el hombre—. Pero, aunque no lo parezca, es muy acogedora.

Frente a aquel salón había otras salas y unas escaleras que bajaban a lo que era la bodega. El abuelo y Enric lo siguieron unos cuantos escalones mientras ella echaba un vistazo desde la entrada. Había varios botelleros vacíos y una mesa rectangular. Parecía el lugar para una timba de cartas clandestina. Cuando regresaron junto a ella, les indicó que subieran al piso de arriba.

Llegaron a un distribuidor donde se accedía a varias estancias. El hombre entró en una y se dirigió al fondo. Abrió las ventanas, protegidas por contraventanas de madera, y la luz entró a raudales. Mar se asomó, las vistas eran muy bonitas; daban una visión del jardín de la casa y la urbanización. No se oía ni un ruido. Al lado, una cocina bien equipada, con su gran ventanal al frente que daba a la pista de tenis; y justo en otra pared, una pequeña terracita encarada a la fachada principal y que comunicaba con el salón. Al salir de este, por el distribuidor, se accedía a una zona de dormitorios. Contó cuatro, con dos aseos completos entre ellas. Al final de un pequeño pasillo, una nueva estancia indicaba que era la habitación principal, con baño y vestidor.

Mar miró a Enric con extrañeza, ¿para qué quería el abuelo una casa tan grande?

El hombre les hizo desandar sus pasos y regresaron al salón; abrió una nueva puerta y el sol entró caldeando la estancia. Los animó a salir. En el exterior, Mar se quedó casi más helada que antes, pero esta vez no era de frío. La visión de un espacio con mucho encanto en la parte trasera de la casa la subyugó.

—¡Oh, es precioso! —exclamó con emoción—. Qué lugar más bonito.

Era un jardín con un limonero, un magnolio y varias palmeras. Había otros árboles, pero no los reconoció. A la derecha había una gran barbacoa de piedra, bajo un porche de techos altos de madera, con una mesa amplia para ocho personas por lo menos y césped, aunque estaba bastante seco. Una pared de rocas separaba la zona de un campo muy descuidado. Un pequeño sendero comunicaba con la entrada de la casa y el campo de atrás.

—Arriba hay un solárium —añadió el hombre y señaló hacia el último piso—. Se llega por el interior.

Regresaron dentro y subieron al tercer piso. En una zona había una gran sala con chimenea y otras estancias más pequeñas que podían ser dormitorios o despachos; en el otro extremo, por una puerta se salía al solárium. Desde allí las vistas eran impresionantes; se veía casi la urbanización al completo y se

controlaba todo el jardín. El terreno en su conjunto era muy amplio y los vecinos estaban bastante retirados. Pero lo que llamaba la atención del lugar era la tranquilidad que se respiraba.

Al volver al comedor principal, Mar se deleitó un instante en observar de nuevo el jardín del limonero. Le encantó aquel espacio.

—Bueno, pues esto es todo. Abajo está el garaje para varios coches — señaló el hombre. Mar se reunió con ellos—. ¿Qué les parece?

—Abuelo, es una buena casa; aunque necesita reformas —comentó Enric—. ¿Tiene calefacción?

—Sí, en todas las estancias, también hay aire acondicionado —respondió el hombre y sacó unos papeles que entregó a Arturo, casi a la vez que se separaba de ellos porque su teléfono había empezado a sonar.

—¿Qué planes tienes para esta casa, Arturo? —preguntó Mar con curiosidad.

—Sí, abuelo, ¿no pensarás venirte a este pueblo? Aquí debe hacer un frío del carajo.

—No sería mala idea. A mis años es un buen retiro, el frío no me asusta, pero me gusta estar cerca vuestro —contestó risueño—. Aunque como segunda residencia podría interesarle a alguien.

—En eso te doy la razón —dijo Mar, le parecía un lugar muy bonito—. El jardín es precioso y toda la casa en general.

—¿Te gusta? —quiso saber el abuelo.

—Por supuesto, tiene muchas posibilidades —respondió—. Si necesitas puedo echarte una mano en estudiar el contrato.

—Hay que hacer una inversión en reformarla —comentó Enric y se echó a reír—. Aunque, abuelo, creo que no necesitas nuestra opinión.

El hombre regresó con ellos.

—Señor Oliver, han aceptado las propuestas que hicieron las señoras.

—¿Qué señoras? —preguntó Enric a su abuelo, casi en un susurro—. ¿Ya tienes compradores?

—Algo parecido. —El abuelo chasqueó la lengua y añadió—: Vine ayer con Alicia y Joaquín y nos acompañaron Carmen y Santi. Quería que la vieran.

Mar abrió muchos los ojos y se extrañó de que la abuela no le hubiera dicho nada.

—Bueno, entonces ya está todo visto —concluyó Arturo—. ¿Nos vamos a comer? ¿Nos acompaña, Mariano?

—No, gracias, señor Oliver. La mujer me espera, pero podemos quedar para cuando le vaya bien y ultimamos los papeles.

—Perfecto, nos llamamos. —Arturo se despidió con un apretón de manos, Mar lo secundó al igual que Enric. Cuando el hombre salió por la puerta, el abuelo los miró con seriedad y añadió—. ¡Hala! Ahora vayamos a comer.

Arturo los llevó a un restaurante muy acogedor del pueblo y, antes de que les sirvieran los postres, les reveló:

—La casa es mi regalo de bodas.

—Pero... —Mar se quedó sin palabras y miró a Enric asombrada.

—Abuelo, es demasiado.

—Es mi capricho —respondió con una sonrisa de desinterés—. A Carlos y Susana les regalé su casa, vosotros ya tenéis una y creo que esta será perfecta para los fines de semana y los veranos.

Mar y Enric volvieron a unir sus miradas y sonrieron.

—Princesa, ayer tu abuela lo único que me dijo fue: «Cuando mi nieta vea este jardín se va a enamorar», y creo que así ha sido.

—Gracias, abuelo, no sé qué decirte —añadió Enric.

—Es una casa muy bonita —dijo Mar emocionada—, para una gran familia, como la nuestra.

—Es cierto, y cuando tengáis una propia os sentiréis completos del todo. Tenéis mucho en lo que pensar; como decíais, necesita reformas y aquí podéis invertir ese dinero que no usáis. Os podarán los árboles, gracias a la intervención de Carmen.

Mar se sintió en una nube. La casa la había enamorado, ya se veía en aquel

jardín. Con una sonrisa pícaro miró a Enric y dijo risueño.

—Quiero una piscina con *jacuzzi*.

—Lo que tú quieras, Princesa —contestó él, complaciente.

—Ah, otra cosa —anunció Arturo con semblante mucho más serio—. Enric, he intentado hacerlo lo mejor que he podido, sé que fui duro a veces, pero ya no me debes nada —sus ojos se humedecieron y Mar supuso que se refería a cuando pagó las deudas de juego y droga de Enric—. Y tú, Princesa. Tenerte en el ático ha sido un honor, te dije que nos ayudábamos mutuamente. No quería que mi nieto volviera a escaparse y hacer de las suyas. Pero mira, estoy satisfecho con lo que nació allí. ¿Te parece que rompamos aquel contrato? — La miró expectante y ella asintió con una sonrisa amable—. Aquí es donde podrás invertir aquello que me decías, lo que guardabas para tener una propiedad. Y si me hacéis un huequito en una habitación, vendré a veros algún fin de semana. No muchos, para no agobiar.

—Abuelo, tú no agobias —aclaró Enric y se levantó para abrazarse a Arturo. La gente del restaurante los miró sonrientes y ellos necesitaron un segundo para controlar la emoción. Mar, sin disimulo, se retiró la lágrima que rodaba por su mejilla. Siempre había querido tener una familia más grande y ya la tenía. En aquella casona iban a caber todos.

—Bueno, bueno —carraspeó el abuelo cuando se sentó de nuevo—. Basta ya de hablar de la casa y de cosas tiernas. Ahora decidme: ¿habéis pensado una fecha?

—Sí, abuelo, resérvate la tercera semana de julio.

—Esto sí que hay que celebrarlo. —Arturo cogió la mano de Mar que reposaba sobre la mesa y la besó—. ¡Ay, Mar! Qué feliz me hace que quieras a mi chico, porque aquella tarde que te vi entrar con Susana en su casa, llorando y maldiciendo, me dije: «Esta mujer sí que le iría bien a mi Enric».

—Soy egoísta, Arturo —murmuró contenta. Miró a Enric con deleite y él le devolvió la mirada. No había duda de que se amaban—. Él me quiere a mí también.

Capítulo 22

Tres meses después

Susana estaba dormida. Era casi la una de la madrugada y los nervios le impedían a Mar conciliar el sueño. Habían tenido una fiesta de pijamas particular; estaba cansada, pero lo único que hacía era dar vueltas en la cama. Un mensaje de texto iluminó la habitación desde la pantalla del teléfono, eso provocó que llevara la vista a su móvil que descansaba sobre la mesita. Lo cogió para leerlo.

Enric: Ábreme.

Él tampoco podía dormir.

Al abrir la puerta, lo miró inquieta. Estaba descalzo, con un pantalón deportivo corto y una camiseta. Enric, tras darle un buen repaso, silbó y ella le hizo un gesto para que no hiciera ruido y despertara a su amiga, pero no fue capaz de reprimir una sonrisa cuando le mostró una botella y dos copas. Gramona Imperial Brut Gran Reserva, su cava. El de los momentos especiales.

—¿Un brindis por los novios?

—No deberías ver a la novia antes de la boda —le regañó.

—Princesa, no puedo dormir si no estás conmigo —confesó con una sonrisa y volvió a mostrarle la botella. Sin poder evitarlo, con una expresión de alegría, Mar se lanzó a sus brazos; se besaron como si no hubiera un mañana para ellos dos.

Salió del cuarto y entornó la puerta, no quería molestar a Susana. Se sentaron en el suelo del pasillo, como dos adolescentes, y apoyaron la espalda en la pared.

Sostuvo las copas mientras Enric descorchaba la botella; el chorro salió impaciente y Mar, con rapidez, puso una bajo el líquido que se vertía para que se llenara. Luego, con más calma, Enric rellenó la otra y dejó la botella en el suelo.

—Dentro de doce horas serás la señora Oliver —murmuró con voz queda y chocó su copa con la de ella.

—No lo creo —contestó con seriedad. Enric la miró con cara de susto—. Mañana seguiré siendo Mar Fontirroig, eso sí, estoy deseando de ser la esposa de Enric Oliver. Mi casanova particular.

—Me vale así, pero legalmente serás mía —aceptó y le dio un beso en los labios. Después inquirió con un tono alegre—: ¿Te apetece uno rápido?

Mar lo golpeó en el muslo y reprimió una carcajada.

—Enric, dijimos que no lo haríamos hasta la noche de bodas.

—No entiendo estas tradiciones, son un corte de rollo —señaló enfurruñado. Mar lo entendía, ella también lo deseaba. Aunque tan solo llevaban dos días sin hacerlo, en aquel momento le pareció que hacía una eternidad. Lo miró a la cara y vio como sus facciones se volvían serias—. Venga, aquí mismo, uno rápido y nos vamos a dormir.

Se dio cuenta de que bromeaba cuando le guiñó un ojo. De un salto se sentó en su regazo y apoyó la espalda en sus rodillas flexionadas. Vestía un camisón corto y este se subió por sus muslos, Enric lo levantó, pícaro, para ver lo que había bajo él. Luego se miraron con una intensidad que dejaba atrás el humor del instante y se besaron con mucha ternura. Ambos vertieron en aquel beso todo el amor que desbordaban sus corazones. Al separarse, Mar sintió su pecho acelerado, como si hubiera corrido una maratón y Enric, sin preámbulo, se hundió en él y repasó con la lengua uno de sus senos. Con pericia bordeó su aureola hasta que atrapó el pezón. Lo dejó hacer, aquella caricia la encendía y

deseó que no se quedara en eso, pero tenía que poner cordura. Estaban en mitad del pasillo del hotel. Levantó su cabeza y con una sonrisa lo besó en la nariz. Si continuaba sería ella la que le pediría uno rápido.

—¿Más cava? —preguntó Enric con voz enronquecida. Quizás eso les quitaba las ganas. Asintió—. Por nosotros, Princesa —chocaron sus copas—, porque contigo la vida es color de rosa y, además, quiero eso del «vivieron felices y comieron perdices».

—Por nosotros —repitió emocionada—, porque yo quiero todo lo que quieres tú.

Bebieron un largo trago.

—Cariño, quiero pedirte un favor... —pidió zalamero en voz baja—. Mañana quiero que lleves algo rosa. —Ella lo miró ceñuda y él aclaró divertido—. Es nuestro juego.

—Uf, es complicado, pero me pondré el zafiro que me regalaste, ¿te sirve? —propuso para no decepcionarlo.

—Sí, aunque me gustaría más unas braguitas. —Enric buscó su boca y la besó de nuevo—. Te quiero mucho, Princesa.

—Yo sí que te quiero, Casanova.

Se rieron entre cuchicheos, Mar tuvo que amortiguar la risa en su hombro ante las cosas que él le decía. De repente la puerta se abrió y Susana apareció con cara de pocos amigos y una barriga considerable. Salió al descansillo y los apremió con las manos en sus caderas.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo?

—Tomando una copita de cava —respondió Enric con sarcasmo.

—Ahora mismo a tu habitación, «Casanova» —ordenó y señaló el ascensor. Su imagen en jarras hizo que Mar se echara a reír, ya sin disimulos—. Y tú, «Princesa», para adentro. ¿Es que no podéis esperar?

Los miró expectante para que se movieran; retándolos a rechistar, pero ninguno replicó. Ella se levantó y ayudó a Enric a alzarse. Una vez de pie, amoroso, Enric la tomó de la cara y se la acunó a la vez que le daba un beso.

—Te espero en el jardín a las doce y media, cariño —dijo emocionado—. Ponte bien guapa para mí.

—Tú también. —La soltó y ella le cogió su copa y observó cómo se dirigía al ascensor. Pero casi cuando iba a entrar en él, lo llamó—. ¡Enric...! Sueña conmigo.

Recogió la botella y siguió a su amiga al interior de la habitación. Sonrió al escucharla refunfuñar que al día siguiente tendrían una suite para hacer todas las guarrerías que quisieran. Aun le faltaban dos meses para tener el crío, pero Mar pensó que su amiga ya tenía activado el modo mamá.

La mañana llegó antes de lo que pensaba. En su habitación, sola frente al vestido, Mar lo observaba emocionada. Era un diseño de Rosa Clará. Una preciosidad de bambula de seda y encaje de color rosa. Rosa claro, por supuesto. Llevaba el pelo recogido, sujeto por una diadema tipo Helena, que Carmen le trajo de Atenas, pero dos finos mechones ondulados le bordeaban el rostro. No podía dejar de pensar en el momento en que la viera Enric. ¿Le gustaría? La habían maquillado y se había puesto ya la ropa interior, también en rosa claro y de un encaje precioso. La misma con la que posó para el cuadro. Nerviosa, volvió la vista hacia el vestido que colgaba de una percha enganchada en el borde superior del armario. Muy pocas personas conocían el color; estaba convencida de que iba a sorprender a sus invitados, pero sobre todo al novio. Se pulverizó de nuevo con su perfume favorito, Coco de Chanel, quizás algo fuerte para la ocasión, pero no había querido usar otro. Alguien llamó a la puerta y con paso vacilante fue a abrir. Era Susana, que entró quejándose de lo gorda que la hacía el vestido.

—Pero, Susu, ¿no crees que no es el vestido?

—No le voy a echar la culpa a mi niño —replicó al darle un abrazo—. No me guardas rencor por lo de anoche, ¿verdad?

—No podría. —Mar se rio de la cara de apuro de su amiga, pero sobre todo al recordar a Enric. Si Susana no llega a interrumpirlos, con seguridad habrían

tenido que buscar un lugar donde esconderse porque se estaban poniendo tiernos. Pero claro, eso no se lo iba a decir a la futura mamá—. Olvídalo, Susu, y no estás gorda, estás guapísima. ¿No te lo ha dicho nadie?

—Mi Carlos, pero no cuenta.

Acarició su barriga y las dos sonrieron cómplices. Al segundo, Susana parecía sentirse mejor.

—Anda, ayúdame con esto.

—¿No esperas a Carmen para ponerte el vestido?

—Es que ya no sé qué hacer.

En aquel instante picaron a la puerta y al abrir entró un camarero con una bandeja, sobre ella una botella de Gramona Imperial y dos copas. También un zumo de piña.

—Lo envía el señor Oliver, el joven, bueno, el novio —comunicó con apuro—. Me pidió que le entregara esta nota.

Mar la abrió y leyó en voz alta cuando el camarero se marchó.

¡No te achispes! Y para mi querida prima, un zumo, para que se cuide.

Apenas tuvo tiempo de descorchar la botella, servirse y beber unos sorbos cuando volvieron a picar a la puerta. Se terminó el resto del líquido de un trago y, mentalmente, brindó por su amor, antes de abandonar la copa en una mesa y abrir.

Carmen, Santi y Joana hicieron su aparición y empezaron a meterle prisa para que se vistiera.

—¿Mar, de esta botella podemos beber más gente? —preguntó Santi. La mujer estaba emocionada y Mar supo que estaba tan nerviosa como el resto de mujeres que la rodeaban.

—Por supuesto, la envía Enric.

Con la ayuda de su abuela y Susana se puso el vestido y se calzó los zapatos. Su amiga le abrochó los botoncitos de la espalda y, pícara, le soltó al oído que le dijera a Enric que para quitarlos el truco estaba en ladearlos un poco.

Al salir al saloncito, la cara de emoción de las mujeres de su vida casi la hizo llorar.

—Estás muy guapa, Mar. —Santi fue la primera en tragar el nudo de emociones y hablar—. Es un vestido muy original.

Se hicieron unas cuantas fotos con los teléfonos y, tras ponerse *gloss* en los labios, se colocó las pocas joyas que iba a llevar: unos pendientes de perlas que le regaló Santi, su anillo de compromiso y el colgante de Enric. Al mirarse al espejo, se gustó.

Sonia y Lola entraron a verla y silbaron al unísono, después llegó un fotógrafo y todo se precipitó. Salió de la habitación con Carmen. En su mente, su madre aparecía a su lado y su padre le sonreía feliz. De la mano de su abuela caminó despacio hasta la entrada del jardín, donde la esperaba Enric, con Arturo y todos los demás.

Lo vio de lejos y pudo deleitarse en su figura. Vestía un traje claro, estaba impresionante. Al dar un paso, él levantó la cabeza, como si ese radar que tenían le hubiera avisado de que ella llegaba. Mar solo quería observar su cara al verla. La expresión que le dedicó se lo decía todo. Le había gustado y sorprendido y... se la comía con los ojos. Sus miradas se quedaron enganchadas un instante. Se dijeron muchas cosas en aquel segundo. Enric se llevó la mano al corazón y leyó en sus labios: «Guapa». Solo pudo lanzarle un beso, la emoción la embargaba y luchaba porque las lágrimas no se le desbordaran en aquel momento. Al llegar junto a él, la abuela le entregó su mano. Enric se la sujetó con fuerza.

—¡Rosa!... Estás muy guapa, Princesa. —Le dio un ligero beso en los labios—. Me encantas.

Caminaron de la mano hacia el lugar que tenían que ocupar en la ceremonia. Enric estaba nervioso, igual que ella. Todo pasó en un suspiro. Las palabras del oficiante, los testigos, los ritos y, al final, las palabras: marido y mujer, y el beso que sellaba la unión.

—Por fin, Princesa —susurró Enric en su oído.

Mar, pletórica de felicidad, se abrazó a él.

—Pareces un pastelito de fresa. Así que era complicado ponerte algo rosa, ¿eh?

Se encogió de hombros, risueña.

—Pero ¿te gusta? —preguntó preocupada.

—Me encanta —señaló y la cogió por la cintura—. Y lo mejor es que imagino lo que hay debajo. Me has sorprendido. Estoy deseando desenvolver mi regalo.

—¿Qué regalo? —preguntó y la voz le salió apagada, temió que la hubiera descubierto. Alicia le había dicho que dejaría el cuadro en su habitación y pretendía dárselo por la noche.

—Tú, cariño, tú eres mi regalo.

Lo besó, no se le ocurrió hacer otra cosa mejor.

Pasó las siguientes horas en una nube. Todo estaba muy coordinado y Alicia pendiente de que todo fuese bien. Cuando llegó el momento del baile, impresionada, Mar vio como una pequeña orquesta tomaba posición en un escenario. Hasta había un piano. La música lo invadió todo y Enric la tomó de la mano y la llevó al centro de la pista.

—Es *El Danubio Azul* —la informó en un susurro.

Enric bailaba bien, la llevaba como si fuese una pluma y se alegró de que las clases que tomó con Susana para su boda no se le hubiesen olvidado. En una de las vueltas vio a su abuela que se secaba las lágrimas al observarla. Arturo se le acercó y debió invitarla a bailar, pero ella le hizo un aspaviento y negó con la mano. Sonrió al ver que el abuelo no se amilanaba y la cogía del brazo para sacarla a la pista. Sin dudarle, acercó sus labios al oído de Enric y le pidió que, al acabar la pieza, hicieran un cambio de pareja.

Tras aquel vals dio comienzo otro. Se acercaron a Arturo y Carmen. Se detuvieron frente a la pareja y Enric ofreció su mano a la abuela, que con una sonrisa se enganchó a bailar con él.

—Princesa —la llamó Arturo y la agarró por la cintura, emocionado—. Te

lo digo siempre. No sabes lo feliz que me siento por ver a mi chico así. No sé cómo lo haces, pero sabes llevarlo. Está tan feliz y enamorado.

—Creo que a mí me sucede igual.

Tras aquel baile siguieron otros. Cambió el estilo de la música y Mar bailó sola y agarrada con Enric, Carlos y otros asistentes. Cansada y agotada, decidió sentarse un rato en la mesa con los amigos.

Mónica, la prima de Susana, se sentó con ellos y habló distendida con todos. Al rato apareció Sandra, se les acercó para felicitarlos. Hablaron durante un rato. De pronto Mar sintió una gran empatía con aquella mujer, por cómo ayudó a Enric en los malos momentos. Distraída, observó a Mónica, le lanzaba miraditas a la pelirroja; esta, aunque disimulaba, las sostenía y le pareció que hablaban en clave. Casi le dio un ataque de risa al comprender la situación. Tenían el mismo gusto. ¿Lo sabría Susana? Sandra se despidió de ellos casi con prisa, y al momento, la prima Mónica se excusó y también se alejó del grupo. Le pareció que nadie se había percatado, pero al cruzar la mirada con su amiga, esta tenía cara de alucine.

—Esto sí que no lo esperaba. ¿Os habéis dado cuenta? —preguntó Susu con extrañeza a la vez que intentaba que no se le escapara la risa—. ¡Ay, mi madre! Si no ha salido del armario.

—Creo que nadie sabía que estaba dentro —soltó con burla.

—Cariño, a tu prima le irá bien un meneo —comentó Carlos tan normal.

Todos explotaron en una carcajada y alzaron las copas en un brindis.

—¡Por el sexo de las noches de boda! —exclamó Enric y chocaron sus copas con una sonrisa cómplice. Así habían empezado ellos, una noche de bodas de hacía tiempo. Quien sabía a dónde llevaría eso a otra pareja.

—Cariño, voy con Carlos a la barra ¿quieres algo? —preguntó Enric, ella negó con la cabeza y, tras recibir un sonoro beso y un pellizquito en la mejilla, lo vio alejarse con su primo.

—¿Cómo estás, Susu? —preguntó a su amiga al quedarse a solas—. Es una fiesta larga, ¿no estás cansada?

—Pues sí, la verdad, necesito andar un poco —comentó a la vez que se levantaba de su asiento—. Vamos, acompáñame y saludamos a la gente.

Se acercaron a algunas mesas, la gente estaba contenta y se lo pasaba bien. Susana la llevó hasta una mesa de bebidas que estaba cerca de la pista de baile.

La música se reanudó. Sonaron el piano y los violines y los aplausos llamaron la atención de Mar que miró hacia la orquesta con curiosidad. No se lo podía creer, Enric estaba micrófono en mano. Hechizada, caminó hasta el centro de la pista, frente al escenario. Enric clavó sus ojos en ella.

—Para ti, Princesa —dijo emocionado, con la mano en el corazón. La letra de la canción resonó en sus oídos como un *déjà vu* de otro instante.

*Adoro la calle en que nos vimos
La noche cuando nos conocimos.
Adoro las cosas que me dices
Nuestros ratos felices los adoro, vida mía.
Adoro la forma en que sonrías...*

Enric no apartaba sus ojos de ella mientras cantaba; algunas parejas comenzaron a bailar, entre ellas Sebas y Sonia que se sonreían cómplices. Mar era incapaz de hacer otra cosa que mirarlo embelesada. No era cualquier canción la que había elegido; la susurró en su oído la primera vez que le dijo que la quería. Lo miró enamorada y articuló con los labios: «Te quiero». Él estiró su brazo para que ella lo tomara y, sin dudas, se dirigió hacia su, ya, marido. Enric bajó los tres escalones del escenario y la sujetó por la cintura, la besó en los labios y bailaron pegados a la vez que seguía con la canción.

*Y me muero por tenerte junto a mí
Cerca muy cerca de mí
No separarme de ti.
Y es que eres mi existencia, mi sentir
Eres mi luna y mi sol*

Eres mi noche de amor.

Enric la soltó para subir de nuevo al tablado y, de su mano, lo siguió mientras él terminaba la canción.

*Adoro el brillo de tus ojos
Lo dulce que hay en tus labios rojos...*

Cuando acabó, Mar se lanzó a sus brazos. Él la besó con pasión, hizo que se inclinara hacia atrás, al más puro estilo hollywoodiense. La gente aplaudió, gritó y los vitoreó con entusiasmo y, para su sorpresa, pidieron otra canción.

Carlos subió al escenario y Mar entendió, al verlo agarrar una guitarra, que iban a darle al público lo que pedía. Como auténticos músicos se colocaron uno al lado del otro, Enric también con una guitarra, y empezaron con los acordes de la canción *Fruta Fresca*, de Carlos Vives. Bajó junto a Susana y los observó moverse como si lo hicieran todos los días. Alicia y Joaquín se unieron a ellas y les preguntaron si les gustaba la sorpresa. Contenta, Alicia les explicó que habían ido a ensayar a su casa varios días. Animadas, bailaron al son del vallenato, sin quitarles ojo. Y a voz en grito corearon el estribillo.

*Sí, sí, sí
Que este amor es tan profundo,
Que tú eres mi consentida
Y que lo sepa todo el mundo...*

Mar no podía dejar de mirarlos y ver cómo se movían y cantaban. Estaba sorprendida. Nunca los había visto así. Alicia y Joaquín, entre risas, bailaban agarrados.

*Que tú eres mi consentida
La niñita de mis ojos
La que me endulza la vida
La que calma mis enojos...*

Los invitados estaban revolucionados. Todos acompañaban la letra. Sintió que era un momento emotivo porque, con esta canción, Enric y Carlos les declaraban su amor más incondicional y personal. Eran sus consentidas.

—Esto, fijo, es influencia del abuelo —gritó Susana y estallaron en una carcajada.

*Y que digan en la radio
Que yo te quiero de veras
Que lo digan en los diarios
Y después de la novela
Y en un letrero que diga
Que como tú no hay ninguna
Que lo digan en la China
que lo digan en la Luna.
Sí, sí, sí
Que este amor es tan profundo,
Que tú eres mi consentida
Y que lo sepa todo el mundo...*

Cuando ellos saltaron del escenario se tiraron a sus brazos como auténticas *groupies*.

—Si se hunde la clínica ya sabéis a qué dedicaros —bromeó Mar sin soltar a su amor—. Habéis estado estupendos. Gracias.

Se habían marchado de la fiesta de su propia boda como si huyeran de algo, pero en realidad lo que los apremiaba era el deseo de estar a solas. Al entrar en su *suite* encontraron la cama llena de pétalos de rosa y una cubitera con su cava favorito. Una nota sobre la servilleta blanca que lo cubría les deseaba una noche especial.

—¡Susana! —Mar no dudó de quién les enviaba el regalo.

Fue directa a los pies de la cama y se sentó. Con una expresión de alivio en

la cara se descalzó, mientras Enric se sentaba a su lado y se dejaba caer hacia atrás en el colchón. Con disimulo, pero con urgencia, Mar buscó con la vista dónde habría dejado Alicia el cuadro, lo vio apoyado en el suelo, junto a un diván pequeño. Su ya estrenado marido la asió por la cintura y ella se dejó caer a su lado, y unieron sus labios en un beso dulce y tierno que prendió las brasas en su estómago. Sin embargo, antes de perderse en él, Mar quería entregarle su regalo. Se irguió ante la extraña mirada de Enric.

—¿Estás cansada? —preguntó con confusión.

—Un poco —le respondió y su tono se tiñó de voz traviesa—. Pero solo un poco.

Enric le sonrió desde la cama y se alzó para quedar sentado junto a ella. Acarició su espalda y besó su cuello despejado del pelo, que le dejaba toda una zona por explorar. No se detuvo y la recorrió con los labios. Eso provocó en Mar un escalofrío que la estremeció entera.

—Enric...

—Cariño —dijo él sin despegar mucho los labios de su piel, solo lo justo para hablar—. Quiero hacerte tan feliz como tú me haces a mí. Prométeme que, si tenemos problemas, si ves que algo anda mal, lo hablaremos e intentaremos arreglarlo. Prométeme que no saldrás corriendo.

—Lo prometo. —Se giró hacia él llena de amor por la inseguridad que le mostraba con aquellas palabras. Lo prometía porque ella también esperaba enfrentar juntos las dificultades que les deparara la vida.

Enric desabrochó con dedos ágiles algunos de los botoncitos de su espalda y ella se sonrió.

—Susana ya me ha informado de cómo proceder —anunció muy serio—. Quiero desenvolver mi regalo, mi pastelito de fresa.

Mar se levantó casi de un salto y dejó a Enric descolocado, unos segundos.

—¿Por qué no descorchas el cava primero? Tengo un regalo para ti.

Fue hacia el diván, cogió el paquete y se sentó en la cama para entregárselo.

—Toma, espero que te guste.

Enric se había quitado la americana y estaba a punto de descorchar la botella; la dejó olvidada y fue a su lado. Apoyó el objeto en el colchón y rompió el papel con prisa. Su cara se iluminó cuando se apreció un pedazo de la imagen. Se deshizo del resto del papel y lo miró absorto. Por su cara cruzaron mil emociones a las que Mar no supo poner nombre, pero todas eran de deleite y de entusiasmo. Le había gustado, y mucho, por cómo se abultaba la zona de la cremallera del pantalón.

—¡Eres tú! —acertó a decir y después enumeró lo que reconocía—: El anillo, el collar... Y este es... ¿Es el espejo de la entrada?

—Sí, hice fotografías para que tu tía pudiera incluirlo. ¿Te gusta?

—Me encanta, Princesa. Estás sexi y cautivadora. Tu cara es... es alucinante, la expresión que ha conseguido captarte... Eres tan tú.

Mar pensó que, para conseguir aquel rostro, su tía la había animado a pensar en Enric, en sus momentos íntimos y casi tuvo una experiencia religiosa. Enric dejó el cuadro sobre un sillón, donde podía verse bien, y se le acercó despacio. La besó con ternura y poco a poco el beso subió de temperatura.

—Ven, quiero desenvolver mi otro regalo. Siéntate.

La ayudó a deshacer el peinado, retiró la diadema y la puso en la mesilla; después, con un mimo exquisito, fue desabrochando los botones, despacio. Mar sintió su delicada caricia a cada botón que abría. Su piel se erizaba al contacto y el deseo aumentaba en su vientre. Enric tumbó a Mar en la cama, con la parte de arriba arremolinada en su cintura, y la contempló con los ojos llenos de un fuego que ella sabía a dónde la llevaría.

—Te quiero tanto que hay veces que me duele —confesó Enric con un susurro—. El día que nos conocimos mi corazón latió de otra manera, y supe que si no te conquistaba me arrepentiría siempre. —La besó, y al separarse acarició su cara como si la viera por primera vez—. Cuando Carlos me dijo que el día más feliz de su vida fue el de su boda no lo entendí, pero creo que ahora lo sé. Se sentía completo. Como tú me haces sentir.

—Enric, dices cosas muy bonitas. Yo también te quiero. —Besó sus labios y

después añadió en tono jocosos—. Y aquel día, Casanova, fuiste un descarado, me metiste mano por debajo de la mesa.

Enric soltó una carcajada. Luego la miró a los ojos.

—¡Ay! No me lo recuerdes, tu cara fue un poema, pero no te retiraste; yo creo que te gustó.

—Claro que me gustó, lo que no sabía era cuánto me gustaría.

Con una sonrisa ladeada, Enric terminó de retirarle el vestido; la contempló tumbada sobre los pétalos de rosa y ella pensó que su cara parecía que había visto una aparición. Lo observó mientras se deshacía de su propia ropa. Cuando estuvo desnudo frente a ella, la tomó de su mano y la incorporó.

—¿Es la ropa interior del cuadro?

—Sí, creí que te gustaría.

—Princesa, no querrás matarme, ¿verdad?

Abrazada a su cuello, echo la cabeza hacia atrás para poder reírse con ganas, él aprovechó para lamer la zona de la garganta y buscar sus labios para devorarlos. Cayeron de nuevo en la cama y Enric, con una lentitud que la torturaba, le retiró aquellas prendas a la vez que le decía que iban a ser su fantasía más íntima.

Mar sintió que se besaban como si no lo hubieran hecho nunca, y se derramaron en las sensaciones que les nacía en el cuerpo. Enric, con manos experimentadas y curiosas, rozó su piel para encenderla más, si eso era posible, enganchó su pezón entre sus dedos, para luego lamerlo con deleite, a la vez que acariciaba el seno desatendido. Ella lo apremiaba con suspiros desbocados y jadeos que sabía que lo encendían y no podía reprimir.

—Enric, mi amor...

Al borde del colapso, por la dicha que sentía, observó cómo Enric se tumbaba sobre ella, acariciaba su entrada y, poco a poco, se introducía para llevarla de nuevo al paraíso. Con movimientos calculados, y sin dejar de mirarla a los ojos, Enric salió de ella muy despacio para al segundo siguiente volver a hundirse en su interior y repetir la acción una y otra vez. Ella

acariciaba su espalda, sus músculos tensos por el esfuerzo y desbordada por lo que sentía, se mordió los labios casi a punto de chillar que no se detuviera, que quería más, mucho más. Sintió el corazón de su marido acelerarse, como si llegara al punto en el que ya no podría detenerse, y buscó sus labios. Lo besó con toda la pasión que pudo, la intensidad del momento la tenía exhausta, pero aquel beso le dio la fuerza que necesitaba. Se aferró a él, abrió más sus piernas y lo apretó de las nalgas para conseguir más profundidad. Él gimió desesperado, sus embestidas ganaron en velocidad, sus cuerpos chocaron como los polos opuestos de un imán. Perdidos el uno en el otro, enganchados en un abrazo febril, atravesaron juntos la línea de lo divino y lo sagrado.

—¡Mar! —gritó él con un último aliento antes de caer vencido sobre su pecho.

Capítulo 23

El avión aterrizó a media tarde, tras más de quince horas de vuelo desde Los Ángeles. Mar estaba agotada. Enric había dormitado bastante, pero a ella se le hizo casi imposible, así que vio varias películas seguidas en su monitor e, incluso, durante bastante tiempo dejó la imagen del trayecto que indicaba por dónde iba el avión hasta tomar tierra. La tecnología la sobrecogía siempre. Al traspasar la puerta de salidas del aeropuerto de El Prat, la sonrisa amable y alegre de Arturo la hizo sentirse que ya estaba en casa. Su chofer se hizo cargo del equipaje y los trasladó a casa de Alicia, donde los esperaban Susana y Carlos.

Al llegar a Sant Cugat, su amiga estaba en el jardín.

—¡Ni lo digas! —exclamó Susana al verla. Mar la miró asombrada y dibujó sobre sí misma una barrigota enorme. Pero su amiga abrió los brazos y se fundieron en un abrazo de oso. La emoción la embargó y fue ella la que no pudo retener las lágrimas—. Qué tonta te has puesto por esas tierras. Anda, siéntate conmigo y cuéntame.

—¿Y cuándo dices que cumples? —preguntó acariciando su barriga y, hablándole a la panza, añadió—: Hola, peque, soy la tía Mar.

—Me faltan dos semanas —contestó Susana—. Estoy deseando verle la carita.

—¿No te animas, Mar? —preguntó Carlos sonriendo, y también le dio un efusivo abrazo—. Es toda una experiencia.

—Pues ahora que lo dices... No... He de deshacer primero las maletas —se burló y todos estallaron en una carcajada.

Alicia había previsto una cena temprana. Ellos lo agradecieron, estaban hambrientos; la comida del avión no era precisamente una delicia. Durante el ágape explicaron la mayoría de las rutas que habían hecho y los lugares que habían visto.

—Los Ángeles me decepcionó —señaló Enric—. Me llevé una idea de ciudad sucia, descuidada y donde parece que se ha normalizado la pobreza.

—¿A qué te refieres? —se interesó Carlos.

—La sensación que nos llevamos fue un poco desilusionante, la verdad —añadió Mar y repasó los lugares que habían visitado y las cosas que habían visto con cierto chasco—. La ciudad es un poco caótica. Supongo que la idea que uno tiene de la metrópoli que alberga la meca del cine es otra cosa y, cuando llegas, te encuentras con la cruda realidad. Que en Los Ángeles los *homeless* están por todas partes: en el centro de la ciudad, instalados en las aceras, las cunetas o en los márgenes de tierra de las autopistas. Ves campamentos de gente sin techo en cada rincón; en algunos casos cargados con sus carros; y en otros, instalados en tiendas de campaña. Impresiona, la verdad. Pero tras esa huella, al ver mis fotografías, la sensación tan pésima cambia de color. Visitamos un montón de lugares espectaculares: El Paseo de la fama, el Teatro Chino, el Museo de Hollywood, Beverly Hills, Bel-Air, el observatorio Griffith, las playas de Malibú o Santa Mónica.

—¿Entonces no vale la pena ir?

—Sí, claro; Los Ángeles es Los Ángeles y, como Nueva York, hay que verlo —respondió Enric—. Cuando llegas a casa valoras más tu ciudad.

La risa se extendió por la mesa y Mar aprovechó para continuar con su diatriba.

—El Cañón del Colorado, eso sí que es bonito, pero... viendo una película de indios, de las viejas, te haces mejor idea —dijo con intención de picar a Enric. Era lo que más le había gustado y había hecho un montón de fotografías.

A pesar de las bromas, Mar reconocía que era un lugar de una belleza espectacular.

—¡Qué dices, Princesa...! Eso es Almería. Ni caso —refutó mirando a los demás y obviándola, lo que le hizo ganarse un pellizco por parte de su mujer—. Impresionante sitio. Estos americanos lo tienen todo a lo grande. Hicimos una ruta y luego lo vimos desde un helicóptero, y el atardecer es precioso.

Se atropellaban y hacían bromas para hablar uno y que el otro callara. Mar sintió que había echado de menos a la familia; sus momentos íntimos no los cambiaba por nada, pero rodearse de gente que los quería era como una inyección de felicidad.

—¿Y es verdad eso de que lo que pasa en las Vegas se queda en las Vegas? —preguntó Susana con ironía y sarcasmo.

Una sonrisa se dibujó en la comisura de los labios de Mar que miró a su amiga divertida y en su mente evocó algún momento de sexo salvaje. Si hasta lo habían hecho en un lugar público, por Dios: en los servicios de uno de los casinos que visitaron. Pero, claro, eso no lo iba a contar.

—Sí, Susu, pero para saberlo tendrás que ir —respondió sacándole la lengua y guiñándole un ojo con regodeo. Enric la miró pícaro y supo que él también pensaba en lo mismo.

—Lo que más se queda en Las Vegas es la pasta —señaló Enric—. Los casinos están pensados para gastar y gastar; venden de todo. Y como mi princesa estaba en plan caprichoso, hemos derrochado bastante.

—Serás... Pero si eras tú el que parecía un niño.

Enric rodeó su cuello, como si la apresara con el hueco de su codo y, al acercarla a su cuerpo, le dio un beso en la coronilla.

—Menos a los del CSI, hemos visto todo —continuó Mar entre risas. Era una forofa de la serie original. Aquella era una broma que se hacían al pasear por las calles. Hasta que alguien les dijo que muchas escenas se habían rodado en otro lugar y perdieron interés.

De pronto, Carlos, Joaquín y Enric se enzarzaron en una charla sobre el

juego y el gran parque de atracciones que era aquello y lo que el cine había mostrado siempre. Mar aprovechó para cuchichear con Susana hasta que escuchó a Enric.

—Ha sido un viaje precioso, muchos sitios espectaculares, no sé con cuál quedarme, pero como en casa no hay nada y tenemos una para estrenar. ¿Eh, Princesa?

—Estuvimos hace un par de días —comentó Alicia—. Está todo precioso, como querías, Mar. Ah, y os llené la nevera.

Llegaron a la finca de la Selva casi a media noche. Habían pasado por casa para dejar el equipaje y coger unas pocas cosas para pasar allí unos días y Enric se empeñó en entrarla en brazos; allí repitió la hazaña, pero casi acabaron rodando por el suelo en esta ocasión y muertos de risa. De la mano fueron habitación por habitación y recorrieron la vivienda entera. Todo estaba muy cuidado. Al salir al jardín, Enric encendió las luces y Mar se emocionó. Llevó las manos a su boca en una muda exclamación. Diferentes halos de luz surgían de los parterres, como si fueran antorchas, y dibujaban todo el sendero que recorría la zona; subían hasta donde antes estaba el viejo campo y ahora ocupaba el espacio una piscina, con *jacuzzi*, por supuesto. El aroma de una dama de noche se colaba por todos los rincones. Parecía el Edén.

Regresaron a la casa y llevaron el pequeño equipaje hasta su habitación. Había quedado preciosa. Mar casi no recordaba los muebles que habían escogido. Presintió la mano de su abuela en algunos sitios y, sobre todo, las de Alicia. Habían creado un ambiente tal y como ella había pedido, muy romántico. Sobre la cama lucía una colcha de *patchwork* que no tuvo duda de que la había confeccionado Santi. En la pared colgaban dos fotografías enmarcadas del día de la boda. En una estaban sentados en una balconada de piedra que daba a un jardín; ella, recostada sobre Enric que la rodeaba con sus brazos y se miraban felices y enamorados. En la otra, Enric estaba sentado en un banco y ella lo rodeaba con sus brazos por detrás y lo besaba en la mejilla.

La sonrisa sincera y feliz de su casanova particular iluminaba la fotografía.

—¿Te gusta cómo lo han dejado? —preguntó Enric.

—Sí, todo está muy bonito. Me encanta este lugar, será nuestro refugio.

—Tenemos que ponerle un nombre —sugirió.

Trataron de dormir, pero el *jet lag* les dificultó el sueño. Tras varias horas dando vueltas en la cama y de revisar lo que la televisión ofrecía, se fueron a la piscina y estrenaron el *jacuzzi*. Entonces sí que cayeron rendidos.

El teléfono empezó a repiquetear hacia el mediodía. Mar estaba desorientada, en un primer momento le costó saber dónde estaba. Buscó el aparato diabólico y encontró un mensaje enigmático.

La felicidad hay que beberla a pequeños sorbos para que no empache.

Lo leyó un par de veces, pero no entendía quién se lo enviaba. Enric la llamó para que volviera a la cama y abandonó el teléfono sobre la cómoda, pero le quitó el sonido. Un par de horas después se levantaron con la idea de que debían pasar algo de sueño si querían restablecer sus ritmos circadianos. Aunque para ser justos, no habían dormido todo aquel espacio de tiempo. Les costaba muy poco perderse el uno en el otro. Se necesitaban y se adoraban.

Al revisar su teléfono, con la idea de que había soñado lo del mensaje extraño, vio que tenía tres más y entonces lo supo. Eran de Mat. «Maldito Mat». ¿Cómo había conseguido su nuevo número de teléfono? Por lo que decía, estaba al tanto de su vida. Entonces fue consciente de su error. Había hecho todo un reportaje fotográfico de su viaje de novios que compartió en sus redes sociales.

No quiso preocupar a Enric y se lo ocultó. Respondió antes de bloquear su número que, para su sorpresa, no había eliminado.

Mar: Déjame en paz. No quiero saber de ti. Haz tu vida.

Enric había preparado una especie de desayuno-almuerzo. Tras comer un poco y retozar en el sofá, decidieron darse un paseo.

Era un pueblo típico de montaña; agradable y con bonitos bares y terrazas. Compraron algunas cosas y, al pasar por una tienda de cerámicas, Mar se quedó enganchada en el escaparate. La mayoría de los objetos expuestos eran preciosos, pero lo que llamó más su atención fue una placa con un nombre y un pequeño dibujo que lo representaba.

—¡Mira, Enric!

—Es perfecto. Lo quiero.

Mar tiró de la mano de Enric para entrar en el local. Entre risas se interesaron por él. El vendedor, un hombre mayor, les dijo que los hacía su hijo y, entusiasmados por el hallazgo que habían hecho, lo compraron. Regresaron a la casa con todo lo necesario para colocarlo en la entrada, en el pilar que había junto a la verja de forja. Enric se mostró muy concienzudo y, como si de suturar una herida se tratara, pegó la cerámica en la que estaba escrito el nombre con el que bautizaron su refugio de la montaña: Mar de Luna.

Mar estaba nerviosa por el tema de Mat, no quería romper la nube en la que estaban. Mientras Enric se daba un baño en la piscina y hacía unos largos, ella aprovechó, con la excusa de que no quería que le diera el sol, para llamar a Susana; necesitaba explicárselo a alguien.

—Está fatal —acusó su amiga—. Carlos apenas habla con él. No sé, Mar, pero tienes que decírselo a Enric y hazte a la idea de que deberás ser invisible un tiempo en las redes sociales.

—Eso me temía. —Enric entró secándose con una toalla y Mar cambió de tema—. ¿Entonces por qué no venís?

—Está contigo, ¿no?

—Sí, pero te lo digo en serio. Aquí se te pasará el tiempo más rápido.

—Es horrible, Mar —señaló Susana con voz quejosa—. A cada rato pienso que va a nacer. Me han dicho en el hospital que aún me queda, pero creo que

se equivocan.

—Bueno, tú no te agobies. Os esperamos mañana, ¿vale? Se está genial. Te traes tu canastilla, por si las moscas, y ya está.

—Pero os cortaremos el rollo. ¡Que aún estáis de luna de miel!

—Susu, si queremos estar solos, seguro que encontramos la forma. La casa es grande y ni te cuento la de sitios que nos faltan por estrenar. —Se rio con una carcajada y su amiga la secundó, por el rabillo del ojo vio a Enric que también se sonreía—. Anda, veníos, será divertido.

—Se lo diré a Carlos, seguro que le gusta la idea. Te llamo cuando salgamos.

Carlos y Susana llegaron temprano. Los chicos se marcharon al pueblo a comprar carne para preparar la barbacoa y ellas se relajaron en la piscina, sobre las tumbonas y bajo unas sombrillas enormes. Susana le preguntó si había hablado con Enric y la riñó al saber que no lo había hecho. Para no sentirse peor de lo que se sentía, Mar cambió el tema y le preguntó por cómo estaba el despacho. Susana se enfrascó en enumerar una serie de casos y los puntos en los que estaban y le aseguró que Sonia controlaba lo que a ella se le hubiera olvidado.

—No quiero estar mucho de baja —anunció su amiga.

—¡Ey! ¿Y eso? Haces lo que toque —la recriminó—. La maternidad no es cosa de hacerle un hueco al bebé en tu vida, sino adaptar tu vida al bebé.

—¡Vaya! Esto no lo esperaba de ti.

—Serás una mamá estupenda, Susana —dijo sincera, la miró y le pareció que estaba guapísima. La enternecía verla así, con un bikini verde que enseñaba su gloriosa barriga y un libro sobre bebés.

—A veces me da un poco de miedo, pero lo negaré delante de Carlos —contestó.

—No tienes que ser siempre fuerte, es normal que el momento del parto te asuste. Es un momento delicado, pero no tiene por qué ir mal—intentó darle

ánimos—. Te has cuidado mucho, has hecho yoga y clases de preparación al parto. Creo que has hecho todos los rituales alrededor del nacimiento de un hijo, sin obsesionarte, ¿por qué hacerlo ahora?

—¿Y si no soy una buena madre? —Puso cara de pena y ella le sonrió como se hace con los niños—. ¿Y si no me quiere?

—Pero ¿cómo no va a quererte? Lo harás bien, Susu.

Mar observó cómo Susana se tocaba la barriga, con un amor sin medida. La abrazó y pensó que quizás ella algún día también tendría esos miedos, pero espantó aquel pensamiento al escuchar unas voces.

—Llegan nuestros maridos. Fuera esa cara, ¿vale? —inquirió con voz cómplice y al instante le entró la risa—. ¡Maridos! Cómo suena.

Durante dos días compartieron risas, ejercicios en la piscina para que Susana se encontrara mejor, confidencias, partidas de billar en la que los chicos siempre ganaban y películas románticas que Susana quería ver y todos cedieron a sus deseos. La consentían. Mar no habló con Enric y sus ansias se le pasaron con los momentos felices que él le regalaba. Su amiga quiso regresar a Barcelona, temía ponerse de parto y de que le pillara en aquel paraje.

Cuando se quedaron solos, Enric le propuso un juego y ella, ávida de complacerlo, lo siguió risueña a la sala de billar. Estaba segura de que no llegarían ni siquiera a hacer una partida. Y así fue.

Cayeron exhaustos sobre el tapete y Mar tuvo que reconocer que no era el lugar más cómodo para hacer el amor, pero sí uno muy excitante. Tumbados, con la vista en el techo, Mar notó cómo Enric tomaba su mano y la llevaba a su pecho.

—Qué felices vamos a ser, Princesa.

—Qué felices somos —matizó.

Mar se despertó con el timbre del teléfono de Enric. Casi había amanecido y, al encender la luz de la mesilla, Enric le dedicó una mirada de alarma y ambos

dieron un salto de la cama. Él atendió con rapidez.

—Sí... joder ¿ya?... vale, Carlos —murmuró inquieto. Mar imaginó que Susana estaba de parto y sintió una especie de vacío en su estómago. Miró a Enric que trataba de ponerse un pantalón con una mano, ya que la otra sujetaba el teléfono en la oreja—. ¡Primo! Tranquilo. Que eso lleva su tiempo. ¿Estás vestido? Hazlo. Salimos ahora, vale... Ya la oigo, se lo digo. —Cortó la llamada y, con un control en la voz que era envidiable, le cuchicheó risueño —: Que dice Susana que muevas el culo que vas a ser tía. Así, tal cual. No sé cómo no hemos oído desde aquí los gritos que pega.

Recogieron con rapidez algunas cosas. Se vistieron, cerraron las marquesinas de los ventanales y salieron hacia Barcelona en un tiempo record. Cuando llegaron a la clínica Teknon ya estaba todo el mundo allí. Mar escuchó cómo las abuelas, Alicia y Joana, se contaban sus propios partos. Joaquín y Arturo estaban sentados y charlaban como si estuvieran en el salón de casa. Nadie parecía alterado y Mar descubrió que a ella le temblaban las rodillas. Carlos apareció con un rictus de tensión.

—¿Ya? —preguntaron todos a la vez.

—No, pero la bajan a la sala de partos, ahora —contestó el futuro padre. Él sí estaba nervioso, captó Mar y trató de infundirle ánimos con una sonrisa—. Vengo a avisaros y a saber si ya estaba Mar aquí.

—Dile a Susu que se concentre en lo que tiene que estar —señaló emocionada, las lágrimas asomaron a sus ojos porque su amiga estuviera pendiente de si ella había llegado en un momento como aquel. Iba a llorar y no quería hacerlo—. Que tenga una horita corta, como diría mi abuela.

Carlos regresó con Susana. Enric sujetó su mano y la apretó a la vez que le lanzaba un beso en el aire. Mar necesitó que aquel beso fuese real y se lo devolvió en los labios.

—Qué emoción, ¿verdad? —le preguntó Enric al oído—. Cuando nos toque a nosotros...

Lo miró con el ceño fruncido y soltó una carcajada.

—Casanova, Casanova... que nos dimos un tiempo.

—Sí, lo sé... pero yo te embarazaría esta noche mismo.

Mar lo miró con amor y pensó si aquello era otra manera de decirle que seguía queriendo lo que Carlos tenía. Enric debió leerle el pensamiento.

—Cariño, tengo todo lo que deseo. Que sueñe no es que anhele lo que otros tienen.

Dos horas y media después, Carlos apareció de nuevo. Mar pensó que no hacía falta que les explicara nada. Su cara lo decía todo. Alicia saltó del asiento en el que estaba como si alguien le hubiera pinchado y fue a su encuentro. Se le abrazó antes de que llegara a donde estaban todos. De pronto, la mujer que siempre le había parecido fuerte y dura se deshizo en lágrimas. Joaquín la consoló, aunque estaba también muy emocionado. Uno a uno, todos se fundieron en un abrazo con el estrenado papá y lo bombardearon a preguntas.

—¿Cómo es? —quiso saber Joana.

—Creo que va a ser un llorón —respondió Carlos—. No veáis qué pulmones.

—Y Susana, ¿cómo está? —indagó Joana con un rictus de preocupación.

—Bien, está muy bien. Fue ponerse en acción y todo ha sido rápido —contestó sin dejar de sonreír, aunque había tensión en su cara—. Os está esperando.

Las madres no se lo pensaron dos veces y se encaminaron hacia la habitación. Joaquín y Arturo las siguieron.

—¿No vienes? —preguntó Alicia a su hijo que se había quedado rezagado al lado de ellos.

—Subid, ahora voy —pidió.

—¿Estás bien, primo?

—Sí, solo necesito un momento —objetó. A Mar le pareció que estaba muy conmovido, casi a punto de llorar y por un instante se preocupó. Enric posó

una mano en su hombro y Carlos se le abrazó como si fuera un asidero al que agarrarse; cuando se separó quiso explicarse—: Siento tanta emoción que creo que nunca he sido tan feliz. Me han dejado cortar el cordón umbilical, y cuando me han puesto a mi niño en los brazos... ese momento no se me va a olvidar nunca. El tiempo se ha parado y su carita se ha grabado en mi mente. Yo he puesto a nuestro bebé en brazos de Susana y hemos llorado como dos tontos.

Enric y Mar se miraron. Estaban felices por ellos, pero escuchar al primo tan sobrecogido hizo que a ambos se les saltasen las lágrimas.

—Va a ser mi consentida, ya lo era, pero ahora más, por el regalo que me ha dado —continuó Carlos emocionado, de pronto se calló unos segundos, pensativo, y añadió—: Tienes que decirme dónde compraste aquellos zapatos.

Mar y Enric soltaron una carcajada que contagió al propio Carlos y aquello fue catártico.

—Eso está muy bien, primo, se los debes —comentó Enric entre risas—. Aunque creo que lo más común es una joya.

—Eso ya lo tengo. —Se metió una mano en el bolsillo y les mostró una cajita. Al abrirla apareció un conjunto de pendientes y colgante de esmeraldas, preciosos.

—Como sus ojos.

Mar vio que volvía a emocionarse y lo ayudó.

—Bueno, y que os parece si vamos a ver a la mamá y a Carlitos —propuso con humor. En realidad, deseaba con intensidad abrazar a su amiga y conocer a su sobrino.

Cuando entraron en la habitación, Susana y el bebé estaban rodeados por la familia. A Mar no le pareció que acababa de pasar por un trance como el de dar vida a su hijo. La percibió ojerosa, pero consideró que estaba guapísima y sobre todo feliz. El grupo se abrió para que se acercaran. Con sumo cuidado besó a su amiga y la mirada que entrecruzaron le hizo saber que estaba bien. El bebé, plácido, estaba apoyado en su pecho como si no ocurriera nada a su

alrededor y entre sus deditos agarraba el meñique de su madre, tenía los ojillos cerrados y le sobraba ropita por todos lados. Le pareció la imagen más tierna que había visto en su vida. Lo besó en la cabecita y le susurró muy bajito que era la tía Mar. Enric besó a Susana y la felicitó con un pellizquito en la mejilla; con sumo cuidado pasó el dorso de sus dedos por la carita del niño y Mar lo miró con el corazón lleno de amor y ternura.

Susana relató que había pasado un poco de miedo, por si algo no salía bien; pero después, al ver la carita del niño todo había quedado atrás. Entre ella y Carlos narraron el parto: los dolores, lo que dilataba, la espera. Mar se estaba poniendo mala, así se le quitaban las ganas a cualquiera. Pero al mirar a Enric pensó en lo feliz que se sentiría por ser padre. Quizás el tiempo que se habían dado lo acertaban y, como él decía, se quedaba embarazada aquella misma noche. Diez minutos después, aquella idea se le había olvidado.

Tras pasar una hora con ellos decidieron marcharse. Susana tenía que descansar, pero, sobre todo, era el momento de los nuevos papás para vivir en la intimidad los primeros instantes de su nueva vida.

Se detuvieron en la cafetería con Arturo. Mar se levantó para buscar otro azucarillo para su café con leche y, mientras lo cogía de un recipiente en la barra, alguien la llamó.

—¿Mar? Mar, ¿eres tú?

—Hola, Mateo —saludó nerviosa.

—¿Qué haces aquí? ¿Vienes a visitar a Mat?

La sala se le estrechó de repente. ¿Mat estaba allí? Por instinto echó un vistazo hacia la mesa. Enric hablaba con su abuelo, distraído, pero Mar sabía que de un momento a otro la buscaría con la mirada. No se equivocó. Los ojos de su marido se cruzaron con los suyos y Mar creyó que intuía su incomodidad porque dejó al abuelo con la palabra en la boca y se levantó para ir junto a ella.

—No... no sabía que estaba Mat aquí —contestó nerviosa—. Susana ha tenido un niño.

—Ah, felicítala —dijo animado y, sin ella esperarlo, el hombre la sujetó por el codo y se le acercó un poco más. Inquieta, trató de soltarse. Vio a Enric por el rabillo del ojo fruncir el ceño—. Van a operarlo, para ver si puede caminar... Sé que no puedo pedirte esto, Mar, pero ¿por qué no vas a verlo? Está amargado. Lo animaría.

—Yo, no... no puedo —contestó antes de que Enric llegara junto a ella.

—Cariño, te esperamos —murmuró él sin dejar de mirar al hombre—. ¿Ocurre algo?

—Enric, te presento a Mateo... el padre de Mat —los presentó con vacilación. Vio a Enric sonreír, pero sus ojos expresaron tensión—. Mateo, él es mi marido.

—Sí, lo sé. Supe que te casaste. Encantado —Mateo le sonrió. Educado, tendió la mano a Enric y este se la estrechó.

—Tenemos que irnos —anunció Mar—. Espero que todo vaya bien.

Se giró y caminó unos pasos. Los nervios se le habían instalado en el estómago y temió ponerse a vomitar.

—Mar —la llamó Mateo y se le acercó. Ella se agarró en el brazo de Enric en busca de su apoyo—. Está en la habitación 304, por si cambias de opinión.

Mar cerró los ojos un segundo y respiró hondo; al abrirlos miró a Enric que se mantenía impasible, pero intuyó que era solo una pose. Negó con la mano y sin más siguió su camino hasta su mesa. Al llegar, antes de que pudiera sentarse y que las rodillas dejaran de temblarle, Enric preguntó molesto.

—¿Qué quería?

—Mat está aquí, ingresado —contestó a la espera de que no indagara más.

—No te he preguntado eso —murmuró con acritud.

—Enric... —intervino Arturo— a buen entendedor.

—No te metas, abuelo —pidió y Mar supo que se contenía—. Nos regresamos a la Selva. No quiero que estés en el mismo sitio que ese tipo.

—Yo no quiero regresar todavía, quiero volver a ver a Susana y al niño —refutó. Se dio cuenta de que llevaba entre los dedos el azucarillo y lo vertió en

su vaso, lo removió nerviosa y le dio dos tragos. Fue un error, se le agrió antes de llegarle al estómago.

—Cariño, te recuerdo que ese tío intentó matarte... —espetó con indignación —entre otras cosas.

—¿Cómo que intentó matarla? —se alarmó Arturo.

—Sí, abuelo, él fue quién la atropelló aquel día; está enfermo. Además, le puso un localizador en su teléfono. La espiaba. ¿Puedes creerlo? —señaló con cinismo, pero Mar pudo detectar el temor en su voz. Se le saltaron las lágrimas. Cuando supiera que Mat había tratado de contactar con ella, que la había seguido espiando a través de sus redes iba a tener un grave problema—. Comprenderás que no esté tranquilo.

—Vámonos —pidió Arturo y se levantó con rapidez—. No es lugar para hablar de estas cosas. Vamos, Princesa. Todo irá bien.

Mar quiso marcharse a casa, pero el abuelo y los tíos insistieron en que fueran a comer juntos. Hasta unas horas después no estuvo en su sofá, acurrucada, y Enric entretenido en sus cosas. No tenía idea de cómo se había metido en aquel lío. Pero algo le decía que mientras más tardara en comentárselo a Enric sería peor. «Maldito Mat. ¿Qué pretendía?».

Capítulo 24

Se había quedado dormida en el sofá. Se levantó un poco desorientada y buscó a Enric. Lo encontró al teléfono, en su despacho. Al momento de entrar, este cortó la llamada y le dedicó una mirada de desaliento.

—He hablado con Carlos, no sé si podremos regresar a la Selva antes del fin de semana. He quedado con él, mañana, para reorganizarnos con la clínica.

—No te preocupes, ya iremos —contestó—. Yo también tengo que hablar con Susana; sé que lo ha dejado todo controlado en el bufete y aún me faltan días para reincorporarme por las vacaciones, pero quiero asegurarme.

—Otra cosa, y espero que no te enfades —comentó Enric, más serio de lo que le hubiera gustado a Mar; entendió que no estaba de broma—. No quiero que veas a Mat. No, te prohíbo que veas a Mat.

—Mira, Enric, creo que te estás pasando. —Se molestó por el tono que empleó—. Primero: no tengo ningún interés en ver a Mat, ¿crees que he olvidado lo que me hizo? Lo que nos hizo. Y segundo: no deberías prohibirme cosas. ¿No me dirás que estás celoso?

Enric la miró con impaciencia y alzó los dedos para enfatizar su refutación.

—Primero: eres el amor de mi vida y no estoy celoso, precisamente; sí, preocupado. Segundo: eres mi mujer y puedo pedirte, rogarte y mandarte que no hagas algo que me molesta. Y tercero: Princesa, si lo haces, tendremos problemas.

—Creí que confiabas en mí, ya veo que no.

—Cariño, ¿no lo entiendes? —justificó, se levantó de su asiento y fue hasta ella—. No quiero que lo veas, me preocupa que pueda hacerte daño de alguna manera. Es un liante. No soporto la idea de que albergues por él algún sentimiento; ni siquiera quiero que le tengas pena o lástima.

Mar comprendió a Enric. Ella tampoco se fiaba de Mat, sobre todo porque estaba obsesionado y podía salir con cualquier cosa que le fastidiara la vida. Una persona así era impredecible. Quizás debería hablar con su padre. Si había ido a terapia no le había funcionado bien. No quería que se enfadaran y menos por aquel gilipollas.

—Te prometo que no iré a verlo... mandón.

Al día siguiente visitaron de nuevo a Susana, estaba con el niño sola en su habitación y terminaba de darle el pecho.

—¿Y Carlos? —preguntó Enric.

—Pues debería estar aquí, no se pierde esta escena. Supongo que no tardará. —La puerta de la habitación se abrió—. Míralo, aquí lo tienes. Te lo has perdido —le dijo a su marido que cruzó una mirada enigmática con ella.

Al momento, Susana incorporó al niño y muy resuelta se dirigió a Mar.

—Toma, tía, cógelo. Tiene que hacer un eructito.

Mar sujetó al niño con más miedo que otra cosa. Estaba rígida y apenas se atrevía a hacer un movimiento, por si lo incomodaba. Con una mano en la parte baja de su cabeza y otra alrededor de su cuerpecito, muy pegado a ella, le dio suaves golpecitos en la espalda; como había visto hacer a la madre. Se le despertó una gran ternura al escucharlo soltar el aire y lo besó en la cabecita. Al levantar la vista se cruzó con la mirada embobada de Enric.

—Se te da bien, Mar. Te queda muy bien un niño en los brazos —señaló Carlos con guasa.

Mar se puso nerviosa de golpe y, sin más, se lo entregó al papá que cogió a su niño con todo el amor del mundo.

—Toma, primo. —Carlos le pasó el niño—. Haz prácticas.

Enric lo envolvió con sus brazos y Mar pensó que lo manejaba mejor que

ella. Escuchó cómo le hablaba con tono suave, muy dulce. Se acercó a la ventana y, como si el niño lo comprendiera, siguió explicándole cosas.

—Mira, Carlitos, ahí fuera está el mundo. Está lleno de vida, de cosas buenas y malas y hay que saber diferenciarlas. Haz caso a tu papá y todo irá bien. Existen muchas cosas, por ejemplo: están los coches, en eso me haces caso a mí, y las motos y las chicas. A las chicas trátalas siempre como princesas y diles cosas bonitas. Un día encontrarás una que te ganará el corazón, como le pasó a tu papá y como me pasó a mí, y entonces ya nunca más volverás a ser el mismo, porque sin ella estarás incompleto. Las chicas son un misterio, pero son de lo mejorcito que hay en el mundo.

—Muy bonito, Enric —murmuró Susana, emocionada.

Enric se giró hacia Mar y con una sonrisa de oreja a oreja soltó.

—Yo quiero uno, Princesa.

La carcajada que sonó en la habitación asustó al bebé que lloriqueó, Carlos se lo cogió para acunarlo y luego lo depositó en su cunita.

—Anda, primo, que estás muy tierno. Vamos a la cafetería.

Al quedarse a solas, Susana la observó durante unos segundos.

—Ayúdame, Mar. Quiero levantarme —pidió incorporándose—. Necesito ir al baño.

La ayudó a bajar de la cama y esperó a que fuera al aseo; cuando salió, Mar no pudo resistir la tentación y se le abrazó.

—¿Y esto?

—Esto es por lo bien que te ha salido el niño —bromeó—. Viéndolo así, tranquilito, no parece hiperactivo.

—Ya has escuchado a Enric, quiere uno, y sería genial. —Susana, sin atender a la cara que Mar le dedicaba, siguió con su charla—. Nuestros niños se criarían juntos; como Carlos y Enric, como tú y yo. No ves lo bueno que sería. Quieres tener niños alguna vez, ¿no?

—Pues sí, pero es que acabamos de casarnos —refutó—. Quiero disfrutar de él, de nosotros, del sexo.

—Mira, Mar, el sexo embarazada es muy bueno, tiene sus limitaciones, pero no es malo —explicó y se sentó con mucho cuidado sobre una especie de flotador.

—Bueno, lo pensaré. Enric está deseando. Desde que te vi con aquel Predictor llorando a moco tendido, supe que tenía los días contados —contestó con burla y Susana le sacó la lengua como si fuera una niña.

Alguien picó a la puerta y vio a su amiga elevar los ojos al techo, seguro que las visitas la tenían agobiada. Al dar paso entró una enfermera.

—Señora, le traigo una visita.

Susana miró a Mar con interrogación y las dos observaron a la sanitaria salir, abrir un poco más la puerta y regresar empujando una silla de ruedas. Mar se irguió con tensión y se puso de pie a la defensiva. Era Mat.

—¡Mat! —exclamó Susana sin disimular su sorpresa. La enfermera lo dejó en mitad de la habitación y se marchó—. ¿Qué-qué haces aquí?

—He querido aprovechar el momento —contestó sin mirarla, la vista la tenía clavada en Mar.

En una décima de segundo, Mar buscó las vías de escape que tenía. No quería estar en el mismo lugar que él. Rogó para que Enric no regresara y lo encontrara allí.

—Hola, Mar, mi padre ya me dijo... Se te ve bien. —Mat movió la silla hacia la cuna del bebé y lo contempló—. Felicidades, Susana. Ya tenéis vuestra familia soñada.

—Gracias.

Susana también estaba de pie y junto a ella, como si fueran un frente común.

—Mat, no creo que debas estar aquí —apuntó Susana y se irguió con autoridad—. Los chicos están al llegar.

—He visto a Carlos antes, ya me ha advertido de... pero quería verla. —Miró a Mar con súplica en los ojos—. Necesito verte.

Como el animal que se siente amenazado, dio un paso para atrás. No quería verlo, no deseaba ni siquiera que le hablara. Sin buscarla, la imagen del

atropello acudió a su mente. Había sido capaz de aquello, de mentir, de manipular. Ya no era el Mat que conoció en un crucero, sino alguien que la acosaba.

—¿Es que no me ves?! —Mat levantó la voz y se asustó—. ¿No piensas decir nada?

Mar negó con la cabeza, con la voz casi en un suspiro le dijo a Susana que tenía que salir de allí.

Cogió su bolso y buscó la ruta de evasión más rápida, pero para marcharse tenía que pasar por su lado. No lo hizo con la suficiente rapidez como pensaba y él le cortó el paso.

—Sé que lo sabes... Todo.

Mar evitó su mirada, lo ignoró. Solo deseaba salir de allí.

—He venido a pedirte perdón... Quiero que seamos amigos —pidió como si fuera la cosa más normal. Mat intentó cogerle la mano y ella lo rechazó. Aquel gesto no pareció gustarle—. ¿No piensas mirarme siquiera?

—Mat, no es lugar —suplicó Susana que se había acercado a la cuna de su hijo como si así lo protegiera de lo que pudiera ocurrir.

—Lo sé, perdona. —Mat pareció serenarse y miró a la mujer de su amigo con una disculpa en la cara, pero luego regresó la vista a ella y sus ojos centellearon de impaciencia. Le habló con reproche—. Lo he hecho todo mal contigo, Mar. Te quería tanto que estaba loco. Pero te has casado y mírate, más guapa que nunca. Sé que te he perdido para siempre, lo acepto al fin. No volveré a espiarte, solo te pido que seamos amigos.

No le creyó nada.

Miró a su amiga y con un gesto de cabeza le dijo que se marchaba. Después, segura, rodeó la silla de Mat y alcanzó la puerta, pero él volvió a sujetarla por el brazo, desesperado. El susto la hizo dar un chillido.

—¡Suéltame! —gritó con rabia y tiró de su brazo. El tono de su voz llamó la atención de las personas que circulaban por el pasillo.

—Dime algo, ¿no ves cómo estoy?

Luchó consigo misma, no quería hablarle, pero la furia que despertaba en ella la hizo perder los nervios.

—No quiero que me pidas perdón, déjame en paz de una maldita vez. Estás de psiquiatra para hacer lo que hiciste, para espiarme, atropellarme y acosarme. Si hasta me pusiste un localizador en el teléfono. Como vuelvas a ponerte en contacto conmigo iré a la policía y esta vez no voy a callarme nada. Será mejor que te dejes de juegucitos y no me espíes, ni me escribas más. No quiero saber nada de ti. Olvídame, como yo te he olvidado. Y debes de estar loco si crees que voy a perdonarte lo que me has hecho y lo que le hiciste a Enric y, más, si crees que seremos amigos.

—¡No pienso dejarte en paz! ¡No voy a dejar que vivas feliz mientras yo estoy así! —Mat golpeó los reposabrazos de su silla y añadió con desprecio —: Estoy así por ti, por tu culpa. Me provocaste liándote con él, no me dejaste solucionar nuestros problemas. Tú me empujaste a hacer lo que hice.

—¡Serás cabrón! —bramó—. Estás así porque eres gilipollas. Y cuidado conmigo porque antes no te denuncié, pero ahora no voy a pensármelo y, además, voy a pedir una orden de alejamiento.

—Si no me denunciaste es porque algo sentirías por mí. Soy importante para ti —insistió—. Voy a volver a caminar y voy a estar ahí, porque en algún momento él te fallará y yo te daré lo que necesitas. Volveremos a ser tú y yo. No puedes haberte olvidado de mí, en el fondo me sigues queriendo.

—No te quieres enterar. Enric es el amor de mi vida. Tú y yo no existe. —Trató de que la entendiera, pero era imposible razonar con un loco, y Mat parecía que había cruzado la línea invisible que separa la cordura de la enajenación. Era como el paranoico que vive su propio delirio—. Cree lo que quieras, pero aléjate de nosotros.

El tono de sus voces atrajo a la enfermera que, con cara circunspecta, preguntó qué ocurría.

—Una visita indeseada —señaló Mar molesta y con seguridad indagó—: ¿Puede llamar a seguridad, por favor?

—Señor... —llamó la sanitaria a Mat que seguía mirándola con odio, agarrado a los reposabrazos—. Será mejor que regrese a su habitación o...

Mat dio la vuelta con su silla y se alejó de ella; la enfermera lo siguió y Mar pudo soltar el aire que había retenido en los pulmones. Al mirar hacia la puerta de la habitación, vio a Susana llorosa con la mano en el pecho. Cruzaron sus miradas; su amiga abrió sus brazos y pudo refugiarse en ellos.

Había pasado mucho rato y ni Carlos ni Enric habían regresado. Mar estaba inquieta, había tratado de llamarlo al teléfono, pero no había respondido. Daba vueltas por la habitación cuando Enric entró y, al mirarlo, se sobresaltó.

—¿Qué-Qué te ha pasado? —Tenía un apósito sobre la ceja.

—Nada, me he dado un golpe, han tenido que curarme. Nos vamos.

No era una pregunta, su tono delató su enfado. Enric trató de bromear con Susana que lo miró alarmada, pero él solo le dio un pellizco en la mejilla y le dijo que se cuidara mucho. Carlos lo palmeó en el hombro al salir. Su cara también estaba seria. Mar intuyó que escondían algo, pero no preguntó.

Llegaron sin hablar hasta el coche, al entrar en el Audi, Mar ya no pudo más y lo increpó.

—¿Se puede saber qué te ha pasado y por qué estás así?

—Ya lo he dicho, un accidente.

—No soy tonta, Enric...

Lo miró agarrado al volante, tenía los nudillos casi blancos de la fuerza que hacía.

—No me lo puedo creer, eres el colmo —profirió y con inquina arrancó el motor para salir del *parking*.

—Estaba preocupada, ha pasado una cosa...

—Ahora no, Mar, no quiero escuchar nada.

—Pero yo tengo que de...

—¡He dicho que no! —vociferó y Mar se encogió del susto. Era la primera vez que Enric le gritaba.

El camino a casa fue silencioso y Mar sintió que nunca habían estado tan alejados, ni siquiera en sus malos momentos. Intentaba averiguar qué podía ocurrirle; tuvo la certeza de que dos casualidades juntas no podían existir, sin tener nada que ver una con la otra, y asoció que Mat estaba implicado en aquello.

Al llegar a casa, atónita, observó como él la ignoraba y se metía en su despacho; ella, sin saber bien qué hacer, se refugió en el dormitorio. Cómo echaba de menos tener su propio espacio. A los pocos minutos Enric entró en la habitación. Le pareció que había llegado el momento de hablar.

—No nos iremos a la Selva hasta el fin de semana —comunicó muy serio.

—Enric, en la clínica...

—No saldrás de casa sin que yo sepa adónde vas.

—¿Cómo que no saldré de casa?

—Lo que has oído. Fui muy claro —espetó enfadado—. Y mañana sale Susana de la clínica así que no hace falta que vuelvas por allí, ya irás a su casa.

—Mira, Enric, no sé qué coño pasa y me estoy mosqueando.

—No sabes qué pasa. ¿Tienes la cara de decir eso? —Mar intuyó que trataba de controlarse, pero por su expresión vio que perdía la batalla—. ¡Has visto a Mat! Eso pasa. Ya me ha dicho lo amigos que sois, hasta me ha enseñado tus mensajes. Ese tío está pirado y a ti parece que no te importa lo que nos hizo.

—¿Qué mensajes? —Su voz sonó apagada—. Yo no le he escrito. Se ha presentado de imprevisto en la habitación.

De repente una idea se le metió en la cabeza.

—¿Os habéis peleado?

—No, no nos hemos peleado, él ha soltado toda su mierda y me ha tirado el teléfono a la cabeza. Se lo han llevado los de seguridad.

—¿Eso que llevas son puntos? —Quiso tocar su ceja, pero él se apartó con rapidez y su mano se quedó en el aire.

—¿Era tan difícil cumplir algo que te pedí? —Estaba abatido y la miró con

tristeza.

—Enric, no he podido evitar verlo.

—¿No has podido? También vas a negar que te escribió cuando estábamos en la casa de la Selva; si hasta le enviaste fotos de la piscina.

Abrió mucho los ojos. ¿Fotos de la piscina? Las había subido a Instagram, seguro que él las sacó de allí.

Quiso explicarse, pero él solo dijo que tenía trabajo y salió de la habitación.

Mar nunca había sentido la frialdad con la que Enric la trató. Lo llamó a la hora de la comida y comieron en silencio; luego, como si ella no estuviera, volvió a aislarse en su despacho y no salió hasta varias horas después.

Aquella fue la tónica de varios días. Lo único que la había distraído fue acceder al servidor del bufete y ponerse al día con algunos casos. No quería contrariarlo, pero si no salía iba a volverse loca. Enric se iba por la mañana a la clínica y regresaba por la tarde, pero no le dirigía la palabra. Se sentía una estúpida.

Enric apareció a la hora del mediodía por casa y pensó que ya se le había pasado su mal humor. Contenta, se animó a preparar algo de pescado que sabía que le gustaba. Él entró en la cocina y la sorprendió.

—No me quedaré a comer.

—¿Entonces? —inquirió extrañada.

—He venido a por unas cosas.

Mar estalló, no lo pensó, pero al dar un golpe en la encimera, la espumadera que tenía en la mano saltó por los aires.

—Pero ¿qué te has creído? Me tratas como si no fuese nadie. ¿Tienes idea del daño que me haces con tu frialdad? Mira, guaperas, estoy harta. Harta de esta situación. Yo no he buscado a Mat, me importa un carajo lo que le pase, no le he escrito, no le he enviado fotos. No, no, no...

—Dijiste que no lo irías a ver...

—¡Y no fui! Apareció por la habitación. ¿Qué querías que hiciera, que desapareciera por combustión espontánea? No quieres escucharme, te basta lo

que tú crees.

—¡Vaya! A final vamos a parecernos.

Aquello fue un golpe bajo.

—Sabía que algún día me lo echarías en cara —contestó ofendida.

—Yo no te echo nada en cara —replicó en voz baja, pero su tono cambió y añadió molesto—: ¿Cómo esperas que me sienta si se te olvida lo que nos ha hecho? ¿Y pretendes ser amigos? Debes de estar loca si crees que lo voy a consentir.

—Pero ¿qué dices?

—¿Por qué no me dijiste lo que te dijo en la clínica? Ni siquiera tuviste la confianza para contarme que volvió a espiarte por las redes. ¿Es que no lo ves? Está loco. He tenido que saberlo por Carlos, a él se lo contó Susana.

—¿Cuándo? ¿Acaso me diste oportunidad? —Él bajó la cabeza para evitar su mirada—. Me has decepcionado, Enric, creí que eras más listo.

Por unos segundos se sostuvieron la mirada; después, él la desenganchó y salió de la cocina y de la casa.

Mar tampoco comió. Decidió salir, ir a casa de Susana, allí podría hablar con alguien, explicarle lo mal que se sentía. Pedirle consejo.

—Sé que tenía que haberte dicho esto antes, Mar, pero con el niño; mi madre y Alicia todo el día dándome consejos, estoy un poco desbordada y se me fue de la cabeza —se justificó su amiga cuando le contó la situación que vivía—. Creí que hablaríais. Mat debió suponer que estaban en la cafetería cuando se fue de mi habitación, porque fue a buscarlos. Les dijo que tú habías ido a verle a la suya, que lo habías perdonado y aceptabas ser amigos. Que eso le daba fuerzas para afrontar su operación. Le dijo un montón de mentiras, Mar. Carlos me contó que Enric se enfureció cuando empezó a enseñarle fotos de vuestra casa para argumentar lo que decía. Por lo visto, Enric se rio de él y Mat le tiró el teléfono a la cabeza, pero además quiso atropellarlo con su silla, le gritó de

todo. Se lo llevaron unos celadores fuera de sí. Su padre ha llamado a Carlos para saber qué ha pasado. Por lo visto han aplazado su operación.

Mar se quedó pensativa.

—Creo que está amargado y si él no es feliz los demás tampoco. Me lo dijo. —contestó; aunque no lo reconociera, saber qué había ocurrido la alivió. Enric era un tonto. ¿Por qué le creyó? Quizás ella también lo era, pero estaba muy triste por su conducta hacia ella—. Lo que me duele no es eso, Susu, es que Enric le creyó a él, y no me dio la oportunidad de decirle lo que había pasado. Para colmo ha estado dos días enteros sin hablarme. ¿Sabes lo que es eso? Que te ignoren como si hubieras hecho algo imperdonable. Hemos discutido, ha sido horrible, nos hemos dicho cosas feas e hirientes. Y se ha ido.

—Creo que no está enfadado contigo, sino con él mismo —replicó Susana con cariño—. Lo pierde ese carácter, cuando algo va mal se encierra y no habla. No se enfrenta a las cosas. Antes no lo habías visto así de enfadado, ¿verdad? —añadió y Mar se dio cuenta de que era cierto, nunca lo había visto así.

De pronto su amiga empezó a reír y la miró como quien tiene una idea en la cabeza.

—No te has hecho las pruebas, ¿verdad?

Negó con la cabeza.

—Podrías ir a hacértelas, Sandra está allí.

—No estoy de humor para ir al médico.

Su piel era lo que menos le preocupaba en aquel momento.

—No me has entendido. Ya verás.

Antes de que se pudiera dar cuenta, Susana tecleó en su teléfono.

—Hola, Sandra... ¿Está Enric? No, no lo llames.

Mientras escuchaba a su amiga hablar con la médica sonrió porque aquella idea no se le hubiera ocurrido a ella. Cuando cortó la comunicación, su amiga le dedicó una mirada traviesa.

—¡Hala! El resto es cosa tuya. Además —la miró de arriba abajo—, llevas los zapatos perfectos.

Soltó una carcajada y se cubrió la boca con las manos, para amortiguarla, pero un ruido hizo que mirara hacia la entrada del salón. Carlos apareció con el niño en brazos. Venían de dormir una siestecita juntos.

—Hola, Mar, no sabía que habías llegado —la saludó Carlos y entregó el niño a su mujer—. El pitufo tiene hambre.

—¡Ay, Mar! No sabes lo emocionante que es tener a un hombrecito todo el día enganchado en tus tetas.

—No te quejes que te encanta —dijo con tono alegre. Se levantó del sofá en el que había estado sentada, con un talante distinto al que había entrado en la casa—. Me marcho, chicos.

Besó la cabecita del bebé y luego a Carlos.

—¿No te quedas un poco más?

—No, tengo cita con mi médico.

Sonrió pícaro y se colgó el bolso al hombro. Salió a la calle con una idea fija.

Llegó a la clínica con el corazón en un puño.

—Hola, Sandra. ¿Sigue Enric aquí?

—Sí, sí, pasa.

La médica la recibió con una sonrisa en la cara.

—Tiene un humor de perros, hacía tiempo que no lo sacaba. Pero qué bien que vas a ponerlo «firme». —Se rio de su propia broma—. Le he dicho que no me encontraba bien y que me iba a marchar y si podía atender a mi paciente. Creo que estaba deseando ocuparse en algo. Le diré que estás en la sala, preparada. Yo me marcharé, ¿eh? Os dejo solos. Voy a llamar a Mónica.

Le guiñó el ojo y no le hizo falta más información para saber que algo se fraguaba entre la médica y la prima de Susana.

Mar entró en la sala que ya conocía y de lejos escuchó cómo Sandra se

despedía de Enric y le pedía que cerrara él.

No sabía cómo esperarlo y, de pronto, los nervios hicieron que se desvistiera en un segundo, se quedara en ropa interior y se situara, con los zapatos puestos, en la alfombrilla cerca del monitor y con los brazos en cruz a la altura de sus caderas.

El labio le tembló cuando la puerta se abrió y Enric, con la vista clavada en unos papeles, entró. Le pareció algo confuso. Sin mirarla le preguntó, profesional:

—¿Quién le pide la epiluminiscencia?

—Me la hacen todos los años —respondió a la espera de ver cómo la miraba.

Enric levantó los ojos, azules y brillantes, y la miró asombrado. Mar percibió toda la intensidad de aquella mirada; era como rayos centelleantes que erizaban su vello y electrificaba su piel. Pudo ver cómo tragaba saliva. Se le hicieron eternos los segundos que él tardó en hablar.

—Está bien. —Dejó los papeles sobre la mesa de escritorio y, para su sorpresa, lo vio teclear en el ordenador—. ¿Qué edad tiene?

—Enric... —Él la retó con la mirada, bufó y respondió—. Treinta, treinta años.

—Bien, ¿y su nombre?

—Mar... Soy la señora Oliver —lo provocó.

—Muy bien. Ya veo que sabe cómo lo haremos. En el monitor saldrá todo lo que fotografíe. Será un momento.

Enric cogió la cámara que reposaba en un soporte y enfocó el objetivo. De forma inmediata, tras cada clic, una serie de lunares empezaron a aparecer en la pantalla. Mar estaba hecha un manojo de nervios. «Cabezón», se dijo, pero una brecha empezaba a agrandarse en su corazón. ¿No pensaba decirle nada? ¿De verdad que iba a hacerle la prueba sin siquiera entrar en el juego que ella había iniciado?

—Dese la vuelta.

Le dolió que ni siquiera la mirara. Que pusiese distancia. Esperó a que terminara; no entendía cómo no salía corriendo. Notó cómo Enric dejó la cámara sobre el soporte y le costó girarse. Sin querer, se le escapó un sollozo.

—Mar... No llores, Princesa. Me rompes el corazón.

Se giró sobresaltada y lo miró con los ojos muy abiertos.

—Teníamos que hacer la prueba, ¿no? —replicó él con burla y los hombros encogidos.

Enric se lanzó sobre ella y estrelló sus labios sobre los suyos, para devorárselos como a ella le gustaba.

—¿Sabes una cosa? —preguntó Enric sobre su boca—. Te quiero y sin ti me muero. ¿Me vas a perdonar por ser tan tonto?

—Si me prometes que nunca más lo serás.

—¡Hecho! Y ahora necesito estar dentro de ti porque eres una provocadora y me vas a matar con esta ropita que llevas y esos zapatos.

No pudo decir nada porque él la apretó contra la pared y volvió a comerle los labios. Luego, cuando la lava corría por sus venas, Mar lo observó quitarse su propia ropa. Con un dedo en el aire, Enric le pidió que se volteara. Subyugada, notó como él hizo saltar su sujetador por el aire y, con una lentitud que la torturó, se deshizo de sus braguitas. Se le pegó a la espalda, como si quisiera fundirse con ella, mientras recorría con sus labios la suave piel de su cuello. Mar se entregó a sus caricias, lo provocó en sus evites para que la tomara y él, agarrado a sus caderas, se lo dio todo.

Juntos cruzaron los mares de locura a los que su pasión los arrastraba.

Epílogo

Dieciséis meses después.

Mar salió del baño hecha un manojo de nervios. Su amiga Susana la esperaba justo detrás de la puerta.

—¿Qué?

No fue capaz de contestar. Una miriada de emociones se hacían hueco en su pecho y tuvo la impresión de que chocaban unas con otras. Creyó que el corazón le iba a estallar. En su mano derecha apretaba con fuerza una pequeña varilla y bajó la mirada hacia ella.

—Asusta, ¿eh? —preguntó Susana y ella le tendió la mano para que viera lo que la había dejado muda.

—Embarazada, no. Embarazadísima. Ya te lo dije —sentenció risueña—. ¿Y dices que Enric no ha notado nada?

—No. ¿Se nota? —respondió asombrada y se miró el vientre que, según su parecer, seguía plano.

—No, guapa. Son las tetas lo que te han crecido. ¿Te encuentras bien?

—Sí. —Se echó a reír—. Y yo que pensaba que me había sentado mal algo que había comido.

—¿Vas a llamarlo para decírselo?

—No, Susu. Hay cosas que no pueden decirse por teléfono o un *whatsapp*. Quiero ver su cara. Se lo diré esta noche, en casa.

De repente, la emoción que Mar contenía, desde primera hora de la mañana,

explotó y salió en forma de llanto desbordado.

—Creí-creí que no podía quedarme embarazada —lloriqueó—. No sabes cuántas decepciones al ver que seguía menstruando cada mes.

—Sí, lo sé, cariño, yo también viví algo parecido; pero no sabía que estabais buscando un bebé.

—Bueno... era algo con lo que yo quería sorprender a Enric. Lo pensé hace meses. ¿Recuerdas su cara cuando nació Carlitos, cómo lo sostenía en sus brazos? Llevaba tantos años con la píldora que pensé que iba a tener que ponerme en tratamiento —señaló con angustia.

—Pues ya ves que no hay nada como programar un viaje a oriente para quedarse embarazada.

Mar soltó una carcajada y se limpió las lágrimas con el dorso de su mano. Enric y ella habían planeado un viaje a Japón para el siguiente verano.

—Pues sí, tendrá que esperar. Ahora voy a pensar cómo decírselo.

—¿Te acuerdas cómo se lo dije yo a Carlos?

Nunca lo olvidaría, ella y Enric habían roto. No sabía cómo se lo iba a decir, pero sí lo que tenía que hacer.

—¿Qué os parece vernos este fin de semana en la Selva?

—Sabes que nos encanta ir.

—Y a nosotros que vengáis. Es muy grande para nosotros solos. La familia llegará el 24, será divertido pasar el finde los cuatro y el peque. Así pensamos cómo decírselo a los abuelos en Navidad.

—Pide cita con tu ginecólogo antes de irte de vacaciones. Mejor que te vea cuanto antes. ¿De cuánto crees que estás?

—He estado pensando, no me había dado cuenta, pero creo que de dos faltas.

—¡Qué bien! Carlitos necesita un primo.

—O una prima.

—O primo y prima. ¿Te imaginas?

—Quita... quita...

La mañana pasó muy rápido. Mar se sentía muy feliz. Cuando habló al mediodía con Enric, tuvo que hacer esfuerzos para que no se le soltara la lengua. Él había preparado una noche para cenar fuera de casa e ir al cine y le pareció que la idea era excelente.

Por la tarde decidió saltarse la clase en el *gym* y, siguiendo los consejos de Susana, se inscribió en un programa de yoga para embarazadas. Se sintió tonta al comprarse una revista de bebés, sobre todo por el montón de cosas que desconocía de aquel mundo.

Cuando llamó a su médico, la enfermera le propuso una cita, que les habían anulado, para el día siguiente; después tomaban las vacaciones navideñas y tendría que esperar al mes de enero. La aceptó y deseó que Enric pudiera acompañarla.

Al llegar a casa buscó el cofre de las joyas de la madre de Enric. Sacó la pieza que buscaba y la dejó sobre su almohada, sin atreverse a probársela. Pero la emoción pudo con ella, la tomó en sus manos y la contempló apoyada en la palma de su mano. El azul intenso del zafiro parecía destellar. Los sentimientos la embargaron y las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

«Por favor, Dios, no quiero ser una llorona como Susana».

Se rio de sí misma y de su petición. Pensó en su abuela, se iba a volver loca de alegría.

Tras la ducha, seleccionó muy bien qué iba a ponerse. Eligió un vestido de cuello en pico y unas medias tupidas. Quería estar vestida y arreglada cuando Enric regresara. Después de maquillarse, se echó su perfume favorito, Coco de Chanel, ese que no quería cambiar porque le gustaba a Enric.

Lo esperó sentada en el sofá. Abrió la aplicación Kindle en su iPad y esta la llevó a la hoja por donde había dejado la lectura de una novela. Era romántica y tenía un punto de suspense e intriga que la tenía enganchada.

Hacía mucho tiempo que se había desvinculado de las redes sociales; las

usaba lo justo. Aunque la obsesión de Mat había pasado y todo quedó en un estado maniaco a causa del abuso de la cocaína, se había dado cuenta de que no era necesario hacer tan pública su vida y se había vuelto más celosa con su intimidad. Mat ya era un punto en el olvido. Le había llegado a escribir una carta de su puño y letra; le pedía disculpas y la informaba de que su operación había ido bien y que se instalaba en Sant Feliu. No había vuelto a saber de él, tampoco creyó que debía responderle.

Enric llegó más tarde de lo que le había anunciado y lo vio entrar en el salón con una sonrisa de disculpa pintada en la cara.

—Lo siento, lo siento. Me han enredado.

—¿Así que te han enredado? —replicó y simuló molestia. La sesión de cine, a la que pretendían ir, hacía rato que había comenzado.

—Me he encontrado a Daniel y hemos tomado unas cervezas. Se va a casar, ¿puedes creerlo? El soltero empedernido.

—Cariño, torres más altas han caído.

Le sonrió, sin poder evitarlo, a la vez que se erguía de su asiento y se colocaba frente a él.

—Quiere que sea su testigo. Dejo esto —anunció y le mostró la cartera que llevaba en la mano— y nos vamos donde quieras. Podemos cenar en El quinto pino.

Mar estaba nerviosa y expectante, no le quitaba la vista de encima. Esperaba con ansia captar su reacción cuando viera el collar que llevaba puesto.

Enric se le acercó zalamero y le dio un beso cálido que se le hizo más corto de lo que hubiera deseado. Al finalizar le dio un pellizquito en la mejilla y le sonrió pícaro, al levantar un dedo.

—Un minuto. Te prometo que estoy en un minuto, Princesa.

Se separó de ella risueño y lo vio caminar, supuso que hacia su despacho, para dejar el maletín. Lo observó, pero no obtuvo la respuesta que esperaba.

—Te has puesto muy guapa —Enric alzó la voz por encima de su hombro antes de salir del salón.

Cuando desapareció de su vista, se sentó de nuevo en el sofá. Enric no había visto el colgante o, quizás, no recordaba su significado. No quiso que la decepción la embargara. En algún momento de la noche se daría cuenta, ¿no? Y si no ya recurriría a lo que atesoraba en el bolsillo del vestido.

De repente, el sonido seco de un golpe la alarmó. Algo había caído al suelo desde cierta altura. Se levantó con la vista fija en el lugar por el que Enric se había ido y lo vio aparecer, sin nada en las manos y la expresión mudada. Diría que estaba lívido.

—Cariño, ¿qué llevas puesto? —preguntó a medida que se le acercaba con pasos lentos.

—No sé a qué te refieres —respondió sin dejar de mirarlo. Pero los ojos de Enric no la miraban a ella, estaban clavados en la pequeña piedra que descansaba en el hueco de su cuello, donde se unían las clavículas.

Esperó a que terminara de llegar hasta ella, la distancia se le hizo eterna. Lo aguardó con una sonrisa en la cara, con la que creyó que no podía esconder su felicidad.

Cuando lo tuvo a un paso, él alargó la mano y tocó la piedra azul. Mar pudo ver que, con la iluminación del lugar, los ojos de Enric parecían que se habían mimetizado con el color del zafiro.

—¿Por qué te lo has puesto?

—¿Por qué va a ser, Enric? Dijiste que iríamos al cine, a cenar. Quería estar bonita cuando llegaras.

—Ya, pero... pero ¿esto quiere decir que...? ¿Quiere decir lo que creo que quiere decir?

Notó que su voz temblaba y, sin que se hubiera percatado, Enric se había sujetado a su cintura como si necesitara un asidero para agarrarse y no caerse.

Los ojos de su marido bajaron a su vientre y luego regresaron a la piedra, subieron a sus labios y al final se encontraron con los suyos. Un velo acuoso enturbiaba la mirada de Enric.

Mar no tuvo ninguna duda de que sí sabía lo que significaba aquel collar.

Nunca más, aparte del día en que le pidió matrimonio y le entregó las joyas de su madre, habían vuelto a hablar del zafiro; pero estaba claro que ninguno de los dos había olvidado la promesa que ella le hizo aquel día y el sentido que, desde entonces, cobró para ellos.

—Me temo que sí, significa que estoy embarazada y que tú vas a ser papá.

—¿Estás segura?

Mar metió la mano en su bolsillo y le mostró algo. Él lo revisó vacilante, pero con la pericia de cirujano, y con el dorso de uno de sus dedos, retiró la agüilla de una de sus cuencas que debía molestarlo. Por un efecto mimético, ella lo copió. Enric parecía turbado y su vista estaba tan empañada que, en breve, las lágrimas empezaban a desparramarse.

—¡Ey! No llores, Casanova.

—¡Cómo te quiero en este momento!

Fue consciente de que Enric estaba loco de alegría. Con gran alboroto la alzó por la cintura y dio varias vueltas con ella, en el aire, para después dejarla pisar el suelo y abrazarla con tanto ímpetu que Mar sintió que la apretujaba. Se perdieron en un beso, de esos que la aturullaban, y él le susurró bajito, sin soltarla, que quería hacerle el amor tan solo con el zafiro puesto.

Dijo que sí. Notó que la oprimía un poco más, pero no pensaba quejarse. Se sentía completa y feliz.

FIN.

Agradecimientos

Escribir es un proceso solitario que no todo el mundo entiende. A veces se tiene la necesidad de aislarse, de perderse en un mundo imaginario; por eso, mi primer gracias va para mi marido. Porque nadie como él comprende este deseo y lo respeta, porque me animó antes de que yo pudiera darme cuenta de que esto, escribir, era lo que yo quería. Porque sin él este sueño no sería posible. A ti, Gabriel, por tu apoyo incondicional y por estar siempre a mi lado.

A mi familia, porque verme en mi rincón de escritura o con el portátil a cuestas se les ha hecho una imagen muy común y la tienen aceptada.

Para las rosas de mi jardín: Paco, Carolina, María, Rafa, Gabriel, Paula y Sergio. Mis queridísimos sobrinos.

A Marta López, mi prima, que me prestó sus palabras y sus impresiones de Los Ángeles y yo puse en boca de Mar y de Enric.

A mis amigas escritoras, con la que comparto risas, ilusiones y proyectos; y a mis amigas/os de siempre, porque sigan siempre conmigo.

Para Lola Gude, mi editora, que un día me dio una gran alegría y pude cumplir un sueño. De su mano me convertí en escritora. A ella y a todas las personas de Selecta, de PRHGE, gracias por vuestro apoyo, ayuda, confianza, consejos, risas y ánimos.

Y a ti, lector, lectora, que tienes entre tus manos esta novela y has llegado hasta aquí. Gracias por comprar este libro, por darles una oportunidad a mis chicos. Gracias por leerme, por seguirme y, desde esta página, te animo a

comentar, en la plataforma digital donde adquiriste la novela, qué te ha parecido esta historia. Espero que te haya gustado, tanto como a mí escribirla; y si no, dilo también. Tu opinión es importante, me ayudará a mejorar.

Si te ha gustado

No llores, princesa

te recomendamos comenzar a leer

La chica de su hermano
de *Marian Viladrich*



Prólogo

Aquel día el ritmo de la redacción era más frenético de lo habitual. Un concejal de Nueva York había sido implicado en un caso de corrupción y Gerald Hurst, el redactor jefe de la sección local de RVR News, había puesto a todo el mundo en danza para investigar el alcance de la trama, ya que todo apuntaba a que otros políticos y conocidos empresarios de la ciudad podrían estar relacionados. Tyler Hamilton no podía ocultar la sonrisa de satisfacción por haber sido el periodista que había destapado el asunto. Había empezado como becario en aquella misma agencia de noticias tan solo tres años antes, pero ya era uno de los empleados más destacados de la plantilla e incluso había recibido un par de interesantes ofertas desde Washington. Pero a él le encantaba vivir en Nueva York y la independencia que le otorgaba trabajar en una agencia de noticias en vez de para un periódico limitado por la ideología de su línea editorial o por los intereses de sus inversores.

Nadie tenía prisa por volver a casa y, pese a la hora, todo su departamento trabajaba sin respiro. Tyler solo necesitaba redactar un par de párrafos más y podría dar por terminada su jornada, acercarse dando un paseo al Shake Shack, en Madison Square Park, y tomar una de sus deliciosas hamburguesas acompañada de una buena cerveza. Estaba tan absorto en el trabajo que casi no escuchó el sonido de su móvil. Cogió la llamada sin mirar la pantalla.

—*¡Hola, Ty!* —La voz de David, su hermano pequeño, sonaba alegre. Tyler le devolvió el saludo distraído—. *Eh, no hablamos desde Navidad y... ¿así me saludas?*

El reproche era bien merecido, así que Tyler se obligó a dejar de mirar la pantalla de su ordenador.

—Lo siento. Estaba concentrado en un artículo, pero ya está. ¿Cómo va todo, David?

Hablaba con el mismo tono distante con el que siempre se dirigía a su hermano pequeño. David fingía que no se daba cuenta y le respondía con calidez, como si el abismo que les separaba no existiera.

—*Muy bien. Tengo grandes noticias. La primera es que me mudo a California. A Silicon Valley.* —David no necesitó decir más para que Tyler comprendiera que a su hermano lo había contratado uno de los gigantes de la tecnología. David, que había terminado sus estudios universitarios el pasado verano, era un genio de la informática. Desde niño fue un fanático de los ordenadores, así que Tyler nunca dudó que acabaría dedicándose a ese sector —. *La segunda noticia es que voy a casarme esta primavera y quiero que seas mi padrino. Así que esta vez no puedes librarte de ir a casa: mi chica y yo contamos contigo.*

Tyler se quedó paralizado. Un dolor sordo se extendió por su cuerpo, como si le hubieran golpeado en el estómago. Llevaba años preparándose para escuchar esas mismas palabras, sabiendo que un día recibiría aquella llamada. Creía que estaba listo. Había tenido mucho tiempo para mentalizarse. Pero no era verdad. Cuando recuperó el aliento quiso aullar de dolor, estrellar el móvil contra la mesa, destrozarse los nudillos golpeando una pared y emborracharse hasta perder el sentido. Cualquier cosa que hiciera desaparecer aquella repentina angustia que amenazaba con quebrarlo en dos. Pero, en vez de eso, respiró hondo, retomando el control de sus emociones. A los veintiséis años se había convertido en un verdadero especialista en ocultar lo que sentía.

—Enhorabuena, David. —La felicitación no le salió demasiado calurosa, pero al menos no le había temblado la voz. Por suerte, su hermano no debió dar importancia a su tono gélido, porque empezó a hablar con rapidez, mezclando la fecha de la boda con datos de su nuevo trabajo. Parecía exultante. Cuando ya no pudo soportar tanto despliegue de felicidad, Tyler le dijo que tenía que seguir trabajando y se despidieron. Tras finalizar la llamada, el periodista se quedó mirando sin ver los edificios iluminados de Manhattan a través de la ventana. Era definitivo. David y Alison iban a

casarse, vivirían juntos, tendrían hijos, envejecerían el uno al lado del otro y Tyler tendría que ser testigo de ello. Tendría que verlos en las reuniones familiares, visitarlos en su casa de California, jugar con sus hijos... Dios santo, los hijos de ella lo llamarían tío... Tenía que olvidarla, no quedaba otra, pero llevaba dieciocho años tratando de convencerse de ello y aún no lo había conseguido.

Mar y Enric no saben el efecto producirá en ellos una noche de pasión inesperada. Cuando vuelven a encontrarse no podrán reprimir el deseo que sienten el uno por el otro.



Mar acude a la boda de su mejor amiga con el corazón roto. Necesita olvidar a Mat, que la ha engañado. Allí encuentra a Enric, un primo del novio, y pasan una apasionada noche de sexo. Pero Mat no está dispuesto a retirarse.

La casualidad hace que Mar y Enric se encuentren y sin darse cuenta se enamoren. Sin embargo, las interferencias de sus exparejas sembrarán dudas en su relación y los pondrá a prueba. Los fantasmas de Mar se hacen realidad y su historia se repite. No puede soportarlo. Otra vez engañada, y con el sentimiento de humillación revoloteando a su alrededor, por lo que se marcha lejos para superar su dolor, olvidar a Enric y comenzar otra vida.

Pero el inmenso amor que sienten hará que descubran que no pueden vivir separados; sin embargo, tendrán que superar los obstáculos que otros se empeñan en poner en su camino, para separarlos, en su propio beneficio.

Nuria Rivera nació en Badalona (Barcelona), en 1967. Reside en Barcelona. Es psicóloga especialista en psicología clínica y psicoanalista de profesión. Tiene un máster en salud mental, numerosos cursos de especialización y un doctorado en Clínica y aplicaciones del psicoanálisis. Fue presidenta de una Asociación Psicoanalítica y dirigió su revista. Codirige un blog de escritos psicoanalíticos con otros colegas, donde ha publicado algunos artículos. La lectura y la escritura de ficción son sus aficiones más importantes. Realizó el Itinerario para Narradores de Novela en la escuela de escritura del Ateneo Barcelonés y Novela histórica. En mayo de 2017 publicó *El destino tiene otros planes* (Ediciones B, Selección de B de Books). Fue Finalista en el VIII Certamen de Novela Romántica Vergara-RNR con *La pasión dormida* y en enero de 2018 publicó *Algunas mentiras* (PRHGE, Selección B de Books).

Edición en formato digital: marzo de 2019

© 2019, Nuria Rivera

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-52-7

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

No llores, princesa

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Epílogo

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Nuria Rivera

Créditos